



Aviso Legal

Revista

Título de la obra:

Cuadernos Americanos

Director:

Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar:

Cuadernos Americanos.
Primera época
(1942-1985). México.
<https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año III, Vol. XIV, Núm. 2 (marzo-abril de 1944).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

M E X I C O

2

CUADERNOS
AMERICANOS
(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Av. Rep. de Guatemala No 42
Apartado Postal 965
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE:
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO:
JUAN LARREA

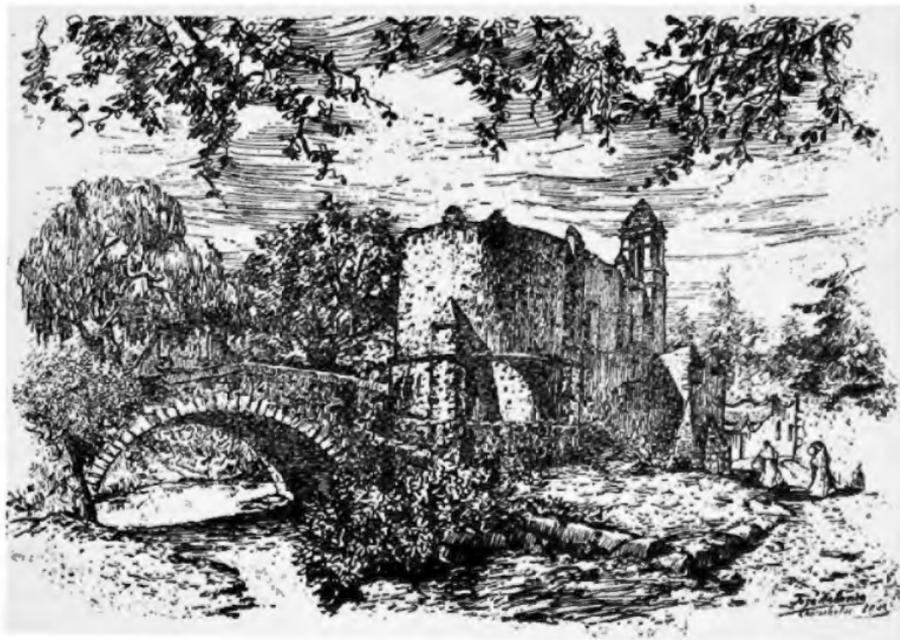
2

MARZO - ABRIL

1944

INDICE

Pág. V



PUENTE DE CHIMALIXTAC

EN NUESTRA CAPITAL DE LA REPUBLICA, DESPUES DE RECORRER SUS AMPLIAS Y MODERNAS AVENIDAS, DONDE SE LEVANTAN HERMOSOS EDIFICIOS, VISITAR NUESTROS MUSEOS Y NUESTROS SOBERBIOS MONUMENTOS.

EL VIAJERO, PUEDE ADENTRARSE A LOS ALDERREDORES DE LA CIUDAD, DONDE ENCONTRARA EVOCADORES RINCONES CUBIERTOS CON EL VELO DEL SILENCIO. CADA PIEDRA PUEDE REVELARNOS LA CLAVE DE UNA HISTORIA Y CADA HERRUMBROSA REJA EL EFLUVIO DE UN BESO DE AMOR.

LOS FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO, TIENEN SERVICIO COMODO EN TODOS LOS ESTADOS DEL PAIS PARA VISITAR NUESTRA CALEIDOSCOPICA METROPOLI.

ADQUIERA VALORES DEL ESTADO

Ayúdenos Ud. a secundar la política constructiva que ha iniciado el actual Gobierno de la República, para elevar el nivel técnico de la economía, y participe de los rendimientos elevados y seguros.

**NACIONAL FINANCIERA,
S. A.**

Venustiano Carranza N° 45.

México, D. F.



Sabor.. Suavidad.. Fragancia..

*L*AS cualidades supremas de los cigarros BELMONT, resultan de una mezcla finísima de geminos tabacos Virginia, Burley y Turco. Difícilmente las encontrará usted aun en las más conocidas marcas importadas. Sin embargo, BELMONT cuestan mucho menos!



Para los fumadores difíciles

ULTIMOS LIBROS

Ranke

HISTORIA DE LOS PAPAS

\$ 25.00

Dilthey

HOMBRE Y MUNDO

\$ 14.00

Paine

LOS DERECHOS DEL HOMBRE

\$ 6.00

Bemis

LA DIPLOMACIA DE LOS ESTADOS
UNIDOS EN LA AMERICA LATINA

\$ 13.00

Mannheim

DIAGNOSTICO DE NUESTRO TIEMPO

\$ 5.00

Mill

PRINCIPIOS DE ECONOMIA POLITICA

\$ 24.00

Corti

MAXIMILIANO Y CARLOTA

\$ 22.00

Znaniecki

EL PAPEL SOCIAL DEL INTELECTUAL

\$ 4.00

SOLICITE NUESTRO CATALOGO

Fondo de Cultura Económica

PANUCO 63.

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 2

Marzo - Abril de 1944

Vol. XIV

INDICE

	Págs.
NUESTRO TIEMPO	
LEOPOLDO ZEA. Las dos Américas .	7
JORGE ZALAMEA. Orillas de México	21
FRANCISCO AYALA. Discurso sobre la Restauración	30
<i>El pan y la palabra</i> , por JOSÉ CARNER, ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ y JUAN LARREA	40
<i>Europa, Rusia y el futuro</i> , por LUIS RECASÉNS SICHES.	51
<i>¿Pueden sobrevivir nuestras ciudades?</i> , por JOSÉ MORENO VILLA .	64
 AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
MANUEL SANDOVAL VALLARTA. Diez años de teoría de la radiación cósmica primaria	69
RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ. Lo hondo del problema de Nietzsche	81
EDUARDO GARCÍA MAYNEZ. Objeto de conocimiento y objeto estético según Nicolai Hartmann	103
ALFREDO STERN. Fichte y la Revolución Francesa .	109

	Págs.
PRESENCIA DEL PASADO	
CÉSAR LIZARDI RAMOS. El chacmool mexicano . . .	137
SILVIO ZAVALA. ¿Las Casas esclavista? . . .	149
ANDRÉS IDUARTE. Las ideas políticas de Martí . . .	155
<i>Un gran escritor político del Perú</i> , por JOSÉ E. ITURRIAGA . . .	178
<i>Africa en América</i> , por ROMÁN BELTRÁN . . .	184

DIMENSION IMAGINARIA

VICENTE HUIDOBRO. Dos poemas . . .	193
JULES ROMAINS. Introducción a "Mort de Quelqu'un" . . .	197
JULES SUPERVIELLE. En tiempo de las Metamorfosis . . .	205
ALFONSO REYES. La lírica arcaica en Grecia . . .	209
TEODORO TORRES. Proverbios y refranes . . .	225
JUAN DE LA CABADA. Nicodemus . . .	237

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARATORIA Y COMERCIO

Internado - Medio Internado Externos

PASEO DE LA REFORMA 80
TELS. 13-03-52 L-51-95

KINDER - PRIMARIA

Internado - Medio Internado Externos

REFORMA 835 (LOMAS)
TEL. 15-82-97

MEXICO, D. F.

NOVEDAD EXTRAORDINARIA

EL LIBRO DEL AÑO

LEONARDO DA VINCI

TRATADO DE LA PINTURA

Primera edición íntegra en idioma español, que comprende los capítulos *De la sombra, de la luz y de la perspectiva*, cuidadosamente revisada y cotejada con todas las ediciones publicadas hasta la fecha, ilustrada con 188 viñetas y 147 dibujos geométricos tomados de los manuscritos originales y 92 planchas fuera de texto, en negro y en colores, de las principales obras del gran maestro. La completan una advertencia bibliográfica, la biografía de Leonardo escrita por Vasari, un estudio de Paul Valery y un apéndice que reproduce por primera vez 91 fragmentos de los manuscritos de Leonardo, hasta ahora perdidos en los códices, que completan sus estudios sobre las proporciones del cuerpo humano y otros temas del *Tratado*.

Un volumen de 548 páginas en 8º mayor, encuadernado en brin blanco, con aplicaciones en oro fino..... \$ 30.00

OTROS LIBROS DE RECIENTE APARICION

HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS de André Maurois. Tomo I (1492-1828) \$ 6.00
Cómo se descubrió y formó una gran nación. Cuatro siglos de vida norteamericana contados con la maestría y amenidad propias de André Maurois.

ENFOQUES INTELECTUALES, por Juan Pablo Echagüe \$ 3.50
Con rara agudeza analítica y psicológica se estudian en este libro asuntos y personalidades de grandes proyecciones literarias tanto en América como en Europa.

DESCONTENTO CREADOR, AFIRMACION DE UNA CONCIENCIA ARGENTINA, por Romualdo Brughetti \$ 3.00
Las inquietudes y los problemas de una nueva generación argentina. Obra premiada en el concurso para libros de ensayos organizado por la Editorial Losada y la Sociedad Argentina de Escritores.

MARTI LEGISLADOR, por Emeterio S. Santovenia..... \$ 3.50
Un estudio documentado y brillante sobre un aspecto olvidado de la obra del libertador de Cuba.

EL PROBLEMA DE LA CULTURA AMERICANA, por Alberto Zum Felde \$ 4.00
El gran crítico y ensayista uruguayo investiga el problema de una cultura propia en nuestro continente.

ANTOLOGIA, por Fernán Silva Valdés..... \$ 1.50
Las mejores poesías del más famoso poeta uruguayo, el autor de *Agua del Tiempo*.

POEMAS (1922-1943), por Jorge Luis Borges \$ 5.00
Toda la obra poética escrita hasta el día por esta gran personalidad que marca un importante jalón en la evolución de la lírica argentina.

DEL SEÑORIO DE LOS INCAS, por Pedro Cieza de León \$ 9.00
El Cronista Español de Indias (siglo XVI) documentó este libro en los relatos orales de quienes habían conocido los últimos soberanos y mantenían vivas las tradiciones de sus antepasados.

EDITORIAL LOSADA, S. A.

Alsina 1131.

BUENOS AIRES.

U. D. E.
UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES,

===== S. DE R. L. =====

UNICAMENTE AL POR MAYOR

**DISTRIBUIMOS OBRAS, ENTRE OTRAS, DE LAS SIGUIENTES
 EDITORIALES:**

ALBA, Ediciones. Casa Unida de Publicaciones, S. de R. L.
 AMERICA, Editorial.
 ARS, S. A., Compañía Editora y librera.
 ATLANTE, S. A., Editorial.
 CANEK, Ediciones.
 CIMA, Editorial.
 COMPAÑIA GENERAL EDITORA, S. A.
 CONTINENTE, Editora del
 CORMIS, Ediciones.
 CUADERNOS AMERICANOS.
 CULTURA, Editorial.
 EDITORA MEXICANA, S. A.
 E. D. I. A. P. S. A. (Edición y Distribución Ibero Americana de
 Publicaciones, S. A.).
 EL SEMILLERO, S. A., "Ediciones Trucco".
 EMPRESAS EDITORIALES.
 FONDO DE CULTURA ECONOMICA.
 FRONDA, Ediciones.
 GALATEA, S. de R. L.
 IBERO AMERICANAS, Ediciones.
 LATINO AMERICANA, Editorial.
 LEMURIA, Ediciones.
 LEYENDA, S. A., Editorial.
 MALAGA, Colección.
 MENSAJE, Ediciones.
 MINERVA, S. DE R. L., Ediciones.
 NUEVO MUNDO, S. DE R. L., Editorial.
 PANAMERICANA, S. A., Editorial.
 PAX, Editorial.
 PROA, Ediciones.
 QUETZAL, S. A., Ediciones.
 SENECA, Editorial.
 SAYROLS, S. A., Editorial.
 VALLE, Ediciones del.
 ZAPLANA, E., Editor.
 XOCHITL, Ediciones.

**PODEMOS SERVIR EN LAS MEJORES CONDICIONES
 CUALQUIER OBRA EDITADA EN MEXICO**

*Unicos distribuidores de las obras de la Universidad Nacional
 Autónoma de México.*

**Avenida Hidalgo N° 11
 Apartado 2915**

**Eric 12-27-13.
 Mex. J-56-88.**

México, D. F.

El mejor libro sobre la China de hoy...

CHINA EN ARMAS

Por AGNES SMEDLEY

Traducción del inglés por Gilberto Owen

Usted querría conocer los problemas de China pero... ¡está tan lejana y su situación es tan confusa e impenetrable! Este libro pone China en sus manos. China tal cual es: despertando de su sueño milenario, luchando por su vida, desgarrada por conflictos internos, destrozada por siete años de guerra... pero firme y esperanzada.

Este libro está escrito por una persona excepcionalmente preparada para hacerlo: Agnes Smedley, que durante doce largos años luchó intrépida e infatigablemente por el pueblo de China. Corresponsal especial, demócrata americana, mujer que supo ganarse la confianza de los generales chinos y ser enfermera de sus combatientes, Agnes Smedley ha trazado en estas páginas descripciones inolvidables de Peiping, ciudad de los patricios; del Shanghai de la preguerra sacudido por el terror; de Sian, escenario de las negociaciones sobre el secuestro de Chiang Kai-shek; de la muerte y la destrucción en la martirizada ciudad de Hankow.

Durante cuatro de estos doce años, Agnes Smedley vivió en el frente con las guerrillas y los ejércitos nacionales, participando en la épica lucha de los Ejércitos revolucionarios Octavo y Cuarto de Ruta... cuatro años henchidos de inauditas experiencias de conflictos y corrupción, del valor y la abnegación casi sobrehumanos de las grandes masas chinas.

Tan impetuoso en sus odios como en sus simpatías, de ruda franqueza combativa, este libro es, sin duda, uno de los más notables sobre la China moderna.

Saldrá en este mes

\$10.00 en todas las librerías

o por correo reembolso de la

EDITORIAL NUEVO MUNDO

CALLE DEL AMAZONAS 36, MEXICO, D. F.

COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$30.000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-
mientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina,

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.



Domicilio Social

y

Oficina General de Ventas:

BALDERAS N° 68.

Apartado 1336.

MEXICO, D. F.

FABRICAS

en

MONTERREY, N. L.

Apartado 206.



EN TODAS LAS OCASIONES
Pepsi-Cola ES MEJOR!

PRIDALA SIEMPRE

PROP. D.S.P. N° 9348

PEPSI-COLA COMPANY DE MEXICO, S.A. =

WALTON

CONSUMA USTED
C E R V E Z A



Porque la Cerveza es
un alimento líquido,
fácilmente asimilable.

Es además una bebida
muy agradable,
nutritiva y tónica.



*Asociación Nacional de
Fabricantes de Cerveza*

En el frente de la Victoria

Mayor producción, escasas de materiales, restricciones de importaciones...

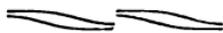
Dentro de este programa, la conquista de la Victoria hace jugar a nuestro lubricante MEXOLUB un papel de trascendencia en la industria y los transportes de México.

MEXOLUB se prepara mezclando "Bright Stock" obtenido de crudos americanos, con el mejor aceite neutro, obtenible de crudos seleccionados del país. Soporta en todas las virtudes y cualidades que un aceite fino para motor debe tener: alta resistencia a la evaporación, bajo contenido de carbón libre, resistencia al efecto adelgazador del calor y fluides a bajas temperaturas.

PETROLEOS MEXICANOS



Mexolub



RESERVADO PARA LA
UNION NACIONAL
DE PRODUCTORES
DE AZUCAR



ARTE LITERATURA HISTORIA



LA OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS

La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI ha sido considerada ya por el público como la OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS... Lo es por la gigantesca labor intelectual realizada por su autor y por el enorme esfuerzo editorial que supone su publicación.

LA HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA rebasa los límites de cuantas obras haya podido conocer el lector hasta ahora. Es la primera y LA ÚNICA que presenta al público de lengua española el más extenso y documentado estudio de todas las culturas. En sus trece volúmenes se recoge la HISTORIA, el ARTE y la LITERATURA de cada época.

La obra monumental de SANTIAGO PRAMPOLINI constituye, por sí sola, una verdadera biblioteca. En la que han intervenido bajo la sabia e ilustre dirección de JOSE PIJOAN, las figuras más preclaras de la intelectualidad Hispano Americana. Usted no puede privarse de ella, para deleite de su propio espíritu, ni puede privar tampoco al resto de sus familiares.

Envíenos ¡HOY MISMO! el cupón que aparece en este anuncio y recibirá un LUJOSO FOLLETO DESCRIPTIVO

EXPOSICION PERMANENTE DE LA OBRA EDITORIAL GONZALEZ PORTO
AV. INDEPENDENCIA 8. - APDO. 140 bis. MEXICO, D. F.



EDITORIAL GONZALEZ PORTO
AVENIDA INDEPENDENCIA 8.
APDO. 140 bis. MEXICO, D. F.

Tengo verdadero interés en recibir, sin compromiso alguno, el folleto descriptivo de la HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA y amplios informes sobre facilidades de pago.

Nombre y apellidos

Profesión y ocupación

Dirección



MEXICO TRABAJA POR LA PAZ

El día 14 de febrero se efectuó en las oficinas de la Asociación Mexicana de Turismo la primera junta del Consejo del año actual, que fué presidida por el Sr. Lic. don Miguel Alemán, Secretario de Gobernación.

Este hecho significativo, la presencia del Jefe del Gabinete, pone de manifiesto la importancia que el Gobierno mexicano da al fomento del turismo, actividad económica de trascendencia para el país y excelente vehículo de acercamiento entre los pueblos.

El balance presentado fué muy favorable. El año cumbre para el turismo había sido 1941. El de 1943 lo supera en 3,5 por ciento. Ello demuestra que, pese a las restricciones anormales producidas por la guerra, la atracción de México es tal que el número de viajeros que lo visitan es cada día más elevado. Los esfuerzos realizados por los organismos técnicos y por las empresas privadas para ofrecer al turista servicios comparables a los de los países más adelantados produce sus frutos.

En el nuevo mundo que se está forjando, la conservación de la paz sólo podrá lograrse con la práctica de la democracia auténtica y el entendimiento recíproco de pueblo a pueblo. A este respecto, el ejercicio del turismo es un vehículo ideal para cimentar los lazos de la comprensión y solidaridad internacionales. Comprendiéndolo así, México, paladín de la democracia, oficial y particularmente, está poniendo de su parte lo necesario para convertir al país en un verdadero centro de atracción internacional que colme al viajero de gratos recuerdos inolvidables.

F. L. S.

Para informes sobre cuanto se refiere al turismo nacional y extranjero dirigirse a:

ASOCIACION



MEXICANA

DE TURISMO
AVENIDA JUAREZ 76
MEXICO, D. F.

Lotería Nacional

(PARA LA ASISTENCIA PUBLICA)

Hace Hogares Felices

Juegue su suerte y ayude
a los desheredados de los
Asilos y Hospitales

SORTEOS SEMANALES

Lunes.	\$ 25,000.00
Miércoles	15,000.00
Viernes	100,000.00

SORTEOS EXTRAORDINARIOS

\$ 500,000

\$ 1.000,000 Y \$ 2.000,000



Su fama...
ES INTERNACIONAL!

GINGER ALE
CANADA DRY

El Champagne de los Refrescos

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO III

VOL. XIV

2

MARZO-ABRIL

1944

MÉXICO, 1º DE MARZO DE 1944

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Leopoldo Zea* Las dos Américas.
Jorge Zalamea Orillas de México.
Francisco Ayala Discurso sobre la Restauración.
Notas, por José Carner, Enrique González Martínez, Juan Larrea, Luis Recaséns Siches y José Moreno Villa.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Manuel Sandoval Vallarta* Diez años de teoría de la radiación cósmica primaria.
Rafael Arévalo Martínez Lo hondo del problema de Nietzsche.
Eduardo García Máynez Objeto de conocimiento y objeto estético según N. Hartmann.
Alfredo Stern Fichte y la Revolución Francesa.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- César Lizardi Ramos* El chacmool mexicano.
Silvio Zavala ¿Las Casas esclavista?
Andrés Iduarte Ideas políticas de Martí.
Notas, por José E. Iturriaga y Román Beltrán.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Vicente Huidobro* Dos poemas.
Jules Romains Introducción a "Mort de Quelqu'un".
Jules Supervielle En tiempo de las Metamorfosis.
Alfonso Reyes La lírica arcaica en Grecia.
Teodoro Torres Proverbios y refranes.
Juan de la Cabada Nicodemus.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
ORILLAS DE MÉXICO. Acapulco. (Foto Fritz Henle)	20
AMOR DE MÉXICO. Cuernavaca. (Foto Fritz Henle)	21
PUEBLO DE MÉXICO. Taxco. (Foto Fritz Henle)	24
TORMENTA SOBRE MÉXICO. Taxco. (Foto Fritz Henle)	”
PASADO DE MÉXICO. Pirámides de Teotihuacán. (Foto Fritz Henle)	”
PATIO DE MÉXICO. Cuernavaca. (Foto Fritz Henle)	25
LABRANZA DE MÉXICO. (Foto Fritz Henle)	28
PORVENIR DE MÉXICO. (Foto Fritz Henle)	29
Muerte de D. Alfonso de Borbón y Battenberg, ex Príncipe de Asturias	32
D. Juan de Borbón y Battenberg con la boina requeté cuando en 1937 se puso a las órdenes de Franco. (De la Historia de la Revolución Nacional Española. Tomo 2, París, 1940)	33
Panorama de New York desde un rascacielos. (Foto Fortune)	64
MARTIN DE VOS. San Juan y la ciudad perfecta. Oleo. (México. Museo de la Catedral)	65
El último Chacmool descubierto en la ciudad de México	140
Vista posterior del Chacmool	141
La máscara de Tláloc cubriendo la “Jicara de Corazones”	144
Cara basal de la misma estatua	145
Melanesia. Máscara de danza	194
PAUL KLEE. Danza de falena. (Col. O. Ralfs)	195
Decoración de una ánfora griega de figuras negras. S. VI. (Mu- seo de Atenas)	206
PICASSO. Las Metamorfosis de Ovidio. Aguafuerte	207
Safo, según un vaso griego	222
Solón. (Museo de Nápoles)	223

Fotografiados de
FOTOGRAFADORES Y FOTOGRAFADORES UNIDOS, S. C. L.
Iturbide 16. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

LAS DOS AMERICAS

Por *Leopoldo ZEA*

I

QUIZÁ uno de los problemas más discutidos en nuestra América, y en especial en estos CUADERNOS AMERICANOS, ha sido el problema de la relación entre las dos grandes secciones que forman dicha América: la América sajona y la América latina. Se trata de la relación entre dos grandes secciones de América cuyos caracteres se presentan si no antagónicos sí opuestos. De orígenes culturalmente distintos cada una de estas secciones de América ha dado lugar a la formación de pueblos no menos distintos. Durante mucho tiempo la desconfianza ha normado las relaciones entre estas dos grandes secciones americanas. Por un lado, la América latina, consciente de sus posibilidades culturales; pero no menos consciente de su debilidad material, desconfía siempre del llamado "Coloso del Norte". Por otro lado, la América sajona, consciente de sus posibilidades materiales, desconfía de los "ladinos" habitantes de Hispanoamérica, los cuales al parecer sólo tratan de engañar y explotar a los "ingenuos" hombres del Norte. Sin embargo, la crisis actual ha hecho que los mejores hombres de ambas Américas enfoquen el problema y le busquen una solución. El ideal a buscar es el de la unión de estas dos secciones americanas en una sola y fuerte América, cultural y materialmente.

Cada una de las Américas posee cualidades que faltan a la otra. La América sajona tiene como característica su gran capacidad técnica, material. La América latina una gran capacidad cultural, es decir, espiritual. La América latina tiene mucho que aprender de la América sajona y viceversa. Sin embargo, esto no quiere decir que en la

América sajona hayan faltado hombres capaces de orientar espiritualmente; ni que en la América latina hayan faltado hombres prácticos. Lo que parece suceder es que en cada una de estas Américas el acento ha sido puesto en lo práctico o en lo espiritual. La solución del problema parece consistir en la mutua asimilación de los valores que caracterizan a cada una de las Américas. Se ha pensado en un tipo de unión que muy bien puede ser equiparable al que forman en el hombre el alma y el cuerpo: América latina parece tener las cualidades para representar en esta unión lo que llamamos el espíritu, y la América sajona parece tener las cualidades materiales del cuerpo. Esta idea es común a sajones y latinos; unos y otros parecen estar de acuerdo en el hecho de que poseen unas cualidades y les faltan otras y que con la unión de ambas Américas se compensarían tales faltas.

Sin embargo, no se olvide que tal unión implica un problema más, y este problema es el de la dirección. Se podrá decir que no existe tal problema, que, precisamente, la mutua asimilación de valores espirituales y valores materiales tiene por objeto el de eliminar las diferencias entre ambas Américas. Esto es cierto, pero no es menos cierto que tal idea parte del supuesto de la realización de dicha asimilación. Realizada la asimilación de las dos Américas no podrá existir el problema de cuál de las dos será la directora, pues que sólo existirá una, en la cual se encuentren unidas en forma inseparable las capacidades de ambas. El problema es previo a la unión de las Américas. ¿Cuál de las dos Américas intentará la unión y bajo qué supuestos? La pregunta parecerá ociosa si se piensa que son ambas Américas las que quieren unirse aportando cada una sus capacidades. Una aportará los lazos espirituales, otra los materiales. En la formación de ese gran cuerpo llamado América, los latinos aportarán el alma o espíritu; los sajones el cuerpo material. Es una hermosa utopía la de pensar una América rica, material y espiritualmente, mediante la aportación de las capacidades de los hombres que la integran. A nosotros los hispanoamericanos debe halagarnos mucho el saber que en tal unión nos corresponde el papel del espíritu. Nosotros daremos las ideas para que el

sajón las realice. Nuestro papel no puede ser más enviable, es nada menos que el papel director si se piensa en un cuerpo perfecto en el cual éste queda sometido a la dirección del espíritu.

Pero tal idea no puede ser sino producto de un punto de vista parcial; del punto de vista propio de hispanoamericanos, aunque participen de tal punto de vista algunos norteamericanos. Para nosotros es muy natural pensar que nos corresponde dicho papel: el espíritu debe dirigir a la materia. Sin embargo, esto no nos garantiza que la América sajona piense tal cosa, sin que esto quiera decir que desprecie el espíritu. Así como podemos pensar en las cualidades del alma sajona puestas al servicio de las cualidades del espíritu latino, también podemos pensar al espíritu latino puesto al servicio del alma sajona. Pensamos en un cuerpo puesto al servicio del espíritu, pero también podemos pensar en un espíritu puesto al servicio del cuerpo. Lo mismo que la materia puede servir al espíritu, el espíritu puede servir a la materia. Así como en el hombre se enfrentan las fuerzas del espíritu y la materia, el alma y la carne, en la misma forma se puede plantear en América el problema de la hegemonía de una América sobre la otra. Para nosotros es fácil pensar en una América en la cual tengamos el papel del espíritu con toda la fuerza material del alma sajona a nuestro servicio, pero ya hemos visto cómo no es difícil pensar lo contrario: el espíritu cultural del latino puesto al servicio del espíritu material del sajón. No se olvide que Scheler ha dicho del espíritu que es un ser impotente, cuanto más puro más impotente. El ideal para esta unión sería el equilibrio, pero por lo pronto no es sino un ideal. En el mismo hombre el equilibrio entre el espíritu y la materia es sólo un ideal, la realidad es la supremacía de uno o de otro. Toda la Cultura no ha sido sino la lucha entre estas dos fuerzas: unas veces dominando la espiritual otras veces la material.

II

HEMOS hablado de espíritu sajón y de espíritu latino. En efecto, existe un espíritu sajón y un espíritu latino. No podemos ser tan ingenuos de pensar que el sajón carece de espíritu porque ha puesto el acento en los bienes materiales. El espíritu de la América sajona se caracteriza por este preocuparse en forma especial por lo material, así como el espíritu de la América latina se caracteriza por su preocupación por temas inmateriales. En la América sajona lo inmaterial tiene importancia en cuanto se puede poner al servicio de lo material. No quiere esto decir que se desprecien las obras de carácter inmaterial, lo que se quiere decir es que tales obras son más o menos apreciadas de acuerdo con la utilidad que presten al fin perseguido por la América sajona, y este fin es el confort material. La América sajona ha encontrado la felicidad del hombre—del hombre que forma esta América—en el confort material, en la misma forma como la América latina ha considerado que la felicidad del hombre está en la despreocupación por lo material. Ambas formas de sentir la vida están animadas por un espíritu, ninguna de ellas carece de él, solamente cambian en la apreciación que hacen de los bienes culturales.

Como se ve, el problema de la unión entre las dos Américas no es un problema que se resuelva haciendo de los sajones espíritus que amen los bienes inmateriales, ni de los latinos espíritus que amen lo práctico. Lo que pasa es que partimos del supuesto de que a los latinos nos falta el espíritu práctico y a los sajones el espíritu teórico. Los latinos nos sentimos incompletos por un espíritu de inferioridad que no tiene razón de ser; en cambio el sajón, el norteamericano no parece sentirse incompleto, todo lo contrario, con una actitud que a nosotros parece ingenua, confía en su espíritu práctico para resolver los más intrincados problemas del mundo. Nadie más seguro para resolver los problemas de la post-guerra que el sajón. Los hispanoamericanos sentimos la falta de este espíritu práctico como un gran defecto y hemos hecho en nuestra his-

toria varios esfuerzos por adquirirlo. En cambio el sajón, sin negarle importancia a la adquisición de la cultura espiritual, no parece preocuparle mucho tal adquisición, y si le preocupa es para ponerla al servicio de su ideal de vida. Norteamérica se dedica a la realización de toda clase de bienes materiales sin preocuparle mucho la realización de los bienes culturales del espíritu; cierto que no realiza obras de arte; pero es también cierto que las puede comprar; sus hombres no se dedican a otro quehacer que a la producción material, pero puede sostener a los hombres de otras culturas para que se dediquen a la realización de los bienes no materiales. En cualquier forma no siente la falta de una capacidad como incapacidad.

Con nosotros los hispanoamericanos sucede todo lo contrario, unido al sentimiento de inferioridad que sentimos frente a Europa y su cultura, que ya he analizado en otro lado,¹ está un sentimiento de inferioridad frente al espíritu práctico de Norteamérica. Nos sentimos superiores en cuanto que nos consideramos poseedores de un espíritu preocupado por los problemas de la cultura espiritual, pero al mismo tiempo lamentamos no tener las capacidades prácticas del sajón. Estas cualidades las sentimos como una falta, nos sentimos incompletos. Somos la América débil, los inferiores materialmente. Ha habido momentos de nuestra historia en que hemos renegado de nuestro espíritu considerándolo como inferior al de los sajones. En México, más concretamente, ha habido épocas en las cuales se ha acusado al espíritu latino de todos nuestros males. Verdadera envidia hemos sentido por el desarrollo material de nuestros vecinos, por su orden y por lo que hemos llamado su progreso. El desprecio que luego hemos mostrado hacia ellos es el mismo desprecio que mostraba la zorra de la fábula por las uvas que decía estaban aún verdes. No nos conformamos con nuestras capacidades y valoramos exageradamente las de otros. Esta falsa valoración hace que nos sintamos incompletos y que hayamos hecho esfuerzos por adquirir tales capacidades en detrimento de las que nos son propias. Tra-

¹ Véase mi ensayo *En torno a una filosofía americana*, en CUADERNOS AMERICANOS. Año I, núm. 3 (mayo-junio). México, 1942.

tando de adquirir esas capacidades que sentimos nos faltan hemos sacrificado nuestras propias capacidades.

La realidad es otra, no es que a la América sajona le falte capacidad para realizar ciertos bienes espirituales, y que a la América latina le falte la capacidad para realizar bienes materiales; lo que sucede es que ni una ni otra necesitan de estos bienes en la misma proporción. Así como hay individuos que realizan tareas que le son propias, tan propias que por eso son individuos, en la misma forma existen grupos sociales, naciones o culturas que realizan tareas que también les son propias, que las perfilan con un sello que los individualiza. La América sajona parece ser la que más conforme está con su misión cultural, de donde se deriva ese sentimiento de seguridad que nosotros los hispanoamericanos sentimos que nos falta. Norteamérica puede tomar de otras culturas lo que necesita, pero sólo en cuanto lo necesita, para ponerlo al servicio de su ideal de vida. En cambio, Hispanoamérica ha tratado muchas veces de sacrificar su ideal de vida para adquirir capacidades que cree necesitar. Deforma su propio perfil cultural para adquirir un perfil que no le es propio.

III

ESTA actitud de Hispanoamérica tiene su origen en la desconfianza que siente frente a los Estados Unidos. México es el más claro ejemplo de tal actitud como producto de la desconfianza —que la historia ha hecho justificable— que siente frente a su poderoso vecino. México se ha sentido débil frente al “Coloso del Norte”. Ahora bien, esta su debilidad la ha achacado a su incapacidad para fortalecerse materialmente. Incapacidad que considera tiene una raíz más honda, la de la propia raza. Se ha pensado que México es un pueblo débil porque sus hijos pertenecen a una raza desordenada, anárquica, incapaz de organizarse y producir las grandes obras que han hecho de Norteamérica un pueblo fuerte. La raza latina es una raza utopista, idealista, soñadora, que sacrifica la

realidad a los sueños; raza que desprecia el esfuerzo material para seguir soñando. Una raza tal, tendrá necesariamente que ser la más débil frente al práctico pueblo norteamericano.

Para poder defendernos del Norte, pensaban unos mexicanos, es menester ser tan fuertes como los hombres del Norte. Los hombres del Norte son fuertes porque pertenecen a una raza que tiene el sentido de lo práctico; los del Sur somos débiles porque deliramos en vez de actuar. Para poder enfrentarnos a los prácticos hombres del Norte es menester que seamos tan prácticos como ellos. En otras palabras, si la raíz de nuestros males está en el hecho de que pertenecemos a una raza incapaz para la vida práctica, sacrifiquemos, más bien, acabemos con este nuestro defecto racial procurando adquirir las cualidades de la raza sajona. Quienes así pensaron fueron los positivistas mexicanos. Nuestros positivistas trataron de dotar a los mexicanos de las cualidades propias de la raza sajona extirpando lo que consideraban defectos de la raza latina.²

Toda esa gran época mexicana llamada el Porfiriismo tuvo como fin un supremo ideal, el de sajonizar a los mexicanos para que pudiesen enfrentarse con armas semejantes al poderoso país del Norte. El instrumento para dotar a los mexicanos de tales armas lo fué la educación positivista. En el aspecto económico se concedieron las mayores ventajas al capitalismo europeo para contrarrestar la influencia de los Estados Unidos. En el aspecto cultural y educativo se quiso hacer de los mexicanos hombres prácticos, realistas, capaces de levantar un México que pudiese materialmente enfrentarse al peligroso vecino. La debilidad de México era material, de aquí la necesidad de hacer un México materialmente fuerte. Para defender a México de la raza sajona, el porfiriismo sajonizaba a los mexicanos; para defenderlo de la fuerza material del Norte, materializaba el espíritu de los mexicanos. No más utopías, no más idealismos; México necesi-

² Lo que se expone a continuación se justifica ampliamente en mi libro en preparación *El Positivismo en México* (II tomo), Apogeo y Decadencia.

taba ser un país fuerte, y sólo podría serlo si los mexicanos se transformaban en hombres prácticos.

Justo Sierra decía: La Nación mexicana es uno de los organismos sociales más débiles y más inermes de los que viven dentro de la órbita de la civilización; en cambio, "junto a nosotros vive un maravilloso animal colectivo, para cuyo enorme intestino no hay alimentación suficiente, armado para devorar, mientras nosotros cada día ganamos en aptitud para ser devorados, estamos expuestos, . . . a ser una prueba de la teoría de Darwin, y en la lucha por la existencia, tenemos contra nosotros todas las probabilidades".³ Don Telesforo García hacía hincapié en la necesidad de la educación positiva como instrumento para eliminar de los mexicanos los defectos de la raza latina, que eran los que hacían de México un país devorable por el más fuerte, y la adquisición de las cualidades de la raza sajona. Los latinos, nos decía, "somos de un espíritu eminentemente soñador, eminentemente místico" y "en vez de disciplinar el entendimiento con métodos científicos muy severos, en vez de guiar la actividad hacia fines positivos, bien marcados, se busca la contemplación, se solicita la fantasía, se halagan los ensueños, se enerva el trabajo que ha de poner sobre las sienes del hombre la corona del rey de la naturaleza".

Telesforo García contraponía a las dos razas diciendo: "Pudiéramos decir que en la historia la raza latina aparece como una raza sintética y la raza sajona como una raza analítica. Esta, para completarse, tiene que buscar las grandes síntesis; aquélla los grandes análisis". Cada raza debe completarse con las cualidades de la otra. Los mexicanos deben tratar de adquirir el espíritu práctico de la raza sajona. "Seamos muy investigadores —dice Telesforo García—, muy prácticos, adoptemos métodos y enseñanzas que persigan estos fines". Lo que hay que evitar es toda doctrina que refuerce los defectos de la raza latina. El krausismo, que fué la doctrina que se quiso oponer al positivismo, fué rechazado por esta razón, "ya que las cualidades que sistemas como el de Krause quie-

³ JUSTO SIERRA: *El Programa de la Libertad*, en el periódico "La Libertad", Año II, núm. 205. México, 1879.

ren despertar en nuestro genio meridional, las hemos recibido de la naturaleza en pletórica abundancia",⁴ decía el defensor del positivismo. Si los mexicanos querían seguir existiendo como nación tenían que sacrificar los caracteres propios de su raza y reforzar los caracteres que no le eran igualmente propios. Los caracteres de la raza latina eran considerados como inadecuados para defenderse del peligro que significaba Norteamérica como país cada vez más próspero y fuerte. Si México insistía en seguir viviendo de acuerdo con los caracteres propios de su raza, pronto llegaría a ser víctima de la incapacidad de su raza en la lucha por la vida, en la cual sólo triunfaba el que era materialmente más fuerte. Estas fueron las razones aducidas por los positivistas mexicanos en defensa de sus doctrinas.

Otra fué la realidad; en vez de hacer de México un país tan fuerte y poderoso como el país al cual temían, lo único que se hizo fué aletargar las cualidades propias de los mexicanos. Se quiso dotar a los mexicanos de las cualidades propias de la raza sajona y lo único que se logró fué estorbar el desarrollo de las propias cualidades sin obtener las cualidades buscadas. El instrumento para engrandecer a México se convirtió en un fin puesto que se sacrificó lo que era propio de México en aras de un fin que ya no le era propio. Se quiso salvar materialmente a México del peligro que para él representaba el país sajón del Norte; pero se le entregaba espiritualmente. Se daba el alma a cambio del poder material.

IV

UNO de los defectos de que era acusada la raza latina por nuestros positivistas era el de que se caracterizaba por su egoísmo, el cual encontraba su expresión en un absolutismo. La raza latina, se decía, es anárquica porque es egoísta, sostiene siempre sus ideas como si fueran verdades absolutas. Los latinos no se pueden entender entre sí,

⁴ TELESFORO GARCIA: *Sobre la cuestión de textos*, en "La Libertad", año III, núms. 269, 278 y 280. México, 1880.

no se ponen de acuerdo, porque su egoísmo no les permite aceptar como ciertas las ideas de los demás. En el caso concreto de los mexicanos, éstos han estado luchando por más de medio siglo porque a fuerza quieren imponer a los demás sus ideas: cada mexicano quiere que todos los mexicanos piensen como él piensa. Esta es la causa de la anarquía de los mexicanos y la causa de debilidad como país. Los intereses de la sociedad, los intereses de la patria y la Nación son sacrificados en aras de este egoísmo propio de la raza latina.

En los países sajones tenemos el ejemplo contrario, según pensando nuestros positivistas; en estos países reina el orden, los hombres se entienden entre sí. La causa de este orden está en el hecho de que no tratan de imponerse unos a los otros sus ideas. Las ideas pertenecen al campo de su fuero interno sin que pretendan ser válidas para toda la sociedad. Lo que todos aceptan es lo patente, aquello que ninguno puede dejar de aceptar porque lo encuentra ante sí como una realidad que no puede ser negada, lo positivo. La realidad positiva es algo que ningún hombre puede negar, a diferencia de las ideas que son verdaderos productos individuales. Los pueblos sajones están unidos y son ordenados en cuanto aceptan como verdades las verdades que descubre la ciencia positiva; en cambio, los pueblos latinos son anárquicos porque no pueden ponerse de acuerdo en torno a ideas que no son otra cosa que productos del capricho individual.

Una de estas ideas es la de la Libertad en su sentido absoluto. Cada mexicano quiere hacer lo que le plazca en perjuicio de los intereses de los demás. Con tal idea sobre la libertad no es posible el orden y sin el orden no es posible el predominio material. Los liberales, nos dice Telesforo García, temen al positivismo porque creen que ataca y niega las conquistas del liberalismo. "El temor del peligro que corren las conquistas liberales les asalta sin descanso, y casi se hallan tentados de apellidar guerra contra los nuevos bárbaros que se disponen a tomar por asalto el capitolio". Sin embargo, continúa diciendo, tal temor no tiene razón de ser; el positivismo no puede atacar a estas conquistas. "En el país donde el positivismo

arraiga en el carácter nacional, donde tiene su teatro propio, donde el método experimental se aplica a todas las manifestaciones de la vida, en Inglaterra, en fin, es donde está más segura la libertad y mejor garantizado el derecho". Todo lo contrario sucede en aquellos países donde impera una filosofía de carácter metafísico, donde imperan ideas absolutas. "Alemania, cuna de todos los idealismos absolutos; España, Italia y las demás naciones que se han amamantado a la ubre de esas bellezas que... (se) teme ver desaparecer de este suelo, han sido las víctimas de toda suerte de tiranías, no obstante los sacerdotes que a nombre de lo absoluto quemaban en unas partes y guillotinaban en otras".⁵

Un país sajón vuelve a ser el ejemplo a seguir por los mexicanos. Los sajones son hombres de orden, sin que este orden vulnere la libertad. En cambio, los latinos son anárquicos, y esta anarquía, lejos de proteger la libertad, la lesiona. El resultado es que los primeros forman pueblos fuertes y los segundos pueblos débiles. Ahora bien, para hacer de México un pueblo fuerte, lo primero que hay que hacer es educar a los mexicanos con la doctrina, con que se educa a los sajones: el positivismo. Esta doctrina, ya se ha visto, no puede vulnerar las conquistas del liberalismo, como las vulneran esas ideas anárquicas a las que son tan dados los latinos. Si los mexicanos se educan en el positivismo, entonces podrán adquirir las cualidades de los sajones que tanta falta les hace para defenderse del peligro que la propia raza sajona representa para México.

Sin embargo, no iba a ser la asimilación de una doctrina la que iba a cambiar los caracteres propios de la raza a la que pertenece México. Lo único que se logró fué detener la marcha que pudo haber sido creadora del México del Porfirismo. Quiérase que no el positivismo fué puesto al servicio de los caracteres propios de la raza latina que se querían negar. Si en Inglaterra la educación positivista no vulneraba sino que protegía las conquistas del liberalismo; en México, la misma educación, al igual

⁵ TELESFORO GARCIA: *Los tres absolutos del Sr. Gabilindo*, en "La Libertad", año III, núm. 260. México, 1880.

que los criticados principios metafísicos, sirvió para vulnerar la libertad de los demás. Los caracteres propios de la raza latina no desaparecieron con la adopción del positivismo; por el contrario, el positivismo fué puesto al servicio de los intereses de un grupo de mexicanos que afirmaban su validez absoluta en contra de los intereses de otros grupos de mexicanos que afirmaban lo contrario. Del absolutismo metafísico se pasó al absolutismo positivista. De la Libertad absoluta se pasó al Orden absoluto. Los mexicanos siguieron siendo egoístas, sólo que esta vez se apoyaban en una filosofía que aseguraban iba a acabar con los egoísmos. El positivismo fué el instrumento con el cual se quiso limitar los derechos de los demás en favor de los intereses de un grupo determinado. Se pretendió fortalecer a México materialmente para hacerlo apto para su propia defensa; se habló de un progreso material semejante al que se realizaba en los países sajones; pero este progreso se redujo en México a la formación de unas cuantas fortunas que beneficiaron a unos cuantos en vez de a la colectividad. México siguió siendo tan débil como al principio. Su economía, base del progreso material, estaba en manos del capitalismo europeo y del propio norteamericano. El ideal del positivismo mexicano fué una utopía más, semejante a las utopías que criticaba. Tan soñador fué el liberal del 57 como el positivista y "científico" del Porfirismo. Todos ellos continuaron comportándose de acuerdo con las características de su raza.

V

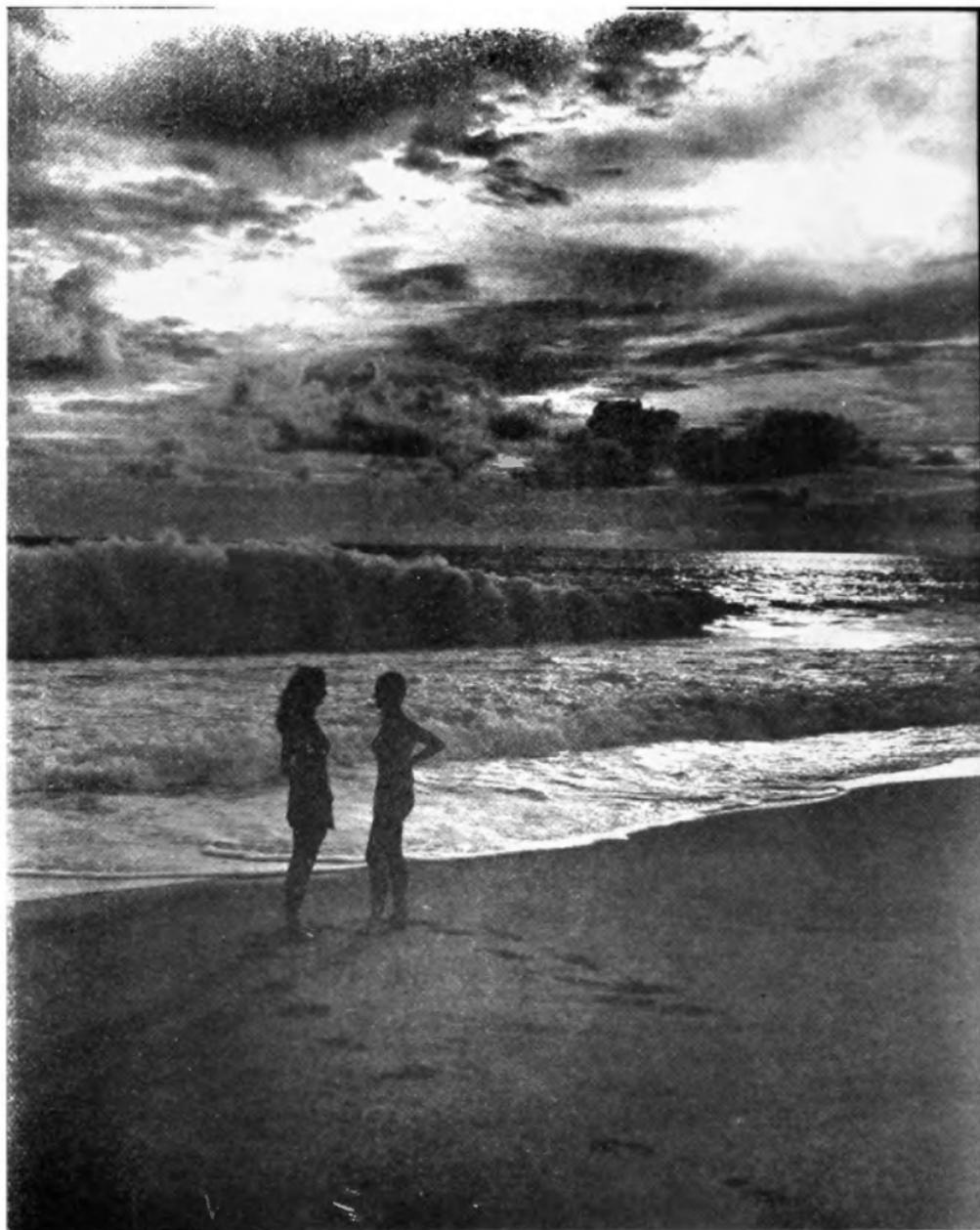
EL error de esta experiencia histórica fué el de haber despreciado las cualidades propias del espíritu latino considerándolas como un defecto. La razón, se ha visto, tuvo su origen en el temor que México sentía frente a una posible expansión de los Estados Unidos. El error estuvo en querer defenderse de este peligro mediante la sajonización de su propio espíritu. Esto equivalía a querer destruir, precisamente, lo que se tenía que salvar. Sin embargo, por mucho que se quiera no es posible aniquilar

el espíritu de un pueblo, como no es posible limitar hasta tal grado la personalidad de un hombre que pueda confundirse con otro. En la propia asimilación de otras cualidades actúan resortes que configuran esta asimilación de acuerdo con la personalidad del que asimila.

El problema que nos hemos planteado en este ensayo ha sido el de las relaciones entre las dos Américas: la sajona y la latina. Y este problema no se resuelve proponiendo la unificación de ambas Américas mediante la mutua asimilación de sus cualidades. No podemos pensar en una América en la cual todos sus habitantes, sajones y latinos, participen por partes iguales de las cualidades de ambas razas. No podemos pensar en una Norteamérica en la cual haya un equilibrio entre sus cualidades para dominar la técnica y sus cualidades para la cultura espiritual; ni en una Hispanoamérica con semejante equilibrio. De ser posible este equilibrio, se formaría una sola raza: iguales serían norteamericanos y latinoamericanos. Pero la igualdad no puede ser un ideal a perseguir, la personalidad debe ser el ideal perseguido. Tanto Norteamérica como Hispanoamérica deben sostener los caracteres que les son propios sin tratar de confundirlos. Las relaciones entre ambas Américas deben basarse en un mutuo respeto. Cada América debe ayudar a la otra en la realización de los valores que les son propios sin pretender imponerle valoraciones que les son ajenas. Entre sí no deben tomarse sino aquello que consideren necesario para su propio desarrollo sin pretender ser una América la calca de la otra. Esto fué lo que intentó hacer México con el positivismo y la causa de su fracaso.

Este peligro no existe para los Estados Unidos, nación que hemos visto está conforme con su espíritu. A Norteamérica no le preocupa sobre manera el querer ser un país productor de bienes culturales de carácter espiritual, en la misma forma como a Hispanoamérica le preocupa el ser capaz de producir bienes materiales. Ya hemos visto cómo este interés puede conducir a Hispanoamérica a despreciar sus propios valores. La asimilación del espíritu práctico de parte de los hispanoamericanos no puede ser otra cosa que un instrumento al servicio de los fines

propios de Hispanoamérica. Un ejemplo de este tipo de asimilación lo tenemos en la U.R.S.S., la cual ha puesto al servicio de sus propios ideales toda la técnica asimilada a los países sajones. Hispanoamérica puede intentar lo mismo, asimilarse los bienes materiales de Norteamérica poniéndolos al servicio de la cultura espiritual para la cual está más capacitada. La América sajona en realidad ha hecho lo mismo al poner los valores espirituales descubiertos por otros países al servicio de su propio espíritu material.



ORILLAS DE MEXICO



AMOR DE MEXICO

ORILLAS DE MEXICO

Por *Jorge ZALAMEA*

CALIDAD DE AMOR. No hay empresa mayor, ni más ardua lucha, ni agonía más prolongada para el corazón del hombre que el amor. Hay quienes creen que el amor es un natural impulso, una fluencia que escapa a la vigilante voluntad y brota, como las aguas vivas, de la entraña más honda y más oscura, sin que nadie ni nada pueda luego marcarle cauces ni aumentar o disminuir su caudal. Hay quienes creen que el amor nace del pecho del amante de una vez, estremecido y cabal, avasallador y radiante como Minerva de la jupiterina cabeza. Hay quienes creen que el amor es un don o una pena ineludibles e irrenunciables, como si fuesen el señalamiento del dedo de un altísimo señor o el producto de una confabulación de estrellas. Hay quienes, creyendo todo esto, entienden que el amor participa a la vez de lo fácil y lo fatal.

Pero hay también quienes crean lo contrario: que el amor es un acto deliberado y, sobre todo, un acto de conocimiento. Para esos tales, el amor es la mayor empresa, la lucha más ardua, la agonía más prolongada; emperorismo, el deliquio más fino, la embriaguez más excelsa. Porque cuando llegan a la consumación del acto amoroso, a la posesión del objeto amado, el conocimiento cabal de éste trueca la oscura fiesta de los sentidos en un soberbio mediodía de la voluntad, en un alto vuelo de la inteligencia.

Cuán áspero es el camino que lleva a semejante eminencia, lo supieron los místicos, esos inflexibles estrategas del amor divino que para llegar a aquel "un no sé qué quedan balbuciendo" las criaturas, tenían que librar antes una guerra con crujir de huesos, rozar de dientes y derramamiento de sal y sangre. Lo supo Dante cuando,

para alcanzar el conocimiento último de Beatriz, hubo de sumirse en los hondones de su alma para ver multiplicarse en ella, como en un negro espejo, su propia debilidad y miseria en millares de condenados.

Cuando al amor se llega por la vía del conocimiento y en andas de la voluntad, el amante tiene que hacer un largo viaje, primero en torno del ser amado, luego por su interior. No parará hasta que la yema de sus dedos sepa en qué oculto pliegue o en qué llena comba es más suave la piel y más tibia; velará hasta que sus ojos hayan aprendido uno a uno los matices del rosa que se enciende en las ansiadas mejillas hasta convertirse en rubor; con pertinaz minucia hará en su corazón el inventario de los tonos de la voz y las medidas de los ademanes, para que con sólo ellos pueda cantar y danzar en sus sueños la adorada fantasma. Y cuando haya sabido todo esto con ese conocimiento sosegado y caliente que tienen las madres jóvenes del cuerpecillo de su primer hijo, todavía tendrá el amante que penetrar en el amado y escudriñarle el corazón, saquearle el alma, explorarle el entendimiento, bucear en la caverna de los sentidos y en el golfo de la memoria, navegar por el río de la sangre ajena y aceptar el clima de su amoroso territorio, antes de que pueda decirse que su bandera fué amor sobre su conquista.

¡Viaje, empresa, investigación, conquista maravillosas, si en ellas sólo encontrase el amante nuevos motivos de adoración y deliquio!

Muchos pueblos creyeron, o dijeron creer, que el amor era ciego. Pero nosotros no podemos olvidar que el primer idilio de que fué testigo la patria tierra, se consumó a la sombra del árbol de la ciencia por ser su fruto codiciable para alcanzar la sabiduría. Nuestro amor anda, pues, con los ojos bien abiertos. De ahí su lucha y su agonía. Lucha contra la duda y el temor; agonía por la mancha y la falta. Lucha contra el error y la debilidad; agonía por lo precedero y lo incierto. Lucha por conocer mejor al amado; agonía por sentirse ignorado de él. Lucha contra el tiempo y la memoria; contra la ambición y el futuro; agonía por las mordeduras que el has-tío hinca aún en el más fervoroso de los enamorados.

Esta clase de amor ni es fácil ni es fatal; como que es un amor antirromántico. Pero su calidad es más pura, su imperio más duradero, más extremada y gozosa su consumación.

Con ese amor he procurado acercarme a México desde hace dieciocho años. Y aún sigue en su lucha y en su agonía.

PRESENCIA DE MÉXICO.—Dieciocho años es corto tiempo para conocer a México, para comprenderlo y amarlo. Tan variado es su paisaje, tan fabulosa su historia, tan profusa su expresión artística, tan esquiva y honda el alma que se fraguó en los siglos para recibir la herencia de cien encontradas castas. Para el corazón precipitado y el ávido entendimiento, llegar a México es como penetrar en una intrincada selva, resonante de muchas voces: insinuantes unas, amenazadoras otras, capciosas, tiernas, brutales, melancólicas, altaneras, maliciosas, enamoradas las que van alzándose a cada paso del forastero para disputarse su atención y atraerlo al recodo más placentero o más oscuro y escondido.

La sola presencia física de México, de la tierra mexicana, es ya una sucesión de contrastes. Puede en su raudo vuelo el divino Quetzalcoatl pasar de las llanuras desérticas a los valles feraces, de las arenas sitibundas a las selvas henchidas de agua tibia, de las sierras calcinadas a los montes nevados, de las tierras del agua escondida a las comarcas de los lagos, de los llanos en que sólo prosperan el cacto y el espáito a las hondonadas de la cordillera en que se multiplican los frutos y una suave brisa menea la hojarasca de árboles que compiten en utilidad y hermosura.

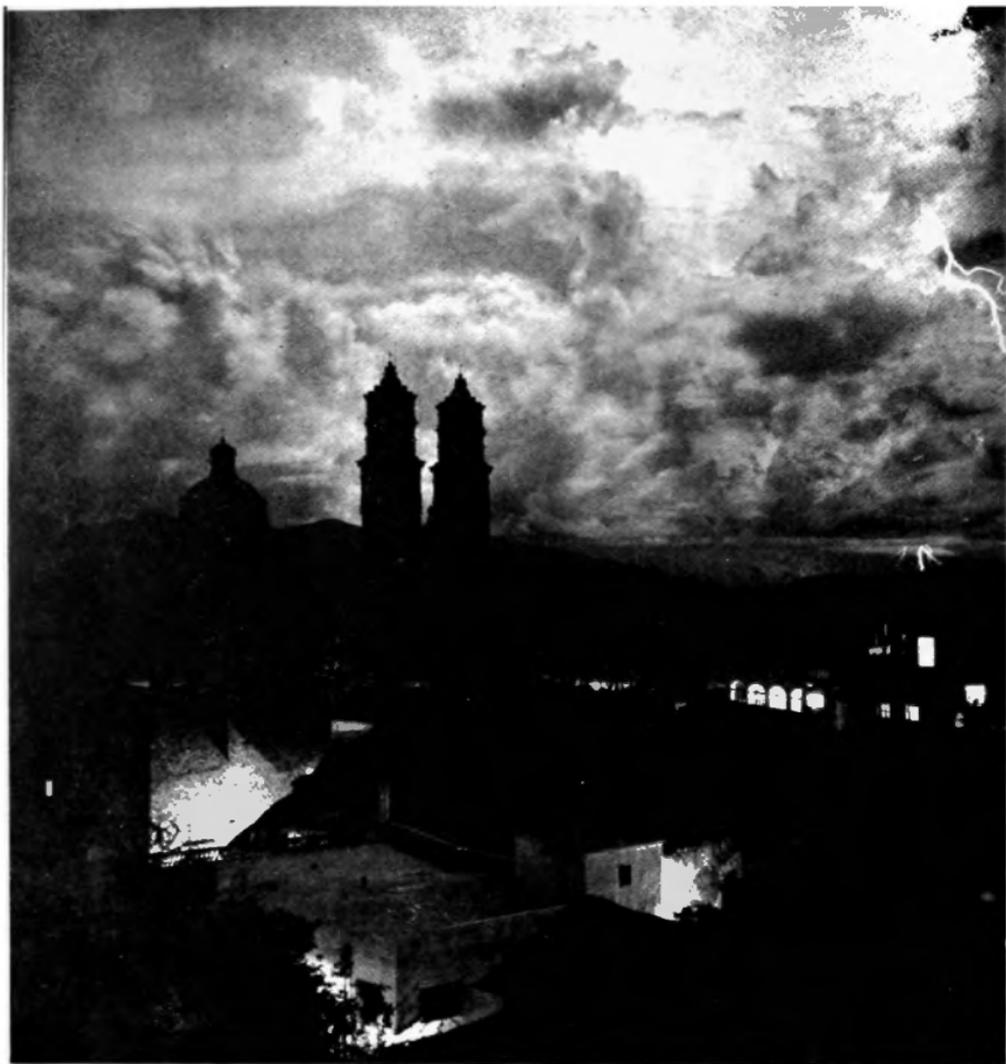
Por pasar de las tierras ingratas al hombre a las comarcas en que más cunde el elote y mejor crece el maguey, se produce esa incesante marea humana que convertirá a México durante siglos en el escenario de uno de los dramas históricos más intrincados, intrigantes y feroces de que fuera protagonista nuestra especie. Desde los valles de los grandes ríos norteamericanos hasta las selvas guatemaltecas, un afanoso ir y venir de pueblos urdirá la trama del

gigantesco sarape en que se bordará la historia de la conquistista española. Otomíes, mayas y olmecas, chichimecas y nahoas, toltecas y tlaxcaltecas, aztecas y tarascos, zapotecas y mixtecas, por cuenta propia o transitoriamente federados, luchan entre sí, se destruyen unos a otros y, en los intervalos de la guerra, organizan esos imperios precederos cuya memoria llega hasta nosotros en majestuosos monumentos, en pavorosos ídolos de piedra, en jeroglíficos multicoloros, en preciosos utensilios, en alucinantes máscaras, en esculturas soberbias. Uxmal, alunada; Chichén-Itzá, levítica; Palenke, heroica; Tula, profética; Teotihuacán, hieropolitana; Cholula, venusina; Tenochtitlán, guerrera, aun guardan los ecos del teponaztle que congregaba a los pueblos en torno a los santuarios en que competían Huitzilopochtli, el de la espada devoradora, con Quetzalcoatl, el hombre del mañana.

Con una imaginación deslumbradora, un violento sentido poético y una trágica predisposición a la muerte, crean estos pueblos una minuciosa mitología que encadena con misteriosos eslabones el hombre a las estrellas, la tierra al cielo, los dioses a las bestias. Una espiritual geometría que con líneas de luz el cono humeante de los volcanes a las puntas diamantinas de los astros, o en subterráneas espirales busca el punto de confluencia en que la sangre divina se mezcla a la savia de la tierra. Pero mientras así se levantan a esferas del más puro conocimiento y de la más honda intuición, en lo más oscuro de sus almas, en lo más primitivo de su carne albergan y alimentan una tremenda conciencia de su tributación a la divinidad. Si ésta es suficientemente benigna para conceder a los hombres solar fecundo, aire puro, luz bella; si se inclina a poner en sus corazones el valor que da la victoria y el amor que crea las danzas, las esculturas y los templos; si, en una palabra, les da vida, habrán de pagar en la misma moneda las criaturas a los dioses. Un auténtico sentido trágico de la existencia impone a los mexicanos de aquella misteriosa alborada el deber de alimentar con sangre la vida que reciben y los esplendores que ganan. Hay, sin embargo, un momento en que, como si el sopro espiritualista de



PUEBLO DE MEXICO



TORRENTE SOBRE MÉXICO

PASADO DE MEXICO





PATIO DE MÉXICO

Quetzalcoatl les inspirase, los conquistadores del Anáhuac hacen un patético esfuerzo por dar a los sacrificios humanos un sentido doblemente trascendental: el de creación de un nuevo dios con cada hombre sacrificado y el de comunión con la divinidad.

Una vuelta más de la rueda del tiempo y acaso se hubiese disipado el vaho de sangre y el olor de cadaverina que rodeaba a aquellos imperios. Acaso el lucero de la mañana, limpiase el corazón de los mayas de aquel tedio vital o aquella curiosidad ultraterrena que tan fácilmente los inducía al suicidio; acaso su rutilante brillo borrase de la frente de los toltecas el amarillo beso mortal de Tetzcatlipoca; acaso su frescor matutino pusiese paz en el corazón de los aztecas, movido a guerra por el insaciable Huitzilopochtli.

Pero he aquí que sobrevienen los conquistadores españoles.

Truncárase en tal sazón y para siempre la historia de México, que su pasado sería bastante para que un alma enamorada se hiciese perdediza en tal laberinto de sueño y muerte, de grandeza y misterio, de lujo y arte, de violencia y poesía.

Tras unos pocos años de lucha, desaparecen los imperios mexicanos. Un gris crepúsculo se cierne sobre el alma de los pueblos reducidos a tutelaje. Pero apenas transcurridos cincuenta años desde la caída de Tenochtitlán, comienzan a brotar, como flores de una inesperada primavera, nuevos templos. Docenas, centenares, millares de templos. De entre las plantaciones de maguey, en los repliegues de la sierra, enfrente al real de minas, a la orilla de los lagos, en cada repartimiento, en cada encomienda, en cada calle de pueblo, en cada plaza de ciudad se levanta una iglesia católica. Parece como si durante los siglos XVI, XVII y XVIII el pueblo mexicano no tuviese otra urgencia ni quisiese otro ejercicio que el de edificar templos para la nueva divinidad, no ya aplacable con sangre, sino con sudor y miseria, que es más lenta muerte.

Al hilo de una más resignada conciencia de la remisión de la vida, la belleza imperecedera de las esculturas toto-

nacas, el vigor aplastante de las olmecas, la solemnidad del arte teotihuacano, el elegante barroquismo maya, el sentido fúnebre de la estatuaria azteca parecen disolverse en un callado furor ornamental, en una sorda embriaguez decorativa. Cuanto la tierra mexicana tiene de hermoso en flores, frutos y pájaros sirve de trampolín al artesano indígena para tallar la piedra de las fachadas y las torres, la madera de los retablos y los coros. La plata y el oro no tienen mejor empleo que el de dar suntuosidad al santuario en cuyo fondo fulge, como un astro intocable e implacable, el nuevo Dios de los Ejércitos.

En Oaxaca, en Puebla, en Cholula, en Zacatecas, en Ozumba, en Salamanca, en Querétaro, en México, en Acolman, en Acatepec, en villorrios y ciudades, en desiertos y serranías, tiene ya la iglesia de Roma más y mejores templos que tuvieron las antiguas deidades de la gente mexicana. De esa gente mexicana que, mientras los españoles y los criollos se disputan el gobierno de su imperio, se sume cada vez más en un obstinado silencio sin orillas, en un silencio que vuela, como negra flecha, hacia el seno de la muerte.

Mintieron las profecías. El hombre blanco no anunciaba el regreso de Quetzalcoatl. Todavía no se alzaba sobre el horizonte el sol de vida que hiciera la existencia de los hombres tan sosegada como los lagos en la aurora, tan pura como el aire del Anáhuac, tan risueña como los valles de México. La indiada desposeída de su propio gobierno, despojada de su propia tierra, destituida de su propio albedrío, sólo podía tener ya por confidente al varón de dolores, tan transido, engañado y abandonado como ella. O a la cándida guadalupana, carne morena de la indiada, tímida intercesora suya ante un tribunal colérico que avivaba los resplandores del infierno en una perpetua admonición contra los lujos y los ocios de la vida temporal.

De un modo u otro, la gente mexicana seguía vocada a la muerte. Ya sin horror de hecatombe, ya sin el bárbaro aullido de los sacrificios, ya sin la trágica convicción de que para no agotar las fuentes de la existencia hay que regarlas con sangre. Pero con un nuevo pavor

ultraterreno y con una inexpresable desgana vital que se acendrabra en el despojo, en el exilio del gobierno propio.

Rasga la grisallosa mudez de este crepúsculo el grito de Dolores. Nuevamente el indio está en pie de guerra por cosa propia, por cosa atañedora a su vida, a la vida. Tres siglos de servidumbre no le han hecho olvidar con qué paso decidido debe entrar el varón en el sendero de la guerra, ni le han entelerido el corazón, ni le han hecho avaro de su sangre. Bajo la guía de criollos y mestizos, librára las batallas de la emancipación política con un coraje y, también, con una crueldad que nuevamente corrobora su trágico fatalismo, su inenarrable indiferencia por la propia y por la ajena vida.

Durante setenta años, la tierra de México volverá a ser escenario de guerra, teatro de muerte. Cuando no se ven obligados los mexicanos a defender su soberanía contra poderes extranjeros, luchan entre sí para ver de dar a la república recién nacida una amplitud institucional y una base económica en que puedan acomodarse los encontrados intereses de aristócratas y mestizos, de ricos y pobres, de criollos e indios. Hasta que la dictadura porfirista abre un nuevo paréntesis de paz y deja en suspenso por largos años la solución del problema fundamental de México: la emancipación económica e intelectual del indio, su reconciliación con la vida, su acceso al gobierno de la heredad mexicana.

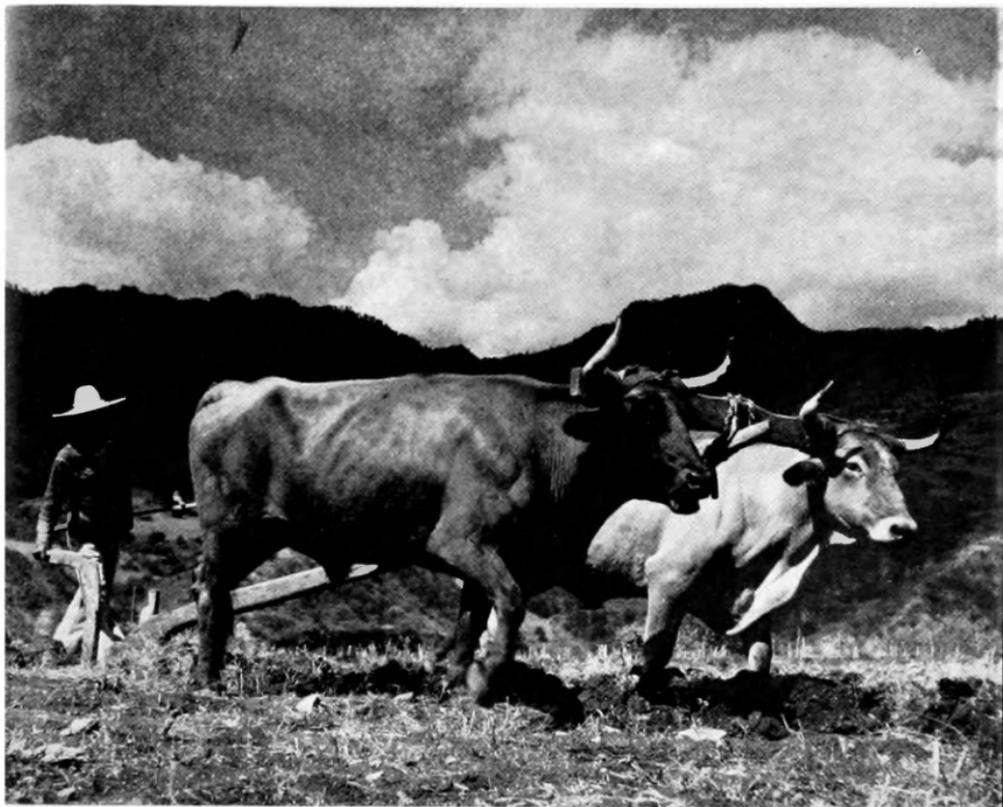
Como un toro que, cegado por su propia fuerza y furor, se precipita del otero al valle, aventando cuanto le estorba en su embestida y llenando los campos con su cávido mugido, así se desata la Revolución tras la tregua porfirista. En las haciendas y en los pueblos no se sabe muy bien lo que la Revolución quiere, pero su llama prende en los yertos corazones de la indiada. Como parece inevitable en México, no hay unidad en el nuevo movimiento libertador: en consonancia con las luchas de los antiguos imperios, villistas y convencionistas, zapatistas y carrancistas combaten por cuenta propia o se ligan transitoriamente en los azares de una guerra a muerte en que se renuevan el furor ancestral, la trágica imaginación, la crueldad casi mística de los tiempos de Huitzilopochtli.

Cuando la paz vuelve a los campos, el pueblo parece haber ganado su más áspera y decisiva lucha. Los gobiernos revolucionarios comienzan a restituir la tierra a sus dueños naturales, a abrir escuelas para los siervos de la gleba, a dispensar las libertades que antes se negaran. Y se ofrece un ancho camino a los humildes para llegar a la preeminencia y al mando. Pero, y aquí reside a mi entender el más hondo problema de México, el pueblo en trance de definitiva liberación parece desentenderse de su propia obra, de su propio destino para sumirse de nuevo en el silencio, en la desgana, en la despreocupación por las cosas de la vida. Es como si a la herencia de los mayas, tan dados a la eutanasia, viniese a agregarse el eco lejano de aquellos españoles a quienes agradaba escuchar, a la hora de la queda, dilatarse por las calles en sombra de los poblados aquel tremendo pregón:

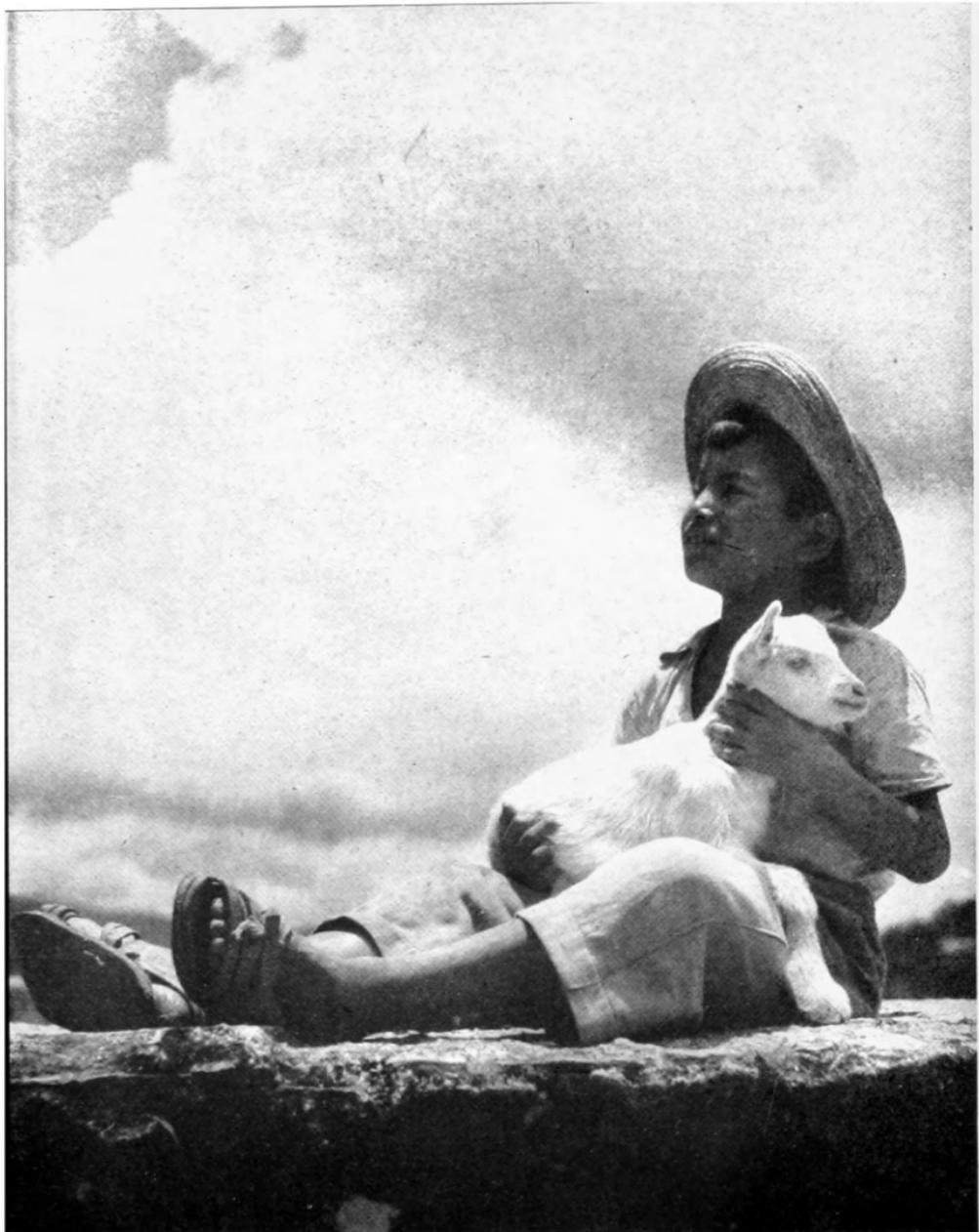
*No hay nada que más despierte
que pensar siempre en la muerte.*

En lo puramente aparential y temporal, México progresa, se enriquece, aumenta su cultura, consolida su posición internacional. Pero en lo más hondo de sus entrañas continúa llevando el peso de millones de seres que parecen haber dimitido de la vida y vagan, con una quieta desesperanza, por los campos que un risueño sol calienta y el más puro aire de la esfera baña.

Para quien ame a México con auténtico amor, nada será tan inquietante como este contraste entre la magnificencia de la patria mexicana y el desaliento de la masa mayor de sus pobladores. No es fácil para el lenguaje encarecer la hermosura y riqueza de este suelo; ni alcanza la memoria a dar albergue a las historias fabulosas de los cien imperios que lo hicieron ilustre con sus hazañas y monumentos; ni puede tener la pretensión el entendimiento de hacer el inventario de las obras con que el pintor y el poeta, el orfebre y el arquitecto, el alfarero y el músico, el tejedor y el bailarín, el dramaturgo y el ensayista dieron a México el primer lugar entre las naciones de América por razón de arte y de inteligencia. Todo aquí se con-



LABRANZA DE MÉXICO



PORVENIR DE MEXICO

fabula para formar el hogar de la alegría, la casa de la belleza. El orgullo nacional tiene, como en pocas naciones del mundo, ancha, solidísima base. Para el resto de la América Latina, México fulge como un símbolo. En un mundo nuevo en que la justicia y el bienestar fuesen para todos, en que se internacionalizase la democracia, en que el trabajo adquiriese precio humano y tuviese el sentido de un noble juego, en que los valores espirituales se colocasen en el ápice de las jerarquías, México tendría el fulgor indeficiente del lucero de la mañana, de la clara estrella de Quetzalcoatl. Pero para que ese destino luminoso se cumpla, es menester reconciliar al hombre con la vida, reeducarlo en el amor por la vida, encenderlo en las altas esperanzas de la tierra.

He ahí, a mi entender, a mi entender de enamorado, la espléndida tarea que estos tiempos traen para las nuevas generaciones mexicanas. A ellas la ardua empresa. Y el galardón maravilloso.

DISCURSO SOBRE LA RESTAURACION

Por *Francisco AYALA*

CONFORME el correr de los acontecimientos va reduciendo al absurdo los engendros de la llamada "política de apaciguamiento", y cuando ya ni la peor voluntad del mundo parece capaz de salvar el régimen impuesto por ella a España, comienzan a agitarse con nuevas perspectivas los partidarios de restaurar allí la Monarquía. Son perspectivas tan desdichadas que sólo con la desdicha cuentan: están fundadas en el agotamiento, la resignación y el escepticismo, y ofrecen un triste programa de desilusionada mediocridad. Pero, frente a eso, ¿qué otras alternativas se presentan?, ¿qué otros programas? A la Restauración monárquica se le quiere oponer otra restauración: la Restauración de la República.

El despropósito apenas se disimula en el carácter ambiguo de la fórmula republicana de gobierno. Por "república" suele entenderse la antítesis y negación de la monarquía; un régimen abierto, dentro de cuyos límites formales caben los más variados contenidos y, por lo tanto, las más diversas intenciones. Pero hasta ahora no se ha concretado, en verdad, ninguna otra, como no sea la de restaurar el sistema político fenecido en la guerra civil. Y esta restauración, tan imposible en esencia como toda restauración, no ofrece ni siquiera el menguado programa de una vida nacional subalterna dentro de un aparato ortopédico sostenido desde el exterior (que es, en el fondo, lo que desean para España los partidarios de la Monarquía). La restauración republicana no puede prometer ni eso, porque le falta el artilugio institucional adecuado. No le queda sino remitirse a lo que el tiempo diga.

Pero, por sí solo, el tiempo no dice nada. Invocar los principios, mostrar disposiciones a acatar la voluntad po-

pular, no es todavía hacer propuestas políticas, sino proclamar un postulado al que necesita infundirse tal o cual sentido concreto, —y los admite muy divergentes. ¿Quién se espera que lo haga?

Sería demasiado fácil vituperar la mezquindad de los políticos profesionales que, exiliados, se enzarzan en querellas mínimas o exhiben ambiciones de alcalde rural. El espectáculo resulta deprimente porque ahora se desarrolla en el vacío y no involucra contenidos de realidad política; pero, en definitiva, es el mismo que nos ha apasionado y arrastrado cuando sus incidencias ponían en juego algo más que rencillas personales. Sin duda, hubiera sido discreta una suspensión de las actividades políticas “normales” en tan anormales circunstancias; pero de ahí no debe pasar el reproche: el problema planteado es tan de vida o muerte que no puede considerárselo como tarea “profesional” de políticos: incumbe a todos y a cada uno en igual medida. Y es el caso que la atmósfera predominante entre los españoles está envenenada por la sensación del agravio padecido, y que la obsesión de la injusticia sufrida no deja lugar al examen de conciencia ni a la capitulación de las propias culpas.

De este modo, el pueblo entero peligra de hundirse en el *impasse* moral a que ha sido llevado: lo devora el resentimiento —pasión del ánimo cuyo remedio de descreído sensualismo es peor que la enfermedad misma. Entretanto, vive —que es un no vivir— entregado a la expectativa, en conjeturas y cábalas, con la impresión de haberse escapado su propio destino de entre las manos. Bajo la actitud hosca y rencorosa se descubre en general el abandono —desesperado, si no resignado— al destino que otros quieran impartirle.

PERO ¿no será ésta una trampa que nos tiende nuestra propia soberbia? Ciertamente, sin duda, y muy cierto, que después de tantos descalabros como nos ha proporcionado nuestro despenadero histórico, y tan reciente el último de ellos, nuestra voluntad no puede cuadrarse frente a los actuales dueños del mundo. Mas, porque no podemos ha-

blar en el tono de señores, ¿es motivo para adoptar maneras de mendigos, siquiera sean las del clásico pordiosero altivo?

Se impone una rigurosa autocrítica para no caer en las reacciones —bien registradas y tipificadas en nuestra tradición literaria— que muestran en la desgracia el revés de nuestro carácter moral. Sírvanos de aviso la afectada hinchazón y fingida altanería con que —¡treteta de pícaros!— han querido cubrir su vasallaje los portavoces del régimen franquista durante la dominación alemana en Europa, y no incurramos, tras la baladronada del fanfarrón que amenaza y guiña, en el cerrado orgullo del hidalgo que se muere en un rincón esperando ayuda del cielo.

Pues por grande que sea el poder de los futuros rectores del mundo, y por más que su voluntad positiva deba ser tenida por incontrastable, no carece, sin embargo, de límites. Sería vana la pretensión de oponerse a una voluntad definida y esencial; pero nada impide modificar la voluntad concreta, aunque sólo sea obligándola a vencer una resistencia y, con ello, forzándola a plegarse en algún grado a ella. Esto aparte, fuera de la voluntad esencial de prevalecer sobre la tierra, y de un núcleo de designios congruentes, hechos y formados, queda una zona amplia en la que el sesgo de la dirección política mundial es moldeado por circunstancias sobre las que cabe influir en medida apreciable. No oponerle a esa dirección política mundial sino una triste y enconada pasividad es invitarla a la desconsideración y persuadirla a que provea aún en aquello que nunca hubiera pensado.

Nuestra situación histórica —dividida nuestra comunidad en multitud de entidades políticas, y todavía con la reciente fisura de la guerra civil española— no permite que nuestra voz sea apenas expresión de poder. Ya sería mucho que consiguiéramos darle autoridad, sacando fuerzas de nuestra flaqueza. Es una situación que viene de muy atrás y que, en lo substancial, no había de alterarse por el resultado de la contienda en que se ha estado ventilando la cuestión del poder en el mundo. Quienes entre nosotros se alborocen y tengan por suyo el triunfo de las llamadas democracias, echando las campanas a



Muerte de D. Alfonso de Borbón y Battenberg, ex príncipe de Asturias.



Don Juan de Borbón y Battenberg con la boina roja del requeté cuando entró a España en 1937 para ponerse a las órdenes de Franco.

vuelo, actúan —aun de buena fe— como instrumento de su poder sobre nosotros, como elementos disolventes en el seno de nuestra cultura: son *quinta columna*.¹ Pues —dicho con toda crudeza, y con la exageración que la crudeza comporta—: como hispánicos, tenemos que estar, una vez concluída la guerra, en contra de sus ganadores. Hubiéramos tenido que estarlo en cualquier hipótesis.

Esto no equivale a decir, sin embargo, que nos fuera indiferente su resultado. Una consecuencia tal pertenecería a la actitud desesperada cuya infecundidad recuso. Por el contrario: todo nuestro interés —dadas las circunstancias— estaba en el triunfo de la coalición democrática; y mientras la contienda se mantuvo indecisa, todo nuestro deber histórico consistía, por lo tanto, en ayudar a su triunfo, sin limitación ni regateo. Pues el triunfo de esa coalición presenta ventajas vitales para nosotros, al abrirnos coyunturas excluídas por completo en la hipótesis contraria.

Por lo pronto, el triunfo de Alemania hubiera implicado nuestra inclusión en su “nuevo orden”, y ello en una posición muy subalterna. La conocida escala de valores del racismo² asigna el papel de parias a nuestras multitudes, lo mismo peninsulares que americanas, y sólo una extremada vileza ha podido mover a algunos hombres de nuestras razas a aspirar al cargo de cómitres o capataces de sus hermanos al servicio de la raza pretendida superior.

¹ Decir esto es, sin duda, incurrir en imprudencia y falta de tacto político; lo hábil sería fingir crédito a los principios proclamados en el sentido de extensión universal de la libertad y respeto a la voluntad de los pueblos, por más que la forma reticente de esas proclamaciones acusa una conciencia demasiado esclarecida, por desgracia, sobre las efectivas relaciones de poder. Si yo tuviera alguna responsabilidad de político afectaría tal vez un crédito incondicionado a esos principios, tratando de ligar así a quienes los promulgan. Pero mi responsabilidad es de intelectual; lo que yo diga no ha de pasar en ningún orden de decisiones, y en cambio quizás pueda contribuir a dilucidar la situación, tal cual ella es.

² En general, el totalitarismo ha declarado sus intenciones paladinamente, y no es culpa suya si un mundo hecho a la política de doblez y convencionalismo se resistía a tomar sus declaraciones al pie de la letra.

También en la abyección de los *quislings* hay categorías: las de la mayor o menor proximidad a la *Herrenrasse*.

No es necesario confundir la realidad política viva con las afirmaciones doctrinales sobre civilización cristiana, igualdad de todos los hombres y dignidad de la persona humana, para darse cuenta y reconocer que existe gran diferencia entre una realidad—tan deficiente como se quiera—orientada por esos ideales y una realidad constituida en contra de ellos, que los vilipendia y que eleva a ideales criterios que hasta ahora sólo se habían aplicado en la zootecnia. Negar la diferencia sería tanto como desconocer la fuerza constitutiva y vinculatoria de los ideales.

Pero, aparte esta ventaja (que tampoco ha de exagerarse; pues las relaciones de dominación no pueden ser suprimidas por las *ideas*, que acaso las modifican y atemperan), el triunfo de la coalición democrática comporta para nosotros coyunturas muy positivas, derivadas del hecho de la coalición misma. El triunfo del Eje no nos hubiera dejado ni el más pequeño margen de maniobra. Una parte de nuestra comunidad—quizás no sólo las islas Filipinas y las colonias portuguesas de Oriente—se hubiera desintegrado a favor del Imperio japonés, mientras que el gran cuerpo de nuestra cultura, en Europa y en América, hubiera caído bajo el dominio de Alemania atado de pies y manos.

En cambio, las condiciones de la coalición vencedora no nos avocan a un destino tan inflexible y unívoco. Lejos de la organización, semejante en todos sus rasgos al Imperio romano, que se proponía superponer al mundo Alemania—un propósito cuyo comienzo de realización hemos presenciado en el Continente europeo—, habrá de fraguarse ahora un sistema de poderes mundiales cuya estructura y fisonomía dependerán en gran parte de fuerzas internas y de su recíproco juego.

En ese proceso de acomodación es donde podemos hallar nuestras oportunidades, colaborando a él de manera activa a fin de afirmar nuestra personalidad cultural en la próxima fase histórica de la civilización.

Que tal cosa llegue a ocurrir es algo que depende no sólo de los dominadores, sino también de nosotros mismos. Su dominación es un hecho, un dato objetivo, y como

tal hemos de aceptarlo. El resentimiento que nos ocasiona es de eficacia nula: ni podemos suprimir con él la realidad, ni creo que nadie espere persuadir a las potencias que abduquen de su posición eminente porque a nosotros nos resulte penosa de soportar.

Pero una vez aceptado el hecho, podemos bien movernos dentro de sus límites, para tratar de alterar a nuestro beneficio sus condiciones, que, como históricas, no son definitivas ni inmutables, sino sujetas a continuo cambio. A tal fin, lo primero que necesitamos es darnos cabal cuenta de ellas; percibir y calibrar las posibilidades que nos ofrece un mundo en pleno reajuste, en estado de protoplasma, donde todo cabe en principio, y donde ninguna estructura puede considerarse firme.

DEJEMOS aparte América, no sin señalar de pasada el sentido, constructivo dentro de su timidez, que presentan los esfuerzos coordinadores que vienen efectuándose en el Sur del Continente por lo que se refiere a la economía (unión aduanera entre Argentina y Chile, extensible a otros Estados; acuerdos comerciales entre Argentina y Paraguay, Argentina y Brasil, etc.) Y consideremos la zona donde se ha de producir en forma más aguda la compulsación definitiva: la Península Ibérica; hacia allá apuntan las tendencias restauradoras aludidas al comienzo, puesto que sobre el Estado español concurren.

Injusto sería no reconocerles —a una y otra, a la monárquica como a la republicana, en la medida más o menos amplia en que son sinceras y no encierran reservas mentales, y prescindiendo de su facticidad—, injusto sería no reconocerles un honesto propósito conservador, eso que en otros tiempos se gustaba llamar “intenciones patrióticas”: el deseo de preservar la integridad del cuerpo político en su actual estado, restañar sus heridas y permitirle que convalezca en un período de renovada somnolencia. Tan prudente temperamento no carece de tradición en la política española, y hasta de una tradición abonada por aceptables frutos: la representada en la obra de Cánovas del Castillo, cuyo espíritu alcanzaría expre-

sión máxima en la neutralidad observada durante el conflicto de 1914-1918. Pero ¿sería posible hoy semejante cosa? ¿Consienten las condiciones actuales del mundo el enquistamiento de un cuerpo político —y emplazado nada menos que en la península ibérica—, mientras cambian y se reajustan todas las relaciones de poder sobre la tierra?

Ilusión tan estupenda y apenas creíble sólo se explica por el hábito de pensar en puros términos de política interna, que los españoles se han formado durante el tiempo en que, decaída España y neutralizado su Estado, era un elemento pasivo en el equilibrio internacional europeo y toda su política exterior consistía en no tener ninguna. La inesperada irrupción de la pugna política mundial en su cerrado ámbito a favor de un conflicto doméstico es, sin duda, la causa de ese resentimiento espeso, único punto de simpatía emotiva que une hoy a todos los españoles. Desprevenidos, no han podido digerir todavía la brutal experiencia a que se han visto sometidos: sin comerlo ni beberlo, como quien dice, España fué convertida en palenque de la primera compulsación de las potencias que disputan la hegemonía mundial en términos de nueva amplitud. Luego serían implicados otros "neutrales" que ni siquiera habían ofrecido la ocasión de una querella interna; pero los españoles, polarizados en la suya, confinados en la dialéctica de la guerra civil, no comprendieron entonces, y siguen sin comprender —por lo menos, con una comprensión vital capaz de ordenar la conducta traduciéndose en actos— el verdadero sentido de la nueva realidad: que, rotos los viejos equilibrios, alterada la relación de las potencias y replanteada la cuestión de la hegemonía mundial en una amplitud antes desconocida, no queda posibilidad alguna de enquistamiento en medio de tan radical reajuste para un Estado que administra uno de los puntos cruciales de los factores en competencia. Si una reorganización tan profunda como la que se encuentra en curso en un mundo tan interdependiente como el actual tiene que afectar a todos los países, ¿había de substraerse España, con su posición geográfica, a las transformaciones derivadas de la nueva constelación de potencias? El mismo destino que hizo de sus tierras primer escenario de esta guerra impide que, una vez resuelta, se entregue

de nuevo a un recoleto descanso. Eso es lo que se obtinan en ignorar quienes propugnan restauraciones. Su bueno y honrado deseo de evitar los horrores y daños de nuevas convulsiones políticas, se concreta, bajo una u otra forma, en el proyecto, más o menos viable, habilidoso e idóneo en cuanto a los medios, de asfixiar el encono que divide a los españoles, en espera de que el tiempo lo mitigue. Considero que las circunstancias generales hacen irrealizable el proyecto, y que si se clausurase a los españoles dentro de un aparato de fuerza, sería con el sólo efecto de ponerlos pasivamente al servicio de intereses foráneos. Pero, de resultar factible, ¿podría estimarse saludable? Encerrados en la dialéctica de la guerra civil, inmovilizados, el encarnizamiento de las almas no tendría otra salida que la desmoralización de que ya comienza a presentar síntomas la sociedad española. La distensión pasional rendiría sólo frutos podridos. Y, en verdad, las perspectivas restauradoras son ya manifestación de un escepticismo letal ellas mismas.

Los defensores de la Restauración proponen en abono de su tesis un falso dilema; la alternativa sería seguir dando vueltas sin fin a la noria seca hasta que los españoles, engegucidos por el odio, se hubieran exterminado unos a otros. Es un dilema falso, digo; porque las circunstancias externas excluyen este término. Parece inverosímil que las potencias destinadas a administrar el planeta a raíz de su triunfo militar se avinieran a consentir un prolongado desorden en la Península Ibérica (y si por un momento las viéramos cruzarse de brazos ante él, habría mucho que temer de su circunspección: a la postre, nada impide que los principios de la Carta del Atlántico den lugar a una nueva subdivisión política que "libere" a tales o cuales territorios del actual Estado español). En definitiva todas esas hipótesis: restauración de un régimen cuya condición de subsistencia tendría que ser el fiel servicio de intereses ajenos; gobierno-títere impuesto tras una operación de "policía internacional", o disgregación política en varias nuevas "soberanías", no son sino mati-

ces distintos de una misma situación de fondo, caracterizada por la pérdida de personalidad histórica y la entrega pasiva a poderes extraños.

Si se recusan los designios restauradores no ha de ser a favor de una solución catastrófica. Por muy intrincado que sea el problema —y lo es atterradoramente— fuerza será buscarle una salida constructiva que integre los datos de la situación interna con los de las circunstancias exteriores. Pues ni se puede prescindir del estado real del pueblo español, sobre todo en cuanto estado de conciencia, ni persistir tampoco en el funesto olvido de los movimientos reales del poder mundial, olvido que tan graves males debía ocasionarle, y que podría aniquilarlo en el futuro próximo.

Que esa salida ha de encontrarse en el espíritu de la epopeya española contra el fascismo, y sólo ahí, parece tan evidente que no requiere razonamiento especial. ¿Dónde, si no? Pero el espíritu de la epopeya no debe ser identificado con sus residuos históricos, con los restos desvenecijados de su concreta estructura. Cada cual puede invocarlo desde el fondo de su conciencia; mas, deducir pretensiones de la legalidad de tales o cuales títulos, equivale a confesar la carencia de otros, menos formalistas que una representación oficial caducada. El carnaval de las investiduras democráticas remeda pronto, con desventaja notoria, al triste legitimismo de las monarquías destronadas.

No; con lo que he llamado por analogía la Restauración de la República no se está en camino de quebrar el círculo de hierro en que ha encerrado a España la guerra civil; es reincidir en un estado de ánimo correspondiente al pasado. La guerra civil pertenece a la Historia, es un episodio clausurado irrevocablemente. ¡Si hasta el propio régimen franquista está ya casi tan muerto como la República que sucumbiera a sus manos!...

Ni mi propósito ni mis capacidades me permiten rebasar estas apreciaciones de carácter general hacia otras de orden programático. Por lo demás, la dificultad del problema es tanta que hace disculpables todos los errores y dignos de loa todos los esfuerzos, aun los menos afortunados, siempre que se inspiren en la buena fe. Pues lo

cierto es que deben ser vencidas resistencias colosales. Si su despreocupación incauta de la política exterior impidió a España interpretar con acierto la realidad circundante, esta incompreensión suya tiene como contrapartida la ceguera del mundo respecto de España, mezclada además con una contumacia de oscuras raíces psíquicas. El caso es que, a la fecha, no ha recibido ni una leve reparación moral, una simple mención de su lucha contra el totalitarismo. La tarea de forzar el destino adverso y encauzar las energías y pasiones contenidas hacia una política de futuro, es una tarea para la que no se necesita menos que auténtica genialidad. Para prepararla es indispensable hacerse el ánimo, a su dureza, pero también a su facticidad.

Las condiciones de la coalición de poderes triunfante en la guerra, tal como han sido esbozadas antes, instruyen acerca de esto. Entre los dos poderes ciclópeos de Rusia y Norteamérica, Inglaterra ha de esforzarse por defender su posición y su imperio, transportando ahora a dimensiones planetarias su tradicional política de equilibrio. No es caso de hacer aquí un estudio detallado de la situación, ni poseo elementos de juicio para intentarlo, pero lo apuntado basta para advertir de que contiene una coyuntura cierta para nosotros, aumentada en proporciones todavía incalculables por el hecho de haberse quebrado todas las estructuras políticas de Europa. Lo que para el Estado español es hoy un peligro, es una realidad para otros muchos Estados europeos. Francia e Italia, sobre todo, afrontan en forma dramática la cuestión de su subsistencia nacional y de su estructura política. ¿No podría estar llamada España a organizar el occidente latino de Europa sobre la fortuna de Portugal, cuya capitalidad queda, mirando hacia América, asomada al océano donde ha de concentrarse el nuevo sistema de poderes?³

³ El jefe del gobierno portugués ha mostrado en una declaración periodística haberse percatado a fondo del cambio que se está produciendo en las relaciones mundiales. En un gobernante, raro será que el conocimiento no vaya seguido de la congruente acción.

EL PAN Y LA PALABRA

PARA celebrar el segundo aniversario de su aparición, CUADERNOS AMERICANOS reunió a un grupo selecto y numeroso de sus amigos en un banquete que se efectuó el día 30 de diciembre de 1943. A él asistieron muy altos valores de la intelectualidad mexicana y española así como representaciones señeras de otros países de América y de Europa. Al final hicieron uso de la palabra los poetas José Carner, Enrique González Martínez y Juan Larrea cuyos discursos, por juzgarlos de interés general, publicamos a continuación en el orden que fueron pronunciados.

JOSÉ CARNER:

ME pongo de pie, dócil al mandado, sin más calificación que la de sentirme, como todos los presentes, muy obligado al rito generoso de esta reunión convivial, que acoge a los amigos de los CUADERNOS AMERICANOS, esa publicación fulgurante de fe, de aparejo intelectual y material tan primoroso, cada vez más justamente estimada a la cabeza de la cultura en lengua hispánica. Juntos estamos en ella los náufragos de un continente casi sumergido y los hijos de este Plus Ultra fascinador, casi indistinto de aventureros y apóstoles, de logrerros y utopistas, pero, sobre todo, refugio de inconformes, acicate de videntes, reserva y tentación de nuevas y grandes posibilidades humanas. En instintiva y honrosa complicidad, hemos puesto en común nuestros esfuerzos en este país mexicano, ya el más genial del continente incógnito en los días de su vida incompareciente y como sellada, y aquél, de todas las tierras del Nuevo Mundo en que España obrara con más grandeza; pero ya somos testigos y en lo que cada uno valiere valedores de un tercer destino mexicano. Y tanta es la trascendencia de este destino nuevo que, con ser tal la holgura de México rebasa sus fronteras, y en todos los occidentales paralelos promueve la esperanza, y en estos días históricos en que tantos valores se han anulado en un bostezo de tontería, y tantos han sido muertos a traición o empujados al suicidio, él mira a un propósito y servicio imperecederos.

La salvación del hombre en América y por América, el logro y la irradiación de la universalidad de América, convertida en mística sede de la única cultura insofisticada, que es la que no lleva epítetos gentilicios, es empeño que reclama dedicaciones exigentes, casi inmolaciones: tenemos medios mucho más escasos que las revolturas de lianas y los acechos de fieras predatorias de que está sembrado el camino. Pero nada grande se consiguió en el mundo con medios suficientes. ¿Y quién negará que en una buena economía de combate aun de los peligros cabe sacar partido? Cuando veamos a nuestro alrededor los amagos de la ignorancia enfurruñada, mecánica en sus costumbres, o del obeso interés antropófago, o del fanatismo dispuesto a valerse del fratricidio por él convertido en una especie de *última ratio Dei*, será todo ello acicate para la voluntad vigilante, exigencia clara de una virtud cotidiana. No pocas naciones hubieron de rendirse por no haberse dado cuenta, a pesar del descaro del antagonista en sus pregones, de no haber más alternativa que excederse o desaparecer. El éxito de la devastación, del derrumbamiento de cuanto hace que valga la pena vivir, ha sido enorme; y aunque hoy parezca en circunstancias apretadas el mayor agente del mal, bueno será que procedamos sin tardanza sus enemigos y víctimas a una operación de victoria y limpieza en nuestras propias almas. Que el peligro de los que casi se creen en salvo no se cura con ademanes, ni se evitan las posibilidades de efectiva deshumanización con sólo repetir palabras tópicas que ya no corresponden a la realidad vital. Hay gobiernos con sede en Londres, de países ocupados, que se dedican a estimular la propaganda antisemita; hay democracias en el frente de la lucha contra Hitler en que una parte no desdeñable de los ciudadanos se dispone, en el mismo plan de la entreguerra, a ajustarse a la defensa del privilegio; hemos visto uniones obreras, técnicamente amigas de la República Española y por largo espacio saturadas de propaganda internacionalista, que negaron el ingreso en sus filas al obrero español en la adversidad, en la precisa adversidad que le valiera su condición de primer protagonista clarividente en la resistencia contra el crimen.

Escojo al azar estos ejemplos de tristes anomalías. Su misma abundancia sugiere que no bastarán para el remedio unas precauciones desperdigadas, unos meros cuidados de rectificación. Lo que más importa, es crear la atmósfera propicia al ideal, única en que los hombres, como sacados de su angustia y súbitamente deslumbrados, se dan cuenta de que como mejor se endereza es creando. Queremos este lucero, este claror para la frente de América. Ello es exigencia a la vez de cultura

y de justicia, sentido de responsabilidad y de servicio, espíritu formado en unas nuevas humanidades, nueva enseñanza de las eternas. No importa que no sea esto lo que vemos todos los días en este continente, ni que el recentísimo deber de alcanzarlo se haya entrado por sorpresa, como un salteador: así operan todos los grandes decisivos, la vida, el amor y la muerte. Debemos hipnotizar los días presentes y los venideros, imponer a la realidad su propia imagen, o sea la más alta que podamos soñar. Nos cercioró un astrónomo de la existencia de un planeta por haber observado no su presencia sino su necesidad. Sabemos que la América valedora de la dignidad humana es necesaria e inexcusable. Que, por añadidura sea posible, sólo depende de que, en esta última de las primaveras del mundo, en que aún en parte andan confusos el polvo de lo que fué vida y el polen de lo que quiere serlo, nos resolvamos a la deducción.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ:

ESTAS fechas de aniversario, descansos ficticios en la monótona e implacable continuidad del tiempo, parecen un alto en el camino y brindan preciosa oportunidad para hacer examen de conciencia, enmienda de errores y afirmación de buenos propósitos.

Satisfacción profunda debe causar a los infatigables animadores de CUADERNOS AMERICANOS la obra por ellos realizada. Lo que comenzó por noble empresa de cultura, ha llegado a ser, en corto plazo, fecunda y gloriosa institución para todos los pueblos de habla española. Es ya ésta una voz de América, y, lo que es más, una voz *que se oye* en todo el continente americano. Sería, claro está, voz oída en España, si no fuera porque allá sólo quedan los prisioneros de las mazmorras franquistas y los que taparon sus orejas, no con la cera de Ulises, sino con bодоques amasados en el fango sangriento de la deshonra. Los que pueden oír esta voz, están aquí, entre nosotros, y son a un tiempo mismo oyentes y voceros; son los proscritos, los despojados, los que han tenido que abandonarlo todo en manos del usurpador; pero que, para decirlo con el verso de uno de sus grandes poetas, *se han traído la canción*.

Y permítaseme un breve paréntesis. Yo no soy cruel, abominoso de lo sanguinario; mas si un cuarto de conversión hacia las naciones victoriosas, maniobra hábilmente impúdica, va a ser causa de que

eludan el castigo los hombres que asesinaron a la República Española, y motivo de que logren un asqueroso perdón de circunstancias, el día en que esto suceda será para mí el más amargo de mi vida. No significa esto una petición de la horca para los traidores, porque la horca está ya ennoblecida con los cuerpos hechos péndulos simbólicos de los mártires de la libertad.

Los CUADERNOS AMERICANOS no son únicamente una voz, sino una advertencia para el futuro próximo, una afirmación de que los valores espirituales salvarán el mundo y evitarán la derrota de la paz, que sería la más lamentable de las derrotas. Estos CUADERNOS AMERICANOS son el foco en derredor del cual gravita todo el sistema de fuerzas trascendentales para orientar la conducta humana en los años que han de venir. Su interés por temas en apariencia disímiles no es otra cosa que interés por la vida plena, de hondo sentido humano. Del grupo director y colaborador de esta gran revista, han salido algunos de los libros más extraordinarios de la producción actual de México, y entre sus autores se cuentan mexicanos de abolengo y españoles de aquellos a quienes el dolor ha marcado con el dón de profecía, lo cual no acontece sino de tarde en tarde, en la hora grave de la desolación universal. Hora es ella de convivencia de espíritus, de acción común, porque los hombres no conviven por estar juntos, según la palabra de un ilustre escritor, sino por hacer algo juntos. Hora es de esperanza y responsabilidad para los pueblos de América, los que menos han sufrido las injurias de la barbarie, los pueblos todavía inocentes y que tienen aún vigor bastante para la prueba decisiva de la resurrección a una vida más alta.

Ayer todavía éramos una esperanza y quizás y apenas un presentimiento. Hoy somos una realidad palpitante y una afirmación concreta. Ayer, los pueblos monopolizadores de las culturas milenarias podían eliminarnos del tablero de ajedrez de sus complicadas combinaciones políticas y de la refinada urdimbre de su diplomacia bizantina. Hoy, necesitan contar con nosotros, a riesgo de que si nos dejan pasar inadvertidos, dejen también inadvertido su futuro grave, tan grave como su presente, tan amenazante como la catástrofe en la cual, si no somos los protagonistas, se nos ha investido de pronto con la toga de los pueblos adultos. Esta mayoría de edad conquistada súbitamente, trae aparejados tremendos compromisos de índole moral y pesados deberes ineludibles. Somos como aquellos mozos a quienes la repentina dolencia del progenitor obliga a apuntalar el hogar que se desploma.

Para tal momento este grupo de CUADERNOS AMERICANOS está en pie. Jesús Silva Herzog y Juan Larrea merecen bien de los pueblos que combaten por la libertad. Su actitud, a la vez firme y tolerante, los consagra como paladines del ideal que sustentan las democracias. Sea en buena hora, y que nuestra fervorosa admiración los acompañe a donde vayan, si han de persistir en los principios que hasta hoy han sustentado y defendido. Este aniversario se ha de señalar con piedra blanca en los anales de la cultura mexicana.

JUAN LARREA:

SI una vez más nos encontramos aquí al calor de CUADERNOS AMERICANOS compartiendo el pan y la palabra, se debe a que sin uno y otra ni el hombre ni sus verdaderas empresas pueden vivir. La palabra y el pan, lo que da y lo que recibe la garganta, órgano síntesis de lo humano, a medio camino entre el corazón y el cerebro, y en cuya lúcida, en cuya palpitante equidistancia descubre su ritmo la canción.

De aquí que el hecho, banal en apariencia, de congregarnos en torno de estas mesas, posea un simbolismo ritual ajustado a las coordenadas profundas de la vida y por tanto la significación de un acto religioso. Por los malos tiempos que corren constituye una profesión colectiva de fe, y hasta de una fe no exenta de cierto grado de heroísmo. Porque heroísmo se requiere en esta hora de apogeo de la fuerza material para levantar, como lo ha hecho CUADERNOS AMERICANOS, la enseña de los valores humanos superiores y proclamar su fe en el triunfo de esa inteligencia tan perseguida, tan desnaturalizada y vilipendiada, proponiéndose quijotesca, según consta en su declaración inicial, "enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura".

Muy significativos son los términos en que fué concebida esa corta declaración. Porque "enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura" quiere decir que, ante las dos actitudes distintas que el salvamento cultural propone, la actitud conservadora tendiente a preservar como el administrador de la parábola evangélica el talento que le fué entregado, y la actitud creadora para la que, siendo la cultura esencialmente progresión, incesante crecimiento, la única defensa efectiva reside en el ataque, CUADERNOS AMERICANOS

se pronunció por la segunda, afirmando implícitamente que en la actual crisis histórica, cuando resultan a todas luces insuficientes los valores intelectuales y morales conseguidos hasta el día por el genio de la especie, la única gran esperanza de salvación estriba en el desarrollo de la facultad poética de la inteligencia.

Tal vez en otras regiones de libertad mitigada resulte legítimamente la posición conservadora. Mas en este hemisferio de la Libertad con mayúscula, cuanto no sea intento de creación carece de sentido. Porque si hasta el presente, como menor de edad, no ha pasado América del estado preliminar de impregnación siendo más consumidora que creadora de cultura, hoy que tantos prestigios se desmoronan, sobre el Nuevo Mundo gravita la necesidad de bastarse a sí mismo forjando aquellos nuevos valores que responden a sus exigencias peculiares—al tema que materializa—, y que han de constituir su aportación al universo común. De suerte que en vez de estarse a las resultas del cataclismo europeo, el hombre precavido ha de conducirse aquí como si sobre América recayera la responsabilidad de gestar aquellos elementos necesarios para que el mundo pueda un día gozar por fin del secularmente ansiado equilibrio; como si fuera éste el único territorio del planeta donde ha de seguir existiendo aquel grado sumo de libertad indispensable para que la imaginación creadora pueda desplegar intelectualmente sus alas. Es decir, como si fuera este continente aquel que ha de presenciar el triunfo del ser humano, la proyección de la garganta en que se articularán de consuno el pan y la palabra, la vida sensible y la vida inteligible; donde habrá de instaurarse inicialmente —¡oh, Cantar de los Cantares!— el reino primaveral de la canción.

No es otra, en mi sentir, la ambiciosa tarea que nuestra revista CUADERNOS AMERICANOS se ha propuesto. Función de la inteligencia es prever, erigirse sobre las circunstancias inmediatas para mirar en lontananza, anticiparse a los sucesos, a las estaciones: sembrar... Al hacer en este aniversario estado y balance de nuestra situación, podemos felicitarnos por haber permitido con nuestra actitud que la inteligencia cumpliera en nosotros su quehacer específico. Por haber previsto a tiempo y actuado conforme a dicha previsión, disponemos en estas vísperas del año clave 1944 de un órgano libre, apto para acometer, crecido ya, los trabajos creadores que al presente nos reclaman. No convendría engañarse a este respecto. CUADERNOS AMERICANOS no ha pasado todavía de dar los primeros pasos, de ocupar posiciones previas y adquirir la autoridad de que goza en el hemisferio, como base para la tarea futura. Nuestro verdadero trabajo debiera iniciarse

a partir de aquí propagando de Norte a Sur por el continente el designio creador del Nuevo Mundo. Esta es la ocasión, por fin, de que el tan discutido y generalmente desacreditado intelectual que después de enquistarse en su torre solitaria pasóse al extremo opuesto y se adscribió a la propaganda de los diversos partidos políticos o militó en sus filas, cobre su autonomía plena dignificándose con la libertad propia de la inteligencia destinada por definición a entender en todos los aspectos de la actividad humana, y de que se convierta a la poesía en que se hace vida planetaria la imaginación creadora. De ello depende, a lo que entiendo, la tan apetecida ordenación humana del mundo. Por y para el hombre; por y para lo que existe de específico, de superior y de común en todos y cada uno de los vivientes que han de prestar cauce con su vida al devenir histórico; por y para el ser humano en cuanto individuo y en cuanto entidad social, el intelectual auténtico y responsable ha de revolucionar las actuales jerarquías estableciendo sobre el nivel donde prosperan los instintos primarios, los intereses materiales irremisiblemente hostiles y las ambiciones indómitas, o sea sobre las innumerables clases de egoísmos, una conciencia universal, el orbe genérico de la palabra. Más aún; habrá de cancelar, por irrupción de la luz, esas irracionales situaciones tenebrosas que engendran a ritmo cada vez más agigantado las catástrofes. Grave error fuera pensar que pueden estas últimas ser evitadas por mediación de la fuerza como en la actualidad se propugna. Momentáneamente tal vez. Mas a la postre toda situación de fuerza degenera en conflicto puesto que es el árbol en que maduran todos ellos. Por dolorosa y repetida experiencia sabe la humanidad a qué abismos se precipita la Historia cuando es conducida exclusivamente por la mentalidad militar y política o sea por los caminos del poder. Al grado que cabría afirmar parodiando una frase célebre, que la construcción de la ciudad del hombre es algo demasiado serio para que pueda dejarse en manos de la acción política cuya razón inmediata de existir radica en la defensa de intereses en alguna forma particulares. No. La ordenación humana del mundo sólo surgirá de una conciencia universal y desinteresada de ese mundo y de los caminos que conducen a su realización, es decir, por la libre luz de la inteligencia. Sobre los intereses fraccionarios, subordinándolos al bien general, el intelectual-poeta ha de sostener la empresa del ser humano que, reprimido por el medio ambiente, sufre en cada uno de nosotros, creando fuera de toda concupiscencia personal la atmósfera en que prosperen en su integridad los valores genéricos. He aquí cómo se viene de nuevo a desembocar por estas vías natura-

les en una especie de conciencia religiosa que vincula a cada intelectual con el bien común y a todos ellos con la tarea de alcanzar solidariamente el pan y la palabra libres para los hombres todos.

De acuerdo con lo anterior, quien en estos crudísimos días crea en el reverdecer de la primavera ha de rendirse a la obligación de sembrar. Sembrar no es recoger ni apoderarse de algo en exclusivo beneficio, sino identificarse con el ritmo supremo y ejecutar cuanto haga posible mañana, para los hombres de entonces, la recolección. Fundamentalmente es amar. Por ser amor, no podemos sembrar vanidad de vientos para que nuestros hijos recojan tempestades. Queremos que en nuestras manos, realizándose el vetusto sueño, las espadas se nos conviertan en arados para sembrar el pan y la palabra nuestra de cada día, de suerte que en la heredad del hombre no falten nunca ni el pan ni la palabra y pueda venir para nuestros sucesores, aunque no haya venido para nosotros, el tiempo de la canción. Porque además, sembrar conscientemente es participar ya por sintonía del gozo que irradia esa futura primavera en que los valores humanos han de alcanzar su fulgor supremo. No en balde la mano que se abre generosa a la siembra es anticipada imagen de la flor que, pasado un tiempo, la tierra nos devolverá con creces de colores, de aromas y de inminencia de frutos.

Y ha de sembrarse aquí, en este campo clave, en esta tierra de elección y resonancia que es América. Nativo de Europa creo, sin embargo, saber —no por mera intuición, no acomodaticamente ni por liviano subterfugio, sino tras añosa, dura, esforzada y confirmada experiencia— consentidme que me exprese en primera persona— que lo más útil que individualmente me es dado realizar en pro de los valores que modelaron mi conciencia en el viejo mundo es procurar su continuidad, vale decir su superación, en el continente nuevo. Los territorios tienen una vida y un destino —nos lo recuerda la Historia en todas sus edades y sin excepción de latitudes—, esa vida y destino que inducen al individuo a ofrendar apasionadamente su sangre por la tierra que lo vio nacer. Mas para aquél en quien la conciencia se alza sobre esta noción material y local de suelo patrio, para aquél que universalizado identifica su propio destino con el destino del mundo y con la humanidad que lo encarna, otros más sutiles y complejos son los móviles que lo animan. Su patria es el universo y su lugar allí donde la universalización del hombre se lo pide. A estos respetos no somos pocos los que creemos en la juventud del Nuevo Mundo y en su destino territorial que nos llama, predestinado a propagar por vías de luz

a todo el universo ciertas esenciales realidades que, por reinar entonces la noche, sólo pudieron soñarse utópicamente en el mundo antiguo. Por mi parte creo en el destino del continente como un todo dentro del destino general del orbe. No en el de Hispano-América, no en el de Latino-América sino llanamente en el de América, tierra del espíritu y parte constitutiva de la unidad orgánica del mundo. Sería interpretar erróneamente estas palabras suponer que constituyen una profesión de fe en cualquier teoría vigente con miras a proteger cierta clase de intereses materiales por legítimos que parezcan. Mi ideal no postula tampoco una realidad formada por la mezcla de la actual Norteamérica con el actual resto del hemisferio, tan insuficientes todavía, aunque por diversas razones, una como otro, sino que estriba su esperanza en la capacidad paralela y complementaria de evolución a fondo de cada uno de ambos términos, de manera que, con el tiempo y el intercambio paulatino de los oportunos valores, pueda realizarse la integración orgánica que requieren, con su unidad en la variedad, las síntesis. Recordaré nuevamente que no sólo de los bienes y bienestar materiales vive el hombre sino de la palabra. Y si Norteamérica es hoy dueña y señora del pan, no procede ocultarnos que a nosotros, poetas e intelectuales hispánicos, nos toca articular la palabra, esa palabra con que en el proverbio Adán humanizó su mundo llamando a cada animal por su nombre y con que nosotros humanizaremos las máquinas. He aquí nuestro cometido: pronunciar la palabra que pueda hacer en su día posible la solidaridad del continente entero dentro de una noción más excelsa y universal de lo humano. Así lo creía implícitamente Rubén Darío al sostener que en América "está el foco de una cultura nueva" y propugnar "la unión íntima que al nuevo triunfo lleva" de los dos medios mundos continentales. Mas de todos modos, cuando se dice que empieza actualmente la hora del Nuevo Mundo, ha de entenderse no la hora egoísta de recoger para nosotros sino la generosa de sembrar para la humanidad que viene.

No tardará en volver, siquiera en apariencia, la paz; podrán los emigrados españoles regresar como es debido a nuestra tierra ultrajada para sembrar a su vez el fruto de sus experiencias universales de las que depende en parte el futuro de aquel suelo matriz. Mas la tarea de fraguar por fin el universo humano, la Gran Idea a que se refería el otro gran visionario del continente, Walt Whitman, seguirá reclamando entusiasmos en este Nuevo Mundo. Y algunos españoles, por amor de esta tarea y por amor de América, permaneceremos aquí. Porque dejaría de ser español quien no creyese o no se atreviese a

afirmar públicamente por temor al qué dirán ciertas vagas consignas, su creencia en un más allá de España. Se ha dicho, y Unamuno ha repetido, que la Península ibérica con sus cinco grandes ríos era como la palma de una mano. La mano abierta del sembrador, ha de añadirse la mano generosa entre cuyas líneas se ha podido leer el destino del mundo, y anticipada flor —la flor de la Pasión—, la Pasionaria que ha augurado el resurgir en una celeste primavera. La vida histórica de esta sembradora de naciones no puede comprenderse ni estimarse en su valor justo sino como resultado de una tensión humana hacia ese más allá. Su vocación geográfica, histórica, religiosa y artística, la ambición de sus conquistadores, de sus místicos y de sus poetas ha sido siempre ese más allá. A ello se debe que podamos en este momento y en esta tierra cambiar la palabra los españoles de hoy y los hijos de los españoles de ayer uniéndonos en una hereditaria empresa común. Y por ser la verdadera vocación hispánica vocación de encumbrado humanismo, que no de inhumano dominio, sólo habrá de satisfacerse con la culminación de lo humano dentro de su ámbito propio, lo universal, encarnando ese cuerpo de realidades morales que se extiende por encima del humanismo todavía elemental de Occidente. De la inclusión, en ese cuerpo, de una serie de integraciones apuntadas ya en mayor o menor escala por la Historia habrá de nacer auroralmente el mundo nuevo.

Hacia él vamos.

Como dijo en nuestra primera reunión León-Felipe, CUADERNOS AMERICANOS es un barco que flota sobre las ondas que de ese Nuevo Mundo nos separan. También el destino de América es un barco... De los imaginativos, de los enajenados en busca de un más allá, se ha servido siempre la Historia para poblar los continentes y fabricar las culturas. De los poetas, en el amplio sentido del vocablo: de quienes traducen la facultad creadora de la vida, su Presencia o Presente que es la Creación. Se ha servido de su fe, de su amor y de su esperanza heroicas, como se ha servido asimismo, aunque en el plano inconsciente, de las actitudes contrarias. En cuanto me atañe creo saber, y también por experiencia, que lo mejor que al individuo le es posible hacer en este continente al tiempo que labora por el logro material de su contenido, es desvelarse por la generalización trascendental de esas virtudes, desplegar su vida a la aurora en los mástiles de ese destino universal, para que sea hinchada en su plena capacidad de tensión por los vientos favorables. Una vida solidarizada no con lo infame sino con lo maravilloso, no con las rutinas del mal sino con las enterezas del

Bien, no con lo sórdido de las tinieblas sino con las esplendideces de la Luz, no con el egoísmo individual sino con la razón de conjunto. En una palabra: identificada con el Amor que es esa única palabra y que quisiéramos que como el sol fuese pan, el pan nuestro de cada día.

Cuanto aquí estamos creemos en nuestra empresa con sus insuficiencias y defectos visibles, convencidos de que entre todos hemos de perfeccionarla para que lleve a buen puerto nuestros afanes. Entre todos, cada cual a su manera, los que aquí estamos—así como entre otros muchos americanos y españoles de buena voluntad que no se encuentran aquí—lo mismo los que cultivan los surcos materiales que los dedicados al puro entendimiento. De suerte que cuando volvamos a reunirnos el año que viene, podamos felicitarnos por haber dado pasos decisivos en nuestro designio de acercarnos al Nuevo Mundo que es, sin duda y sin abdicación posible, nuestro mundo.

EUROPA, RUSIA Y EL FUTURO

LA POLÍTICA, toda política, se propone, en última instancia, actuar en la formación de las normas jurídicas, es decir, en el mantenimiento o la supresión de unas o en el cambio o la creación de otras. Para lograrlo, tiene que obrar sobre el poder del Estado, bien de un modo directo y pleno, es decir, consiguiéndolo para sí, ocupando la función legislativa y la actitud de gobierno; bien de un modo indirecto, mediatizando estos poderes ocupados por otras fuerzas sociales, para influir sobre ellos, en forma de oposición parlamentaria, o mediante la presión de un sector de la opinión pública; o bien, cuando no quepa ni lo uno ni lo otro, luchar para obtener el poder o un influjo efectivo, mayor o menor, sobre éste.

Claro es que toda política se orienta hacia unas finalidades, las cuales son consecuencia de determinados juicios de valor, es decir, resultado de unas preferencias estimativas. Dejemos ahora a un lado el problema de cuales sean los criterios correctos para enjuiciar sobre el acierto o el yerro de esos juicios valorativos y, por consiguiente, para decidir acerca de las orientaciones capitales de una estimativa jurídica o política; y limitémonos a subrayar el hecho de que siempre que se aspira a conseguir el poder estatal, pleno o en una mayor o menor parte, es para llevar a cabo, mediante éste, unas determinadas finalidades. O dicho con otras palabras, toda política se orienta hacia determinados ideales, esto es, hacia aquello que se concibe que debe ser realizado. Me limito aquí a subrayar esto, sin plantearme ahora la cuestión de cuales sean los puntos de vista para distinguir entre finalidades buenas y malas, justas e injustas, acertadas o equivocadas, legítimas o corrompidas; ya que tal cuestión llevaría a desarrollar nada menos que los principios de toda una filosofía política, cosa que no es posible en este artículo. Toda política tiene, pues, unos ideales.

Ahora bien, la política no consiste en pura especulación mental sobre lo que debe ser en determinado momento histórico de una sociedad, sino que es un actuar, inspirándose en ideales, sobre unas concretas realidades colectivas; un encauzarlas, un manejarlas, para conseguir de ellas el poder, en vista a utilizar éste después con el fin de configurar de determinado modo las normas jurídicas.

Así, pues, el político se orienta por unos criterios de preferencia, que le dicta su mente estimativa; pero tiene que trabajar con unas realidades, que él no inventa, sino que halla dadas ante sí por la situación histórica del momento. Podríamos decir que el político está forzado a jugar con unas determinadas fichas sobre un tablero determinado. Este y aquella no son acaso los elementos que él desearía; pero son las realidades actuales, la únicas que tiene a su disposición, las únicas con las cuales puede actuar, sin que le sea dada la posibilidad de sustituirlas. En efecto, no puede sustituirlas, ni siquiera cuando su propósito o finalidad capital sea reformarlas radicalmente, pues, incluso en este caso, debe tomar como estación de partida la realidad tal y cual ella es, para que, apoyándose en unos puntos de la misma y utilizando otras de sus fuerzas, le sea hacedero obrar la transformación de esa realidad. La política pone de manifiesto, con máximo relieve, que el mundo de la realidad es mucho más angosto que el mundo de las ideas.

La lectura de un sugestivo libro de D. H. Cole, sobre temas de palpitante actualidad mundial¹ me han incitado a meditar una vez más, por cuenta propia, sobre la esencia de la política y sobre sus fundamentos, y a exponer sobre este asunto, el breve esquema de pensamientos que anteceden, los cuales acaso contribuyan al claro enfoque y juicio de las cuestiones tratadas en esa obra.

Se pregunta Cole, en primer lugar, si los socialistas de la Europa Occidental siguen pensando todavía en un futuro en el cual se restaure la vida de los varios países como Estados separados, o si comienzan ya, al fin, a pensar en términos de una Europa unida. La vuelta a la organización política internacional de la anteguerra llevaría a una situación mucho peor y más caótica que la que se sufrió entonces. No se trata de abolir el sentimiento de nacionalidad, que constituye una fuerza real y creadora; pero es urgente declarar abolida la máxima de que la nacionalidad tenga que ser necesariamente la base para que sobre ella se funde un Estado llamado independiente; independiente tan sólo en cuanto al nombre, pues sabemos que la independencia que podrían esperar los Estados europeos pequeños sería puramente nominal, debajo de la cual existiría la realidad de la completa dominación por el vecino más poderoso. Cole no afirma que Europa entera tenga que organizar sus principales asuntos políticos bajo un solo gobierno unitario. Es posible que, después de la guerra, el gobierno de la Europa continental quede dividido entre dos o tres grandes

¹ G. D. H. COLE, *Europe, Russia and the future*, New York, Mac Millan Company, 1943.

Estados —la Unión Soviética, incrementada en el Sur y en el Oeste, y un nuevo Estado europeo occidental, que abarque los países que tienen arraigada más profundamente una tradición de libertad, y tal vez un nuevo Estado Centroeuropeo, entre aquellos dos. Y es posible que la Gran Bretaña no se inserte en ninguno de esos grupos, sino que, con su comunidad internacional de dominios autónomos, se incorpore como miembro de una nueva unidad, que tendría su centro de poder en los Estados Unidos. No se trata de hacer profecías, ni siquiera de propugnar soluciones taxativas prematuramente; tan sólo, de mostrar la dificultad y la inconveniencia de que se pretenda restaurar en Europa un mosaico de Estados. Es posible y aún probable que Polonia, los Balcanes y Hungría acaben por ser incluidos en la Unión Soviética; y a este respecto Cole hace la confesión personal de que aun cuando él no siente simpatía por los métodos de la política stalinista, esto no le impide cerrar los ojos al hecho de que la U.R.S.S. es fundamentalmente socialista y que tal vez sea la forma soviética la única capaz de ordenar el revoltijo del oriente y del sudeste europeos, y de resolver los problemas económicos de esos pueblos y sobre todo de sus desdichados campesinos. Por otra parte, Cole no excluye la posibilidad de una Alemania soviética, que entre a formar parte de esa U.R.S.S. ampliada; pues, en definitiva, tal vez los alemanes, y en todo caso los prusianos, tienen más en común con las gentes del oriente europeo que con los pueblos occidentales de Europa.

Con respecto al influjo y al papel que habrá de ejercer la Unión Soviética, declara Cole que él no es en modo alguno comunista, sino socialista occidental; que valora superlativamente los beneficios de la libertad individual y de la libertad de los grupos; que desea ardentemente una solución del problema europeo, que deje viva la realización de estos valores y les ofrezca posibilidades y finalidades de crecimiento. Pero, a la vez, declara que lo más urgente hoy en el mundo es desarraigar la injusticia social de la explotación, característica del sistema capitalista, y que es tanta la importancia de esta finalidad, que él (Cole) estaría dispuesto a sufrir un daño pasajero en aquellas libertades, si esto fuese absolutamente inevitable para conseguir dicho cambio; pues en definitiva aquellas libertades crecerán de nuevo dentro de una sociedad, en la que se haya conseguido la supresión de la explotación de los hombres por una clase, con mayor difusión de la que es posible en un régimen capitalista.

Cualquiera que sea el gobierno, o los gobiernos, que se desenvuelvan después de la guerra en la Europa continental, habrán de

constituir un régimen revolucionario, es decir, ser instrumentos para la fundación de un nuevo régimen. Ahora bien, es un hecho que existen dos grupos o dos tendencias de socialistas: los de Occidente y los del Este. Lejos de ahondar las actitudes de recíproca diferencia o incluso de oposición, lo conveniente es establecer mutuos contactos entre ambos sectores, pues ambos tienen mucho que aprender de un intercambio amistoso. Dice Cole que los socialistas occidentales pueden enseñarles a los rusos las virtudes liberales de la tolerancia, de la libertad de palabra y de discusión, y de la libertad de organización (para una amplia variedad de propósitos) sin que por ello se rompa la unidad de la política estatal de inspección. Por otra parte, los rusos pueden enseñarles a los occidentales el espíritu de determinación y el valor de un partido disciplinado que se consagre por entero a la causa socialista.

Frente a las impacencias de los comunistas occidentales, que desearían no reparar en medios, para llegar fuese como fuese a la realización de su finalidad, objeta Cole que si bien considera sinceramente en efecto que el logro del régimen socialista es algo de máximo valor, lo tiene también en alto grado la conservación de los hábitos de tolerancia de mutuo respeto humano. Con referencia a este punto, Cole hace una diferencia, que es fundamentalísima, para enjuiciar debidamente, en correcta perspectiva las luces y las sombras de la revolución soviética y del desenvolvimiento de su régimen. Pues ocurre que muchas de las sombras, muchas de las terribles asperezas del régimen bolchevista, no son imputables a lo que éste tiene de socialista, sino al hecho de que el pueblo ruso, en su conjunto, no había logrado el grado de civilización de los occidentales basada en la libertad y en el mutuo respeto.

La Rusia de hoy en día ha suprimido la clase capitalista y la influencia del capital extranjero en el país; ha extirpado el motivo de puro lucro y de explotación humana. La propiedad privada, que subsiste, es tan sólo para el uso y no para instrumento de opresión; se ha democratizado por entero la educación y se inspira ésta en un espíritu de servicio común; y se ha concedido autonomía cultural a las diversas nacionalidades que integran la Unión. Haber cumplido tamañas empresas en tan corto espacio de tiempo es algo maravilloso, expresa Cole.

Sin embargo, frente a este brillante "haber", encontramos también una partida de "debe". Algunas de aquellas realizaciones se han llevado a cabo con terrible desconsideración al sufrimiento humano

de las gentes que fueron barridas implacablemente. El desacuerdo con la política aprobada por el partido comunista ha sido considerado como un crimen imperdonable. Las diferencias de opinión han sido admitidas tan sólo antes de que recayese acuerdo de la mayoría, pero después, la discrepancia con ésta ha sido perseguida como traición. Se han empleado los métodos del espionaje y la delación, características del régimen zarista, perfeccionándolos y aumentándolos; y se convirtió el marxismo en un dogma, que debía suscribir todo quien aspirase al éxito o a puestos de influencia social. Tales defectos y extravíos son en verdad enormes, de gran cuantía. Pero son explicables por dos consideraciones. En primer lugar, un pueblo, por muy revolucionario que sea el modo como se conduzca, no escapa súbitamente a sus tradiciones; y, así, el pueblo ruso, que contenía en su seno tradicionalmente elementos bárbaros de vida, no podía dejar de seguir comportándose en algunos aspectos bárbaramente tan sólo por el hecho de haberse convertido en socialista. Recuérdese que Rusia había sido un imperio despótico, gobernado tiránicamente, atrasado en lo cultural y en lo económico, con una pequeña clase media ligada como funcionarios al zarismo, con una clase capitalista exigua bajo influjo extranjero, con un reducido proletariado industrial, sujeto a las más fuertes represiones, con grandes terratenientes explotadores, con un campesinado inerte. Todo ello había creado hábitos—de signo contrario a los de la civilización liberal de Occidente—que no es tan fácil extirpar en breve tiempo, y que afectan incluso a los revolucionarios, como parte de ese pueblo. En segundo lugar, hay que tener en cuenta que la Unión Soviética ha vivido desde 1917 bajo la amenaza constante del exterior, lo cual creó dentro de ella un ambiente de guerra, una actitud de preparación para la defensa.

El socialismo, por sí solo, sin más, no constituye garantía suficiente para una sociedad perfecta, o casi-perfecta. El socialismo implica la abolición de las injusticias sociales producidas por la explotación capitalista. Pero es notorio que los beneficios socialistas—de una comunidad de los medios de producción, con todas las consecuencias de ello—pueden coexistir con graves aberraciones en los asuntos políticos y culturales. Ni siquiera el socialismo, con todas sus ventajas y progresos, constituye por sí solo garantía de una democracia efectiva. Es erróneo pretender que la Unión Soviética es perfecta, sencillamente por que es socialista, dice Cole.

Así, pues, considera Cole que en materia política y espiritual los rusos tienen mucho que aprender de las naciones occidentales; y

que resultaría insensato y regresivo que éstas trataran de copiar servilmente muchos de los procedimientos soviéticos. Pero, por el contrario, los pueblos de Occidente tan sólo podrán intentar una tarea seria de implantación del socialismo, teniendo a la vista las enseñanzas y consiguiendo la ayuda de la Unión Soviética. Que sea indispensable contar con el auxilio soviético no significa en manera alguna que los socialistas occidentales tengan que ingresar en la fe comunista rusa. Hay formas de pensamiento y de vida en el socialismo europeo, pertenecientes a la común tradición cultural de los pueblos occidentales, que harían esto imposible así como indeseable, afirma categóricamente Cole. Hay que aprender a distinguir entre las grandes realizaciones de la Unión Soviética en el campo de la construcción socialista y sus yerros políticos.

¿Puede Europa, después de la guerra, volver al capitalismo? se pregunta Cole. La virtud del capitalismo, en las épocas en que estaba conquistando una parte del mundo tras la otra, consistió en un impulso expansivo, en haber acrecentado enormemente la cantidad de bienes materiales y en haber elevado el nivel de vida para casi todos los sectores del pueblo. Así aconteció hasta fines del siglo XIX. Pero después, la sucesión de las crisis y el desarrollo de las formas de monopolio llevaron a los pavorosos problemas del paro o desocupación y a una situación de subproducción. Tales dificultades suscitaron la nefasta aparición de los nacionalismos económicos, los cuales, a su vez sirvieron de apoyo para vigorizar los nacionalismos políticos. Los nacionalismos, conjugando sus formas económicas y sus formas políticas, condujeron con sus demencias a tal situación de embrollo y de desorden, que hizo y hace imposible un retorno al viejo capitalismo progresivo del *laissez faire*. Ahora bien, el capitalismo europeo no se resignará a desaparecer; y cuando termine la guerra se esforzará en sobrevivir. ¿Qué es lo que podrá intentar, para lograrlo? Tendrá ante sí dos caminos. Uno de ellos estribaría en un sistema, análogo en algunos aspectos al fascismo, consistente en que el Estado se convierta en planificador y director general de la política y programas capitalistas. La otra alternativa para los capitalistas europeos consistiría en buscar apoyo internacionalmente en los capitalistas americanos, sometiendo a la jefatura de éstos. Si se llevase a realización el primero de esos programas, Europa caería de nuevo en la situación caótica de una serie de nacionalismos económicos, todavía peor a la de los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial; y el problema de la desocupación, lejos de resolverse, se agravaría. La posibilidad de la se-

gunda vía depende de lo que vaya a ocurrir en los Estados Unidos de Norteamérica. En todo caso, los Estados Unidos habrán de jugar un gran papel en la reconstrucción de Europa, lo cual les dará una enorme influencia en todos los asuntos del Viejo Mundo. Ahora bien, cual vaya a ser la manera de desenvolver esta función dependerá de cuál sea la tendencia política que gobierne en Estados Unidos. Si predominare el influjo de los hombres de negocios y de la opinión aislacionista, su acción en Europa sería precaria, porque sólo podría mantenerse mediante la protección oficial del Estado norteamericano, y ésta sería difícil de conseguir supuesto que la opinión reclamara el desentenderse cuanto antes de los asuntos europeos; y, por otra parte, lo que pudieran hacer, estaría amenazado por un colapso, en el momento en que los pueblos europeos se sintieran cansados de ser dominados por capitalistas americanos. Si, por el contrario, la política norteamericana de la postguerra se orientase hacia la izquierda, habría perspectivas muy diferentes; pues entonces el propósito de la intervención norteamericana podría ser, no el de instaurar el dominio de las grandes empresas, sino el de introducir el sistema de un comercio mundial ordenado, por una vía perfectamente compatible con la victoria del socialismo en Europa, sin que esto implicara la necesidad de que Estados Unidos se convirtieran a un régimen socialista propiamente dicho. Se extiende después Cole en un minucioso análisis sobre las diversas situaciones que habrían de producirse por la realización de cada una de las esbozadas hipótesis; y llega a la conclusión de que el problema de Europa no puede hallar solución mediante ninguna de las formas capitalistas; porque ninguna de ellas estaría en condiciones de instalarse establemente, ni de evitar una nueva guerra. Sin embargo, esto no excluye la posibilidad de que se intente alguna de esas formas, aunque el ensayo habrá de durar poco tiempo, por hallarse inexorablemente condenado al fracaso.

¿En qué radica la ventaja de una planificación socialista sobre cualquiera de los intentos de restauración del capitalismo? Una economía socialista puede siempre aumentar la producción hasta el máximo, porque puede rápidamente aprovechar todo incremento en la cantidad total de ésta para elevar el nivel de vida. Incluso los países más avanzados apenas han alcanzado una potencia productiva capaz de proporcionar un nivel satisfactorio de vida a todos sus habitantes. A este respecto, Cole examina críticamente la planificación soviética, para sacar de ella algunas enseñanzas.

Una de esas enseñanzas es la de que los éxitos conseguidos por la U.R.S.S. han sido en parte debidos a que posee un vasto territorio, con las mayores diversidades, riquísimo en productos naturales, que habían estado casi enteramente inexplotados bajo el régimen precedente. Para que la planificación en grande tenga éxito, es necesario que disponga de amplias áreas, en las cuales se puedan desenvolver los programas. Acaso sea posible en áreas más pequeñas, pero entonces los resultados serán muy inferiores. Pues bien, si Europa necesita una planificación para la abundancia, es evidente que precisa unificarse económicamente. Si se quiere llevar a cabo una planificación que tenga éxito, ésta es incompatible con la existencia de un gran número de Estados independientes, cada uno de los cuales persiga su propia ventaja a expensas de los demás.

El resultado de la Primera Guerra Mundial fué aumentar el número de los Estados europeos, con lo cual los problemas del Viejo Continente se agravaron considerablemente. De los Estados que existían en Europa, en 1939, antes de la agresión nazi, la mayoría no poseían una larga tradición continuada de independencia soberana. Tan sólo poseían esa tradición: Inglaterra, Francia, Rusia, España, Portugal, Suiza, Dinamarca y Turquía. Otras naciones, como Alemania e Italia, poseen largas tradiciones nacionales, pero no se constituyeron como Estados independientes hasta la segunda mitad del siglo XIX. Polonia, Finlandia, Bohemia e Irlanda y en mayor proporción otras colectividades tenían un sentido de nacionalidad y de independencia perdida, pero no lograron erigirse de nuevo en Estados hasta después de 1918. Añádase a esto el problema de las minorías nacionales (rutenos, ucranianos, húngaros, polacos, etc.) incluidas en Estados de diversa tradición nacional. En suma: la situación anterior a la Segunda Guerra Mundial era máximamente caótica; y lo que se acaba de recordar pone de manifiesto una diversa concepción de naciones respecto de los múltiples Estados europeos. A esto hay que añadir que los tres últimos lustros, y especialmente los cuatro años postreros, han enseñado con trágica evidencia que en Europa los Estados pequeños, en las condiciones de nuestro tiempo, no pueden ser realmente independientes, por dos sencillas razones: en primer término, carecen de suficiente poder militar para intentar una defensa, ni siquiera transitoria de su soberanía; y en segundo lugar, carecen de la mínima base económica para que su independencia sea real. Ciertamente que en Versalles se había pensado remediar lo primero, valiéndose de sistemas de alianzas entre los Estados pequeños y de la acción

de la Sociedad de las Naciones; pero este propósito fracasó rotundamente, entre otras causas, por no haber hecho de la Liga una organización superestatal con fuerza coactiva propia. Y, por lo que respecta a lo económico, esta situación caótica y de ficción conduce a una política de campanario, que es más desastrosa para unos Estados que para otros, pero que, en alguna medida acarrea empobrecimiento para todos. La situación de anteguerra en Europa era tan absurda como lo sería la de cada Estado de la Unión Norteamericana o cada República de la Unión Soviética que pretendiera tener el derecho de seguir por sí una política económica completamente independiente y sin ninguna coordinación con los demás miembros.

Hay algunos estadistas y economistas —dice Cole— que opinan que estos males se remediarían si todos los Estados, o al menos los más importantes, se decidieran a reinstaurar una política liberal—librecambio, libre migración, etc.—. Pero ante la situación presente, y con todo lo que la experiencia muestra, no hay la menor probabilidad de que pueda ocurrir tal cosa; ya que hay intereses —casi invencibles— que se oponen a ello; y hay problemas humanos que requieren urgente solución.

El nuevo orden no puede desenvolverse suave y paulatinamente, partiendo de las bases del anterior; pues la vieja situación no cederá graciosamente sus posiciones. No habrá más remedio que pasar por las fatigas que trae consigo la creación de un nuevo estado de cosas.

Y la ruta de la planificación supranacional, que Cole considera la única capaz de resolver los gravísimos problemas de Europa, no está exenta de graves peligros, según él mismo reconoce. Se corre el riesgo de que esa gran organización resulte opresora. Hay que aprender a controlar eficazmente el Leviathan, o el Leviathan nos convertirá en sus esclavos. He aquí el drama: el Estado nacional soberano es incapaz como instrumento para dominar las enormes fuerzas técnicas y económicas que hay que poner en juego; y, de otro lado, la enorme autoridad supranacional, que es la única que puede acometer la empresa de ordenación, lleva en sí la amenaza de convertirse en un dominador demasiado centralizado, demasiado burocrático, demasiado rígido y agobiante, para que el promedio de las gentes pueda ejercer sobre él una influencia efectiva e inspirarlo de acuerdo con las propias necesidades y con las propias concepciones.

Cole no es un creyente en el automatismo de una supuesta dialéctica económico-política. El arreglo del mundo social debe ser obra de los hombres; sólo por el esfuerzo de éstos puede conseguirse. Para

ofrecer una orientación sobre los fines a conseguir y sobre los medios correctos, traza una serie de directrices fundamentales, que ante todo consisten en excluir los comportamientos indiscutiblemente malos. Sin olvidar todo lo que está todavía sometido a controversia, considera que, a la altura de nuestra civilización, puede proclamarse que hay unas conductas que deben ser tachadas incuestionablemente como perversas. Tales son: la exaltación de la guerra como algo bueno en sí; la voluntad de ejercer dominación sobre otros pueblos, cuando se reputa no como un mal necesario, sino como un fin en sí mismo; la supresión de la libertad de palabra y de la libertad de organización, no como medida eventual y transitoria en un caso de excepción o necesidad, sino como medio de asegurar la uniformidad y la aquiescencia de los componentes del grupo; el estimular en los hombres pasiones primitivas y bárbaras, como el odio o el desprecio hacia los extranjeros en general o hacia un pueblo en particular; y toda acción que vaya encaminada a sojuzgar la razón en las cabezas individuales en vez de estimular su desarrollo. El reconocer la maldad de todos esos comportamientos, y el proclamar las normas ético-políticas que los prohíben, son bienes conquistados por la historia de la civilización, a través de seculares esfuerzos acumulados. Quebrantar esas normas y recaer en aquellos bárbaros comportamientos es una traición a la cultura y a la civilización y una regresión embrutecedora. La Humanidad lucha hoy precisamente contra las fuerzas diabólicas del mal, encarnadas en los nazis, para conservar los bienes de la civilización. Ahora bien, no sólo para conservarlos, sino para desenvolverlos progresivamente de acuerdo con el cambio de las necesidades y de las coyunturas que depara el presente momento histórico; pues los valores éticos no suscitan normas estáticas, sino que exigen la dinámica acumulación de perfeccionamientos.

El nazismo significó desde el primer momento una ruptura total con la moral de la civilización de Occidente, una ruptura con lo mejor de esta moral y el intento de sustituirla íntegramente con la elevación a norma de conducta de todos los instintos más bajos, de todas las malas pasiones.

La revolución rusa implicó también el rompimiento con la tradición; pero la tradición que los soviéticos estrangularon no era la tradición de la moral europea occidental, —en la que nunca habían participado a fondo, sino tan sólo de modo muy fragmentario y superficial—. Los soviéticos se enfrentaron contra la tradición semibárbara del zarismo, y a través de una serie de peripecias, en definitiva deseaban

aproximarse a la civilización occidental, bien que ésta sufriera en sus mentes las modificaciones que le imprimía la mentalidad rusa, hasta entonces casi ausente de la tradición europea. En fin de cuentas, recuérdese que el socialismo fué una creación de la mente occidental. Si al ser adoptado por los rusos experimentó muchas refracciones, fué esto debido a dos causas: de un lado, el influjo del enorme atraso de la mayoría campesina; y, de otra parte, el antagonismo del capitalismo dominante en los países occidentales contra los jefes soviéticos. Lo uno y lo otro determinaron no pocas de las desviaciones que la U.R.S.S. sufrió respecto de las normas occidentales. Y muchas de estas desviaciones se han ido corrigiendo al correr de los tiempos. Adviértase además que los soviéticos han tenido que luchar con una enorme dificultad, a saber: ellos tenían que crear por vez primera en las grandes masas del pueblo ruso las normas éticas de civilización, que antes no habían existido; y para hacerlo tenían que utilizar los medios de un desarrollo industrial, de una mejora agrícola y de la difusión de los servicios sociales y de la educación popular, con objeto de crear, por la eficacia de estos procedimientos, la indispensable base progresiva.

Desde otro punto de vista, Cole cree que la U.R.S.S. constituye un ejemplo notable de una fuerte unidad política y económica, que no está basada en una comunidad de cultura y de tradición, y que ha logrado resolver airoso y satisfactoriamente el problema de sus múltiples nacionalidades heterogéneas—algunas de las cuales son asiáticas—. Por eso no cabe pensar como probable que la U. R. S. S. se incorpore a una organización de los pueblos europeos occidentales, los cuales sí poseen en efecto una comunidad de cultura y de tradición. Por eso, más bien, la U.R.S.S. habrá de asumir: el papel de una especie de puente, de intérprete o de intermediario entre las culturas del Oriente y del Occidente, con una función propia y específica dentro de una cooperación mundial.

Insiste prolijamente Cole de nuevo sobre la necesidad de constituir en Europa uno o varios cuerpos de carácter supranacional. El organismo supranacional habría de organizar por sí, dos funciones: la militar y la económica. La primera de estas funciones debe asumirla de un modo absoluto, con plenitud de mando, mientras que en cuanto a la segunda cabe y puede ser conveniente una distribución de facultades entre el organismo supranacional y las comunidades nacionales o regionales. En efecto, respecto de la fuerza armada nos hallamos ante una cuestión de todo o nada. La única garantía puede suministrarla el paso total y exclusivo del ejército al organismo su-

pranacional y la privación absoluta de él a las comunidades nacionales, las cuales podrían conservar tan sólo fuerzas de policía para la prevención y la represión de la delincuencia interna. En el sector económico, en cambio, hay espacio para la división de poderes, de suerte que al organismo supranacional le corresponda tan sólo la coordinación de las estructuras nacionales preexistentes. En todo caso parece conveniente que corresponda a la autoridad supranacional lo relativo al comercio internacional y a los mecanismos del dinero y del crédito; así mismo, la industria pesada, el suministro de energía, las comunicaciones, el transporte a larga distancia (ferroviario, naval y aéreo). Y Cole, pensando en una organización socialista, propugna que la disposición de esos medios económicos fundamentales pertenezca directamente al poder supranacional, pues considera que no bastaría con que quedasen en posesión de los gobiernos nacionales.

El reconocimiento de la urgencia en que está Europa de suprimir, después de la guerra, el sistema de los Estados nacionales independientes y de sustituirlo por la instauración de uno o varios cuerpos de área más grande y de autoridad superior sobre aquéllos no le lleva a desdeñar el valor de lo nacional. Sería un desastre, dice, si la unificación económica, que indispensablemente necesita Europa, tuviera que conseguirse a costa de la befa o del escarnio del espíritu de nacionalidad. Pues no es verdad, de ninguna manera, que las fuerzas económicas tengan forzosamente que prevalecer sobre el espíritu nacional hasta el punto de que sea posible que los hombres vivan contentos en un Estado supranacional que les niegue sus diversas aspiraciones nacionales. El problema consiste en hallar medios de conciliar los sentimientos y aspiraciones nacionales de los pueblos europeos con la arrolladora necesidad económica y militar de constituir una unidad supranacional. Las aspiraciones nacionales de mayor importancia y que deben ser satisfechas, y que pueden serlo de modo perfectamente compatible con la soberanía militar y económica del Super-Estado, son: el respeto al idioma propio, con todos los derechos de ello dimanantes a ser conservado en las escuelas, en la educación y en las manifestaciones culturales; la existencia de establecimientos culturales propios que cultiven el espíritu tradicional de la nación; el derecho a la propia religión (que debe ser garantizado, sin perjuicio de los principios básicos de libertad y de igualdad ante la ley de todos los ciudadanos); la pretensión de que los asuntos locales sean administrados principalmente por connacionales. Y todo eso resulta perfectamente compatible con la instauración de un Estado supranacional,

que comprenda dentro de sí diversas nacionalidades. Claro que para lograr esta armonía será preciso derrotar la demagogia de todos los nacionalismos que son actitudes de mentalidad angosta e imbuídas de pasiones retrógradas.

¿Cuál será el papel que asuma Inglaterra en la labor de reconstrucción? Cole no quiere hacer profecías; y se limita a estudiar las varias posibilidades. Si la Gran Bretaña se decide a ingresar en un sistema europeo occidental, entonces ella junto con Francia, podrían ambas de común acuerdo asumir la dirección en la tarea de estructurar esta nueva organización. Si por el contrario, Inglaterra, por el peso de sus dominios, se inclina más hacia la cooperación directa con Estados Unidos, convirtiéndose en un satélite económico de éstos, entonces la labor de reconstrucción de la Europa occidental será mucho más difícil.

Sigue Cole, examinando otros problemas conexos con los esbozados: el papel de Alemania en el mundo futuro (problema gravísimo si se tiene en cuenta que los alemanes como unidad colectiva no llegaron jamás a asimilar el espíritu liberal de la civilización de occidente, por lo cual tal vez resulte inevitable su alejamiento del Oeste europeo y su aproximación a la U.R.S.S.); los principios esenciales de la democracia; y los problemas de la tarea socialista. Pero no cabe ya dentro del marco de esta nota una exposición ni una glosa sobre dichos temas.

Tampoco es posible entrar en un comentario crítico sobre los pensamientos principales que Cole expone en el libro relatado y que he resumido en esta nota. En todo caso, hay que reconocer que constituyen una importante contribución al claro planeamiento y a la correcta orientación de los dramáticos problemas que habrá de afrontar la humanidad en la trasguerra.

Luis RECASENS SICHES.

¿PUEDEN SOBREVIVIR NUESTRAS CIUDADES?

CON este sugestivo título publica el arquitecto José Luis Sert un volumen lanzado por las prensas de la Universidad de Harvard, con abundantes fotografías y otros elementos gráficos elocuentísimos. Despierta mi interés particular por varias razones, pero estoy seguro de que despertará el de cualquier hombre de nuestros días, porque todos sufrimos a causa de los problemas que en esta obra se estudian y se tratan de resolver. Es la obra de un técnico, basada en las conclusiones del Congreso Internacional de Arquitectura Moderna (C. I. A. M.), pero ejecutada en forma tan clara, precisa y elocuente que nadie tropezará con obstáculos verbales de orden profesional.

Mi interés particular se siente llamado porque me retrotrae a los años que pasé en íntima relación con los arquitectos madrileños, haciendo de "editor" de la revista ARQUITECTURA, en Madrid. José Luis Sert, desde Barcelona, se carteaba con el inquieto y avanzado Fernando García Mercadal, representante del grupo catalán (G. A. T. E. P. A. C.) y consejero de nuestra revista. Durante aquellos años me familiaricé con los problemas arquitectónicos y urbanísticos. Nada de lo que trata Sert en su libro me es ajeno. Desde que la arquitectura se preocupó realmente de la vida del hombre, ganó en atractivo. Yo llegué a verme tan encariñado con sus preocupaciones que hice mi primer viaje en avión—inseguro por cierto—para sacar una fotografía aérea de un pueblecito extremeño cuya característica consistía en ser circular.

El título interrogativo que Sert da a su obra, CAN OUR CITIES SURVIVE?, lleva debajo una línea que dice: "an A. B. C. of urban problems, their analysis, their solutions". La cosa está clara: el autor comienza por dudar de que nuestras ciudades puedan seguir viviendo dado el número y la calidad de los problemas que ha creado la vida moderna con la revolución industrial, la producción mecanizada, el transporte mecanizado, las nuevas ideas sanitarias, la vulnerabilidad desde el aire, etc. Duda y no niega en absoluto la posible supervivencia, porque cree que una acción de planeamiento, coordinada e inteligente, puede todavía salvarlas.





MARTIN DE VOS. San Juan y la ciudad perfecta. (México. Museo de la Catedral).

¿En qué consiste eso del planeamiento? (Y no digáis nunca planificación). No es nada misterioso. Consiste en organizar la función de la vida colectiva. La vida del trabajo, la vida recreativa, la vida doméstica y la vida del tráfico exigen hoy una organización que nuestros abuelos no pudieron sospechar.

La gente de buena fe quisiera que la ciudad permaneciera indefinidamente como ha sido hasta hoy. Pero esto resulta tan disparatado como el deseo paternal de que los hijos no crezcan, sino que permanezcan en la encantadora infancia. Desgraciada o afortunadamente, la ciudad es un organismo vivo que como nosotros va creciendo, se va desintegrando y acaba por morir.

El marco que encerraba a la ciudad del siglo XIX es evidente que nos viene angosto. Hay que hacer la ciudad moderna a toda costa si no queremos vivir amontonados, congestionados y en un verdadero caos. Las soluciones parciales, las que no se hacen teniendo en cuenta la totalidad de los problemas urbanos, acaban por crear nuevos y mayores problemas. Es lo que aconteció con los rascacielos en Nueva York: la ganancia de espacio, quitándose al cielo, aparte de representar una pérdida de luz considerable, provocó el estado congestivo de la circulación en las calles.

Los problemas son muchos y están planteados con riguroso método en este bello libro de Sert. Principia por analizar los de la vivienda, que es la primera función urbana: busca del silencio para el reposo, ventilación, luz, horizonte, sitio para esparcimiento infantil sin peligro del tráfico, etc. Estudia la densidad de población y el amontonamiento en las zonas pobres lo mismo que las exigencias en las zonas residenciales. Dedicó otros capítulos a los espacios libres y de recreación, al movimiento o éxodo semanal de la gente que pasa el fin de semana fuera de la ciudad; a los sitios de trabajo; al nuevo sistema de calles urbanas y a la coordinación de los planes regionales y capitalinos según una escala nacional.

"Todo huye de la ciudad mal planeada", dice. "La ciudad está rota. Tal dispersión es provocada por el caos urbano y por la facilidad de los transportes".

Sí, la ciudad vieja está rota y es un infierno del que todos queremos salir. Pero, puesto que estamos condenados a vivir en la ciudad o sea en colectividad numerosa, sometamos nuestras necesidades a plan y hagamos la nueva ciudad coordinando todos los factores que sean precisos y con los conocimientos técnicos y los materiales y las fuerzas de que disponemos modernamente.

La guerra actual va a brindarnos ocasión de levantar ciudades nuevas, totalmente nuevas en todos los continentes, incluso en los que no han sufrido aplastamiento por los bombarderos aéreos, porque a esos continentes han afluído los seres desplazados de sus hogares por la fuerza. América puede intentar, como lo intentará Europa, el planeamiento de la Ciudad Perfecta que soñó un día el Evangelista en Patmos. Todos queremos acabar con las ciudades antifuncionales y sobre todo antihumanas. No van estas palabras, naturalmente, contra ciudades como Toledo o Avila, en España, maravillosas reliquias históricas que se deben estudiar aparte y ser tratadas hábilmente cuando sus habitantes pidan mejores condiciones de vida. O sin que lo pidan. Al decir queremos acabar con las ciudades antihumanas pensamos en que desaparezcan las zonas inmundas que envilecen al hombre y acarrear la muerte a los niños. Esto es lo primero, aunque suele ser lo último. Y después, asegurar la vida de todos contra el asalto de la circulación mecanizada. Vivir sin aglomeración, sin estrépito, sin choques. Con las fábricas en su sitio, los trenes donde convenga y lo mismo los cuarteles militares, las escuelas, los teatros, las plazas de toros, frontones, estadios y campos deportivos. Mientras las cosas no estén en su lugar debido el ciudadano enfermará pronto de los nervios y agotará su vida antes de tiempo. El maremágnum, el atisigamiento, la sordidez revuelta con el lujo son las características de nuestras ciudades actuales. Y es preciso acabar con ellas.

Nuestras ciudades no deben subsistir en la forma que hoy. Hay que hacer la ciudad modelo.

José MORENO VILLA.

Aventura del Pensamiento

DIEZ AÑOS DE TEORIA DE LA RADIACION COSMICA PRIMARIA

Por Manuel SANDOVAL VALLARTA

1. En el mes de enero de 1933 apareció en el *Physical Review*¹ un trabajo por Georges Lemaitre, profesor de Astronomía de la Universidad de Lovaina (Bélgica), y el autor del presente artículo, en el que se asentaron las bases fundamentales para el análisis del movimiento de una partícula electrizada en el campo magnético terrestre. Este trabajo dió principio a una larga serie de investigaciones, tanto teóricas como experimentales, muchas de las cuales aún no han podido quedar terminadas. La mayor parte de ellas se han visto interrumpidas desde fines de 1940 por el estado de guerra en que se encuentra el mundo. El propósito de este artículo es el fijar los resultados que se han alcanzado, los problemas que aún quedan por resolver, y las metas que aún quedan por atacar.

2. El problema del movimiento de una partícula electrizada en el campo magnético terrestre, representado en primera aproximación por un dipolo magnético, atrajo por primera vez la atención del mundo científico en relación con las auroras polares. El físico noruego Birkeland propuso la hipótesis que la aurora polar se debía a que el Sol, durante ciertos períodos de actividad, como por ejemplo los que acompañan a la aparición de las manchas solares, es capaz de emitir partículas electrizadas, que, al penetrar en la atmósfera, producen fenómenos de ionización que dan lugar a los fenómenos luminosos característicos de las auroras. Birkeland, experimentador audaz y poseedor de técnicas muy avanzadas, construyó un modelo del campo magnético terrestre que rodea a la

¹ G. LEMAITRE y M. S. VALLARTA, *On Compton's Latitude Effect of Cosmic Radiation*, *Physical Review*, 43, 87-91, Ene. 15 de 1933.

tierra—su célebre “terella”—y pudo demostrar experimentalmente que un haz electrónico proveniente del Sol llega a la Tierra únicamente en las altas latitudes magnéticas, explicando así por qué las auroras polares son visibles solamente en dichas altas latitudes y confirmando su idea del origen de aquéllas. Los experimentos de Birkeland llamaron poderosamente la atención de numerosos físicos, entre ellos del noruego Störmer,² quien por más de veinticinco años, rodeado de un numeroso grupo de colaboradores, dedicó toda su atención a la resolución del problema teórico planteado por los experimentos de Birkeland. En una serie de trabajos iniciados a partir del principio de este siglo formuló las ecuaciones fundamentales que rigen el movimiento de una partícula electrizada en el campo magnético de un dipolo, descubrió la existencia de regiones prohibidas donde ninguna partícula puede moverse y, al percatarse de la no integrabilidad de las ecuaciones del movimiento, inventó nuevos métodos de integración numérica que aplicó al cálculo de centenares de trayectorias. También descubrió la existencia de órbitas periódicas.

3. Cuando, en el decenio que principió en 1930, Clay,³ en el curso de un viaje de Amsterdam a Bandoeng (Java) descubrió que la intensidad de la radiación cósmica depende de la latitud magnética, siendo mínima cerca del ecuador geomagnético (efecto de latitud), descubrimiento confirmado poco tiempo después por Compton,⁴ en el curso de un viaje que lo llevó a Hawaii, a la Nueva Zelandia, al Perú, a Panamá y lo trajo a nuestra patria, la existencia de partículas electrizadas en la radiación cósmica primaria se convirtió en cosa segura. Esta circunstancia hizo que nuevamente se fijara la atención general en los trabajos de Störmer, que suministraron el punto de partida para todas las nuevas investigaciones. La asociación incidental del autor de este artículo con

² C. STÖRMER, *Periodische Elektronenbahnen*, Zeitschrift für Astrophysik, 1, 237, 1931. Allí se encuentran citas de sus más importantes trabajos previos.

³ J. CLAY, *Naturwissenschaften*, 20, 687, 1932.

⁴ A. H. COMPTON, *Physical Review*, 43, 397, 1933.

Compton durante los experimentos que llevó a cabo en nuestro país, primero en Veracruz, luego en Orizaba, en México y finalmente en el Nevado de Toluca y las conversaciones que tuvo con él durante este período, le llevaron a interesarse poderosamente por el problema planteado. A su regreso a Cambridge en el otoño de 1932 platicó con varios de sus colegas sobre la confirmación del descubrimiento del efecto de latitud. A la sazón se encontraba de visita en el Observatorio de Harvard el profesor Lemaitre, quien estaba ocupado en una investigación para aclarar la forma en que podría iniciarse la expansión del Universo dentro del marco de las ideas que sobre este punto había desarrollado pocos años antes. Estas investigaciones lo habían llevado a la conclusión de que la expansión a partir del estado inicial en que toda la materia del Universo debería estar concentrada en un volumen muy pequeño, daría como resultado la emisión de una gran cantidad de partículas cargadas de electricidad en las cuales residiría una parte considerable de la energía total del Universo.⁵ Lemaitre y el autor consideraron que el descubrimiento del efecto de latitud muy bien podría dar un apoyo experimental a las deducciones teóricas sobre este punto, pero decidieron a la vez que los trabajos de Störmer todavía no habían sido llevados hasta el punto en que podían suministrar una base suficiente para la interpretación de los experimentos.

Uno de los primeros datos que atrajeron nuestra atención y que abrió el camino para la investigación teórica del problema, fué que nos dimos cuenta de que, como consecuencia del teorema de Liouville,⁶ la intensidad de la radiación cósmica, definida como el número de partículas que atraviesan la unidad de área por unidad de tiempo, en toda dirección permitida en cualquier punto, en

⁵ G. LEMAITRE, *Nature*, 128, 704, 1931.

⁶ El teorema de Liouville también fué aplicado independientemente a la solución de este problema por E. Fermi y B. Rossi, *Rendiconti della Reale Accademia Nazionale dei Lincei*, 17, 346, 1933. Véase la discusión de W. F. G. Swann en *Physical Review*, 44, 224, 1933, y las objeciones de C. Störmer, *id.*, 45, 835, 1934. Las objeciones de Störmer no tienen fundamento.

particular en cualquier punto de la superficie de la Tierra, debería ser precisamente igual a la intensidad en el infinito. El problema, por lo tanto, se reducía a determinar las direcciones permitidas en un punto cualquiera de la Tierra.

Como consecuencia de una relación bien conocida de Störmer, se pudo ver que en cualquier punto de la Tierra todas las direcciones permitidas están dentro de un cono cuya generatriz es un círculo, cuyo vértice está en el punto de observación y cuyo eje es perpendicular al plano meridiano (cono de Störmer). Toda dirección de llegada tiene que estar forzosamente dentro del cono de Störmer. Desde el punto de vista matemático, sin embargo, la condición es necesaria, pero no suficiente. Un examen más profundo demostró que la condición necesaria y suficiente para que una trayectoria proveniente del infinito llegue forzosamente a un punto cualquiera de la Tierra es que se encuentre en el interior de un cono orientado a semejanza del de Störmer, pero cuya generatriz está formada por las trayectorias asintóticas a la más lejana de las órbitas periódicas simétricas descubiertas por Störmer. El problema se redujo, por lo tanto, a la determinación de dichas órbitas asintóticas.⁷

Desde el tiempo de Poincaré se sabe que, para que una órbita periódica pueda tener trayectoria asintótica es necesario que sea inestable. La condición de inestabilidad es que el exponente característico de dicha órbita periódica sea real; de aquí vino la necesidad de investigar la estabilidad de las órbitas periódicas simétricas descubiertas por Störmer, investigación llevada a cabo por Odon Godart.⁸ Esto se hizo siguiendo el procedimiento clásico establecido por Poincaré: una vez llevado a cabo el análisis en serie de Fourier, se somete la órbita a una perturbación del primer orden, se escribe la ecuación de variaciones que lleva al determinante secular. Tomando en

⁷ Véase lugar citado, nota 1, y G. LEMAITRE, *Annales de la Société Scientifique de Bruxelles*, 54, 162, 1935.

⁸ O. GODART, *Détermination des exposants caractéristiques des trajectoires périodiques*, *Annales de la Société Scientifique de Bruxelles*, 58, 27, 1938.

cuenta que todas las armónicas de Fourier arriba de un cierto orden son muy pequeñas, el determinante secular es de orden finito, usualmente cuando más del 7º orden. En el determinante secular figura como incógnita el exponente característico. La resolución sistemática del determinante secular para todas las órbitas periódicas simétricas más lejanas dió siempre un valor real del exponente característico. Quedó así demostrada la inestabilidad de las órbitas periódicas descubiertas por Störmer.

La investigación sistemática de las trayectorias asintóticas a estas órbitas periódicas presentó al principio muy serias dificultades. Lemaitre y el autor abandonaron desde luego la posibilidad de usar el método de integración numérica de Störmer para dichas trayectorias, al darse cuenta de que solamente por aproximaciones sucesivas podría llegarse a ellas y de que el cálculo de una sola era asunto de unas 25 horas de trabajo para un calculador experimental. Pocos años antes el doctor Bush, entonces profesor de Ingeniería Eléctrica en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, había construido una máquina, llamada por él "Analizador Diferencial", capaz de integrar rápidamente cualquier sistema de ecuaciones diferenciales hasta del sexto orden.⁹ Un examen somero de la situación los convenció de que esta máquina podía suministrar la clave del problema. Con la ayuda de Bush, que puso a nuestra disposición todos los recursos de su laboratorio, además de su entusiasmo por el problema que le habíamos llevado, pusimos en marcha un método de aproximaciones sucesivas¹⁰ que en breve plazo nos llevó a descubrir unas 300 trayectorias asintóticas suficientes para determinar el cono permitido en todos los puntos de la Tierra hasta 30º de latitud geomagnética. Más tarde inventamos un nuevo método para el cálculo de familias enteras de

⁹ V. BUSH, *The Differential Analyzer. A new Machine for the Solution of Differential Equations*. Journal of the Franklin Institute, 212, 447, 1931.

¹⁰ G. LEMAITRE y M. S. VALLARTA, *On the Geomagnetic Analysis of Cosmic Radiation*, Physical Review, 49, 719, 1936; *On the Allowed Cone of Cosmic Radiation*, ed., 50, 493, 1936.

órbitas asintóticas,¹¹ que fué aplicado por Baños.¹² En el curso de esta primera parte del trabajo nos dimos cuenta de que además de las trayectorias asintóticas, parte de la frontera del cono permitido podía estar formada por trayectorias que rozan a la Tierra en un punto distante del punto de observación (trayectorias de sombra). Estas trayectorias de sombra introducen complicaciones muy considerables. Como consecuencia de ellas, la región permitida puede describirse en esta forma:

1º Una región continua limitada en parte por las trayectorias asintóticas y en parte por trayectorias de sombra (cono principal).

2º Una serie de franjas de áreas variables, exteriores al cono principal, cuyas fronteras están formadas por trayectorias de sombra (región de penumbra).

De 1932 a 1936 casi todos nuestros esfuerzos estuvieron encaminados a la solución del problema que presentó la determinación del cono principal.

3º El problema de determinación precisa de la zona llamada de penumbra, al que contribuyó de manera muy importante la doctora Reina Albagli Hutner,¹³ presentó desde el principio muy grandes dificultades. Pueden utilizarse ciertos resultados generales que ya habían sido obtenidos en investigaciones previas, que en cierto modo simplifican esta ardua labor. Entre otras cosas se pudo demostrar que para cada valor del parámetro de Störmer hay un límite superior de la energía, más arriba del cual no pueden existir regiones de penumbra. Se logró llevar a cabo el análisis completo de las franjas de penumbra para las latitudes intermedias hasta de 30° geomagnéticos. Para las altas latitudes el problema se complica extraordinariamente y no ha sido aún resuelto. Para las bajas

¹¹ G. LEMAITRE y M. S. VALLARTA, *Calcul d'une famille asymptotique* Annales de la Société Scientifique de Bruxelles, 56, 102-130, 1936.

¹² A. BAÑOS, JR. *On Asymptotic Orbits in the Theory of Primary Cosmic Radiation* *Journal of Mathematics and Physics*, 18, 211, 1939.

¹³ R. ALBAGLI HUNTER, *On the Penumbra of Cosmic Radiation*, *Physical Review*, 55, 15, 1939; *The Penumbra at Geomagnetic Latitude 20° and the Energy Spectrum of Primary Cosmic Radiation* ed., 55, 614, 1939.

latitudes el doctor Tchang Yong-Li¹⁴ logró determinar, por medio de un procedimiento sencillo y directo, todas las franjas de penumbra.

4º La determinación completa del cono de sombra estuvo a cargo del doctor Edwin J. Schremp,¹⁵ quien inventó un procedimiento sencillo y rápido, utilizando la máquina de Bush, que le dió el cono de sombra para todas las latitudes. Schremp también encontró un procedimiento nuevo para el descubrimiento de nuevas órbitas periódicas.

5º Con la ayuda de estos resultados teóricos, en particular de lo referente al cono principal, es posible interpretar en forma racional no sólo el efecto de latitud, sino también la variación de la intensidad de la radiación cósmica en función del azimut (efecto azimutal) en particular la diferencia de intensidad en los azimutes oriente y occidente.¹⁶ En 1932 Rossi, en Florencia, había ya tratado de encontrar una diferencia entre la intensidad oriental y la occidental, con resultado negativo. Había sido llevado a ensayar este importante experimento por ciertas consideraciones teóricas que había realizado un poco antes junto con Enrico Fermi. Este experimento es del mayor interés, puesto que se demuestra sin dificultad que, si las partículas electrizadas que vienen del exterior son predominantemente positivas, la intensidad, para el mismo ángulo cenital, tiene que ser mayor del occidente que del oriente, al contrario si las negativas predominan. La teoría demuestra que este efecto debería ser tanto mayor cuanto más cercano del ecuador geomagnético está el punto de observación y por lo tanto indica que el experimento debería ensayarse otra vez a una latitud más lejana que la de Florencia. Como resultado de una conferencia que el autor dió en la Universidad de Chicago en 1933, decidió el doctor Compton enviar a uno de sus ayudantes,

¹⁴ TCHANG YONG-LI, *Cônes des rayons cosmiques infiniment voisins de l'équateur* Annales de la Société Scientifique de Bruxelles, 59, 285, 1939.

¹⁵ E. J. SCHREMP, *The Simple Shadow Cone of Cosmic Radiation* Physical Review, 54, 158, 1938.

¹⁶ M. S. VALLARTA, *The Interpretation of the Azimuthal Effect of Cosmic Radiation*, Physical Review, 44, 1, 1933, y *lug. cit.* (10).

el doctor Luis W. Alvarez, a México con el propósito de hacer una vez más el experimento, iniciativa a la que se unió el doctor Johnson, del Instituto Bartol en Swarthmore. El experimento hecho en México dió un exceso de cerca de 10 % en la intensidad occidental, indicando francamente un exceso de partículas positivas.¹⁷ Desde entonces acá el experimento se ha repetido en muchas partes y a muy distintas latitudes, notablemente por el mismo Rossi operando en Asmara (Eritrea).

Además del efecto oriente-occidente que hemos considerado arriba, la teoría indica que también debería existir para el mismo ángulo cenital, mayor intensidad del norte que del sur en el hemisferio boreal, y al contrario en el hemisferio austral.¹⁸ El primero que sometió esta deducción teórica al experimento fué Johnson, quien primero en Copilco, D. F., después en el Nevado de Toluca, logró comprobar la existencia del efecto norte-sur.¹⁹ Más tarde De Sousa Santos en São Paulo (Brasil) logró comprobar la inversión del signo de este efecto en el hemisferio sur. Finalmente, Clay, observando continuamente en el curso de un viaje de Rotterdam a Soerabaja (Java), encontró experimentalmente que la inversión del signo del efecto en cuestión tiene lugar al cruzar el ecuador geomagnético, tal y como lo prescribe la teoría.

6º El análisis hecho por Gauss del campo magnético terrestre en la superficie de la Tierra lleva a la conclusión de que su centro magnético no coincide con el centro del geóide, sino que se encuentra a una distancia de 300 kilómetros aproximadamente, a latitud 7º norte y longitud 168º este. Como consecuencia del hecho de que a latitud geomagnética constante, la distancia del centro magnético de la Tierra varía periódicamente, la teoría conduce a prever que la intensidad de la radiación cósmica total²⁰

¹⁷ L. ALVAREZ y A. H. COMPTON, *Phys. Rev.* 43, 835, 1933.

¹⁸ G. LEMAITRE, M. S. VALLARTA y L. BOUCKAERT, *On the North South Asymmetry of Cosmic Radiation*, *Phys. Rev.*, 47, 434, 1935.

¹⁹ T. H. JOHNSON, *Phys. Rev.* 47, 91, 1935.

²⁰ M. S. VALLARTA, *On the Longitude Effect of Cosmic Radiation*, *Phys. Rev.*, 47, 647, 1935.

tiene también que variar periódicamente (efecto de longitud). Antes de que este resultado teórico fuera anunciado, ya Clay, y casi al mismo tiempo, Millikan, en el curso de un viaje de circunnavegación de San Francisco a Honolulu, a Yokohama, a Shanghai, Hong Kong, Singapur, Calcuta, Bombay, Colombo, Adén, Suez, Nápoles, Gibraltar, Lisboa, Panamá y San Francisco, encontró esta variación de la intensidad con la longitud. El análisis más preciso de los resultados de Millikan y de otros que vinieron después, notablemente de los resultados de Auger en un viaje de Burdeos a Buenos Aires, condujo a un resultado paradójico que hasta la fecha no ha podido ser enteramente explicado.²¹ Partiendo de las observaciones hechas con los rayos cósmicos se puede determinar la posición del centro magnético de la Tierra, pero el resultado no coincide con aquel obtenido a partir del análisis de Gauss. Hay una diferencia de aproximadamente 90° en longitud. Lemaitre²² indicó que debería introducirse una corrección en el cálculo del efecto de longitud porque la vertical del lugar de observación no coincide en general con la vertical geomagnética, esto es, que hay que tomar en cuenta la orientación del meridiano geomagnético con respecto al meridiano terrestre. Una vez que se ha hecho esta corrección persiste todavía una diferencia de 45° aproximadamente en la longitud del centro magnético terrestre determinado por los dos métodos, cuyo origen no ha podido ser explicado hasta hoy. También existen en la intensidad ligeras oscilaciones periódicas de 180° de periodo cuyo origen debe buscarse en la influencia del cuadrípulo terrestre, pero nuevamente el plano de simetría de este cuadrípulo no coincide con aquel que se puede determinar a partir del análisis de Gauss.

²¹ M. S. VALLARTA, *Longitude Effect of Cosmic Radiation and the Position of the Earth's Magnetic Center*, Nature, 1939, 24, 1937; M. S. VALLARTA y W. P. JESSE, *Geographic Asymmetries of Cosmic Rays as Related to the Earth's Magnetization*, Transactions of the American Geophysical Union, XVIII, I, 151, 1937.

²² G. LEMAITRE, *Longitude Effect and the Symmetry of Cosmic Radiation*, Nature, 140, 23, 1937.

7º Otro de los problemas de mayor interés, íntimamente ligado con problemas cosmogónicos, es el de averiguar si la radicación cósmica es un fenómeno intragaláctico o universal. Compton y Getting²³ sugirieron por primera vez que debido a la rotación de nuestra Vía Láctea en la que toman parte el Sol y su sistema planetario, debería de haber, en el supuesto de que las partículas de la radiación cósmica primaria vienen de fuera de la Vía Láctea, una variación de intensidad en función de la hora sidérea. Compton y Getting llevaron a cabo su análisis sin tener en cuenta a la influencia del campo magnético terrestre. En 1939 Graef, Kusaka y el autor²⁴ llevaron a cabo el análisis riguroso del efecto de rotación de la galaxia para las partículas que caen verticalmente en el ecuador geomagnético. Encontraron que la magnitud de este efecto depende tanto de la distribución en energía de las primarias como la proporción de partículas positivas y negativas. El efecto puede desaparecer si se toman distribuciones adecuadas. Por lo tanto, llegaron a la conclusión de que no es posible por este medio decidir si las partículas son de origen intragaláctico hasta que se tengan más datos sobre el espectro de energía de los primarios y sobre la proporción de positivos y negativos. Experimentalmente el efecto de rotación de la galaxia, si es que existe, es inferior a 0.2%.

8º Se ve de aquí que la determinación del espectro de energía de las partículas primarias y de la relación que existe entre el número de positivas y de negativas es del mayor interés. El examen preciso del efecto azimutal suministra un medio para llegar al primero, como lo indicaron Albagli y el autor;²⁵ la comparación entre el efecto norte-sur, o entre la intensidad total, y el efecto este-oeste, suministra un método para llegar al segundo.²⁶ Toda-

²³ T. H. COMPTON e I. A. GETTING, *Phys. Rev.* 47, 817, 1935.

²⁴ M. S. VALLARTA, C. GRAEF y S. KUSAKA, *Galactic Rotation and the Intensity of Cosmic Radiation at the Geomagnetic Equator*, *Phys. Rev.* 55, 1, 1939.

²⁵ Véase lugar citado, cita (11), además de M. S. VALLARTA, *The Determination of the Energy Spectrum of Primary Cosmic Rays*, *Reviews of Modern Physics*, 11, 239, 1939.

²⁶ G. LEMAITRE y M. S. VALLARTA, *Phys. Rev.* 50, 502, 1936.

vía no ha sido posible llegar a conclusiones definitivas, pero existen indicaciones valiosas de que la distribución en energía se acerca a una exponencial decreciente y de que tal vez la proporción de partículas positivas es muy elevada.

9° Se podría también pensar que la influencia de los campos magnéticos que rodean probablemente todas las estrellas que forman la Vía Láctea suministraría otro medio para averiguar si las partículas primarias vienen de fuera de ésta. Feynman y el autor²⁷ demostraron que esta suposición no es exacta.

10 Un problema de gran interés astrofísico que tal vez podrá resolverse en definitiva por medio de observaciones de la radiación cósmica es el del campo magnético solar. Janossy y luego Epstein, el autor y Godart²⁸ demostraron que si existe un campo magnético solar, la intensidad de la radiación cósmica tiene que experimentar pequeñas fluctuaciones que son las siguientes: una variación anual, una variación con período igual al de la rotación del sol, una variación dependiente de las estaciones del año y finalmente una variación diurna con período de 24 horas que depende de la hora solar. Las observaciones realizadas hasta hoy revelan la existencia de todas estas fluctuaciones y llevan a la conclusión de que el momento magnético solar es de 10^{34} gauss-cm., de acuerdo con los experimentos de Hale sobre el efecto Zeeman de las rayas espectrales emitidas por el sol. Subsisten todavía algunas diferencias de fase entre los efectos calculados y observados, notablemente entre aquel que depende de la estación del año, que no han podido ser explicadas.

11. Terminaremos dando una lista de las investigaciones teóricas y experimentales que todavía hay que hacer, la mayor parte de las cuales indudablemente habrá

²⁷ M. S. VALLARTA y R. P. FEYNMAN, *The Scattering of Cosmic Rays by the Stars of a Galaxy*, Phys. Rev. 55, 506, 1939.

²⁸ L. JANOSSY, *Zeitschrift für Physik*, 104, 430, 1937; M. S. VALLARTA *Cosmic Rays and the Magnetic Moment of the Sun*, Nature, 139, 839, 1937; P. S. EPSTEIN, Phys. Rev., 53, 862, 1938; M. S. VALLARTA y O. GODART, *A Theory of World-Wide Periodic Variations of the Intensity of Cosmic Radiation*, Reviews of Modern Physics, 11, 180, 1939.

que posponer hasta la terminación del estado de guerra. Desde el punto de vista teórico los siguientes problemas aparecen como de primera importancia:

1º Terminación del estudio de las franjas de penumbra iniciado por la Dra. Albagli. Este estudio solamente se puede llevar a cabo con la ayuda de la máquina de Bush, y tendrá que esperar hasta que dicha máquina vuelva a estar disponible.

2º Terminación del estudio de la distribución de las órbitas periódicas iniciado por el Dr. Graef.²⁹ Los estudios ya realizados hacen muy probable la suposición de que no existen órbitas periódicas que no crucen el ecuador.

3º Estudio sistemático de la estabilidad de las órbitas periódicas ya iniciado por Lifshitz.³⁰

Desde el punto de vista experimental:

1º Experimentos de alta precisión sobre el efecto azimutal;

2º Experimentos de alta precisión sobre las variaciones diurnas, de 27 días y anual;

3º Experimentos de alta precisión sobre el efecto de longitud, tanto con contadores como con cámaras de ionización.

En los trabajos que hemos expuesto aquí han colaborado numerosas personas. Deben citarse entre ellas a Bouckaert, De Boorman, Tchang Yong Li, Schremp, Albagli, Baños, Cernuschi, Sábado, Graef, Kusaka, Morrow, Caldwell, Jager, Taylor, Feynman, Godart, Jesse, Uribe, Lifshitz y otras más. A todos ellos les deseo expresar una vez más mi gratitud desde aquí.

²⁹ C. GRAEF, Tesis de doctorado en ciencias en el Massachusetts Institute of Technology, 1938, todavía inédita.

³⁰ J. LIFSHITZ, *Journal of Mathematics and Physics*, 21, 284, 1942.

LO HONDO DEL PROBLEMA DE NIETZSCHE

Por *Rafael AREVALO MARTINEZ*

1

O LA DEMOCRACIA DIGIERE A NIETZSCHE...

YA ES HORA de que se diga muy alto: o la democracia moderna digiere la profunda doctrina de Nietzsche o ésta se le indigesta, la envenena y la mata. Nietzsche es hondo como la vida misma y como ella tiene los más distintos aspectos —en cuenta los más terribles y contradictorios—; pero también tiene su maravillosa unidad. Los que creen que afirmó dos sistemas de ideas distintos están equivocados. La vida procede así como la vió Nietzsche; así opera la naturaleza; así actúa el noble como gobernante tiránico —ya Calicles clamaba por una soberanía para ser hombre dignamente— “castigando al que lo combate y galardoneando al que le rinde homenaje” según recomienda el eximio filósofo-poeta que motiva el presente trabajo; pero porque Nietzsche vió la verdad de esto con su penetrante mirada no se le puede inculpar. Nosotros señalamos en NIETZSCHE EL CONQUISTADOR¹ la filiación de la doctrina nazi en la nietzscheana, pero no incriminamos al autor de esta última; por el contrario, lo amamos como el más grande de los filósofos y el más generoso de los hombres. Sólo Cristo amó más a los hombres que él. Lo que pasa es que en la antinomia eterna —autoridad y libertad, igualdad y desemejanza, masculinidad y feminidad. . . — los dos términos existen, como la noche y el día que juntos forman

¹ RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ. *Nietzsche el Conquistador. (La doctrina que engendró la segunda guerra mundial)*. Guatemala. Tipografía Sánchez & De Guise. 1943.

el Día, y no es posible negarlos. La vida es eso: el equilibrio durante un breve instante eterno, de la muerte y de la vida.

Así como en la filosofía griega encuentran su génesis todas las modernas escuelas de filosofía, así al mar de aforismos nietzscheanos se pueden referir las más brillantes obras de muchos escritores modernos. Todo el pragmatismo está en Nietzsche; en algunos de sus aforismos se encuentra la raíz del psicoanálisis de Sigmundo Freud; el genial Heriberto J. Wells, en otra de sus breves sentencias pudo encontrar la semilla de algunas de sus más extraordinarias historias; DEGENERACIÓN de Max Nordau, a pesar de que el autor incluye a Nietzsche en los casos estudiados, acaso tuvo su origen en textos nietzscheanos . . . Sólo Edgar Allan Poe se puede poner en parangón con el gran filósofo alemán, por la enorme influencia que tiene en todas las literaturas; y la ventaja queda para Federico, que influyó en ellas mucho más.

2

LA REVALUACION DE NIETZSCHE

CADA día aumenta el respeto y la comprensión hacia él. La ENCICLOPEDIA BRITANICA, autoridad respetada en el mundo entero, puede ser buen coeficiente de este avaloramiento de la obra de Nietzsche.

En la undécima edición 1910-11, todavía afirma que "su filosofía no es sistemática en sí misma ni está expuesta en forma sistemática, sino que por el contrario, está compuesta de un gran número de puntos de vista que sucesivamente aparecen aceptables a su personalidad que camina cada vez más hacia la insania, y falla en continuidad y consistencia".

Y habla de

"la influencia que en él ejerció no sólo Schopenhauer sino el moderno naturalismo y el un poco mal entendido darwinismo, pues interpreta la fuerza generalmente como desenvolvimiento físico, aunque algunas

veces la debilidad física, por su mezcla con la astucia, puede obtener el triunfo”.

En la cuadragésima edición, dos lustros más tarde, ya se ha operado en la Enciclopedia, tan buen exponente del pensamiento moderno, la misma reevaluación que entre los demás grandes pensadores del mundo entero. En ella, después de expresar que Nietzsche ofendió a todos los partidos políticos, lo mismo a los conservadores que a los socialistas, a todas las religiones y a todas las clases y que fué tildado de “misántropo, loco, corruptor de morales, pagano y *promotor de guerras*”, durante su vida, de esta manera se refiere a su rehabilitación póstuma:

“Un más detenido y desapasionado estudio de Nietzsche debe permitirnos diferentes conclusiones. Ninguno entendió al principio que sus enseñanzas contra toda piedad eran debidas a que amaba, por sobre todo, la salud de la vida; que sus ataques a la moralidad surgían de su amor a una ética más alta; y por último, que impugnaba el patriotismo en nombre de la unidad de Europa. Tardía y lentamente el mundo está empezando a cambiar su concepción sobre el Anticristo. Su negación era dirigida a la enfermedad, a la debilidad y la decadencia; y su afirmación abarcaba todos los sanos instintos, calumniados y suprimidos por la moral de la época. Nietzsche se volvió el redentor de esas honestas y viriles tendencias y se esforzó por contruir las correspondientes virtudes señoriales que contribuyeron a realizar la gran visión que tenía del futuro. Esta visión, concebida en éxtasis y pintada con el múltiple talento de un filósofo, un músico y un poeta, dejó a la posteridad una serie de trabajos que dan testimonio de su profunda moralidad y son considerados, en el más alto sentido de la palabra, como religiosos”.

3

DOS BANDOS

ESTA oscilación de la Enciclopedia marca la del pensamiento contemporáneo al juzgar a Nietzsche. Cientos de escritores lo ensalzan y cientos maldicen de él.

Rubén Darío lo llamaba "loco malo" y hacía la señal de la cruz aterrorizado como para defenderse de él. Max Nordau lo considera uno de los prototipos de la degeneración y dice de él, que se adquiere, desde la primera a la última página de sus escritos, la impresión de que se está en presencia de un loco furioso que con los ojos centelleantes y echando espuma por la boca suelta una oleada ensordecedora de palabras, gesticulando salvajemente. Según Nordau, hay que habituarse al estilo de Nietzsche aunque el alienista conoce ya este género, pues con frecuencia lee escritos cuya marcha, ideas y dicción son semejantes a los aforismos de Nietzsche y conducen a que se prescriba la reclusión del autor en una casa de orates. En otro pasaje habla de su "picardía ordinaria de demente" concluyendo así:

"¡Y a este desgraciado demente, cuya charla huera no es más que una larga divagación, en cuyos escritos aulla la locura furiosa en cada línea, se le ha tratado seriamente de filósofo y se ha dado su disparatar como un sistema!"

Se refiere a sus discípulos de este modo.

"Es indudable que la cuadrilla de Nietzsche se compone de criminales natos con debilidad de voluntad y de necios a quienes emborrachan las palabras sonoras".

Otros escritores —y son innumerables— siguen a la Enciclopedia en la última de sus manifestaciones y admiran sin rebozo a Nietzsche. En la memoria de cualquier estudioso aparecerán sus nombres con facilidad. Esta tendencia de rehabilitar a Nietzsche es la que priva en la actualidad. Nosotros estamos con ella.

4

COMPRIMIDO HISTORICO

Si se quisiera comprimir la historia del mundo en diez líneas se podría hacer este compendio, en cierto sentido, así:

El mundo fué pagano hasta el día en que nació Cristo, en el que empezó una nueva era. En el año de 1844 de esta nueva era nació Nietzsche, que habría de combatir el cristianismo y trataría de que la humanidad volviese a los tiempos precristianos. . .

¡Y nada más!

Porque el acontecimiento más grande de la historia, después del nacimiento de Cristo, es el nacimiento de Nietzsche, quien al plasmar su doctrina en imágenes, como un gran poeta y tal como lo hizo Cristo, habría de condicionar al mundo; que no en balde, con el advenimiento de Hitler al poder, se realizó el formidable hecho histórico de procurar que empezase una nueva era de neopaganismo nietzscheano.

Los estados totalitarios no hubieran podido tener el formidable éxito inicial si no los hubiera respaldado una doctrina. Detrás de cada soldado del Reich iba una idea clara y fuerte que lo empujaba. Y este credo pujante que le permitió vencer en los primeros momentos era la admirable, la adamantina y orgánica concepción de Nietzsche. No conocemos en toda la historia de la filosofía sistema más lleno de cohesión que el de Nietzsche. No hay en él ninguna solución de continuidad. Ni Schopenhauer ni Kant tienen su coherencia y su unidad, a pesar de que precisamente fué acusado de no ser sistemático ni en el fondo ni en la forma de expresión. Lo dió a pedazos, porque la luz de su genio lo consumía; pero cada uno de esos pedazos se ajusta a una sola concepción de la vida y del cosmos. Únicamente porque la respaldaba la doctrina de Nietzsche pudo Alemania ganar la primera parte de la guerra. Guatemaltecos venidos de suelo germano en este mismo mes de septiembre recién pasado, nos cuentan que cuando Hi-

tlér dejaba una hostería iban las mujeres del pueblo y los adolescentes de la generación formada por él a besar las sábanas que lo habían cubierto durante su sueño; y esta devoción sólo la provocaba el führer porque era un vocero del creador de la nueva fe. Repetimos que ni una sola de las ideas en la plataforma política de Hitler y del nazismo eran originales de ellos, todas estaban tomadas de Nietzsche.

Desconocer esto, que sólo la idea mueve al hombre, puede tener extrema gravedad.

5

SINTESIS DE LA FILOSOFIA NIETZSCHEANA COMO UNA
CONTRAPOSICION DEL CRISTIANISMO

INTEMOS, por difícil que sea esto en un trabajo hecho sin la debida preparación, sintetizar la tremenda filosofía de aquel que pidió a su hermana que lo dejara “descender al sepulcro como un pagano honrado, sin que los sacerdotes profirieran falsedades sobre su tumba, cuando ya no pudiera defenderse”. Esta filosofía podría reducirse a bien pocos lineamientos.

a) *Trasmutación de todos los valores.*

En su tiempo, como aún hoy en nuestros días, privaban los valores cristianos y él quiso rehabilitar a los paganos. Al estudiar a Nietzsche, se ve que el corazón de todas sus doctrinas se encuentra en su frase, tantas veces repetida, de revaluación de todos los valores, pues, según clamó, “la moral vigente era de esclavos y constituía el mayor peligro contra la humanidad”.

b) *Afirmación de la vida.*

El cristianismo negó el valor de la vida en sí y sólo lo aceptó condicionado a la facultad que concedía de merecer la gloria eterna. Nietzsche afirmó la vida con la afirmación más profunda que se ha escuchado durante los siglos.

“Era esto la vida —diré a la muerte. Pues bien: ¡qué se repita!”

c) *El valor de la vida.*

Según él el sumo valor de la vida no es *la felicidad*, pues sólo podría consistir en ésta para los niños, la gente ruin, los débiles, los enfermos y los cansados. El desplazamiento de su valor más alto a una existencia ulterior —cielo o infierno— es una negación de la vida real; y *la virtud*, así, tampoco determina el valor de la existencia. La verdadera escala para medir el valor de la vida es la grandeza intrínseca del hombre. La felicidad, la virtud, la forma y organización de los Estados, la religión, la filosofía, la ciencia, el arte y la moral deben ser valuados conforme a este escantillón definitivo del desarrollo de las grandes individualidades. La axiología debe consagrar a moral de la vida ascendente contrapuesta a la de la vida descendente.

“Un pueblo es el camino extraviado que toma la naturaleza para llegar a seis o siete grandes hombres”.

d) *La contraposición cristiana.*

Y con esta clave en la mano de la revaluación de todos los valores, en pugna con el cristianismo, porque todos los valores de su época son cristianos, oíd ahora cómo ha de revaluarlos. La religión cristiana afirmó la existencia de Dios, él la negará; afirmó la existencia de un alma eterna humana, él la ha de negar —“el alma es la función de un organismo”—; afirmó una sanción póstuma para el hombre en una vida más allá de la tumba, en que la virtud sería premiada y el pecado tendría pena —todo el edificio del cristianismo se levanta sobre la base de esta noción de pecado—, Nietzsche la negó también (él habla con voces elocuentes de que el hombre saldrá de esa pesadilla de haber creído en el pecado y se sentirá limpio ante el ojo de inocencia de la vida y en el seno de la naturaleza; y enseñó, no solamente que el hombre no puede pecar, sino que ni siquiera tiene libre albedrío); el cristianismo afirmó que los hombres eran iguales porque todos tenían el mismo padre, Nietzsche contradijo que su

madre era la naturaleza y que ésta los hacía sustancial y radicalmente diferentes, pues en una jerarquía suprema estaban divididos en señores para mandar y disfrutar y esclavos para trabajar, obedecer y hacer posible esa floración suprema de una raza grande en la que se sublimara la vida; el cristianismo fué el verdadero constructor de la libertad entre los hombres, inmediatamente nacida como corolario innegable de su igualdad, Nietzsche naturalmente hubo de negarla porque ¿cómo puede ser libre el que nació para esclavo?

e) *Un Dios nacional.*

El gran filósofo enseña que los pueblos fuertes tienen un Dios que les pertenece, que los puede ayudar y dañar, que representa su fuerza, su agresividad y su sed de poder y expresa la dignidad nacional.

“Los dioses o son la voluntad de dominio de un pueblo, o son la total impotencia y se vuelven buenos a la fuerza. . .”

f) *Superación del cuerpo.*

Como cree que el mundo creado por la ciencia, el arte y la religión es mentira vuelve su principal interés al cuerpo y a la vida material. Ha de asegurarnos que para el hombre no tienen importancia cuestiones como la de la existencia del alma eterna y la existencia de Dios; y que en cambio sí la tienen y grande los problemas de los alimentos que ingiere, de los lugares en que habita y de la forma en que descansa. Muchas secuelas naturales de esta concepción existen entre sus aforismos, como la del gran valor del médico—en alguna parte se duele de no haberlo podido ser en lugar de ser filólogo—, y el consejo de que la cocina, que puede ser nuestra mejor fuente de salud, esté en manos de hombres y no de mujeres, ya que éstas son estúpidas por naturaleza.

g) *Nueva moral sexual.*

Declara que es espantoso transformar las necesarias y naturales sensaciones sensuales en fuentes de miserias in-

teriores, despertando en las conciencias de los fieles remordimiento; y que es una calumnia que se asimile la procreación del hombre a la mala conciencia. No debe existir ningún ácido moral en la educación del superhombre, asce-ta de la voluntad, pero no condenador de la carne.

“No dejéis de bailar, ¡oh dulces niñas! Ningún agua-fiestas ha llegado hasta vosotras, enemigo de las niñas de hermosas piernas”.

h) *Educación.*

Los señores no deben preocuparse de la educación de las clases populares, lo que puede perjudicar al más elevado desenvolvimiento del hombre. La educación debe estar reservada a la casta superior como instrumento de dominio.

i) *Dstrucción de los débiles. Esterilización.*

Los débiles y los fracasados deben perecer y se les debe ayudar a bien morir. En uno de sus pequeños apólogos un santo ordena con voz terrible al padre de un niño raquíctico “que no tiene fuerzas ni para morir”: “Mátale y tenle en brazos tres días y tres noches para que te acuerdes y no vuelvas a engendrar un hijo hasta que no llegue para ti el instante de engendrar”.

“La misericordia es una debilidad para toda moral aristocrática”.

j) *Moral aristocrática.*

La primera categoría de hombres es la de los sabios y la segunda la de los hombres de carácter. El resto de los hombres deben obedecer a los primeros. Esta es la religión de los señores, ya que la naturaleza separa a los aristócratas, fuertes, de la gran mayoría de los siervos débiles. Una nueva nobleza, adversaria de todo populacho y de todo despotismo, debe escribir de nuevo en nuevas tablas la palabra “noble”. Y el mayor deber de los gobernantes no consiste en ser útiles a los gobernados, sino en

serse útiles a ellos mismos. Lo mejor que existe les debe pertenecer.

“Lo esencial en una buena y sana aristocracia es que no se sienta como función (sea de la realeza, sea de la cosa pública), sino como un fin y suprema justificación de ésta, y que por esta razón acepte en buena conciencia el sacrificio de cantidad innumerable de hombres, que, para ella, han de ser rebajados y reducidos a seres incompletos, a esclavos, a instrumentos”.

“La peor hipocresía es que aun los que mandan fijen las virtudes de los que obedecen. *Yo sirvo* salmodia la la hipocresía de los gobernantes. ¡Ay cuando el primer amo no es más que el primer servidor! Cuánta bondad, justicia y piedad veo, flaqueza pura”.

k) *Raza.*

Los nobles juzgaron buenas sus acciones y establecieron el término *bueno* por oposición a lo *malo*, que era lo bajo, mezquino y populachero, y el término *verídico* por oposición al *embustero* que correspondía a la plebe. Empleaban el término *valiente*, opuesto al de *cobarde*, para designar también al noble y al plebeyo. El latino *malo*, que se relaciona con el término griego negro, pudo designar al hombre plebeyo de color moreno y cabellos negros, al autóctono preario de suelo itálico, que se distinguía de la raza dominadora y conquistadora de los arios rubios. El gaélico *fin*, distintivo de la nobleza, que significa el bueno, el noble, el puro, significaba antiguamente el de cabellos rubios, en oposición al autóctono de cabellos negros. El latín *bonus*, interpretado por el guerrero, constituía la bondad en la Roma antigua. Cuando la nobleza declina, la palabra nobleza significa nobleza de alma.

Su aristocratismo radical es correlativo de su dualismo social entre señores y esclavos.

l) *Concepto de la revolución.*

Nietzsche, en una gran síntesis, recorre la historia para demostrar que todos los movimientos de liberación es-

piritual han sido en rigor insurrecciones de esclavos y que los grandes acontecimientos que reseña son simples episodios en la lucha por la igualdad humana, falso ideal que ha hecho verter mucha sangre; y con su genial poder de compendio, en breves palabras nos dice que por este ideal propugnaron el budismo, la filosofía socrática, el judaísmo, el cristianismo, el protestantismo, la revolución francesa, el liberalismo, la democracia y la ciencia moderna; y en cambio, se opusieron a la torpe pretensión igualitaria, que de realizarse haría imposible el libre desarrollo de la vida, el helenismo, el romanismo, el germanismo, el renacimiento, el XVII y XVIII siglos franceses y la epopeya napoleónica, aristócratas, impelidos por la dicha de vivir y apoyados en la fuerza.

m) *Concepto del estado.*

Preconiza el estado militar como la única forma de consolidar el dominio de la casta superior, disponiendo de la fuerza y organizando todos los resortes sociales según una disciplina férrea que haga ineficaces todas las tentativas de insurrección. Según Nietzsche, el estado primitivo fué formado por una horda de bestias de rapiña, raza de conquistadores y señores que con su organización guerrera dejaron caer sus garras sobre una población superior en número, pero inorgánica y errante. Entra en escena, como una tiranía, una máquina sangrienta y despiadada. "Tal es el origen del Estado y no un contrato".

El derecho no existe. Los nobles no reconocen derechos a los inferiores y creen que ellos pueden obrar más allá del bien y del mal.

n) *Postulados de la revolución.*

Niega la libertad, igualdad y fraternidad cristianas, postuladas también por la revolución francesa —a pesar de que fué contra los sacerdotes— y nos hace ver que el esclavo "tiene el vivo deseo de la libertad, el instinto de que la felicidad consiste en la libertad" y en cambio el noble, libre de nacimiento se esclaviza voluntariamente y es el que mejor comprende la disciplina militar y la ri-

gurosa escala jerárquica que pide imperiosamente la obediencia. Son palabras suyas: “el orgullo de la obediencia es signo distintivo de los aristócratas”.

Proclama que el sentimiento aristocrático ha sido socavado por la mentira de la igualdad de las almas y que la desigualdad de los derechos es la condición primera para la existencia de los derechos, que son verdaderos privilegios.

ñ) *Razón de Estado.*

“Un animal, una especie o un individuo están corrompidos cuando eligen y prefieren lo que es desfavorable para ellos. Una virtud desprovista de *moralina*, al estilo del Renacimiento, ha de ser nuestra invención, nuestra defensa y nuestra necesidad personal; en cualquier otro sentido es un peligro. Al que nació para mandar, ¿qué le importan los contratos?”

o) *Explotación.*

La naturaleza aborrece la igualdad y ama la diferenciación de los individuos, clases y especies. El socialismo es antibiológico: el proceso de la evolución entraña la utilización de las especies, razas, clases o individuos inferiores por los superiores; toda vida es explotación y perdura en lo esencial en otra vida; los peces grandes cogen a los pequeños y se los comen. El socialismo es envidia: “quieren algo que nosotros tenemos”.

“La vida es apropiación, violación, enseñoramiento de todo lo que es extraño y débil; significa opresión, rigor, imposición de las propias formas, asimilación, en una palabra explotación”.

“Una corporación sana debe absorber a los demás cuerpos mientras que sus componentes se traten con respeto recíproco: querrá dominar, conquistar, no porque esto sea bueno o malo, sino porque vive y la vida es voluntad de dominio”.

p) *Interpretación de la historia.*

Los grandes acontecimientos que reseña son simples episodios de la lucha por la igualdad humana, falso ideal que ha hecho verter mucha sangre.

“La organización romana era bastante fuerte para soportar emperadores deleznable.

El gran imperio romano, el gran estilo, arte, realidad, verdad, vida, toda esa gloria del paganismo romano heredero del griego, fué destruída por el cristianismo. La gran Roma no fué desintegrada por un cataclismo de la naturaleza ni por las patas de los germanos y otros tardígrados. La despedazó el cristianismo, invisible y anémico, lo lacerado, lastimoso, visitado por malas inclinaciones, la judería del alma, colocada en primera línea. Son terriblemente astutos los señores padres de la Iglesia; la naturaleza no los dotó de instintos decorosos y limpios; ni siquiera son hombres. La idea del infierno no podía señorear Roma; la del más allá sí porque mata la vida”.

“Epicuro no combatió al paganismo sino al cristianismo. La corrupción del alma por la idea de pecado, penitencia e inmortalidad. Los cultos subterráneos. Negar la inmortalidad era ya una redención y Epicuro hubiera vencido. Todo lo digno era epicúreo; pero apareció San Pablo. Tal fué el camino de Damasco. Nihilista y cristiano se compenetraron. Los anarquistas destruyeron el imperio romano hasta que los germanos y demás zoquetes pudieron encumbrarse”.

“Los alemanes impidieron en Europa que se lograra el Renacimiento, subversión de todos los valores cristianos, tentativa de hacer triunfar los valores nobles con todos sus instintos y su genio. Un fraile alemán, Lutero, cargado de venganza, de odio y envidia, se rebeló en Roma contra el Renacimiento en vez de comprender ese prodigio del cristianismo vencido en su propia sede. El pecado original ya no se sentaba en la sede del Papa que estaba reemplazado por la vida, el sí a las cosas elevadas, bellas y audaces”.

“Lutero restableció la iglesia. El Renacimiento acabó por ser un fracaso. Hacer vanos los esfuerzos ha sido siempre obra de los alemanes.

Las propias doctrinas de Mahoma son viriles al lado de las cristianas.

Los verdaderos hombres del Islam desprecian a los cristianos. Que bien dijo Federico II, gran emperador alemán: “Guerra a Roma; amistad con el Islam”.

q) *Guerra.*

La severidad, la violencia, el peligro, la guerra, son tan valiosos como la bondad y la paz. Los grandes individuos sólo aparecen en los tiempos de peligro, violencia y necesidad inmisericorde. La codicia, la envidia y el odio son elementos indispensables en el proceso de la lucha, la selección y la supervivencia. El mal es al bien, lo que la variación a la herencia, lo que la innovación del experimento a la costumbre.

Toda guerra es buena. Aun la revolución es buena, no por sí misma, pues nada puede ser más nefasto que la supremacía de la masa, sino porque los tiempos de lucha hacen sobresalir la grandeza oculta de los individuos. “La crueldad constituía el gran goce y deleite del hombre primitivo”.

“Debéis amar la paz como un medio de guerras nuevas, y la paz corta mejor que la larga”.

“Vosotros decís que la buena causa es la que santifica aún la guerra. Yo os digo: la buena guerra es la que santifica todas las causas”.

“El hombre debe ser educado para la guerra y la mujer para solaz del guerrero. Todo lo demás es locura”.

“Has hecho del peligro tu oficio, por tu oficio sucumbirás, y en atención a eso voy a enterrarte con mis manos”.

r) *El superhombre.*

En la doctrina de Nietzsche, el superhombre sigue siendo un hombre, pero sobrepasa a los demás de tal suer-

te que representa una especie más alta. Es superior al artista—Nietzsche desprecia la mentira, del romanticismo sobre todo, y habla de superar al sabio. Los comprende, en cierto sentido, a ambos—artista y sabio—, pero los completa con el hombre de acción. La voluntad de poderío, instinto más grande que el de conservación, es la base de la filosofía nietzscheana e indica como la mejor seña para conocer al superhombre, que ha de afirmar la vida “no a pesar de sus dolores sino precisamente porque es dolorosa”. Caracterizan al héroe la riqueza de impulsos y de apetitos y el dominio sobre ellos. El superhombre se hace su tabla de valores y se impone sus propios fines con entera responsabilidad, rígido y duro consigo mismo. En su moral de los señores, bueno es todo lo que favorece la vida ascendente y el advenimiento del superhombre y malo todo lo que lo entorpece.

s) *Validez de su doctrina.*

No pretende ser válida para los serviles que con ella se aniquilan. Toda negación de sí mismo brota de la debilidad y la moral de los esclavos, es la contraria de la de los señores ya que declaran bueno lo que sostiene su debilidad.

Esto es el tuétano de su doctrina; pero con unidad admirable en ese gran sistema perfectamente coherente que han podido captar los que mejor lo han estudiado, comprende el desarrollo de puntos de menos trascendencia.

6

CONCEPCION DE UN ESTADO TOTALITARIO

SE puede preguntar ¿cómo Nietzsche, una de cuyas más puras glorias es haber pugnado por la unidad de Europa —y la cuenca sagrada del Mediterráneo, tierra histórica por excelencia, todavía representaba a fines del siglo pasado la totalidad de la tierra—, pudo influir en la concepción de un estado totalitario? La razonable pregunta

tiene fácil contestación: doquiera que una aristocracia proclama el natural dominio del Señor, se llega a la frase de Luis XIV, "el Estado soy yo", si es una monarquía, o a la semejante de "el Estado somos nosotros", si es una oligarquía; pues en uno y otro caso la soberanía radica siempre en la clase predominante, ya esté compuesta por un solo amo o por varios. En realidad, la cúspide de la pirámide humana está constituida por una sola piedra en la filosofía nietzscheana, que describe la disciplina y el sentimiento de la jerarquía como las primeras virtudes patricias y, en cambio, afirma que la concepción de que "la dicha consiste en la libertad", es privativa del siervo.

Fácil es percibir que el señor o la clase de señores dominantes quiera regular in extenso y por completo hasta los menores actos de la vida privada de los dominados. Esta ingerencia del Estado es derivación genuina de la soberanía irrestricta del gobernante. La preeminencia que debe tener la colectividad sobre el individuo —justísima— es adjetiva en el régimen nazi. En cuanto a Nietzsche, ya se sabe, todo debe confluír en una vida ascendente, hacia el advenimiento de los mejores.

7

OTROS DOS BANDOS

Así como hay diferencias al juzgar el mérito de Nietzsche, así también las hay al referirse a su influjo en el nazismo.

Los escritores de la América entera se dividen, en la actualidad, en dos bandos: los que perciben la influencia de Nietzsche en el nazismo y los que la niegan por amor al gran maestro, creyendo con esto salvarlo del sambenito de haber contribuido a la actual guerra, cuando precisamente el filósofo alemán se hubiera congratulado de ella, pues le hubiera parecido un remedio heroico para las democracias corrompidas.

8

ALGUNOS ESCRITORES QUE DEFIENDEN A NIETZSCHE

ENTRE los cientos de escritores que hoy defienden a Nietzsche de la imputación de haber contribuido a la actual guerra existen algunos ilustres. Vamos a ocuparnos de los que tenemos a mano. Sanín Cano, el maestro de Colombia, y Ricardo Baeza. Baeza, con palabras que influenciaron a la América entera, como que tenían por tribuna la alta de SUR, de Victoria Ocampo, ya desde el número correspondiente a febrero de 1940 con el título de NIETZSCHE Y EL NAZISMO impugna "la adscripción que se hace de Nietzsche al nazismo, tanto por éste como por sus adversarios". De la concepción cósmica de Nietzsche, que abraza todos los problemas humanos, sólo trata Baeza de dos de éstos, racismo y antisemitismo, en su intento de probar que el filósofo "jamás creyó en la superioridad de una raza determinada y mucho menos en que ésta pudiera ser alemana" y de que "fué intransigente respecto al antisemitismo en sus peores manifestaciones". Puede afirmarse, refutando a Baeza, que una de las principales columnas que sostienen el edificio doctrinario de Nietzsche es la afirmación de una raza de señores. Si algo es sustancial en su sistema, es esta noción de raza. Toda su filosofía estriba en su concepto de una raza de señores, a la que describe continuamente, en oposición a la raza de siervos nacidos para obedecer: acaso no hay en la historia literaria más hermosas descripciones de varones ilustres que las hechas por Nietzsche; dejan atrás a Hernando del Pulgar, Pérez de Guzmán y Carlyle. Y esto es lo cardinal aunque, en efecto, en alguna parte de su obra, Nietzsche dice no creer en la pureza de la raza alemana.

Su concepto genérico de revolución, perseguido a través de toda la historia, es el de que consiste en un movimiento de rencor que ha levantado a los siervos por envidia contra sus amos naturales. En cualquier exposición de la historia de la filosofía, por manual que sea, es seña-

lado su aristocratismo radical, correlativo de un dualismo social entre señores y esclavos, como uno de los principales caracteres de su filosofía; pero se refería más bien a una raza internacional de señores que a la alemana; y en esto es fácil probar que el propio Hitler no fué irreductible, pues afirma una y otra vez que reconocerá a los nobles nacidos de su lucha por el poder, sea cual sea su nacionalidad. Nietzsche considera como un caso de atavismo la democracia; son los descendientes de los indígenas italianos, oscuros de cutis, que se vuelven contra sus rubios dominadores, los que la han instituido. A lo largo de un sistema coherente esta es su noción central de racismo, no contradicha por aforismos aislados suyos que únicamente son matices de su pensamiento. Y la prueba de esto consiste en que indica que en la pétrea muralla que debe separar dominados y dominadores es conveniente que exista una puerta secreta para que por ella pasen los jefes de los rebeldes a incorporarse a la raza de señores, pues por el propio hecho de su rebeldía ya adquirieron títulos de nobleza. Negar este concepto relevante que pasa por toda la obra de Nietzsche equivale a querer cuartear su edificio. En cuanto a su antisemitismo ya es cosa definida en otra parte de este trabajo; fué contra su exageración en textos esporádicos; pero en lo grueso de su obra se refiere a algo de más trascendencia: que el judío es el progenitor de las ideas cristianas de renuncia.

Sanín Cano —en EL TIEMPO de Bogotá, 1941— hace distinciones entre la voluntad de vivir y “la voluntad de poder”, en la filosofía nietzscheana, y dice:

“que la primera pide más espacio y la posesión en grande escala, de cosas fungibles, mujeres, casas, bestias, ornamentos, materias potables o edibles, mientras que la segunda —la de Nietzsche— realza los valores espirituales y pide no los goces groseros de la existencia, sino los valores vitales en las cumbres donde tiene su domicilio el genio”.

Nada menos fundado que esta interpretación de Nietzsche. Nietzsche dijo con toda claridad que adjuraba del romanticismo y de toda forma de mentira, que aspiraba con vehemencia a la realidad y que a él la parecían más

sagrados para los hombres los problemas materiales de alimentación, clima y descanso que los vanos de la inmortalidad del alma y la existencia de Dios que por tanto tiempo nos dejaron ciegos para los muy importantes de la satisfacción de las necesidades corpóreas; y expresamente afirma: "Lo mejor que existe nos pertenece a mí y a los míos, y si no nos lo dan nos lo tomamos: el mejor alimento, los pensamientos más fuertes, las mujeres más hermosas. . ."

Asegura también el escritor colombiano:

"Nietzsche odia la bestia rubia. Ama la combatividad y detesta la guerra. El superhombre en una sola palabra no es la bestia blonda ni la bestia humana. Se habla de que reconoció la necesidad y aun la utilidad de la guerra; pero glorificaba no la brutalidad de los hechos de armas, sino el choque espiritual de donde emana la luz del mejor conocimiento".

Para el que conozca la filosofía de Nietzsche no es necesario seguir contradiciendo tales aseveraciones.

9

NUESTRA POSTURA

AUNQUE de las obras de Nietzsche se hubieran podido sacar no sólo aforismos que se contradicen, sino opuestos sistemas orgánicos de doctrina —como afirman algunos y nosotros negamos en absoluto—, en uno de esos credos divergentes —en el que señalamos en nuestro libro NIETZSCHE EL CONQUISTADOR, con gran copia de documentos— se habrían inspirado los nazis. No es posible negar esto; para ello habría que impugnar los documentos fidedignos que ponemos a dos columnas en la citada obra.

Y porque era tan grave la tarea de realizar esta síntesis doctrinaria —de cristianismo y nietzschenismo— que debe regir a la moderna democracia, nos nos atrevimos —en la referida obra— a formularla y expusimos claramente que nos limitábamos a demostrar la identidad del credo oficial nazi, ya en el ejercicio del poder, con la doc-

trina de Nietzsche, sin ejercer un examen crítico de esta última, ni intentar defender el cristianismo, creyendo que nuestra simple exposición contribuiría a la defensa de esa democracia en la que confiamos. Por lo demás, hechos comprobados, como el de que el propio nazismo afirmó la génesis nietzscheana, como el de que la misma hermana de Nietzsche, Isabel Foerster Nietzsche, ya nonagenaria, regaló a Hitler un estoque de su hermano y en esa ocasión el führer se retrató al lado del busto de Federico; y, para no citar más, como el de que luego el gobernante alemán envió a Mussolini caído, en el día de su cumpleaños, las obras completas del hijo de Roecken, prueban que el actual régimen nazi no oculta la principal fuente de su sistema político, sino por el contrario, se jacta ostensiblemente de ella, lo que convierte la filosofía nietzscheana, en alguna forma, en la plataforma del nazismo como partido político.

Nosotros podemos asegurar simplemente que nos parecen verdaderos los conceptos del gran creador de la "*Genealogía de la Moral*", que fueron la fuente principal del credo nazi, y que, a pesar de ello, demócratas, impugnamos el movimiento hitleriano, por razones que aparecen claras al leer la parte de nuestra obra, tantas veces citada, que tiene por título: "¿Es Hitler paranoico?", repitiendo lo que afirmamos en nuestra mencionada obra:

Nietzsche tiene razón: todo eso que él dijo es cierto; pero su doctrina, en la antinomia eterna del universo, no representa sino una mitad de la vida: el reverso obscuro, que es como la noche. Y existe la otra mitad, la mitad de Cristo: el cristianismo, la piedad, "la moral de los esclavos" —según fué llamada—, que es como el día.

Si Nietzsche es un loco, es el loco por el que sentimos más respeto y admiración entre todos los hombres.

Y no nos cansamos de repetir que Nietzsche fué hondo y profundo como la propia vida y como ella nos muestra múltiples fases, pero también como ella tiene unidad maravillosa.

Un día llegaremos a la verdad precisamente porque Nietzsche vió con claridad un hemisferio suyo, después de

que el cristianismo nos había enseñado el otro. A esta pureza y valentía de Nietzsche debemos el habernos acercado a la verdad. De nuevo afirmemos que nadie, después de Cristo, ha amado a los hombres más que él.

Se dice que en cada siglo sólo un hombre entiende a Platón, algo semejante se puede decir de Nietzsche.

Pero de admirar a Nietzsche a negar que la más poderosa influencia —aunque naturalmente no la única— que llevó a la guerra actual es su doctrina, hay una gran diferencia. Urge aclarar tal cosa porque es asunto de vida o muerte para el mundo, ya que siguiendo al pie de la letra a Nietzsche se llega a una guerra tan espantosa como la actual. El hubiera amado esta guerra —ya lo dijimos—, porque le habría parecido buen medio de regenerar a las corrompidas democracias de 1939.

Como el mundo no puede aceptar esto y como nuestra generación, aunque tenga que reconocer la necesidad de la presente contienda, debe superar esta aceptación y trabajar por la paz del mañana, ya que su fuerte instinto de pugna debe encauzarse para dominar a la natura únicamente, precisa que se entienda bien a Nietzsche y que los conductores de multitudes enseñen a interpretarlo; pero no será, seguramente, con la negación, por amor a su memoria o a su filosofía maravillosa, de que sus doctrinas contribuyeron al tremendo conflicto de nuestros días, como se obtenga un mundo mejor, porque esta es la actitud clásica del avestruz y no se cura un mal negándolo, sino afrontándolo con valor. Nietzsche, que tanto amó este sentido de realidad y tanto huyó de todo lo que él consideraba engaño y mentira, sería el primero en predicar actitud semejante ante la vida.

La humanidad ab initio marchaba hacia el sur. Las doctrinas de Cristo le mostraron el norte como meta de su camino secular y, obedientes a aquella voz divina, los rebaños y sus pastores emprendieron de nuevo la marcha en dirección contraria a la que hasta entonces habían llevado.

En mitad de las edades Nietzsche, poseído por el espíritu como un profeta, les gritó que volvieran atrás, que la dirección inicial era la justa; y su voz fué tan fuerte y pe-

netrante que las ovejas y sus directores se dividieron en dos mitades que hoy contienden a muerte, discutiendo cuál es la dirección salvadora.

Como si fuera cierta la ley de la filosofía hermética que dice que el péndulo de la vida humana, en una oscilación perpetua, camina tantos grados hacia la izquierda como antes lo hizo hacia la derecha, y perennemente va de una dirección hacia la opuesta, así en nuestros días el movimiento germánico señala que ya es hora de regresar del cristianismo al paganismo, de rectificar todo lo que la doctrina de renuncia tiene de exagerado y de errado.

Esta es la tremenda significación de la doctrina de Nietzsche. Todos los espíritus perspicaces así lo entienden. De tal manera entró en nuestra literatura que —como ya expresamos— acaso no hay ningún escritor, ni aun los más ortodoxos en el credo de Jesús, que no se sienta influenciado por ella. Y, sin embargo, algunos literatos y no de los menos eximios, le niegan unidad y solvencia en filosofía.

A nosotros, acaso porque somos poetas, nos parece —no podemos evitar el repetirlo— su unidad, espléndida y bruñida como no hemos encontrado ninguna otra hasta nuestros días, pues todas las demás ofrecen puntos contradictorios, menos este impío y taladrante credo de Nietzsche.

OBJETO DE CONOCIMIENTO Y OBJETO ESTETICO, SEGUN NICOLAI HARTMANN

Por Eduardo GARCIA MAYNEZ

LAS INVESTIGACIONES concernientes a la esencia del arte han versado casi siempre sobre el acto estético en sus varias manifestaciones (ya el de contemplación o goce artísticos, ya el de creación de la obra bella) en vez de referirse al tema central y más importante, que es el del objeto. Pues lo "bello", como tal, no estriba en el acto del contemplador o del artista, sino en el objeto de la actividad de éste. Ciertamente es que suele hablarse de las "bellas artes"; pero bello, en sentido estricto, no es el arte, sino su producto-poema, lienzo o sinfonía. Bellas son también muchas otras cosas en el mundo, tanto en el ámbito de la naturaleza como en la vida humana. Hay un reino de objetos estéticos, de índole peculiarísima, inconfundibles con los del conocimiento teórico. Y en ese reino existen también valores, como en el sector de la conducta. Los valores artísticos residen en ciertos objetos, mas no en la misma forma en que los de los bienes se dan en las cosas que valen, o los éticos en el comportamiento individual.

La modalidad *sui generis* de las criaturas que integran el reino deslumbrante del arte, revélase con gran claridad si se las compara con los objetos del acto epistemológico. El conocimiento hállase en todo caso referido a lo existente. Este fenómeno no queda suficientemente explicado si se recurre al concepto del objeto intencional. Nadie piensa que el objeto de la percepción, por ejemplo, nazca en virtud de la percepción misma. La convicción fundamental que acompaña a los actos de conocimiento es la de que el objeto es como es independientemente de que se

le perciba. De lo contrario: ¿cómo distinguir entre verdad y falsedad, saber auténtico e inauténtico?

Quien desee colocarse en una posición escéptica, puede poner en tela de juicio la existencia del conocer. Pero, en tal caso, a él corresponde probar que la convicción a que antes aludimos es una ilusión.

El conocimiento constituye un vínculo entre un sujeto y un objeto. Pero este último no se agota en ser objeto. Lo conocido existe en sí y por sí, independientemente de que se le aprehenda o se le ignore. Dicho más rigurosamente: en el conocer hay una relación entre la representación que un sujeto tiene de un objeto y aquello a que la representación se refiere. Tal relación es trascendente, en el sentido de que rebasa la linde de la conciencia y apunta hacia algo dado independientemente de ésta. El objeto debe pues ser distinguido de la representación. La segunda puede ser o no adecuada, pero sólo en el primer caso cabe hablar de conocimiento verdadero. La discrepancia entre la representación y lo representado constituye el error. La ley fundamental sobre el objeto del acto epistemológico se formula diciendo que el primero no se agota en ser objeto del segundo. Expresado con otras palabras: el objeto es lo que es, independientemente de que se le conozca o no se le conozca. La realidad a que el acto apunta tiene autonomía frente a la relación cognoscitiva. Y éste el sentido genuino de la relación. El que una realidad pueda transformarse en objeto de un saber, es algo exterior a ella, una circunstancia que no la altera en forma alguna. Lo que cambia, en virtud del acto, no es lo conocido, como tal, sino el sujeto que conoce. Y la modificación que el cognoscente experimenta consiste en la adquisición de un saber acerca del objeto. Pero "el modo de ser de este último no es el *ser objeto*, sino el *ser en sí*".¹

En principio, todo ente puede llegar a ser conocido. Mas no todos los objetos tienen existencia, ni todo lo existente es objeto de un acto epistemológico. En rigor, realidad sólo la tienen los objetos del conocimiento; los de la fantasía carecen de ella. El error común a los neokantianos, a casi todos los positivistas, y a Husserl, ha consistido

¹ *Systematische Selbstdarstellung*, Berlin, 1933, p. 303.

—dice Hartmann— en confundir, en el orden gnoseológico, el ser con el objeto.

Las cosas no se dan en la conciencia, sino que permanecen fuera de ella, incluso cuando son aprehendidas. El contenido de la conciencia es algo heterogéneo frente al mundo real, aun cuando pueda coincidir con él.

La conciencia no encierra "cosas", sino representaciones. Y el conocimiento estriba en la posesión de representaciones adecuadas. Por ello no es simple acto de conciencia, sino "acto trascendente".

A diferencia de los objetos epistemológicos, los estéticos no existen en sí y por sí, sino sólo "para un sujeto". Un paisaje, por ejemplo, existe (en sí) como objeto de diversos conocimientos: geográficos, estratégicos, botánicos, topográficos, etc.; pero bello sólo puede ser para el espectador que lo contempla desde cierto punto de vista y en determinada perspectiva. Visto desde otro lugar o en perspectiva diferente, es ya un objeto distinto y, si conserva su belleza, resulta un objeto estético diverso. Por ello puede poseer diferente valor para el paisajista experimentado que para un espectador cualquiera. Lo propio ocurre con las creaciones del artista plástico, ya se trate de un lienzo o una estatua. Realidad únicamente la tienen la tela en que se extienden los colores, el barro modelado, el mármol o la piedra. La forma bella, plena de vida y sentido, sólo existe para el ojo comprensivo del contemplador o del artista.

A diferencia del epistemológico, el objeto estético es simplemente objeto, y a ello se reduce. Detrás de él no hay un *ser en sí*, una realidad trascendente. Es "sólo" objeto. Esto no significa que sea subjetivo, como las creaciones de la imaginación; únicamente quiere decir que se halla en todo caso referido a un sujeto. Es claro que el objeto bello encuéntrase siempre adherido a algo real, pero sólo en cuanto la realidad que le sirve de base puede producir ese acto para el cual dicho objeto tiene carácter estético.

Se infiere de aquí que en el objeto del arte hay dos planos distintos: un fondo irreal de determinado contenido y un primer plano real en que el otro se manifiesta.

“En la tela aparece el paisaje con sus dimensiones de profundidad, la escena viviente, la cabeza con los rasgos que le imprimen carácter. Nada de esto se encuentra realmente ante nosotros. ni es tampoco tomado por tal. Real es solamente la distribución de los colores sobre el lienzo. Lo demás aparece en la superficie coloreada y sólo gracias a ella. Lo propio ocurre en la plástica. Una figura puede representar movimiento (el discóbolo, el caballo de Colleone), pero la estructura material en piedra o bronce no se mueve, ni la tomamos por cosa que se mueva. El movimiento, la vida, “aparecen” como algo heterogéneo en lo inmóvil e inanimado”.²

Esta relación se manifiesta con singular patencia en el caso del drama. Los actores, las palabras, la mímica, etc., son reales; pero la trama, el conflicto, son irreales, y así suele considerárseles. El espectador que toma por algo real el destino o los sentimientos de los personajes no es un espectador estético, y la pieza no constituye para él una obra de arte. De aquí deduce Hartmann la necesidad de limitar el realismo escénico.

Las mismas ideas son aplicadas al arte musical, aun cuando en la música no siempre existe un “tema” que sea representado o “ilustrado”. Pero el que asiste a un concierto escucha en conjunto más de lo que su oído puede realmente percibir. Desde el punto de vista acústico, el sonido constituye una sucesión temporal; es un flujo sonoro cuyos diversos momentos sólo en forma sucesiva son percibidos. En cada momento de una ejecución sinfónica sólo se percibe, acústicamente, el sonido presente; los pasados ya se han extinguido, y los futuros no pueden escucharse todavía. Mas, para el oyente musicalmente educado la sinfonía es una unidad, en la que existen dimensiones diversas de la mera sucesión cronológica. Y cuando llega el “final”, la obra sinfónica está toda ella presente, a pesar de que, en realidad, hemos dejado de “oírla”.

Los valores estéticos no son, como los éticos, valores de un *ser en sí*, sino de un *objeto como tal*, de una apariencia como apariencia.

² Obra citada, pág. 332.

Lo único real del objeto estético es el primer plano; el segundo es irreal. La relación entre ambos se expresa diciendo que éste aparece o se manifiesta en el otro.

Frente a la realidad, los valores artísticos son todavía más débiles que los morales. En ellos no hay, como en los éticos, una tendencia hacia lo real. En la esfera de su idealidad reinan empero de manera absoluta. Su legalidad es la única que vale en ese ámbito.

Los valores éticos pueden ser realizados; no así los que integran el mundo del arte. Estos últimos simplemente "aparecen" en una realidad de diferente contenido. Pero siempre conservan su distancia frente a lo real. En su mundo propio, no sólo son autónomos, sino autárquicos. Las categorías de lo real no les son aplicables. Por ello tienen el poder de lograr que la idea de la belleza se manifieste de manera concreta.

El problema metafísico del arte consiste en explicar cómo es posible que en un fenómeno real aparezca una estructura perteneciente al orden ideal. La cuestión no puede ser resuelta —dice Hartmann— si se recurre al concepto de la "forma artística". Pues precisamente es ésta, en cuanto bella, la que plantea el enigma. Además, no sólo hay una forma en el plano real del objeto, sino en el irreal. Y esta forma aparece también, pese a su idealidad.

Ello no quiere decir que lo bello sea una Idea, en el sentido platónico del vocablo. "Bella, en sentido estricto, no es precisamente la Idea, sino —según la frase de Hegel— la aparición sensible de aquélla". La Idea de lo bello es, de acuerdo con el platonismo, más bella aún que lo bello sensible. Esta concepción resulta del deseo de tomar la belleza no como valor estético, sino ético o metafísico. Los valores artísticos no lo son exclusivamente del primero ni del segundo planos del objeto, sino de ambos reunidos. Expresado con diferentes palabras: no son valores de lo real, ni valores de la Idea, sino valores de la relación entre lo real y la Idea. "Esta relación es muy peculiar. Consiste en la "aparición" de un fondo ideal en la realidad del primer plano o, dicho de otro modo: en la transparencia del primer plano en relación con el segundo".³

³ Hartmann, obra citada, pág. 334.

Esta transparencia del estrato real —transparencia que hace posible la aparición del fondo irreal— imprime al objeto estético su valor característico. Pero no se trata de valores pertenecientes a un *ser en sí*, sino de valores que sólo existen *para un sujeto*. La diafanidad del primer plano, lo mismo que la aparición del fondo irreal son siempre relativos a la visión del contemplador o del artista.

FICHTE Y LA REVOLUCION FRANCESA

Por *Alfredo STERN*

UNA NOCHE caliginosa de verano del año 1788 en Ramenau, en la Lausitz sajona. El estudiante de teología evangélica Johann Gottlieb Fichte, en vacaciones involuntarias en la miserable casa paterna —vacaciones de desocupado en espera de su empleo como preceptor— no podía conciliar el sueño. Abandonando el lecho se sentó a la mesa de trabajo y febrilmente emborrónó unas cuartillas. Las ideas que aquella noche depositó en el papel eran en verdad peligrosas...

“¿La causa de nuestra perdición moral, no estará acaso en el desprecio de la vida matrimonial y en la imposibilidad de entrar en ella por culpa del lujo y de otras relaciones infortunadas de nuestro tiempo? Ello produce el aislamiento del individuo y ahoga sus nobles instintos sociales...”

Fichte tronaba luego contra “el incomprensible absurdo de nuestras leyes” y contra la religión que dificultaba el matrimonio en vez de facilitararlo. Y concluía así: “¿No sería más inteligente o al menos más consecuente que suprimiéramos la religión?”

¡Proposición en verdad radical y revolucionaria para un teólogo cristiano! Pero, puesto ya a demoler, continuaba. La entonces célebre novela del pedagogo Salzmann “Carl Von Karlsberg” le parecía demasiado blanda; era necesario escribir un libro mucho más revolucionario. Y eso aunque la novela de Salzmann reclamaba nada menos que el derrocamiento de las clases dominantes, la supresión de la nobleza, del ejército permanente, de los conventos, de las Santas Escrituras, de los tribunales y de las cárceles. Pero Fichte quería escribir un libro en que todo eso se dijera de modo más contundente, y

aprovechaba una noche de insomnio para trazar el plan de aquel libro que nunca escribió. ¿Qué debía describir el libro? Ante todo "la ideología de la Corte, cuya única finalidad consiste en aumentar los ingresos del soberano . . ." Luego había que describir la nobleza del país, "su ridículo orgullo de estirpe, su lujo pernicioso, su opresión de las clases bajas, las bellas evasivas con las cuales pretende justificar su miserable existencia, lo ridículo de la pretensión de que la nobleza es la garantía de los derechos del pueblo". Finalmente, el libro debía enfrentarse con la religión, "con las miserables disputas de los curas, la charlatanería de los oradores sagrados" al hablar de cosas "que ningún provecho tienen para la moral".

No hay que decir que el libro debía ser también revolucionario en materia económica. Había que escribir "contra la miseria, contra el favorecimiento del lujo y de su apología para fomentar los ingresos del soberano y arruinar la salud, la vida y el patrimonio de los ciudadanos"; contra "el orgullo pecuniario de los comerciantes . . . el desprecio y la miseria de los labradores y su explotación por los impuestos . . ., la molicie de las clases altas desde la primera juventud, . . . la educación tonta de la infancia campesina en las escuelas para la teología", etc.

Después de haber fijado en el papel este programa con toda clase de detalles, Fichte le puso el siguiente encabezamiento: *Ideas a vuelo-pluma en una noche de insomnio*, y como fecha, "Rammenau, 24 de julio de 1788". Era exactamente un año menos diez días antes de estallar la Revolución Francesa. De ella acababa de tener una visión el estudiante de teología Johann Gottlieb Fichte.

Quando el pueblo de París asaltó la Bastilla y proclamó la libertad humana, no fueron los franceses los únicos que se alegraron. También en Alemania hubo movimiento. Es cierto que el filósofo de la historia alemana Oswald Spengler, el que en realidad proyectó, en su libro *Prusianismo y Socialismo*, la idea del nacional-socialismo alemán (aun cuando con exclusión del racismo) sostiene que en materia de revolución, los alemanes "no llegan más allá de la caricatura. Todo lo que una revolución comporta de actos y valores simbólicos viene de París". Y, no sin

admiración, continúa este teorizador de la reacción prusiana: "Los jacobinos estaban dispuestos a sacrificarlo todo porque se sacrificaban a sí mismos. *Marcher volontiers les pieds dans les larmes et dans le sang*, como exclamaba Saint Just. Luchaban contra la mayoría en el interior y contra media Europa en el frente. Creaban ejércitos de la nada, vencían sin oficiales, sin armas".¹

Todo esto es verdad y hemos de convenir con Spengler cuando duda de que los alemanes lleguen jamás a tal realización. Pero, en su entusiasmo por la libertad conquistada por sus hermanos franceses, los hombres de espíritu de la Alemania de fines del siglo XVIII estuvieron a la altura de su época.

Incluso personalidades cuyos nombres quedarán vinculados para siempre al conservatismo y hasta a la reacción alemana, fueron afectados de momento por los vientos de libertad que venían del otro lado del Rhin. Friedrich von Gentz, que más tarde fué el campeón del absolutismo de Metternich, vió en la Revolución Francesa "el primer triunfo práctico de la filosofía" y una "esperanza y consuelo de la humanidad".² Klopstock, el devoto poeta nacional antifrancés, se excusa de sus errores y no ve ya el acontecimiento del siglo en Federico el Grande, sino en la corona burguesa de Francia. Escribe odas a la Revolución Francesa y quisiera "tener cien lenguas para festejar la libertad de la Galia". Es más: en el primer aniversario de la toma de la Bastilla aparece en una fiesta en Hamburgo con el gorro frigio y las damas hamburguesas, vestidas de blanco, se adornan con cinturones y escapelas tricolores.³ Los estudiantes de la Universidad de Tubinga celebran la toma de la Bastilla y los de Gottinga cantan a coro La Marsellesa y el "Ça ira". Herder se pone en contra de los emigrantes aristócratas de Francia; Wilhelm von Humboldt, junto con Campe y Wendeborne, se traslada en julio de 1789 a París "para presenciar el triunfo de la humanidad sobre la fuerza". Y ¿quién no

¹ SPENGLER, *Preussentum und Sozialismus*, C. H. Beck, Munich, 1921, págs. 11 y 13.

² FR. CARL WITTICH, *Briefe von Fr. Gentz*.

³ *Braunschweiger Journal*, 1791, p. 110.

se acuerda de los magníficos versos de Goethe en *Hermann und Dorothea* cantando la Revolución Francesa?

Denn wer leugnet es wohl, dass hoch sich das Herz ihm erhoben
Ihm die freiere Brust mit reineren Pulsen geschlagen,
Als sich der erste Glanz der neuen Sonne heranhob,
Als man hörte vom Rechte der Menschen, das Allen gemein sei,
Von der begeisternden Freiheit und von der löblichen Gleichheit!
Damals hoffte jeder, sich selbst zu leben; es schien sich
Aufzulösen das Band, das viele Länder umstrickte,
Das der Müssiggang und der Eigennutz in der Hand hielt.
Schauten nicht alle Völker in jenen drängenden Tagen
Nach der Hauptstadt der Welt, die es schon so lange gewesen,
Und jetzt mehr als je den herrlichen Namen verdiente?
Waren nicht jene Männer, der ersten Verkünder und Botschaft
Namen, den höchsten gleich, die unter die Sterne gesetzt sind? ⁴

(GOETHE, *Hermann und Dorothea*, Klio, Das Zeitalter, Ges. Werke, ed. Kurz, vol. 2, p. 311).

El mismo Hegel, el filósofo del absolutismo prusiano, el sostén del trono y el altar, de la legitimidad y la estabilidad, al dar muchos años después sus lecciones de filosofía e historia universal, no puede olvidar la emoción de sus años juveniles, cuando, junto con Schelling, siendo estudiantes en Tubinga, plantaron el árbol de la libertad. Y, aun cuando enemigo jurado de todo motín del pueblo contra la autoridad del Estado, "el Dios presente", y pese a la sequedad de su dicción, sus palabras toman un ritmo poético cuando habla de la Revolución Francesa: "La Revolución Francesa empezó en el pensamiento. El pen-

⁴ Traducción literal:

Pues, quien niega que se le ha levantado el corazón—Que el pecho más libre le ha latido con pulsaciones más puras—Cuando se levantó la primera claridad del nuevo sol—Cuando se supo del derecho de los hombres que es igual para todos—De la entusiasmante libertad y de la deliciosa igualdad!—Entonces cada cual esperó vivir su vida; pareció deshacerse el lazo que ligaba a los pueblos, en manos de la ociosidad y el egoísmo.—No miraban todos los pueblos en aquellos días dinámicos hacia la capital del mundo, que ya lo era desde largo tiempo—y ahora más que nunca merecía el magnífico nombre?—¿No fueron aquellos hombres que, por primera vez, anunciaron el mensaje, Nombres como los más altos bajo las estrellas?

samiento, para el que lo último son los principios generales y que, sintiéndose en contradicción con lo que existe, se ha rebelado contra ello. . . Se ha dicho que la Revolución Francesa ha partido de la filosofía y no sin razón se ha calificado a la filosofía de ciencia del mundo, pues ella no es solamente la verdad en sí misma, como entidad pura, sino también la verdad en cuanto se hace viva en la realidad. . . Se vió que las sumas arrancadas del sudor del pueblo no se empleaban para fines públicos, sino que se derrochaban estúpidamente. . . De pronto se imponía el pensamiento, el concepto del Derecho y contra él era impotente el viejo andamiaje de la injusticia. Sobre el Derecho se ha edificado, pues (en Francia), una constitución, y sobre esta base debiera apoyarse todo. Desde que el Sol luce en el firmamento y los planetas giran a su alrededor, no se había visto todavía que el hombre se situara sobre la cabeza, es decir, sobre el pensamiento y sobre él edificara la realidad. Anaxágoras dijo por primera vez que el *Nous* rige al mundo. Pero ahora el hombre ha reconocido que el pensamiento debiera regir al mundo espiritual. Fué, pues, una magnífica aurora. Todos los seres pensantes han celebrado esta época. Una emoción elevada reinó en aquel tiempo, un entusiasmo del espíritu emocionó al mundo, como si por fin se hubiese llegado a una reconciliación del mundo con lo divino. . . ”⁵

Desde luego, no puede compararse este leve pathos revolucionario del filósofo absolutista del Estado prusiano con el fuego revolucionario de Fichte ni con su jacobinismo, del cual vamos a ocuparnos ahora, pues Hegel tiene la precaución de cerrar en seguida la puerta a toda posible consecuencia práctica de sus palabras y a toda posible aplicación de ellas en Alemania, mientras que al contrario Fichte busca la fructificación en Alemania de las ideas de 1789. Hegel, en el curso de sus disquisiciones sobre Filosofía de la Historia, declara que todo lo que ha dicho vale solamente para Francia, país católico y a lo sumo para los demás países latinos que profesan la religión católica. “Pero donde reina la libertad de la iglesia evangélica hay

⁵ HEGEL, *Philosophie der Weltgeschichte*, edición Lasson 2. Aufl. Berlin, 1923, F. Meiner, vol. II, págs 920, 925, 926.

tranquilidad, pues con la reforma los protestantes han hecho su revolución. Sólo los protestantes pudieron estar en paz con la realidad jurídica y moral, pues esta realidad es el mismo mundo protestante... Los protestantes han alcanzado esta paz en la creencia de que, identificada con la religión, es la fuente de todo el contenido jurídico tanto en el derecho privada como en el público".⁶

Con estos antecedentes se comprende que Schopenhauer, al referirse con amargura e ironía a Hegel, dijera que la filosofía alemana no se proponía otra cosa que transcribir la religión del país. Hegel termina sus disquisiciones sobre la aurora que se levanta del incendio de la Bastilla con el argumento de que los principios de la Revolución Francesa son principios de la razón, pero sólo de la razón abstracta que necesariamente había de terminar "fantaseando y polemizando contra lo existente". En su opinión, los principios de la razón han de comprenderse concretamente. La tendencia que encuentra en la abstracción es "el liberalismo sobre el cual la razón concreta triunfa siempre y contra la cual siempre fracasa".⁷

Es interesante observar que en la Alemania actual, bajo la influencia de la fenomenología y la filosofía del derecho nacional-socialista, la tendencia hacia lo concreto, predicada por Hegel, prevalece y realmente ha derrotado al liberalismo como Hegel profetizaba. Ello pone en su justo valor la Filosofía de la Historia de Hegel, que no se había tenido bastante en cuenta. Lo que falta saber es si este triunfo será definitivo. Nosotros creemos que será efímero.

Hay una diferencia esencial entre el punto de vista de Fichte ante la Revolución Francesa y los de los demás dirigentes del pensamiento alemán de aquella época que hemos citado: mientras casi todos éstos se apartaron horrorizados de la Revolución Francesa en cuanto ésta se hizo sangrienta, Fichte se hizo aún más su defensor.

Fichte calló durante años. Solamente en el cuarto año de la Revolución, en 1793, cuando habían caído ya en París dos cabezas coronadas y la guillotina realizaba

⁶ *Ibíd.* págs. 923, 924, etc.

⁷ *Ibíd.* pág. 924.

día tras día su horrible faena, apareció Fichte dedicando a las ideas de 1789 su libro *Contribución a la rectificación de los juicios del público sobre la Revolución Francesa*. Poco antes, a fines de 1792, había publicado otro escrito revolucionario, la vigorosa *Reivindicación de la libertad de pensamiento, de los príncipes de Europa que la han venido sojuzgando* (publicado en "Heliópolis en el último año de las tinieblas").

El hijo de nuestro pensador, Immanuel Hermann Fichte, quien dedicó un libro de varios tomos a la vida y obra de su insigne padre, hace constar también que éste no perdió su fe en la Revolución Francesa ni aun en los días del Terror. "Por ello no es de extrañar . . . que aun después, cuando la Revolución degeneró en la más espantosa anarquía no se desanimara y siguiera esperando que cuando se aplacaran las pasiones de los partidos, aquella nación (la francesa) encontraría la verdadera libertad y los medios adecuados para conservarla".⁸

Pero el mismo Johann Gottlieb Fichte ha confesado claramente con toda su magnífica pasión por qué, a pesar del Terror, pudo seguir siendo ardiente partidario de la Revolución Francesa. Aunque no aprobó los actos de los hombres del Terror, se guardó, sin embargo, mucho de condenarlos. A su espíritu noble y justo correspondió una tercera actitud: comprender aquellos actos y por consiguiente perdonarlos. "Sirviéndoos de periodistas dirigidos por vosotros —dice a los *Príncipes de Europa*— nos queréis pintar con colores de fuego el desorden que provocan cabezas divididas e inflamadas por ideas; señaláis a un pueblo pacífico, caído en la rabia de los caníbales, sediento de sangre, no de lágrimas, ansioso de ejecuciones como si fueran espectáculos. los niños jugando con cabezas como si fueran trompos. No queremos recordaros las orgías más sangrientas que el despotismo y el fanatismo, aliados de costumbre, ofrecieron a este mismo pueblo. No queremos recordaros que esto

⁸ IMM. HERM. FICHTE, *J. G. Fichtes Leben und literar. Briefwechsel*, Sulzbach, in der J. E. von Seydelschen Buchhandlung, 1830, pág. 219, I.

no es el fruto de la libertad de pensamiento, sino la consecuencia de una larga esclavitud".⁹

Los motivos que dieron lugar al nacimiento de cada uno de los escritos revolucionarios de Fichte eran diferentes. Su *Reivindicación de la Libertad de Pensamiento* nació bajo la influencia inmediata de las dificultades que la censura opuso a su *Versuch einer Kritik aller Offenbarung* (Ensayo de una crítica de la revelación), como a la obra de su respetado maestro Kant *Religion innerhalb der Grenzen der bloßen Vernunft* (La religión dentro de los límites de la mera razón), en la Alemania de 1792. En cambio, el *Beitrag zur Berichtigung der Urtheile des Publikums über die französische Revolution* (Contribución a rectificar los juicios del público sobre la Revolución Francesa) no tuvo nada que ver con cuestiones personales y nació de motivos completamente objetivos. Como se ha dicho, se estaba en el cuarto año de la Revolución y había corrido mucha sangre en París. Los que hasta entonces habían aclamado a la Revolución se apartaban horrorizados de ella. En 1793 apareció la edición alemana de la catilinaria de Burke, *Reflexions on the Revolution in France*, aparecida en Inglaterra en 1790, que presentaba toda la obra liberadora de 1789 como una lucha de la finanza judía contra el cristianismo y la nobleza, de la cual habían sido cómplices inconscientes los enciclopedistas. A ejemplo de Klopstock, un escritor alemán tras otros fueron reconociendo su "error" de haber aprobado la Revolución Francesa y las prensas lanzaban un torrente de literatura antirrevolucionaria. Uno de estos libros impulsó a Fichte a tomar decididamente partido por la Revolución traicionada e injuriada por sus amigos de otros días: era el libro del vicesecretario secreto de cancillería Wilhelm von Rehberg, *Untersuchungen ueber die französische Revolution, nebst kritischen Nachrichten von den merkwürdigsten Schriften welche, ueber Frankreich erschienen sind*.¹⁰ El carácter polémico contra Rehberg, que pretendía defender el altar y el trono contra la Revolución, domina en toda la arquitectura del libro de Fichte. En las cerca

⁹ J. G. FICHTE, *Zurückforderung der Denkfreyheit...* pág. 63.

¹⁰ Hannover Osnabruock, bey Christian Ritscher.

de 330 páginas que en la nueva edición suiza¹¹ tenía este libro de Fichte dedicado a la Revolución Francesa, no se habla siquiera de los sucesos de la misma y sí sólo de sus principios. Poco antes de redactar este libro, Fichte había leído la obra de Spinoza *Tractatus theologico-politicus* y el *Contrato Social* de Rousseau, habiendo sacado de ellos la idea del contrato social. En la grandiosa obra que Xavier Léon ha dedicado a la época cultural de Fichte, sostiene el autor que la teoría política de Fichte era simplemente "un comentario ingenioso y penetrante del Contrato Social"; y si se analizan las obras de Fichte no hay más remedio que dar la razón al autor.¹² La influencia de Rousseau sobre Fichte era acaso mayor que la ejercida sobre Kant, aun cuando sea por ejemplo manifiesto el eco de las ideas fundamentales de Rousseau en la *Crítica de la Razón Práctica* de Kant. Por lo demás, Fichte ha subrayado la influencia de Rousseau sobre el genio de Königsberg y ha confesado que él, Fichte, se ha limitado a querer aplicar las doctrinas de Rousseau sobre el Contrato Social a las diversas esferas de la vida. Pero lo hizo con un ingenio, una consecuencia, un rigor lógico, una fantasía espiritual, una fuerza de convicción no igualadas y ante las cuales hay que descubrirse.

Pero en un aspecto se diferencia Fichte esencialmente de Rousseau, a saber, en su fidelidad incondicional a los derechos de la razón, al paso que Rousseau le oponía los impulsos del corazón. En este sentido Fichte está mucho más identificado con la Revolución Francesa y su culto de la razón que Rousseau, en quien veía aquél al padre de las ideas de 1789.

En su *Reivindicación de la Libertad del Pensamiento* se esfuerza Fichte por derivar esta libertad de la teoría del Contrato Social y de la inalienabilidad de los derechos del hombre proclamada por la Revolución Francesa. ¿De dónde tiene sus derechos el soberano?, pregunta Fichte. "De la herencia, dicen algunos asalariados del despotis-

¹¹ Zuerich-Winterthur.

¹² XAVIER LÉON, *Fichte et son Temps*, A. Colin, París, 1922, pág. 187, t. 1.

mo. ¿Creéis, pues, que se pueden heredar hombres como se hereda un rebaño?"¹³ No, exclama nuestro pensador; el hombre no puede ser heredado, ni vendido, ni regalado, pues el hombre es y debe ser dueño de sí mismo. El soberano, declara Fichte, deriva sus derechos de la sociedad y ésta no puede transmitirle más derechos que los que ella misma tiene. La sociedad no tiene el derecho de limitar la libertad de pensamiento y por lo tanto no lo puede transmitir al soberano. Pues la libertad de pensamiento es lo que distingue a los hombres de los animales. Aun cuando éstos tengan representaciones, las producen instintivamente por el mecanismo de la asociación de ideas. En cambio, la facultad de dar a las ideas libremente una dirección determinada es, según Fichte, privativo del hombre, el cual es tanto más hombre cuanto con mayor tesón defiende esta facultad. La misión de nuestra razón estriba precisamente en no conocer límites a la investigación. Esta libertad y espontaneidad del pensamiento, el desarrollo libre de la razón hacia lo infinito, el amor desinteresado de la verdad por ella misma es un supuesto de la moralidad, de la personalidad. Este derecho unido indisolublemente a nuestra moralidad y personalidad, de pensar e investigar libremente, no es transmisible en ningún contrato social, ya que, como condición de nuestra conducta moral, es un derecho humano inalienable.

"La promesa de renunciar a él no significaría otra cosa que lo siguiente: Prometemos, al entrar en la sociedad civil, convertirnos en seres irracionales, en animales, para que sea más fácil dominarnos".¹⁴ Semejante contrato, agrega Fichte, sería jurídicamente nulo.

Y con ello llega nuestro apologista de la Revolución a los motivos que mueven a los soberanos de Europa a sojuzgar la libertad de pensamiento:

"Nada más fácil para vosotros que sojuzgar el cuerpo humano. Pero intentad paralizar en el hombre el principio de la autonomía, su pensamiento. Aun cuando no se someta, mas como le obligáis a pensar con vuestros edictos

¹³ J. G. FICHTE, *Zurückforderung*, pág. 27.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 34.

religiosos o mediante su confesor, de hecho es una máquina que podéis utilizar a vuestro antojo".¹⁵

Personalmente —dice Fichte irónicamente a los soberanos— nada tenéis que temer de la libre investigación. Vuestros palaciegos "sumirán vuestros torpes ojos en una oscuridad agradable. Es más: para vuestra satisfacción, la oscuridad será cada vez mayor: esto debéis saberlo por experiencia. ¿No es cierto que a raíz de la claridad que especialmente desde hace siglo y medio ha caído sobre la ciencia, vuestras cabezas están mucho más confusas que antes?"

Con no menos pasión defiende Fichte el derecho a la libre expresión del pensamiento. La apropiación libre de los bienes espirituales es por lo menos un derecho humano inalienable, ya que es una condición del desarrollo de la personalidad y como quiera que la libre apropiación presupone la libre transmisión, ésta es también un derecho inalienable. De ningún modo tiene el Estado el derecho de obligar al que tiene sed espiritual "a tragar la gacha repugnante que el Estado tenga a bien ofrecer a sus ciudadanos".¹⁶

Esta expresión de "gacha repugnante" ("widerlicher Brei") que usa Fichte, ¿no nos recuerda el plato único espiritual que el Ministerio de Propaganda distribuye al pueblo alemán de nuestros días?

Es cierto —dice Fichte— que el filósofo, el hombre de ciencia, el poeta, no pueden obligar a sus conciudadanos a prestar oídos a sus verdades, distribuyendo entre ellos títulos, honores y prebendas. "Que sin embargo, vuestros escritos se usen para empaquetar los nuestros; que nosotros tengamos a nuestro lado las cabezas más claras y los mejores corazones de las naciones y vosotros a los hipócritas, los simples, los tinterillos: explicaos eso como podáis".¹⁷

En el reino del pensamiento —enseña Fichte— el soberano no tiene más categoría que el ciudadano; ante la verdad debe inclinarse como el más humilde. Tampoco

¹⁵ *Ibid.*, págs. 52 y 53.

¹⁶ *Ibid.* pág. 40.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 41.

puede el soberano ser generoso, pues "el dinero que repartís no fué nunca vuestro. Era un bien que la sociedad os confió a buenas manos. El hambriento al que dais pan, lo tendría si la presión social no le hubiese obligado a entregarlo".¹⁸

El primer escrito revolucionario de Fichte culmina en una apelación apasionada al soberano y otra más grandiosa aún al pueblo. El ardor revolucionario de esas apelaciones a la libertad es tan apasionante, que no podemos renunciar a reproducir algunos de sus párrafos: "¡Príncipe: no tienes derecho a sojuzgar nuestra libertad de pensamiento; nadie eres tú para decidir sobre la verdad y la mentira... no, príncipe: tú no eres nuestro Dios; no se trata de que seas bondadoso, sino de que seas justo!"

¿No es un Schiller de la filosofía el que habla a través de estas patéticas palabras?

Y dirigiéndose al pueblo exclama Fichte: "Los tiempos de la barbarie han pasado, pueblos: aquellos tiempos en que se osaba decir en nombre de Dios que erais rebaño puesto por Dios en la tierra para servir y llevar la carga de una docena de hijos de Dios y acabar por fin en el matadero...".

Advierte al pueblo que no crea en la bondad de sus amos y no preste oídos a los que le dicen: "hemos de seguir a nuestro Jefe con los ojos cerrados; él hace con nosotros lo que quiere y, si le preguntamos, nos asegura que todo lo hace por nuestro bien". Pero, ¿qué hace en realidad el Jefe? "Le pone a la humanidad la soga al cuello y exclama: silencio; todo lo hago por tu bien".¹⁹

¿No parece como si el pasado hablara al presente? Y otra vez exclama Fichte, enfático como Schiller: "¡No, pueblos! ¡Dadlo todo, todo menos la libertad de pensar!... Quitad el último pedazo de pan a vuestros hijos hambrientos y dadlo al perro del palaciego, ¡dadlo, dadlo todo! Pero conservad este don del cielo, esta prenda de que os espera una mejor suerte que sufrir, tolerar, ser aplastado!"

¿Oye hoy el pueblo alemán esta apelación dramática de su gran filósofo? Pues esta apelación no se dirigía sólo a

¹⁸ Ibid., pág. 74.

¹⁹ Ibid., págs. 21, 22.

sus contemporáneos... era una apelación destinada a la eternidad! Pero son precisamente las verdades eternas las que más difícilmente se imponen en el tiempo. Se dirá que el pueblo alemán tiene miedo; pero también para ello tiene Fichte su contestación. Los príncipes absolutos dicen al pueblo: somos los fuertes, más fuertes que vosotros: ¡someteos! No es verdad, dice Fichte al pueblo: "¡Habéis aprendido que sois vosotros los fuertes y ellos los débiles; que su fuerza descansa en vuestros brazos y que son impotentes si los dejáis caer!".

¿No parece esto la llamada al combate del moderno socialismo obrero, el grito de guerra del marxismo más de medio siglo antes de su nacimiento? ¿Y no proclama Fichte una verdad que vale para todos los tiempos?

Pero si se quiere llegar a las ideas con las que Fichte se ha avanzado al socialismo marxista, hay que recurrir a su verdadero escrito revolucionario, su *Contribución a la rectificación de los juicios del público sobre la Revolución Francesa*. Allí se encuentra también, a mi entender, el germen de la teoría marxista de la plus valía. En el capítulo IV de dicho libro, intitulado "De las clases privilegiadas en general en relación con el derecho de la modificación del Estado" demuestra Fichte—que para algo era un fino jurista y notable filósofo del derecho— el derecho a la rescisión de los contratos, aun entre señores y siervos, cuando la parte menos favorecida se da cuenta de que está en una situación de inferioridad respecto a la parte más favorecida. "Si con ello se disminuye su herencia—dice Fichte textualmente— es porque antes ha sido aumentada por nuestro esfuerzo y nuestro esfuerzo no es parte de su herencia".²⁰ ¿No está aquí el germen de la teoría de la plus valía del marxismo moderno?

En dicho libro revolucionario, se esfuerza Fichte ante todo por demostrar que el derecho del pueblo a cambiar la constitución por la vía revolucionaria, es inalienable. Un contrato social con una cláusula que lo hiciera inmutable estaría en crasa contradicción contra el espíritu de la humanidad. La promesa de no modificar jamás la constitución sería, según Fichte, equivalente a la declaración

²⁰ J. G. FICHTE, *Contribuciones*... pág. 172.

de que no se quiere ser hombre y se acepta el rango del animal amaestrado: la nutria hace hoy su madriguera como hace mil años y del mismo modo hace hoy la abeja su colmena. ¿Es que nos hemos obligado a edificar nuestro estado sobre las mismas bases políticas y morales que regían hace mil años? ¿No equivaldría ello a obligarse a permanecer en una fase cultural determinada renunciando a todo progreso? El privilegio más esencial del hombre sobre el animal es el de su perfeccionamiento ilimitado. Renunciar a este privilegio sería renunciar a ser hombre. Si somos hombres, el contrato social no puede contener la renuncia a su modificación y el derecho a modificarlo, el derecho a la revolución queda demostrado”.²¹ Toda revolución comporta la liberación de contratos anteriores y la unión mediante nuevo contrato. Ambas cosas son de ley y con ellas lo es toda revolución, ya que ambas cosas se producen legalmente, es decir: por libre voluntad”.²²

Con estas conclusiones, cuán alto se coloca Fichte por encima, digamos, del “moderno” filósofo alemán Max Scheler, cuando en su rastrero libro sobre la guerra, de 1915, plantea la tesis dogmática de que, si hay un derecho a la guerra “el derecho a la revolución es un concepto inadmisibles”.²³

Por lo demás es un honor para Fichte el que Scheler le reproche su falta de nacionalismo alemán, reproche que también hace a Kant, Goethe, Leibnitz, Nietzsche, Burkhardt y otros pensadores.

Es verdad que en el libro de Fichte sobre la Revolución Francesa no se encuentra rastro alguno de nacionalismo. El mismo Goethe, el cosmopolita, habla en su *Campaña de Francia* en noviembre de 1792, con alguna preocupación, de aquellos alemanes admiradores de las ideas de 1789 y de Mirabeau y Lafayette, cuyo entusiasmo no ha disminuido no obstante que los victoriosos ejércitos de la Revolución Francesa hayan atravesado el Rhin y amenacen

²¹ Ibid., pág. 73.

²² Ibid., pág. 131.

²³ M. SCHELER, *Der Genius des Krieges und der deutsche Krieg*, Leipzig, 1915, pág. 368.

toda Alemania.²⁴ Para tales escrúpulos, el Fichte de aquellos tiempos no tenía otra contestación que la que formuló en su *Contribución* en los términos clásicos siguientes: "Creéis que al artista o al labrador alemán le importa gran cosa, que el artista y el labrador de Alsacia o de Lorena vea su población descrita en los libros de geografía dentro del imperio alemán y que, para lograrlo, arrojaría su buril o abandonaría su arado?"²⁵ Y en el mismo sentido increpa Fichte a los déspotas que se sirven de argumentos nacionalistas: "Teméis por nosotros la servidumbre a una potencia extranjera y para librarnos de esa servidumbre preferir esclavizarnos vosotros mismos. . . Se comprende que para vosotros sea más agradable que seamos vuestros esclavos, que los esclavos de otros. Pero no comprendemos por qué nosotros lo hayamos de preferir también. Vosotros amáis mucho nuestra libertad y por eso la queréis para vosotros".²⁶

En cada página de ese escrito revolucionario de Fichte brilla el oro de palabras como las transcritas, palabras que no se han hecho populares porque los alemanes no conocen su Fichte. Sus profesores de filosofía lo han falsificado. Si en el día de hoy se publicara en alemán una antología de los escritos revolucionarios de Fichte, en el acto sería prohibida. Y sin embargo Fichte ha sido siempre presentado por los profesores de filosofía alemanes como nacional-socialista. Ya en 1914 las *Memorias de la Sociedad Fichte* fueron publicadas bajo el signo de la Cruz gammada y en una repugnante jerga nacionalista que no puede ser más extraña al clásico estilo de Fichte. Este filósofo ha sido tan sistemática y desvergonzadamente adulterado por los profesores de filosofía alemanes que, para obtener buenos libros sobre Fichte hay que buscarlos en idiomas extranjeros. La bibliografía francesa ofrece tales libros y el mejor que puede leerse en nuestros días es sin duda la gran obra de Xavier Léon *Fichte et son Temps* que, con una profundidad y objetividad jamás alcanzadas por la biblio-

²⁴ GOETHE, *Campagne de France*, Paris, 1933, ed. Montagne, pág. 214.

²⁵ FICHTE, *Contribuciones*. . . pág. 63.

²⁶ *Ibid.*, pág. 62.

grafía fichteana alemana, expone con riqueza de detalle el sistema y su época en unas 1,500 páginas en folio. Y esto que Xavier León ha publicado otro libro sobre Fichte que también es notable.

Con lo dicho creo haber demostrado que Fichte no fué un nacional-socialista como muchos creen, sino más bien un jacobino.

Es verdad que en los últimos años de su vida, influenciado por la impresión que le causaron las guerras napoleónicas, Fichte derivó hacia una tendencia nacionalista; pero un examen detenido del nacionalismo de Fichte demuestra que nada tiene de común con el egoísmo nacional y racial del nacional-socialismo, ya que su carácter es simplemente cultural y humanista. "Para servir a la humanidad", dice Fichte en sus *Discursos a la nación alemana*, debe conservarse el pueblo alemán. Pues "sois entre todos los pueblos de la tierra aquel que más decididamente alberga el germen de la perfección humana".

Hay que reconocer que esta tesis encierra un trágico error de Fichte y nada le rebate tan claramente como la fidelidad que el pueblo alemán está guardado desde hace cerca de 11 años al destructor de la humanidad Adolfo Hitler. Pero Fichte exageró el valor del pueblo alemán por idealismo, porque creía que quería servir a la humanidad y a la libertad. Nada lo prueba tan claramente como su definición del germanismo en sus *Discursos a la nación alemana*:

"El que cree en el espíritu y en la libertad y persigue el eterno perfeccionamiento del espíritu por la libertad, es de nuestro género, es de los nuestros, cualquiera que sea el país en que haya nacido . . . y cualquiera que sea su idioma. El que cree en el marasmo, en la reacción, cualquiera que sea su patria y su idioma, es anti-alemán, y no tiene nada que ver con nosotros. . . ." ²⁷

Hay que confesar que Fichte no tenía derecho a identificar con el germanismo, la espiritualidad, la libertad y el progreso y que esta identificación no tiene fundamento alguno. Pero también hay que decir que éste concepto del germanismo de Fichte, no solamente es independiente

²⁷ FICHTE, *Discursos a la nación alemana*, 1869, pág. 75.

de toda raza y nacionalidad, sino también de todo origen y toda lengua. El germanismo fué transformado por él, de un concepto étnico y filológico en un concepto cultural y moral, ya que se agota en "la fe en la libertad, el progreso eterno y el perfeccionamiento infinito de la humanidad". No cabe duda de que la Alemania de los nacional-socialistas, no sólo es diametralmente opuesta al germanismo definido por Fichte, sino que responde completamente a lo que Fichte, en sus *Discursos*, califica de anti-alemán, pues representa la fe en la reacción hacia el hombre de las cavernas; y la libertad es tan extraña a la Alemania actual como la espiritualidad.

No: el nacionalismo alemán de Fichte, por muy censurable que sea, está infinitamente alejado del nacional-socialismo.

Habrá quien quiera encontrar en el libro de Fichte *Del estado comercial cerrado* el germen de la teoría del espacio vital de Hitler-Haushofer y aun de la autarquía monetaria de Schacht. Tampoco nosotros compartimos aquella teoría de Fichte; pero hemos de hacer constar que el espacio vital de Fichte no tenía un carácter específicamente alemán sino un carácter internacional. Como luego veremos, este defecto del libro de Fichte es compensado en él por su teoría socialista de la propiedad.

Pero volviendo a su escrito sobre la Revolución Francesa, Fichte guiado exclusivamente por los principios de la razón en sentido kantiano (los principios empíricos los rechaza como una especie de representación colectiva) intenta explicar filosóficamente, no sólo los principios políticos, sino también los principios económicos y religiosos de la Revolución. Es clásica su justificación del derecho de un pueblo a desprenderse de la nobleza y notable su deducción de concepto de propiedad fundado en el trabajo, en virtud del Derecho Natural, como también su explicación de la herencia como una mera convención basada en un determinado contrato social.

En su *Estado Comercial Cerrado* trató Fichte nuevamente su concepción contractual del derecho de propiedad, desarrollándola en un sentido completamente socialista. Según él, el derecho de propiedad deriva de un con-

trato según el cual la persona renuncia a los bienes de los demás a cambio del derecho exclusivo de usar una cosa. "Pero el que nada ha recibido para él sólo no tiene que renunciar a nada. . . No habiendo sido tenido en cuenta, conserva su derecho original a hacer en todos sentidos lo que quiera".²⁸

De ello se sigue la libertad del proletariado de no reconocer los conceptos sociales de la propiedad. Aquí Fichte va pues más lejos que la Revolución Francesa que era esencialmente una revolución política y no en la misma medida, una revolución social. También es interesante cómo Fichte justifica el derecho del pueblo a confiscar los bienes de la Iglesia: "La Iglesia como tal no tiene fuerza ni derecho en el mundo visible; para el que cree en ella, no es nada. Lo que no es de nadie es del primer ocupante que se apodera de ello conforme al derecho vigente para el mundo de los fenómenos".²⁹

Hay que hacer notar que en este agudo capítulo de su escrito revolucionario, que se intitula "De la Iglesia en relación con el derecho de la modificación del Estado", a diferencia del oportunista Hegel, no da a la Iglesia protestante un trato mejor que a la católica, con lo que da prueba de una independencia espiritual que hace honor al joven teólogo protestante.

La opinión muy generalizada de que Fichte es un precursor del nacional-socialismo, se apoya también en su antisemitismo. En efecto: se encuentra en su libro sobre la Revolución Francesa un pasaje que aparece como un cuerpo extraño. Mientras la Revolución Francesa, en su noble humanitarismo, concede a los judíos, no sólo derechos humanos, sino también derechos de ciudadanía (en aquella resolución histórica de la Asamblea de 27 de Septiembre de 1791) Fichte sólo quiere concederles derechos humanos. Sin mencionar siquiera la contradicción entre su punto de vista y el de la Revolución Francesa, declara Fichte que no hay que dar a los judíos derecho de ciudadanía y en este punto adopta la tónica antisemita. Pero aun así,

²⁸ *Der Geschlossene Handelsstaat*, 1800, pág. 122, y *Beitrag zur Berichtigung*, 1793, pág. 93.

²⁹ FICHTE, *Beitrag*, pág. 298.

su actitud es noble. Dice que no le inspira ninguna animosidad, pues nunca ha tenido tratos con judíos y más de una vez ha salido en su defensa, arrojando peligros, cuando en su presencia se les ha insultado. Y exclama: "¡Lejos de esas páginas el aire emponzoñado de la intolerancia, como está lejos de mi corazón! El eterno judío que a pesar de los obstáculos grandes, casi diríamos insuperables, con que tropieza, abraza el amor a la humanidad, a la justicia y a la verdad, es un héroe, un santo."³⁰ No sabe si hay judíos de esta clase, pero mientras conozca uno, creará que existen.

Esta ocasión se le presentó años después y noblemente sacó de ella las consecuencias que había anunciado. Era en 1799 en que Fichte fué a Berlín. Allí entró en el salón de la bella e inteligente judía sefardita Henriqueta Herz, esposa del más íntimo de los discípulos de Kant, doctor Marcus Herz. Este salón de Henriqueta Herz fué la cuna del romanticismo alemán. No sólo lo frecuentaban los románticos, sino también Humboldt, Gentz, la duquesa von Kurland y hasta Mirabeau y Schiller. También conoció Fichte el segundo gran salón literario de Berlín: el de la genial judía Rahel, nacida Lewin, de quien era amoroso admirador el príncipe Luis Fernando de Prusia. Más tarde fué esposa de Varnhagen van Ense que publicó sus escritos. Nietzsche ha dicho de ella que "realizó un elemento de Goethe".³¹

Pero la amiga más íntima de Fichte había de ser la fina hija de Moisés Mendelssohn, Dorotea Veit, futura esposa del romántico Federico von Schlegel. Mientras estuvo en Berlín se sentó a su mesa todos los días y esta amistad borró en él todo prejuicio contra los judíos. Esto no sólo lo dijo a sus amigos, sino que lo escribió a su propia esposa que estaba en Jena. En una de sus cartas a ésta explica Fichte cómo pasa los días. "Te interesará saber cómo vivo", escribe Fichte a su esposa el 20 de julio de 1799. "A las doce y media me hago peinar (sí, peinar, hacerme la trenza, empolvarme, etc.) y vestirme y a la una voy a casa de la ñora Veit en donde encuentro a Schlegel y a un predicador

³⁰ FICHTE, *Beitrag*, pág. 133.

³¹ *Wille zur Macht*, III, párrafo 835.

reformado". Este predicador que encontraba diariamente en casa de una amiga judía no era otro que Scheiermacher, el fino filósofo spinozista y gran teólogo protestante.

En otra de sus cartas, también del verano de 1799, Fichte pide a su esposa con insistencia que reciba cariñosamente a la amiga judía señora Veit, a pesar de la delicada situación en que se encontraba, de tener que huir a Jena con su amante y futuro esposo Federico Von Schlegel. "Debo a tí y a la señora Veit recomendártela con todo interés. Te extrañará acaso esta alabanza que hago de una judía; pero esta mujer ha hecho rectificar mi creencia de que nada bueno puede salir de ésta nación. Tiene mucho espíritu y cultura, a pesar de su poco o nulo brillo exterior; es muy bondadosa y no tiene pretensiones. Es una persona a la que poco a poco se toma amistad cariñosa; pero entonces de todo corazón. Espero que seréis amigas. No está casada con Federico Schlegel y probablemente no lo estará nunca; a ello se oponen obstáculos demasiado grandes. Pero es extraordinariamente afectuosa con él y creo que ha sido una gran suerte para Schlegel haberse relacionado con ella. Ya sé que para vosotros será difícil juzgar ecuanímente esta relación entre ella y Schlegel, pero has de tener en cuenta que no depende de ellos modificarla. Schlegel no puede casarse con ella en ninguna parte si ella no se bautiza. Sin contar la repulsión que ello ha de causar a una persona sincera (que por lo demás comparte la fe de todas las personas rectas), ella tiene madre y parientes para quienes semejante paso sería extremadamente doloroso".⁸²

Esta fervorosa carta de Fichte habla por sí misma. En ella cumple su autor la promesa que hizo en su libro sobre la Revolución Francesa, de modificar su punto de vista sobre los judíos cuando los conociera por experiencia.

Cuando Fichte, en su escrito revolucionario dijo que no sabía si existían aquella clase de judíos "héroes y santos" que superase obstáculos casi infranqueables, no tuvo en cuenta a Spinoza que sin embargo había jugado un papel tan importante en su propia formación espiritual.

⁸² J. H. FICHTE, *Job. Gottlieb Fichtes Leben und literarischer Briefwechsel*, 1830, pág. 389, tomo 1.

Cuando el joven estudiante de teología Fichte debía pronunciar su primer sermón en una iglesia de las proximidades de Leipzig, tuvo antes una conversación con el cura del pueblo a quien expuso sus ideas de entonces sobre un determinismo universal. "Entonces usted es un spinozista" exclamó el cura horrorizado y seguidamente, dirigiéndose a su librero, tomó de él y entregó a Fichte la *Ética de Spinoza* "refutada" por Christian Wolff. Pero aquella pobre refutación no hizo más que aumentar la impresión que la *Ética de Spinoza* causó en el joven Fichte. Su hijo lo atestigua en 1830: "Esto llamó la atención de Fichte sobre Spinoza, cuyo nombre sólo conocía hasta entonces como el de un ateo abstruso. El estudio de su *Ética* le impresionó poderosamente como a todo el que por primera vez se enfrenta con esta obra sencilla, profunda y, sin embargo, llena de misterio. Y al mismo tiempo se sintió más seguro y convencido de sus propias ideas". Y el hijo de Fichte añade que sólo muchos años después, cuando desarrolló su teoría de la ciencia, declaró Fichte haberse desligado finalmente de Spinoza.³³

Puede decirse sin reparo que la Revolución Francesa, no solamente influyó en el pensamiento de Fichte, sino que además fué determinante de toda su vida. Es verdad que sus dos libros revolucionarios aparecieron de momento bajo el anónimo; pero ya en el primero declaró que se daría a conocer como autor "a quien tuviera derecho de preguntárselo". Y se refirió a una frase de Rousseau, que citó en francés: "Chaque honnête homme doit avouer ce qu'il a écrit". Esto es lo que hizo Fichte y pronto fué clasificado como jacobino. En su libro sobre la Revolución Francesa declara que su principio fundamental como escritor es: "no escribas nada de que tengas que avergonzarte ante tí mismo".³⁴ Y realmente no tuvo que avergonzarse. Pero una vez que fué conocido como autor de los dos libros, el estigma del jacobinismo le persiguió y acabó con su tranquilidad profesional. Es cierto que aún pudo aguantarse durante cinco años como profesor de la Universidad de Jena; pero cuando estalló la

³³ Obra citada, tomo 1, pág. 20.

³⁴ *Contribución*, pág. xviii.

célebre discusión sobre el ateísmo, no fué su actitud frente Dios sino la adhesión que había mostrado hacia la Revolución Francesa lo que le costó su cátedra y su seguridad económica y le lanzó a lo lejos como emigrante en busca desesperada de un asilo.

Este episodio penoso de la historia de la cultura alemana es sobradamente conocido. Aquí importa sólomente subrayar su relación con la fé revolucionaria de Fichte. Como director del *Diario filosófico* el profesor Fichte no sólo había publicado un artículo de su colega de Saalfeld, el Rector Forberg, en el cual se juzgaba a Dios como una ficción práctica, cómo un "Als ob" (como sí); sino que además publicó un artículo propio en el que sustentaba que Dios se agotaba en un orden moral universal, era idéntico con él y por consiguiente no podía aceptarse la existencia de un portador sustancial de este orden moral. Con ello negaba Fichte el Dios sustancial, personal en el sentido de la teología. Como se sabe, estas dos publicaciones provocaron una acusación contra Fichte por "grosero ateísmo" que, después de toda clase de incidentes desagradables, dió por resultado su cese como profesor de la Universidad de Jena, llevando el despido de la propia firma del duque Carlos Augusto.

Pero pronto se dió cuenta Fichte de que el motivo de su despido no fué su pretendido ateísmo, pues en realidad el duque pensaba en materias religiosas tan libremente como él y aún más libremente pensaba su ministro Goethe. Seguramente fué Goethe el que influyó decisivamente en la caída de Fichte y sin embargo el mismo Goethe profesaba un panteísmo de tipo spinozista que podía ser calificado de ateísta con tanto motivo como la teoría de Fichte sustentaba entonces. Así pues, nuestro pensador no tenía la menor duda que el cesado no era el Fichte ateo sino el Fichte jacobino que en sus lecciones no había disimulado lo más mínimo su admiración por la Revolución Francesa. En su escrito de defensa Fichte no se cansa de repetirlo: "no hay para qué extenderse en sospechas —escribe amargado—, el móvil de la acusación es claro. . . soy para ellos un demócrata, un jacobino: he ahí la cuestión. De un hombre así se cree

cualquier cosa. . . contra un hombre así no se puede cometer una injusticia".⁸⁵

Cuánta razón tenía con ello Fichte lo demuestra el siguiente detalle: una vez que Goethe hubo votado por el cese de Fichte, se le llamó la atención sobre la grave pérdida que ello implicaba para la Universidad, contestando Goethe con la clásica frase: "cuando se pone una estrella en el firmamento aparece otra nueva". Esta nueva estrella debía ser, como es sabido, Schelling. Con éste estuvo satisfecho completamente el ministro Goethe y lo que más apreciaba en él, según se desprende de una carta dirigida al Curador de la Universidad Voigt era que, al contrario de su predecesor Fichte, no tenía un ápice de "sans-culottismo".⁸⁶

Es pues público y notorio que Fichte cayó a causa de su sans-culottismo, de su jacobinismo, de su fidelidad a la Revolución Francesa, como acertadamente presumió.

Y aquí empieza el Fichte errante, en busca de un asilo. Son conmovedoras las cartas que sobre ello escribe a su amigo Reinhold. Así en la de 22 de mayo de 1799: "Para mí es más claro que la luz del día que si los franceses no alcanzan un predominio enorme y no introducen un cambio profundo en una gran parte de Alemania por lo menos, dentro de pocos años nadie que sea conocido por haber tenido en su vida un pensamiento libre, encontrará allí tranquilidad". Esta carta, publicada por el hijo de Fichte, fué también transcrita por Heine en su *Historia de la Religión y la Filosofía en Alemania* como un documento especialmente característico. Fichte se extiende luego en desmayadas consideraciones sobre la eventualidad de encontrar un asilo en Alemania. "Adondequiera que me dirija, ¿no agitará el clero al populacho contra mí, lapidándome y reclamando del Gobierno que me aleje como un perturbador? . . . Nunca he creído que persiguieran mi supuesto ateísmo. . . lo que en mí persiguen es al libre pensador, al demócrata. Este es el que les asusta como un fantasma". Y en otra carta se queja Fichte de haberle sido denegada la entrada en

⁸⁵ Del libro de su hijo, *Correspondencia*, II, pág. 225.

⁸⁶ Obras de GOETHE, ed. de Weimar, V. 13.

otro principado. "¿Qué dice usted de esto? ¿Hubiera usted presumido tal cosa en nuestra época de ilustración? Yo lo desprecio; pero es aflictivo que haya que vivir en alguna parte del espacio."⁸⁷

Ninguna palabra de Fichte encontrará tanto eco en los corazones de los emigrantes de nuestros días como esta exclamación: "Es aflictivo que haya que vivir en alguna parte del espacio".

Pero por fin Fichte encontró un asilo: Prusia, de la que había dicho que la encontraba "demasiado fría", fué bastante tolerante para recibirle y una vez fundada la Universidad de Berlín, pudo profesar en ella durante largos años. Su ideas habían cambiado; se había aproximado a un nacionalismo místico y a una metafísica teísta; pero en el fondo de su corazón seguía fiel a las ideas de la Revolución Francesa. Con una pureza admirable se manifiesta ello aún en sus últimos trabajos, las lecciones que dió en Berlín en 1813, medio año antes de su muerte y que debían aparecer en edición póstuma en 1815 bajo el título *Sobre el concepto de la verdadera guerra*. Se ha querido ver en esta última confesión de Fichte la expresión de un ultra-patriotismo popular semejante al que en nuestros días se ha impuesto en Alemania. Con ello se ha desconocido el carácter anti-dinástico, demócrata, supra-nacional, humanista y cosmopolita de la publicación y no se ha visto que sus ideales son exactamente los mismos de 1789. En este trabajo de 1813 sueña Fichte en un imperio "de la Libertad, fundado en la igualdad de todo lo que tiene figura humana".⁸⁸ Y en vez de tratar, en plena guerra, de disminuir al enemigo Napoleón, dice admirativamente de él: "Su mentalidad está rodeada de grandeza, porque es audaz, y desprecia los placeres."⁸⁹ El más terrible reproche que Fichte hace a Napoleón, no es haber sojuzgado a Alemania, sino el haber traicionado a la Revolución Francesa. En la lucha revolucionaria por el Derecho y la Libertad, la nación francesa había "de-

⁸⁷ Obra de su hijo, *Correspondencia*, II, pág. 280.

⁸⁸ FICHTE, *Über den Begriff des wahren Krieges*, Tubinga, 1815, pág. 52.

⁸⁹ *Ibid.*, pág. 57.

rramado su sangre más noble". Pero Bonaparte "había escamoteado arteralmente la libertad a la nación francesa".⁴⁰ Esta fué según Fichte su verdadera y gran culpa. Napoleón hubiera tenido la fuerza necesaria para ponerse a la cabeza del movimiento de liberación y dirigir la educación de la nación y de la humanidad entera. "Debiera haberse sacrificado y sacrificarnos a todos nosotros *por la libertad del género humano*, y entonces yo y todos los que vemos el mundo como yo lo veo, nos hubiéramos lanzado tras él en la llama sagrada del sacrificio".

En estas palabras magníficas, escritas en el ocaso de su vida, manifiesta Fichte que, aun bajo el tronar de los cañones de la guerra de independencia de 1813-1814, ha conservado como herencia sagrada los ideales humanistas, cosmopolitas, supranacionales, revolucionarios de sus años mozos. Fué la última vez que habló el corazón del viejo jacobino Fichte.

⁴⁰ Ibid., pág. 66.

Presencia del Pasado

EL CHACMOOL MEXICANO

Por César LIZARDI RAMOS

DURANTE la tarde del 29 de septiembre de 1943 fué descubierta en el solar de la esquina de Venustiano Carranza y Pino Suárez, de la ciudad de México—solar antes perteneciente a la familia Iturbe—, una escultura azteca de las llamadas chacmooles. El hallazgo fué de la mayor importancia, puesto que vino a aclarar en amplio grado la interpretación de estas esculturas.

El día 30 de septiembre en la mañana, el monolito fué recogido por don Lucio Ruiz, Intendente del Museo Nacional de Arqueología, y trasladado a éste, en cuyo jardincillo permaneció algunas semanas. Finalmente, luego que fué fotografiado por el artista don Luis Limón, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, se le instaló en el Salón de Monolitos.

Inscripción

LA pieza, que tiene una longitud de 1.05 metros, una anchura de 0.55 y una altura de 0.75, representa a un personaje recostado, con el rostro vuelto a la izquierda y no a la derecha como los chacmooles yucatanenses y lleva sobre el abdomen y entre las manos un vaso de contorno circular. Tiene anteojeras y dientes salientes, como los de Tláloc, dios de la lluvia. En el tocado, según observación del Sr. Noguera, está la figura del año. Con las dos manos sujeta el vaso ya mencionado. Se trata de una Jícara de Corazones (cuauhshicalli). Es decir, un vaso de los que usaban los sacrificadores para depositar los corazones de las víctimas. El borde está formado por corazones hu-

manos. Dieciocho en total, como los "meses" del año indio.

La "Jicara" está cubierta por el rostro o máscara del dios del agua, con las mismas características que la figura principal. Aunque ese rostro lleva debajo y a los lados de la banda frontal dos como mechones puntiagudos, semejantes por su forma a cuernos. La banda, dicho sea de paso, es muy parecida a la que se observa en un vaso de piedra que está en el jardincillo del Museo. La máscara o rostro del dios en la "jicara" sugiere la idea de ofrenda. Y no es insólito el caso, pues sabido es que muchas veces las ofrendas eran simulacros de los mismos dioses a quienes se dedicaban.

En la figura principal se ven varios signos del "chalchihuite", emblema éste de lo más precioso que había para el indio: el agua. Y si no, quinternios o quintiduos. Esto es, grupos de cinco discos dispuestos en forma radial, que son jeroglíficos del mismo "chalchihuite". Cosa esta última que observó hace años el Dr. Hermann Beyer (Ver "El Llamado Calendario Azteca"), y que cualquiera puede comprobar si compara el signo del "chalchihuitl" y el quinternio o quintiduo.

El personaje lleva collar de tres sartales de jades, con cascabeles suspendidos y un pectoral romboidal muy desgastado.

Comparaciones

EXAMINANDO otro chacmool mexicano—descubierto en las calles de Bolivia y Argentina, de la ciudad de México—nos percatamos de que en su pectoral lleva la figura de un hombre casi desnudo, que está sentado con las piernas dobladas y que tiene los antebrazos sobre el pecho. Esta figura está de frente.

Pues bien, la del perteneciente al último Chacmool mexicano, es igual. Las ajorcas de la figura que vengo describiendo son de cuatro sartales de jades, con cascabeles suspendidos. En los talones de las sandalias se ven, por el lado de afuera, grupos de tres pequeños pedernales en

forma de rostros, con dientes salientes. Creo que esas figuras se relacionan con el fuego del rayo, así como el signo Eznab, del día que en el calendario maya corresponde al día Técpatl, 18° de la veintena mexicana [Tláloc era también dios de la Lluvia de Fuego, del Rayo].

De las orejeras del dios, circulares, penden colgajos trapezoidales de mosaico turquesco. El collar es de doble sarta de jades, con tres grandes cuentas pendientes.

Del tocado en forma de signo del año ya mencionado, caen para atrás plumas de gruesos ástiles—¿u hojas de gruesas nervaduras?— en torno de un disco. Antes de pasar adelante debo decir que las figuras del dios de la lluvia, con signos del año en el tocado y en el rostro, abundan en la zona maya. Los hay, por ejemplo, en Copán—varios—, Yashchilán, Piedras Negras, Uxmal, Chichén Itzá (Ver "The Reduction of Maya Dates", por Herbert Spinden, p. 97). También los hay en las representaciones del dios zapoteca de la lluvia, Cocijo (Ver "Las Estelas Zapotecas", por Alfonso Caso, pp. 45-47).

La orejera es cilíndrica, de gran diámetro y se ve claramente cómo está insertada en el lóbulo de la oreja.

En cuanto al vaso de corazones, lleva en la parte inferior una banda de quintiduos, otra de discos, otra de plumas de águila y, finalmente, el borde formado por 18 corazones humanos.

Otra vez Tláloc

LA cara basal de la yacente estatua, como es frecuente en las esculturas mexicanas, está totalmente labrada. En el centro lleva la imagen de Tláloc, con elevado tocado de mosaico turquesco, del cual salen, por los lados y atrás, los extremos del moño nucal o *apanecáyotl*. En lo alto del tocado hay plumas y punzones de hueso para el autosacrificio. El dios está como descendiendo. Sus brazos terminan en garras, a las que se pusieron ojos. En los codos se ven también rostros monstruosos, de ojos redondos y largos dientes. Las extremidades abdominales se ven arriba. Tienen garras, asimismo, con rostros, mientras que

en las rodillas se ven ojos y dientes salientes. [Hay un Tláloc descendente, como dios de la tormenta, con un rayo en cada mano, en el Códice de Bolonia, 1].

Entre los pies y el tocado hay dos calaveras humanas. Del lado derecho del observador hay un pez casi redondo. de enormes dientes, dos como conchas y un gran caracol. Del lado izquierdo, un animal de cuerpo serpentino y como emplumado, una concha y dos grandes pedernales, con ojos, pero sin dientes. El conjunto está sobre una masa de agua, representada por estrías onduladas y transversales. Las conchas, tres de cada lado, están distribuidas simétricamente. Y una de cada lado está unida con el antebrazo y pierna correspondiente del dios, por medio de una como banda estriada. Finalmente, bajo cada garra inferior, se encuentra un objeto como cilíndrico.

Semejanzas

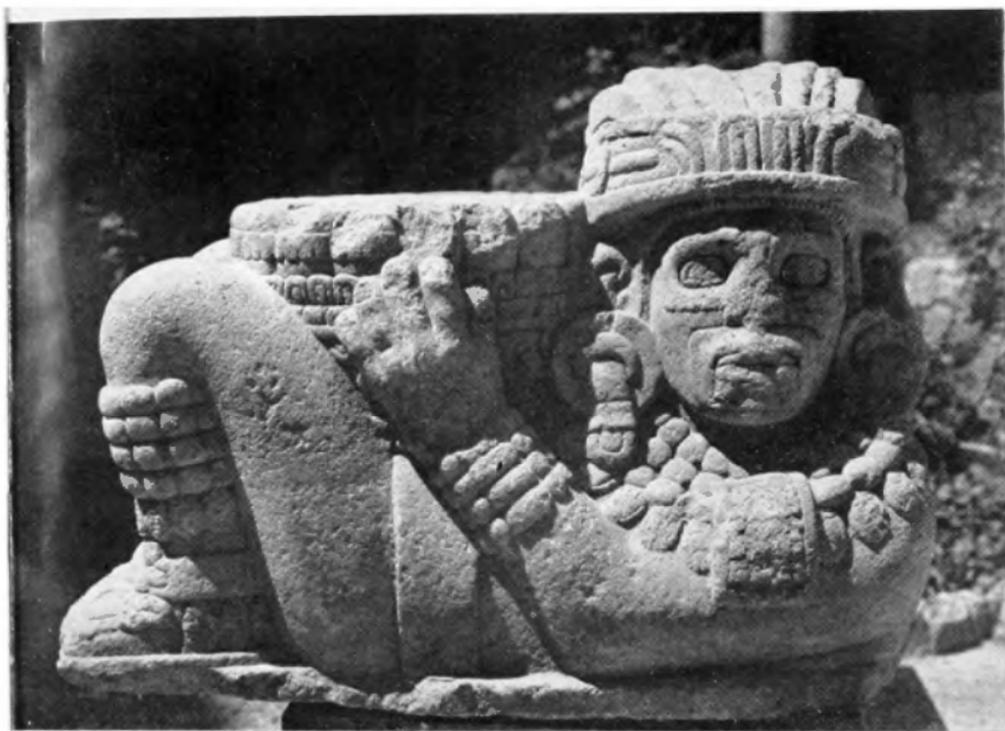
Los chacmooles de Tacubaya y la calle de Bolivia tienen grandes semejanzas con el recién descubierto. Como él llevan anteojeras y dientes salientes, pectorales con figuras casi desnudas, orejeras circulares, collares de varias sartas, cascabeles suspendidos, pulseras y ajorcas de jades, y en la cara basal, agua, animales acuáticos—hasta una rana—, caracoles y conchas, además de hojas, espigas de maíz y aun hongos.

Llevan también vasos con quintiduos. Los tocados de esos dos chacmooles son algo diferentes al que tiene el último hallado. Pero se asemejan al de éste en que llevan un cerco inferior saliente.

Todas estas semejanzas demuestran que las tres esculturas representan la misma deidad.

Interpretación

LA presencia de la máscara de Tláloc, del signo del año, el agua, los animales acuáticos, los caracoles, las conchas y los quintiduos, demuestran que la imagen es el dios



El último Chacmool descubierto en la ciudad de México. Se ven claramente las anteo-
ojeras y los dientes salientes, así como un lado de la "Jicara de Corazones".



Vista posterior del Chacmool, donde se advierte fácilmente el disco del tocado.

de la lluvia, o de uno de sus ministros —Tlaloques—, o de un sacerdote de esa deidad. Conviene recordar que también llevan quintiduos las ajorcas del Tláloc que aparece en el Apéndice del Atlas de Durán.

Pero más bien me inclino a creer que se trata del dios mismo. Su postura no era desusada. La tenían también, entre otros, el Quetzalcoatl de Teotihuacán, barbado y envuelto en mantas, de que habla Torquemada (Ver "Monarquía Indiana", 1723, t. II, p. 52).

Debo advertir, sin embargo, que algunos de los signos mencionados se encuentran, asimismo, en relación con representaciones de otros dioses. Por ejemplo, los caracoles se relacionan también con Tezcatzóncatl, dios del pulque. Había caracoles pintados en la ropa de las víctimas que ofrecían a ese dios. También pertenecen los caracoles y conchas a las imágenes de Quetzalcoatl. Por otra parte, el caracol se asocia con Tecuciztécatl.

Las plantas y las espigas que muestran estos chacmoolles hablan elocuentemente del efecto de la lluvia sobre la tierra. Efecto que era precisamente el anhelado por los indios.

Anticipación

Es curioso que esta interpretación —que salta a la vista— venga a confirmar la insinuada por el Sr. Herrera y Pérez en su artículo "La Cempolxóchitl o Corona Mexicana. Estudio Décimonono. Chac-Mool", en "La Voz de México", a quien hay que reconocer el mérito de haber sido el primero en reconocer en el Chacmool mexicano las características de Tláloc. Su interpretación es citada y refutada por don Jesús Sánchez en los Anales del Museo (1ª Epoca, 1877, I, pp. 270-278), artículo intitulado "Estudio acerca de la estatua llamada Chacmool o Rey Tigre".

Ese distinguido director del Museo Nacional recuerda que don Antonio de León y Gama, en su famoso libro "Descripción de las Dos Piedras. . .", identifica uno de los chacmoolles mexicanos con uno de los dioses del pulque,

Tezcatzóncatl. Esto es, "el del espejo en la cabellera", dice Seler. La identificación provino de que, en efecto, algunos chacmoolos mexicanos —como el último— llevan en el tocado un disco que parece espejo. Además, dice León y Gama, a Tezcatzóncatl lo representaban recostado. El señor León y Gama se refería a una imagen que por muchos años se guardó en el zaguán del Mayorazgo de Mota, en la calle del Indio Triste, hoy calle del Carmen. Discute en ese punto la importancia relativa de Tezcatzóncatl y otro dios del pulque, Izquitécatl, y conviene en que, efectivamente, el segundo es más importante, puesto que se le presenta bebiendo, y al otro se le representa tendido, es decir, ya ebrio; y agrega ese autor: "primero es beber y luego emborracharse".

Respecto al lugar donde primitivamente se hallaba el ídolo, León y Gama hace la conjetura de que tal vez se tratase del patio del templo de los dioses del pulque, donde existía una vasija de piedra para contener el inebriante líquido, vasija que constantemente llenaban los pulqueros.

El mismo Herrera y Pérez reconoció en el Chacmool mexicano el retrato de un personaje ulmeca, llamado Cuapizintli, y en el primer Chacmool yucatanense, descubierto hacia 1875 en Chichén por el Dr. Augusto Le Plongeon, "la mujer que nos cobija", la Providencia. Interpretación inaceptable, que el Sr. Sánchez refuta desde luego.

Otras Hipótesis

PERO queda en pie lo del Chacmool como Tláloc.

Y no es fácil aceptar la interpretación concreta del Sr. Sánchez, quien reconoce en el Chacmool yucatanense ya mencionado al dios de los mantenimientos. Pues si es verdad que el Chacmool que él examinó y que por decirlo así descubrió en el jardín de la Casa Barrón, Tacubaya, tiene mazorcas de maíz, por la descripción de las otras estatuas mexicanas del mismo grupo se ve que los signos más abundantes son los del agua.

Y por ende, leyendo lo que se refiere al panteón y mitología de los mexicanos y mayas, se persuade uno de que el agua era para ellos el elemento más importante.

Por eso el teocalli mayor de Tenochtitlán contenía como principales las imágenes de Huitzilopochtli (dios solar, el Sol) y Tláloc. Por eso los mayas rendían culto preferentemente al dios del Sol y al de la lluvia, Chac. Este último culto, indicado a las claras por la presencia de tantos mascarones del dios en los edificios mayas. Presencia que, a mi juicio, era como una oración perenne que se elevaba a la divinidad para que no dejase a sus adoradores sin la preciosa e indispensable agua.

Dios del Vino

PARA dar una idea más cabal de las interpretaciones del Chacmool debo mencionar otras dos.

La primera de ellas fué hecha en 1938 por los arqueólogos don Enrique Juan Palacios y don José García Payón. Yo la transcribí en "Excelsior" y "Revista de Revistas" (9 de mayo y 24 de abril de 1938, respectivamente) con los informes que me dió el Sr. Palacios en una plática y con los que escuché en su conferencia ante la Sociedad Mexicana de Antropología (7 de abril de 1938).

Según esos expertos el Chacmool representa una especie de Dionisos mexicano. Es decir, el dios de las bebidas embriagantes y de los vegetales productores de sueños y delirios, como el pulque, el peyote y el hongo teonanácatl, usados por sacerdotes y caciques indios para intoxicarse y entrar en trance que les permitiera conocer lo que estaba por venir. Esa divinidad se relacionaría con los actos adivinatorios practicados al fin de cada ciclo.

En abono de su idea los Sres. García Payón y Palacios señalaban unos relieves que tenían por peyotes y hongos, así como el disco del tocado, que podría ser el espejo de Tezcatzóncatl. Y el Sr. García Payón me dijo que la posición de la imagen está indicando que se trata de una divinidad embriagada ya. Idea igual a la expresada por León y Gama.

Shiubtecubtli

FINALMENTE, el 11 de octubre de este año, el arqueólogo yucatanense don Juan Martínez Hernández afirmó en un artículo ("Diario de Yucatán") respondiendo al mío en el mismo diario "El último Chacmool Azteca", 5 de octubre, que la célebre figura era el dios tolteca del fuego, Shiuh-tecuhtli. En mi artículo yo me había abstenido de hacer entrar los 13 chacmooles de Chichén y el de Quintana Roo en la interpretación que daba de la última imagen mexicana.

Con lo cual ponía yo en tela de duda, sin razón suficiente y sólo por exceso de precaución, la identidad entre chacmooles mayas y mexicanos. Idea ya sostenida por el Sr. Sánchez y aceptada implícitamente por los Sres. García Payón y Palacios.

El Sr. Martínez H., en otro artículo del "Diario de Yucatán" (octubre 28 de 1943), aseguró que el Chacmool de Le Plongeon tiene un signo que lo identifica. Y es "un símbolo convencional en forma de águila estilizada. . . Signo que juzgó igual al que lleva Shiuh-tecuhtli en el Códice Vaticano 3738 (fol. 6, verso).

Aclaraciones

EN una palabra, según el Sr. Martínez Hernández, el Joyel de Fuego, o sea la silueta estilizada del brasero del Fuego Sagrado, sería igual a la silueta del águila o mariposa, que algunos arqueólogos creen ver en el pectoral del Chacmool de Le Plongeon. Pectoral idéntico a los que llevaban los personajes de los relieves toltecas de Chichén.

No querría contradecir a nadie. Pero sí debo hacer ver que esta identificación, como cosa personal, es muy subjetiva y que tal vez a otro observador no le parecerían iguales el joyel y el águila, máxime cuando podría argüir que el primero, según se ve en la Piedra de Tizoc y el Códice Borbónico (fol. 6), es como un rectángulo transversal que lleva en cada uno de sus extremos una escotadura escalonada, la cual forma dos salientes. Mientras que



La máscara del dios de la lluvia, Tláloc, cubriendo la "Jicara de Corazones".



Cara basal de la estatua, con la imagen de Tlaloc descendente en el centro.

el pectoral del Chacmool de Le Plongeon tiene en cada extremo dos escotaduras que forman tres salientes almenados.

A mayor abundamiento, examiné el folio 6, verso, del Códice Vaticano 3738, y no vi el joyel del fuego en la figura del dios, la cual sólo lleva en la parte de atrás un moño azul y blanco, en nada igual a ese célebre símbolo.



Calca del Shiutecuhtli que aparece en el Códice Vaticano 3738, folio 6, verso. El moño de la nuca no parece ser el Joyel del Fuego.

Después busqué la cita de la Historia Antigua, de Orozco y Berra (p. 6), y vi que ese historiador habla extensamente de la escena que figura en el folio mencionado, pero no habla allí para nada del joyel, emblema del dios. (Estas dos citas de don Juan Martínez Hernández).

Por lo demás, tal vez tengan razón quienes piensan que el Chacmool maya debe representar la misma deidad que los mexicanos.

Por mexicanos entiendo los del centro del país: los de Michoacán, Querétaro, Hidalgo (Tula), Tlaxcala, etc. Pero esto requiere tal vez pruebas especiales.

Interrogaciones

EN torno de este género de esculturas, al que Le Plongeon dió el nombre que llevan por considerar que se trataba de la representación de un guerrero-tigre—Chacmool significa garra roja, y por extensión, tigre-rojo—hay muchos enigmas, los cuales se ha tratado de aclarar con hipótesis.

Se ha creído, por ejemplo, que los chacmooles pertenecen a la cultura tolteca y, en efecto, así parece indicarlo su diseminación, que abarca zonas donde esa cultura dejó sentir su influencia, inclusive Chichén, que ha entregado 13 de esas esculturas, y Chacmool, Quintana Roo, donde existe uno de gran tamaño. Aparte de los ya nombrados hay que mencionar otros dos: el de Cempoala, dibujado por don José María Velasco, y el de San Salvador, República de El Salvador, que, según dice el Dr. Herbert Spinden, se conservaba (1913) en el patio de la Universidad de esa capital y cuya fotografía le fué mostrada por Mr. E. Mosonyi ("Maya Art", p. 208).

Se ha hecho mención de la circunstancia de que los códices no contienen nada relativo a estas esculturas y, además, es curioso que ni anales ni crónicas hagan mención de ellas.

Por lo que mira especialmente a la recién hallada, hay que dejar constancia de que fué utilizada como piedra de relleno y que estaba sobre un costado, a unos cinco metros de profundidad y casi en el plano vertical del borde norte de la acera de Venustiano Carranza.

Se echa de ver que fué acarreada hasta ese lugar, pues cerca no se encontraron restos de construcciones.

El arqueólogo y arquitecto don Ignacio Marquina se preguntaba en mi presencia si originalmente el importante monolito se hallaría en el Teocalli Mayor, pues sabido es que en éste se encontraba la imagen de Tláloc.

Pero para responder a esta pregunta se requieren más informes que los que tenemos.

Por lo que toca a la posición del personaje de esta famosa estatua, no tengo explicación que dar.

Resumen

EN conclusión:

1. El Chacmool hallado en México el 29 de septiembre de 1943 es un Tláloc o se relaciona íntimamente con este dios.

2. Es muy semejante a otras esculturas mexicanas de antiguo conocidas.

3. Su postura no es desusada. También la tenían Quetzalcoatl y Tezcatzóncatl.

4. Es posible que los chacmooles mexicanos y mayas tengan la misma significación.

5. La identificación del Chacmool de Le Plongeon como Shiuh-tecuhtli, tiene en su contra el asimilar dos cosas al parecer muy diferentes entre sí: el Joyel del Fuego y el pectoral águila o mariposa, aparte de que cree ver en el dios del folio 6, verso, del Códice Vaticano, un signo que no tiene.

BIBLIOGRAFIA

- BEYER, Hermann, 1924.—*El Llamado Calendario Azteca*. México.
- SPINDEN, Herbert, 1813.—*A Study of Maya Art*". *Memoirs of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, Harvard University, Vol. 6. Cambridge.
- 1924.—*The Reduction of Mayan Dates*. *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, Harvard University, Vol. 6. Núm. 4. Cambridge.
- CASO, Alfonso. 1928.—*Las Estelas Zapotecas*. México
- TORQUEMADA, Juan. 1723.—*Monarquía Indiana*. Madrid.
- SÁNCHEZ, Jesús, 1877. *Estudio Acerca de la Estatua Llamada Chacmool o Rey-Tigre*. *Anales del Museo Nacional*, 1a. Epoca, Vol. I, pp. 170-278.
- LEÓN Y GAMA, Antonio. 1832.—*Descripción Histórica y Cronológica de las Dos Piedras, que con Motivo del Nuevo Empedrado que se está formando en la Plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790 . . . Dála a Luz Carlos María de Bustamante*. Segunda Edición, México.

- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Juan. 1943. — Dos artículos en "Diario de Yucatán" de 11 y 28 de octubre.
- LIZARDI RAMOS, César. 1938.—*El Dioniso Americano*, "Revista de Revistas", abril 24. México. *Se ha aclarado el Misterio de Célebre Figura*. "Excelsior" de 9 de mayo. México.
- . 1943.—*Descubrimiento de Enorme Interés*, "Excelsior" de 2 de octubre (2ª Sección, 1ª Plana). *El Último Chacmool Azteca*, en "Diario de Yucatán", octubre 5. *Chacmooles Mayas y Mexicanos*, en "Diario de Yucatán", octubre 24.
- . 1900.—*Il Manoscritto Vaticano 3738 delti il Codice Rios, Riprodotto in fotocromografia, a spese de sua Eccellenza il duca de Loubat, per cura della Biblioteca Vaticana*. Roma.
- OROZCO Y BERRA, Manuel. 1880.—*Historia Antigua y de la Conquista de México*. México.

¿LAS CASAS ESCLAVISTA?

Por *Silvio ZAVALA*

EL 13 de mayo de 1801, el ciudadano Gregorio, antiguo Obispo de Blois, miembro del Instituto de Francia, leyó en la sección de ciencias morales y políticas una apología de Las Casas. Se propuso demostrar que era calumniosa la imputación que se hacía a este respecto de que fué el inspirador de la introducción de esclavos negros en América. El debate, en el que terciaron después el deán de Córdoba de Tucumán, Gregorio Funes, el mexicano Dr. Mier y el español Juan Antonio Llorente, tiene hoy un escaso valor documental; porque todos los contendientes ignoraron el párrafo de la *Historia de las Indias* en que el propio Las Casas explica que, efectivamente, propuso la introducción de negros para aliviar la condición de los indios, pero más tarde se arrepintió al advertir la injusticia con que los portugueses los tomaban y hacían esclavos, y desde entonces los tuvo por injusta y tiránicamente hechos esclavos, "por que la misma razón es dellos que de los indios".¹

Lo que se probó bien en la disputa de comienzos del siglo XIX es que con anterioridad a la proposición de Las Casas ya se habían llevado esclavos negros a las Indias.²

Pero si la polémica aludida aporta poco al tema que fué discutido, resulta de valor inestimable para ver cómo la filosofía de las luces hace suya la figura de Las Casas.

Según el Obispo Gregorio, Las Casas estuvo al frente de algunos hombres generosos que, levantando la voz con-

¹ Lib. 3, cap. 102.

² Los documentos principales acerca de esta polémica se hallan publicados en *Colección de las Obras del Venerable Obispo de Chiapa, Don Bartolomé de las Casas, defensor de la libertad de los Americanos*, ed. por Juan Antonio Llorente, París, 1822, 2v., II, 329 ss.

tra los opresores en favor de los oprimidos, votaban aquéllos a la venganza, e invocaban para éstos la protección de las leyes divinas y humanas.³ En la conferencia de Valladolid, de 1550, Sepúlveda pretendía persuadir como cosa justa el hacer la guerra contra los indios para convertirlos; Las Casas le refutaba por los principios de tolerancia y de libertad en favor de todos los individuos de la especie humana; y estos principios obtuvieron la aprobación solemne de las Universidades de Alcalá y Salamanca.⁴ Gregorio se extrañaba de que la Academia de la Historia de Madrid hubiera publicado hacía veinte años una edición magnífica de este "apologista de la esclavitud" (o sea Sepúlveda), mientras que no existía aún una edición completa de las obras del "virtuoso" Las Casas. La Academia no se abochornaba de aprobar lo que ella misma llamó "una piadosa y justa violencia ejercida contra los paganos y los herejes". Gregorio esperaba que los miembros actuales de la Academia se sintieran repugnados por una "doctrina tan chocante".⁵

Desaparecido ahora todo vestigio de la diferencia —familiar a los pensadores del siglo XVI— entre la servidumbre natural y la legal, Sepúlveda es llanamente un esclavista y Las Casas un filántropo defensor de la especie humana. Pero hay más: aquel debate del siglo XVI, así definido, no es en realidad sino un antecedente del debate propio del siglo XVIII y principios del XIX, o sea el relativo a la esclavitud de los negros. Por esto cree Gregorio que Las Casas no pudo ser partidario de ésta y que la imputación en tal sentido es calumniosa: "¿Quién se persuadirá que la piel negra de los hombres nacidos en otro hemisferio haya sido motivo de que los condenase a sufrir la crueldad de sus señores, quien toda su vida reivindicó los derechos de los pueblos sin distinción de color? Los hombres de gran carácter tienen uniformidad en su conducta que no se contradice. Sus acciones y sus principios son unísonos: así Benezet, Clarkson, y en general los amigos de los negros, lejos de inculpar a Las Casas, le colocan a la cabeza de los

³ *Ibid.*, pp. 329-330.

⁴ *Ibid.*, pp. 343-344.

⁵ *Ibid.*, p. 344.

defensores de la humanidad".⁶ Unida la causa de los indios a la de los negros, la campaña de Las Casas se emparienta con la de los partidarios de la emancipación dieciochesca: "Las Casas tuvo muchos enemigos: dos siglos más tarde, habría tenido muchos más".⁷ Estuvo con los aventureros españoles que esclavizaban indios en las mismas relaciones que los amigos de los negros en Francia, de algunos años a esta parte, con los dueños de las plantaciones: "¿No hemos oído sostener que los negros eran una clase intermedia entre el hombre y los brutos? Así los colonos españoles entendían que los indios no pertenecían a la especie humana".⁸ Las Casas, estremeciéndose de los horrores que veía manifestó quiénes eran los autores y excitó la indignación de todas las almas sensibles.⁹

Gregorio no se conforma con establecer la afinidad formal entre el cristianismo libertador del siglo XVI y la filantropía del XVIII, sino que enlaza íntimamente los contenidos ideológicos de una y otra centuria. Juzga que Las Casas, religioso como todos los bienhechores del género humano, veía en los hombres de todos los países los miembros de una sola familia, obligados a tenerse mutuamente amor, a darse auxilios y gozar de unos mismos derechos.¹⁰ Este religioso defensor del amor a la "humanidad" y la igualdad de derechos, si es preciso, dice discursos que suscribiría cualquier ciudadano ilustrado de la época de la revolución francesa: establece que lo que importa a todos, exige el consentimiento de todos; que la prescripción contra la libertad es inadmisibles; que la forma del estado político debe ser determinada por la voluntad del pueblo; porque él es la causa eficiente del gobierno, y que no se le puede imponer carga alguna sin su consentimiento.¹¹ Además, sostiene que la libertad es el mayor de los bienes, y que siendo todas las naciones libres, el quererlas sujetar bajo pretexto de que no son cristianas es un atentado contra los derechos natural y divino. Quien abusa de su autoridad es indigno

⁶ *Ibid.*, p. 349.

⁷ *Ibid.*, p. 350.

⁸ *Ibid.*, p. 351.

⁹ *Loc. cit.*

¹⁰ *Ibid.*, p. 345.

¹¹ *Loc. cit.*

de ejercerla y no se debe obedecer a ningún tirano.¹² En defensa de los indios invoca el derecho natural que pone a nivel las naciones y los individuos, y la santa escritura, según la cual Dios no hace acepciones de personas; con esto da nueva claridad a la justicia de las reclamaciones de los indios.¹³

A este campeón de los derechos de la humanidad se le debe levantar una estatua en el Nuevo Mundo. Gregorio no conoce objeto más digno de ejercitar el talento de un amigo de la virtud y le parece extraño que hasta ahora la pintura y la poesía no se hayan ocupado de ello.¹⁴ Los amigos de la religión, de las costumbres, de la libertad y de las letras, deben un homenaje de respeto a la memoria de aquel a quien Eguiara llamaba el Adorno de América, y quien, perteneciendo a la España por su nacimiento a la Francia por su origen, puede con justo título ser llamado el Adorno de los dos mundos.¹⁵ Los grandes hombres, casi siempre perseguidos, desean existir en lo futuro; estando por su talento, adelantados a las luces de su siglo, reclaman al tribunal de la posteridad; esta heredera de su virtud, de sus talentos, debe satisfacer la deuda de los contemporáneos.¹⁶

Y así ocurrió. Las Casas, "adelantado a las luces de su siglo", fué honrado después de la Independencia de América por los pintores y poetas virtuosos y por las almas sensibles. El cuadro liberal cristiano atrajo a la nueva filosofía y ésta, para recibir el legado histórico, lo retocó previamente con fuertes pinceladas. Las diferencias se perdieron en la sombra y las semejanzas pasaron al primer plano. Pero Gregorio no era un impostor. Su discurso se apoyaba en pasajes auténticos de Las Casas. Estos dieron pie a la afinidad producida y, por el contrario, a la repulsión hacia Sepúlveda, cuyo pensamiento fué mal interpretado, pero correctamente intuído en lo que respecta a su dirección jerarquizante.

¹² *Ibid.*, pp., 345-346.

¹³ *Ibid.*, p. 348.

¹⁴ *Ibid.*, p. 362.

¹⁵ *Ibid.*, p. 362-63.

¹⁶ *Ibid.*, p. 364.

Entre los polemistas de principios del siglo XIX hubo algunos que, a fin de conciliar la admiración que profesaban a Las Casas con el hecho de que éste hubiera defendido la esclavitud de los negros, se vieron precisados a recordar que entre el pensamiento del siglo XVI y el de la nueva época mediaron diferencias importantes.

Funes hace notar al Obispo Gregorio que la esclavitud doméstica, adquirida por guerra justa, era lícita según la doctrina de Las Casas. La voz de la filosofía y de la razón aún no había hablado en su siglo con bastante elocuencia para causar sobre este punto esa feliz revolución que causó en la edad más baja y por la que vemos desterrada de toda Europa esa servidumbre despiadada.¹⁷

Mier puntualiza que no podía pedirse a Las Casas que en el siglo XVI razonase con las luces del XIX. Entonces a nadie ocurrió escrúpulo ninguno respecto al tráfico de negros y toda la Europa cristiana, muy tranquila en conciencia, ha continuado hasta ahora ese comercio: "Entendámonos: el cristianismo ha recomendado la caridad y mansedumbre, y enseñádonos que todos somos hijos de un padre y hermanos en Jesu Cristo, lima poco a poco las cadenas, las aligera; pero se puede ser buen cristiano y tener esclavos si son legítimamente adquiridos, tratándoles con caridad cristiana. San Pablo, para que los fieles (oyendo que Jesu Cristo nos ha llamado a la libertad y sacado de la servidumbre del pecado y de la ley mosaica) no lo entendiesen de la libertad corporal, no cesa en sus cartas de exhortar a los esclavos, a que sirvan y obedezcan a sus amos como al mismo Cristo. Filemón era sacerdote, y San Pablo, aunque había bautizado y ordenado sacerdote a Onésimo su esclavo y lo había menester para el ministerio apostólico, no le reprende ser su dueño, antes por serlo le remite su esclavo, y se lo recomienda, para que le perdone, con una ternura de padre. Por las leyes del imperio la adquisición de esclavos era legítima, y el evangelio no turba las leyes civiles".¹⁸

Discurso muy oportuno para recordar que la filosofía cristiana no era idéntica a la de la Ilustración. La esclavi-

¹⁷ *Ibid.*, p. 393.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 428-429.

tud era desterrada a causa de las nuevas luces, lo que Mier aprueba; pero el cristianismo anterior a esta filosofía sólo limó, mas no quebrantó las cadenas.

Llorente, al igual que Funes, se explica toda la diferencia por una simple progresión de ideas: "Jamás quiso Casas la esclavitud de los negros, pero ella existía y ni Casas ni algún otro la reputaba digna de ser contada entre los actos ofensivos de la humanidad, porque las ideas que se tenían entonces acerca de los africanos en toda la Europa eran totalmente contrarias a las que tenemos en nuestro tiempo en que las luces del derecho de gentes son en sumo grado superiores.¹⁹

De suerte que esa al parecer sencilla operación de "adelantar" a Las Casas a su siglo no dejaba de poner al descubierto las diferencias de época e ideas; sin embargo, la afinidad era irresistible y quizás pensaban con alguna razón nuestros filósofos ilustrados que, de haber vivido Las Casas "dos siglos después", hubiera sido de los suyos tanto para exigir la libertad de los negros como para defender el credo político igualitario.

Si nuestra conciencia histórica quisiera alguna vez descubrirse a sí misma, no podría esquivar el análisis de la "recepción" de los héroes y tiranos de la conquista por la filosofía de las luces.

¹⁹ *Ibid.*, p. 451.

LAS IDEAS POLITICAS DE JOSE MARTI¹

(CAPITULO DE UN LIBRO INEDITO)

Por *Andrés IDUARTE*

Actitud

NO HAY páginas de José Martí, en prosa o verso, que no estén cargadas de pensamiento. Su abundancia y su pujanza es lo que hace su prosa a la vez barroca y hugoniana, sobrecargada y gigantesca. El color de la flor y el jugo del fruto se amontonan y caen en ramos y en racimos sobre el enhiesto tronco. Tropical es la brotación numerosa de la selva, y tropical es su luz. Y como se pierden el conquistador y el naturalista en el trópico, en Martí se pierden el clasificador de ideas y el coleccionista de palabras.

Lo político, lo filosófico, lo moral, lo religioso, van indisolublemente soldados en quien siempre es un hombre hasta el tuétano del alma, y un hombre que medita y cree, y que vigilante de la conducta se entrega sin respiro al servicio de la Polis. ¿Cómo separar una cosa de otra sin mutilar la milagrosa figura proteica y armónica?

Subrayemos que es extraordinariamente difícil espigar y separar, poner etiquetas a lo que nunca anda suelto o desperdigado, descomponer en parvos hatillos lo que es un todo encrespado, vasto y armonioso como el océano.

Muy valiosos trabajos se han publicado sobre las ideas política y sociales, filosóficas, morales y religiosas de José Martí. El resultado, brillante a veces, se ha reducido a darnos una impresión personal de lo que se vió y se reco-

¹ La abreviatura "Trop." se refiere a las "Obras completas de Martí" que están siendo publicadas por la Editorial Trópico de La Habana ya un conjunto de cincuenta volúmenes.

gió durante el paseo por la selva luminosa. Agreguemos el nuestro muy modesto, aclarando de antemano qué es lo que más golpeó en nuestra sensibilidad. Por ello, por ser siempre parte —y por saber que lo es—, nos desagrada y no nos satisface, y nos deja la sensación de haber despedazado, para medirla, una estatua griega animada de milagrosa vida. Pero con un único y verdadero mérito: que no buceamos en Martí con el propósito de hallar en él lo que con nosotros coincide, como tantos han hecho en Cuba y fuera de Cuba, y que volvemos del viaje para enseñar lo que está de acuerdo con nosotros y también lo que nos disuena. Cuando hay coincidencia, probablemente nuestro acento es más firme, aunque —por la índole de este trabajo— procuramos que tenga igual timbre; y cuando no lo hay, enseñamos el hallazgo con absoluta serenidad y honradez, que es lo que ha faltado a menudo en el estudio sobre José Martí. Cosa, por otra parte, natural y humana, siendo él bandera suprema de América, por la que se sienten cobijados muchos hombres limpios, y bajo cuya sombra, naturalmente, quieren que se les crea aquellos que no lo son.

Lo político siempre

FUÉ Martí por encima de todo un apóstol, un iluminado, o para decirlo con palabra preferible para quienes por razones de temperamento o de desconocimiento no hayan entrado aún a su admiración: un emocional. Pero también fué un político en el sentido usual de la palabra, un político por su acción, así como un político por su pensamiento, dedicado a la patria y a la humanidad, al gobierno y la felicidad del hombre.

Nació en la política cubana, o si queremos, en la colonial de España: en un sector de la española. Y ya sabemos, por haber seguido su vida primero y luego lo que su Isla y España representaron en su vida, lo que en este sentido pensó e hizo políticamente desde "El Diablo Cojuelo" y "La Patria Libre", su poema *Abdala* y la carta a Carlos de Castro y de Castro —primera acción, primer

grupo de hechos— hasta el día de su sacrificio en Dos Ríos.

También hemos seguido su pensamiento y su acción cubana e hispanoamericanas en cuanto se refiere a Hispanoamérica y a los Estados Unidos y en las relaciones de Cuba e Hispanoamérica con Europa y el mundo.

Cómo y por qué combatía a España en América, cómo y por qué organizó el Partido Revolucionario Cubano, cómo quería a la República de sus sueños, se tratarán en otra ocasión. También cómo y por qué y para qué quería la unión de las Antillas Libres y el acercamiento de los pueblos americanos con vistas a la formación de una sola nación futura, y también por qué y cómo temía a los Estados Unidos, y cómo y por qué era enemigo de toda alianza con ellos y a la vez partidario de una amistad posible y útil para todos.

Todo eso es política, y cada palabra dejó ver fondo político y formación política; pero tratemos de aislar aquí algunas ideas políticas a secas, sin rama, sin follaje, en abstracto.

Política redentora

PARA él "política tiene por objeto salvar para la virtud y la felicidad a un pueblo de seres humanos que la presión pudre en el vicio y el hambre lanza al crimen" (Trop. II-179). Política para él es *salvar a los hombres*, es apostolado, es deber, es misión irrenunciable: por eso "sólo pueden desertar de la política los que deserten de sus propios hijos" (Id.)

Hizo muy claramente la distinción entre dos políticas, como entre dos Españas, como entre dos Estados Unidos: la mala y la buena, la política con crimen y la política sin él, "que es la que conoce y mueve los elementos reales de un país para su mayor bienestar, y la habitación decorosa del hombre en él. . ." (Trop. v-169).

Se equivoca —ya se han equivocado algunos— quien crea que Martí es un buscador de gloria. No lo fué de poder, mientras vivo, ni de gloria para después de muerto.

Por eso no sólo es el héroe común, sino el héroe perfecto. El mismo dijo: "Lo sagrado es el país. Un pueblo no es peana del hombre. . . . Los verdaderos héroes, como los hindús ante el Juggernaut, se postran, a que pase por sobre ellos el país, a que la verdad sacrificadora pase por sobre ellos. De las raíces vive el árbol: y la verdad, de los hombres que a los pies de ella caen sobre la tierra" (Id.) "La dicha suprema se vislumbra en la existencia corriente cuando se deja bien hecho un trabajo útil, o se decide dar la vida, y en el mismo gusto doloroso de cumplir los deberes menores, por mejorar y salvar la vida ajena" (Id.) No sólo, pues, vivir montado en el corcel de la gloria, como él vivió, y "morir al pie de la libertad" (Trop. IV-50) y "alzarse luego . . . del brazo de todos los buenos, en los esplendores inmarcesibles de lo grande" (Trop. IX-261), sino también *el placer de las obligaciones humildes*.

Tampoco tiene su política la limitación de lo nacional. Desde Guatemala dijo: "Hay una gran política universal, y ésa sí es la mía, y la haré: la de las nuevas doctrinas" (Trop. XIX-42). Y ya sabemos que para él "patria era humanidad".

Política no es para él, pues, ni crimen, ni vanidad, ni chauvinismo: es gran política la suya. Política tampoco es para él solamente estudio e investigación científica, sino acción diaria, tenaz y humilde —sacrificio— en favor del hombre: política redentora.

Amor más conocimiento

PERO tampoco es ideal a secas, ni relámpago místico nada más, sino ciencia y responsabilidad de gobierno: "Como si política fuera cerrar los ojos ante los elementos vivos y las soluciones probables—ante los elementos más vivos y las soluciones más probables— y no lo que verdaderamente es, y consiste en tener conocidos los caminos por donde se pudiera haber ido, y allegar, en vez de apartar, las fuerzas necesarias para la jornada; como si política fuera dejar correr el agua como Narciso, enamorado de su propia imagen, y no tratar de frente y estudiar a

tiempo los problemas todos y los componentes todos que influyen en la suerte del país con su silencio o con su acción, y pueden serle tan útiles si se les atiende, como funestos si se les aparta" (Trop. I-240).

El quiere, como siempre, las cosas completas, ricas, hechas de la armonización de las virtudes más diversas y hasta opuestas: "Pocos han aprendido la necesidad de dirigir el valor, y de unir al entusiasmo por las ideas nobles el conocimiento menudo e implacable de la naturaleza humana. Usted lo junta todo" (Trop. III-223), le dice a Gerardo Castellanos. Inevitablemente recordamos a Gracián: "Hay que ser un compuesto de paloma y de víbora, no monstruo, sino prodigio". Sólo que Martí no podía llegar hasta el extremo de aceptar veneno, ni un adarme de veneno dentro del propio pecho. Todo él era estrella y paloma, según sus más queridos símiles. Pero sí lo prudente y lo cauto, que prodigiosamente estuvo fundido en su espíritu con lo emotivo y lo ideal. "Sin pasión; sin ira; sin engaño del sentimiento, tan fatal en su exceso como en su carencia a la buena guía de los negocios políticos" (Trop. V-13). Anduvo buscando siempre—ya se ve—el justo medio, o mejor dicho, el todo completo y completador, la señera personalidad política de quien tiene los pies bien asentados sobre la tierra en tanto que la cabeza se purifica continuamente en el cielo.

Populismo y democracia

MARTÍ fué, más que cualquier otro escritor hispanoamericano del siglo XIX, un populista y un demócrata. Creyó en el humilde por deber apostólico, pero además creyó en el pueblo como fuerza política. Un paralelo entre él y los demás maestros hispanoamericanos nos revelaría cómo le dieron una fisonomía diferente dos hechos capitales: el ser hijo de pueblo, de hombre y mujer humildes de Valencia y Canarias—sólo Sarmiento se le aproxima en esto—, y el haber vivido como pobre anónimo y como jornalero "de cuello blanco", por varios años, en Nueva York. El mismo, tan admirador de Bolívar, señala con

amor lo que, sin duda, fué su más grande limitación: "no pudo, por no tenerla en el redaño, ni venirle del hábito ni de la casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas". (Trop. xviii-192). El sí sentía el espíritu popular, por casta y por hábito. Y creía en la voluntad popular: "Lo que un grupo ambiciona, cae. Perdura lo que un pueblo cree" (Trop. II-213); y estaba dispuesto a someterse a ella: "Lo que sí acataré yo toda mi vida es la voluntad de mi tierra, aun cuando sea contraria a la mía" (Trop. I-238).

Subrayemos, pues, que Martí creía en el pueblo y en su funcionamiento director, en la democracia, en el voto popular y las elecciones. Habla de que sus compatriotas tengan mañana seguros "sus derechos de hombre" con una política "autóctona y veraz", que consistirá en que "el cubano sabedor por la experiencia ajena de que un voto descuidado es un derecho perdido, y la indiferencia en el sufragio la antesala del déspota, vota con la animación y el fuego de quien quiere poner techo firme a la casa nueva de sus hijos: que con la política locuaz, y voto libre y frecuente, no hay guerra que temer, ni tiranía de arriba, ni de abajo, en las democracias" (Trop. v-11).

Política veraz, esto es, honesta y clara; autóctona, cubana en Cuba, propia, nacida del suelo y de sus hijos, sin que esto limite su pensamiento y su deber humano—conocidos son sus conceptos internacionalistas—a un patriotismo chauvinista; y locuaz, con lo que quiere decir, usando a su modo la palabra, una política en que todos digan cuanto piensan. Estos tres adjetivos localizan su pensamiento democrático.

Igualdad, libertad, fraternidad

LA igualdad es, naturalmente, uno de sus más profundos ideales: "Que no tenemos que heredar acá en la América libre los odios ni los términos de las monarquías europeas, sino conquistar, con el derecho del mérito igual, la igualdad apetecible entre los hombres" (Trop. III-126).

Porque si el hombre es igual por el nacimiento, hay que hacer que el mérito los haga aún más, como debe ser. Y más vigilante debe vivirse sobre el ideal de la igualdad en América, donde la existencia del negro y del indio necesitan apoyo y defensa.

“Al que tiene todos mis vicios y todas mis virtudes, yo le digo: tú eres mi hermano. Al que viene de más abajo que yo, y sube por su inteligencia y su abnegación tan alto como yo, yo le digo: tú eres mi hermano” (Trop. III-243), dice en su periódico “Patria”. Rechaza indignado, la palabra racista: “Esa de racista va siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos... Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorralla, es un pecado contra la humanidad...” (Trop. v-14). “Hombre es más que blanco —agrega—, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro...” (Id. 16). (Dice *cubano*, pero antes dice hombre: esto es, lo nacional siempre, pero siempre dentro de lo universal). Y en nombre de la igualdad y del negro oprimido lanza una de sus más bíblicas maldiciones: “En la piedra en bruto trabajan a la vez las dos manos, la blanca y la negra: ¡seque Dios la primera mano que se levante contra la otra!” (Trop. x-30).

“La libertad es la religión definitiva, y la poesía de la libertad el culto nuevo”, es una de sus más recordadas frases. Su fe en la libertad es religiosa: ya se ve que de religión la califica, y de culto su poesía. La libertad es para Martí más fuerte que la muerte: “Parece que la libertad, dicha del mundo, puede transformar la misma muerte. El hombre, turbado antes en la presencia de lo invisible, lo mira ahora sereno, como si la tumba no tuviese espantos para quien ha pasado con decoro la vida” (Trop. xv-37). Y por ella vive y muere: “A servir modestamente los hombres me preparo —dice en 1881, al dejar Caracas—; a andar, con el libro al hombro, por los caminos de la vida nueva; a auxiliar, como soldado humilde, todo brioso y honrado propósito, y a morir de la mano de la libertad, pobre y fieramente” (Trop. xx-112).

Ante el mundo nuevo y mejor

MARTÍ tiene profunda fe en los grandes ideales de la Revolución Francesa, pero vive pendiente de los cambios que se operan a su derredor. No en balde vive en Nueva York, buen mirador y punto neurálgico del Universo. Hay cambios todos los días, los advierte, vive su hora y su medio, y se asoma sin susto hacia el futuro: "El siglo último fué el del derrumbe del mundo antiguo: éste es el de la elaboración del mundo nuevo" (Trop. xvi-69), escribe en "La Opinión Nacional" en 1881. Y conmovido por la Exposición de Electricidad dice en 1883 en "La América": "El siglo XVIII fundó la libertad: el siglo XIX fundó la ciencia. Así no se ha roto el orden natural: y la ciencia vino después de la Libertad, que es la madre de todo" (Trop. xxii-160).

De la libertad, pues, parten para él todos los buenos caminos. Alrededor de la libertad humana, de la independencia de Cuba, y de la salvación de Hispanoamérica giran sus preocupaciones; pero no vive sordo ni negado a otras realidades. "Se opera en silencio una revolución formidable" (Trop. xxii-143), dice en 1883.

No dudaba Martí de la proximidad de un mundo mejor. Creía en el progreso como en todo lo que él creía: de una manera ardiente y luminosa, cuajada de visiones de grandeza y de felicidad. "Cuando se serene este mar puede asegurarse que las estrellas quedarán más cerca de la Tierra. El hombre envainará al fin en el sol—decía en una de sus metáforas cuajadas de luz—su espada de batalla" (Trop. 138).

No rechazaba el cambio del mundo, sino lo deseaba más rápido. Era su cabeza viva, su corazón generoso, sus nervios tensos e impacientes: hombre así no podía mirar hacia atrás, sino siempre adelante. Piafante era su naturaleza; idealista y rebelde su vida: tenía que estar con todas las causas justas y bendecir todos los caminos nuevos, y condenar cuanto tuviera sabor de injusticia o de caducidad o apolillamiento. Nadie cantó con tan extraordinarias frases el progreso: "Dan de sí las épocas nuevos hombres que las simbolizan; ya no fabrican los hombres

en el fondo del río, sino en el aire. Se afinan y encumbran los puentes, como el espíritu. Cada siglo que pasa es un puñado más de verdades, que el hombre guarda en su arca". Creía en el progreso material a la par que en el espiritual. Y este entusiasmo por el presente era también entendimiento del pasado. "Da el Oriente de los califas, como perfume petrificado, palacios de colores; da la edad teocrática, que nace en Roma antigua y muere en América, torres de religión en que, sobre los hombros de la iglesia rica, se alzan los artistas atrevidos, asaltadores de las nubes, rivales hermosos del que, con cincel aún no rehallado, talló en la sombra la Naturaleza. La Francia viciosa se sacó de sus senos abiertos a Trianón, coronado de adormideras, orlado de rosas. Y las mayores obras de esta edad de concordia y ensanche, y paso a otro mundo, son un istmo y un puente" (Trop. XVI-148).

Veía Martí un "orden natural" infalible, veía surgir un mundo nuevo y pletórico de esperanzas, asentado sobre la libertad, "madre de todo", y se sabía en período de transición, sobre el puente o istmo que conducía hacia una época en que se avanzaría *cordialmente*, presididos por la *concordia*.

La cultura y la justicia para todos

EPOCA, ya lo ha dicho, de *ensanche*. "Con todos se ha de lograr para el bienestar de todos", decía de la República deseada para Cuba. Con todos y para todos en su mundo futuro. Su concepción es profundamente democrática, polo opuesto de la aristocrática, en que creía y que preconizaba Rodó. El hombre culto trepado en la cúspide de la pirámide le repugna: "... A lindoros, o a olimpos, y a alzacolas, les diremos: "Mienten". ¡Esta es la turba obrera, el arca de nuestra alianza, el tahalí, bordado de mano de mujer, donde se ha guardado la espada de Cuba, el arenal redentor donde se edifica, y se perdona, y se prevé, y se ama!" (Trop. IX-168). En el obrero se guardan las mejores tradiciones; no en aquellos a quienes disea con tres magníficos adjetivos: olimpos, lindo-

ros, alzacolas. Siempre, en verso o prosa, salta el potente símil geográfico: "... Y ésta es la época en que las colinas se están encimando a las montañas; en que las cumbres se van deshaciendo en llanuras, época ya cercana de la otra en que todas las llanuras serán cumbres. Con el descenso de las eminencias suben de nivel los llanos, lo que hará más fácil el tránsito por la tierra" (Trop. xx-55).

Sabe que los "lindoros", los "olimpós", los "alzacolas", van a hablar de que la cultura superior es arrastrada hacia abajo por la "turba obrera". ¡Qué importa, si al bajar las alturas suben las depresiones y se hace más fácil andar sobre la tierra! Pero no es eso sólo: es que mañana, por ese camino, todos los hombres serán cumbres. "... Asístese como a una descentralización de la inteligencia. Ha entrado a ser lo bello dominio de todos. Suspende el número de buenos poetas secundarios y la escasez de poetas eminentes solitarios. El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa; lo que no placará a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso, que saben que no se es en la tierra, por grande que se sea, más que arena de oro, que volverá a la fuente hermosa de oro, y reflejo de la mirada del Creador". (Trop. xx-55). No, Martí no quiere privilegios para nadie, en ningún sentido, ni menos el que en nombre de la cultura invocan letrados soberbios que ignoran su común pequeñez humana. "Las redenciones—dice Martí—han venido siendo teóricas y formales; es necesario que sean efectivas y esenciales" (Id. 59).

La revolución cordial

MARTÍ desea la revolución igualitaria que liquide privilegios y pretericiones. Creía que se acercaba, y se veía ya en ella. Estaba enteramente de acuerdo en sus fines, aunque creía que había que tener mucho cuidado con los medios. Esto no implica, ni implicó en ningún caso, que Martí deseara o pretendiera la marcha atrás. Creía posible la marcha hacia adelante siempre, por meditados y se-

renos cauces; pero, después de haberlo seguido paso a paso, podemos afirmar que en él eran mayores sus ansias de redención que sus temores de desbarajuste y violencia. Lo primero es barrer la injusticia de hoy en la tierra; lo segundo barrerla sin arrasar las buenas cosas que hay en ella y sin levantar nuevas fuentes de odio. Y en este orden puede asegurarse que, si hubiera habido que preferir, Martí hubiera estado con la revolución, aun cuando hubiera sido —para su dolor— furiosa y frenética; y nunca, en ningún caso, como cómplice de la injusticia establecida por detener la temible y desbordada justicia de los vengadores.

“Lo social está ya en lo político en nuestra tierra, como en todas partes: yo no le tengo miedo, porque la justicia y el peso de las cosas son remedios que no fallan: es un león que devora en las horas de calentura, pero se le lleva, sin necesidad de cerrarle los ojos, con un hilo de cariño. Se cede en lo justo y lo injusto cae solo. Es todo el secreto de esas luchas que parecen terribles y sólo lo son mientras no entran en ellas, de un lado y de otro, los hombres cordiales” (Trop. II-88).

“Hombres cordiales”, diestros manejadores de “hilos de cariño” pueden conducir al león de la justicia sin que se irrite y despedace con su propia fuerza su profunda y noble razón. Pues el poderoso animal que le sirve de símbolo es de todos modos más débil, por más inocente, que sus carceleros, y por ser noble y estar encarcelado, Martí está con él: “Por lo que usted me dice —escribe a Serafín Sánchez en carta de la que hemos tomado el párrafo anterior— la razón está, como suele, del lado de los débiles. . . La riqueza se acumula generalmente —agrega— con sacrificios de la honra y con abusos, por más que sepa yo que, con paciencia y trabajo asiduos, puede llegarse a la fortuna honrada. El corazón se me va a un trabajador como a un hermano” (Id. 89).

El intelectual y el obrero

Y AQUÍ, de paso, señala la fraternidad evidente y profunda que existe entre el obrero y el intelectual, entre el tabaquero y el escritor. “Unos escribiendo la hoja y otros

torciéndola. En una mesa tinta, y en la otra, tripa y capa. Del trabajo sólo queda la virtud del que lo trabaja. De la hoja escrita queda tal vez la razón de su derecho y el modo de conquistarlo. Pero estas cosas no se deben decir, porque pueden parecer adulación. Se demuestra a su hora, que es mejor que decir las" (Id.) A su hora lo hubiera demostrado, perteneciendo al ejército de los rebeldes y en ningún caso, a pesar de su amor a los remedios dulces, al de los aplastadores ni al de los engañadores de la rebelión.

Apuntemos, pues, que Martí nunca encontró ninguna comunión entre el intelectual y el policía, entre el intelectual y el patrono, entre el intelectual y el mercader.

El crimen del negocio y la culpa de la riqueza

Lo que dijo de los banqueros, en ráfagas condenatorias que recuerdan las de los profetas, merecería ser registrado en un estudio sobre los Estados Unidos. Su descripción es ya una condena moral y estética: "pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto. . . , rostro colorado, cuello toral, mano de maza, pie chato y ciclópeo" (Trop. xvi-193). Los calificativos no dejan lugar a duda respecto al concepto en que los tenía: "aventureros. . . , criaturas de lo imposible, hijos ventrudos de una época gigante, vaqueros rufianes, vaqueros perpetuos, mercenarios. . . , tártaros nuevos. . . , colosales rufianes. . . , gente de presa, plaga de la república. . . , ladrones colosales. . . , sórdidos, finchados, recios. . . , buitres. . . , presidio ambulante. . . , malvados. . . , bandidos" (Id). En sus turbios orígenes encuentra la explicación de su maldad: "nacidos acá como allá de padres perdidos al viento, de generaciones de deseadores enconados. . . recién venidos de la selva. . . sacerdotes de (la fuerza). . ." (Id). Y en cuanto a sus procedimientos y sus manejos dentro y fuera de los Estados Unidos, contra el pueblo norteamericano como contra el de México y contra el de todas partes, lanza su bíblica maldición final: "¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos

malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos! Banqueros no: bandidos" (Id).

Admite a menudo la posibilidad de la riqueza honrada, pero en todo caso prefiere la pobreza. Agradece a los cubanos ricos que colaboren para conseguir la Independencia; no dejará nunca de recordar su deuda para don Miguel Cantos, que pagó él solo la expedición de "la Guerra Chiquita", que "si tuvo esclavos primero, redimió esclavos después" (Trop. iv-190); quería que Cuba fuera fundada sobre "emпинados y pobres" (Id-159); pero hacia cuáles lo lleva su corazón, lo dice claramente, y cuando no lo dice se sobreentiende: "¡Dichosos los acaudalados del mundo que pueden dar un poco de lo que les sobra para ayudar a la libertad de su pueblo! ¡Dichosos los que con un retazo de su fortuna pueden comprar un nombre inmortal en el cuadro de honor de los fundadores de un pueblo!" (Trop. iv-179), dice a Eduardo H. Gato en carta de 1893. Y un año más tarde: "Y ojalá que no fuese usted lo rico que es, para poder decirle cómo lo conoce y estima su amigo" (Trop. viii-45). Y es que la riqueza es para él, ante todo, pecado. Al rico bueno se le acepta; pero no se le canta, ni se lo pone por encima del pobre, y es difícil amarlo, y es más difícil decirle que se le ama: "Nuestro rico ha purgado en el sacrificio y el trabajo la fuente tal vez criminal de su fortuna. Los nietos han de hacerse perdonar el pecado de sus abuelos. El servicio a la revolución de la libertad puede lavar la culpa de la riqueza, acumulada con el fruto de la esclavitud. El mundo es equilibrio, y hay que poner en paz a tiempo las dos pesas de la balanza" (Trop. iv-189).

Por sus servicios a Cuba, y por el equilibrio del mundo —que cree necesario—, perdona y tolera a la riqueza pecadora y culpable. Pero está contra ella y contra su transmisión, contra la herencia: "¿Quién, de mozo fresco e ingenuo, viendo a ociosos mancebos o a cortejadores viles de doncellas ricas, no ha imaginado manera de anular la herencia, que estimula a la holganza, al egoísmo y al vicio; y la dote, que lleva como de la mano la desventura de la mujer y el rebajamiento del hombre?" (Trop. xii-42). Y entiende, justifica y aplaude la lucha contra ellos:

“¿Quién, con nobles empeños, no ha aderezado a sus solas cuadros de distribución de los productos, de modo que el dueño holgado toque a un poco menos, y el apurado obrero a un poco más? ¿Quién no ha sentido, una vez al menos en la vida, el beso del apóstol en la frente, y en la mano la espada de batalla? ¿Quién no se ha levantado impetuoso, y retrocedido con desmayo, de ver cuánta barrera cierra el paso a los que sin más caudal que una estrella en la frente y un himno en los labios, quieren lanzarse a encender el amor y a pregonar la redención por toda la tierra? ¿Quién no ha reconstituído en su cerebro la *Utopía* de Moro y la *Oceana* de Harrington?” (Trop. XII-42).

Karl Marx

DICE esto Martí en su prólogo a los *Cuentos de hoy y de mañana*, de Rafael de Castro Palomino, que es uno de los documentos en que más se deja ver su pensamiento sobre el problema social, y al que volveremos en seguida; pero en sus correspondencias a “La Nación” se encuentran páginas tan aclaradoras como las que dedicó a la muerte de Karl Marx: “Ved esta gran sala. Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese, sin que se desborde y espante” (Trop. XXIX-88). Resulta muy útil destacar algunos párrafos más: “Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos y organizador incansable y pujante. La internacional fué su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista enternece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remo-

za ver a un labriego, a un herrador o a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza les viene ser hermosos como ellas. New York va siendo a modo de vorágine: cuanto en el mundo hierve, en ella cae. Acá sonríen al que huye; allá, le hacen huir. De esta bondad le ha venido a este pueblo esta fuerza. Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fué sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. El veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha" (Trop. xxix-88).

El elogio a la fuerza, al talento, a la bondad y a la grandeza de Karl Marx, así como la simpatía y el amor de Martí por estos bellos y honrados trabajadores marxistas, superan en mucho sus desacuerdos. Es que en principio está con ellos, por más que lo separen diferencias de procedimiento.

Bendición a los revolucionarios

EL revolucionario es su hermano. Con emoción describe a los que asisten al homenaje de Marx. De paso habla en la misma crónica "de aquel tierno y radioso Bakounin" (Id 89). Y sin dejar de calificarlos a todos de utopistas, pide para ellos la bendición: "¡No haya empacho ni miedo en bendecir a esos espíritus rebosantes de amor y luminosos, creadores impacientes de sistemas de redención precelestes y oscuros, cuya mayor grandeza debe acaso medirse por su mayor extravagancia!" (Trop. xii-45). Martí sabía que era uno de ellos; pero empeñado en evitar —en 1883— toda posibilidad de que los cubanos pospu-

sieran a Cuba en sus ideales, carga sobre otros "espíritus rebosantes de amor y luminosos" la acusación de utopismo que sobre él diariamente caía. "La revolución quiere alas; los gobiernos pies" (Trop. XII-45), dice el idealista predicador de realismo, el que desde el vuelo divino vivió aconsejando la segura marcha terrena.

Su grande e irreductible divergencia de los revolucionarios es su búsqueda de remedios blandos, su oposición a los remedios duros. Martí rechaza la violencia, el odio. En la misma crónica sobre Marx describe y califica a los trabajadores que lo honran en su muerte: "De otros soldados está hecho el ejército colérico de los trabajadores. Los hay de frente ancha, melena larga y descuidada, color pajizo y mirada que brilla a los aires del alma en rebeldía, como hoja de Toledo, y son los que dirigen, pululan, anatematizan, publican periódicos, mueven juntas y hablan. Los hay de frente estrecha, cabello hirsuto, pómulos salientes, encendido color y mirada que ora reposa, como quien duda, oye distintos vientos, y examina, y ora se inyecta, crece e hincha, como de quien embiste y arremete: son los pacientes y afligidos, que oyen y esperan. Hay entre ellos fanáticos por amor y fanáticos por odio. De unos no se ve más que el diente. Otros, de voz ungida y apariencia hermosa, son bellos, como los caballeros de la Justicia. En sus campos, el francés no odia al alemán, ni éste al ruso, ni el italiano abomina del austriaco; puesto que a todos los reúne un odio común. De aquí la flaqueza de sus instituciones y el miedo que inspiran; de aquí que se mantengan lejos de los campos en que se combate por ira, aquellos que saben que la Justicia misma no da hijos, sino es el amor quien los engendra! La conquista del porvenir ha de hacerse con las manos blancas" (Trop. XXIX-87).

"Aquí está un Lecovitch —dice después—, hombre de diarios: vedlo cómo habla: llegan a él reflejos de aquel tierno y radioso Bakounin: comienza a hablar en inglés; se vuelve a otros en alemán; ¡dah! ¡dah! responden entusiasmados sus compatriotas. . . cuando les habla en ruso. Son los rusos el látigo de la Reforma: mas no, ¿no son aún estos hombres impacientes y generosos, manchados de ira,

los que han de poner cimiento al mundo nuevo: ellos son la espuela, y vienen a punto, como la voz de la conciencia, que pudiera dormirse: pero el acero del acicate no sirve bien para martillo fundador” (Id. 89).

“Karl Marx —dice— es llamado el héroe más noble y el pensador más poderoso del mundo del trabajo. Suenan músicas; resuenan coros, pero se nota que no son los de la paz” (Id. 91).

La generosidad está para Martí dañada por la impaciencia y manchada por la ira; nada se funda con el odio, todo con el amor; quisiera la justicia con paz y sin guerra social; pero el acicate es necesario, y la espuela viene a punto, porque se la necesita, y entre los que la llevan hay fanáticos y sectarios terribles, pero también allí están los caballeros de la justicia, sus hermanos gemelos, los hombres que llevan su misma sangre redentora y universal. Entre ellos están los buenos; no están los buenos entre los perseguidores de estos hombres ardientes.

Eta dualidad inquietante se revela a cada minuto: “Las reformas, como el hombre mismo, tienen entrañas de justicia y veleidades de fiera” (Trop. xii-47). “El mundo está en tránsito violento, de un estado social a otro. . . se mezclan la justicia y la venganza. . .” (Id. 48).

Reformismo

EL acento de Martí va tomando una gran semejanza con el de los socialistas reformistas, los socialistas blancos. Más aún, con el de los socialistas cristianos. En el mundo todo es armonía bajo la mano de Dios, y todo viene a su hora, presidido por la paz y el amor. Repasa —en el prólogo al libro de Castro Palomino— las teorías sociales que circulan a diario en su mundo, desde Nordhof hasta “los amanistas cuasi celibatarios” (Id. 39), los “comunistas elegantes y atildados. . . cultos y sinceros amigos del bondadoso Ripley” (Id) y los “perfeccionistas abominables de Oneida” (Id), y concluye: “¡Ay, que las leyes históricas no las tuercen ni el espectáculo del apostolado, ni las querellas desgarradoras del martirio, ni los febriles ímpetus

del genio! ¡Otro manda, y nosotros andamos!. . . Los problemas, así, sólo de sí propios se resuelven. Maduran, como las frutas, y no vale apresurar su madurez con artificios" (Id. 40).

Por este camino Martí va decididamente, a pesar de su admiración e identificación con los revolucionarios, a preferir la evolución y no la revolución. Es un admirador de Marx y de Bakounin, pero no es un marxista ni un anarquista. Desde luego que menos todavía un enemigo ni un perseguidor de anarquistas y comunistas. Su enemistad no es para los que espolean la marcha social, sino para quienes la retardan o detienen.

Naturalmente, Martí cree en la educación, en la educación nueva que "pondrá acaso rieles a esta máquina encendida y humeante que viene rugiendo por la selva, como que trae en sus entrañas los dolores reales, innecesarios e injustos de millones de hombres. Y sería entonces mensajera de vida aquella que ¡guárdenos Dios! se viene encima, a son de tambor de odio, con todos los arreos salvajes de la guerra" (Trop. XII-35-6).

Contra la violencia y por la educación

Sus *peros* no se detienen aquí, sino van más adelante. No sólo teme a la violencia en sí, sino a la ignorancia del pueblo. Ya se adivina, cuando tanto y tan vehementemente aconseja la educación: "Todo hombre es una fiera dormida. Es necesario poner riendas a la fiera. Y el hombre es una fiera admirable: le es dado llevar las riendas en sí mismo" (Id. 50). "La victoria no está sólo en la justicia, sino en el momento y modo de pedirla; no en la suma de armas en la mano, sino en el número de estrellas en la frente" (Id. 47). Tiene fe en que "una masa menor de hombres laxos por el goce, no podrá resistir a una masa mayor de hombres enérgicos, templados en la privación y en la amargura" (Id.), y por eso recomienda "a quien intente triunfar, (que) no inspire miedo: que nada triunfa contra el instinto de conservación amenazado" (Id). Mejora su consejo: "Apresurémonos a limpiar de obstácu-

los el camino de esos hermanos nuestros coléricos, que pudieran llegar a ser, por exceso y falso concepto de justicia, nuestros dueños ciegos y sus mayores enemigos" (Id. 46).

Por la armonía y por el amor, por el espíritu y por Dios, Martí condena la guerra social; además, porque cree que la evolución es posible, y que los pobres que tienen la estrella en la frente podrán derrotar a los ricos castrados por la molición. Pero si Martí hubiera asistido a la derrota diaria y repetida del reformismo ¿hubiera preferido la resignación a la injusticia o hubiera ido a la acción violenta que tanto le desagradaba en sí, pero que aceptó y aconsejó y poetizó en cuanto a Cuba? Es oportuno recordar aquí cómo la guerra le pareció conveniente y bella a este pacifista con tal de libertar a su tierra de la dominación española, seguro de su inevitabilidad. ¿Qué hubiera sido de Martí, convencido tras de la guerra de Cuba de la inevitabilidad de la guerra social, con dudas sobre un progreso que a su ansiedad le hubiera parecido lento? Porque el tipo político del entrambasaguas, del hombre de paños tibios o medias tintas no era el suyo, ni lo hubiera sido nunca. El hombre que vivió a caballo sobre el ideal y murió a caballo y bajo el sol, como deseaba, estaba muy lejos de los políticos indefinidos e intermedios. Los pintó así: "Estos revolucionarios suaves son siempre bienquistos entre las clases privilegiadas, que se entretienen con ellos, como los niños con los globos de papel, que se queman en cuanto suben por el aire, o como las damas de salón con los falderos llenos de tufos, pompones y cintajos!" (Trop. xvii-81). ¿Tenía Martí algo de globo de papel o de faldero empomponado, o hubiera podido él tolerar que alguien así lo creyera?

Martí, en esencia, tuvo una divergencia fundamental con los revolucionarios sociales: el método. Él quería la justicia social tanto como ellos, y cuando habla de esos espíritus ansiosos y ardientes parece que se describe; pero creía que era posible obtenerla por medio de la paz y el amor, y por lo tanto, rechazaba la insurrección y la sangre. La educación le pareció la primera y única solución. Con ella, el pueblo—estaba seguro—obtendría la mejor repartición de la riqueza.

“A los obreros razonadores, mesurados, activa, lenta y tremendamente enérgicos, no los vencerá jamás, en lo que sea justo, nadie. Salúdese con gozo estos Congresos de Obreros” (Trop. xxii-168), escribía en 1883. De esta optimista seguridad nacieron sus condenas, a veces también tajantes, para los que predicaban la lucha de clases. Condenó a los “hombres de manos inquietas, burdos vestidos, sombreros irreverentes y corazones inflamados” (Trop. xvi-134), a “los obreros revueltos y enconosos, que no entienden que haya más justicia que la que permite la satisfacción de sus deseos” (Id. 183), así como “a los fervorosos oradores multilingües que excitan a la guerra a los hijos del trabajo, en memoria de aquel alemán —siempre el respeto para Marx— de alma sedosa y mano férrea, de Karl Marx famosísimo” (Id. 134). Incluso llegó a ver que “los trabajadores sin fortuna se encendían en ira contra los trabajadores con fortuna” (Trop. xvii-80) y a reducir el problema “a esta fórmula: ira de los que tienen inteligencia escasa contra los que tienen abundante inteligencia” (Id.).

Patria y lucha de clases

TODAS estas divergencias fundamentales se agudizaban porque la revolución social distraía a algunos obreros cubanos de la lucha independentista que para él era la primera letra. Su empeño y su conflicto era mantener unidos a todos los cubanos, a pobres y a ricos. Habían —ya lo hemos apuntado— divergencias básicas. Sus condenas a la lucha de clases no sólo son circunstanciales; pero Martí alza el tono de su condena, infla sus divergencias para llevar adelante la tarea independentista. Lo hace siempre; lo hace sobre todo cuando se dirige —como en el libro de Castro Palomino— a los obreros cubanos.

En 1892 condena la lucha de clases, que nunca admitió, de manera aun más apasionada: “Enoja oír hablar de clases. Reconocer que existen es contribuir a ellas. Negarse a reconocerlo, es ayudar a destruirlas” (Trop. xi-168). Ya desde Nueva York, en sus crónicas a “La Na-

ción”, había censurado repetidamente los “trade unions”. Su artículo “Las Asociaciones de Obreros” (Trop. XXIX-217) es una condena del “abuso de los artesanos agremiados”. Al ver aproximarse la guerra de Cuba y estorbarse en cierta forma una y otra lucha, denuncia “el exceso de obrerismo” (Trop. III-197), califica de “innecesarias” las palabras “obreros y clase” (Id. 179), y dice que el nombre “El Proletariado”, que lleva el periódico de Cayo Hueso “enluta el pensamiento y apena el corazón, porque en nuestra patria generosa y abundante no podrá existir causa para él” (Id. 178). Denuncia que “son muy sutiles, y muy tenebrosos, los hilos de las huelgas” (Trop. IV-128), que “está el obrero en ellas y no ve quién las mueve”, que “los que le conocen las pasiones, se las azuzan” (Id.), y que “lo importante para el titiritero es hacer ir a los títeres por donde quiera que vayan” (Id.). Y sin lugar a dudas señala su satisfacción de que “no haya conseguido el gobierno español—que quería alzar una revolución social en que no cree contra una revolución política que teme— que se aborrezcan unos cubanos y otros” (Id. 126).

Todo esto demuestra cómo Martí no fué nunca un marxista ni un anarquista, ni deseó serlo, pero a la vez cuánto conocimiento y respeto tuvo por quienes querían crear una sociedad menos injusta. Son más los elogios que los reproches, y los primeros van por la esencia, y los segundos más contra la forma y la inoportunidad. Y ya al final de su vida y en plena guerra su posición tiene un carácter transitorio, en la que no miente—porque Martí ni por el bien mentía—, pero sí abulta las diferencias de principio que tenía con los revolucionarios. Estaba en la empresa de unir, y para eso evitaba “compromisos de magnates o de adinerados” (Trop. III-121), pero les “tocaba la puerta” y “les buscaba a cada uno el llamador que los pudiera hacer responder” (Trop. IV-23).

Espiritualista, liberal y jefe de una causa patriótica en primer plano, no dejó por eso de entender la lucha por la justicia social universal, cuyos brotes vió y admiró en la extraordinaria babilonia neoyorquina. Compartió su emoción, pero no tomó parte en ella ni aprobó sus cami-

nos. Antepuso la pelea por la patria a toda otra lucha; pero pensó en el mundo futuro cuando escribió que estaba en la lucha por la independencia y que más tarde vendría la lucha por la libertad. "La campaña por la independencia significa en Cuba la campaña por la libertad" (Trop. VI-161). Julio Antonio Mella recordaba como fidedigna la frase que Martí dijo a Baliño, cubano que militaba en vida de Martí en el Partido Socialista: "¿La Revolución? La Revolución no es la que vamos a hacer en las maniguas, sino la que vamos a desarrollar en la República".² A quien conozca el pensamiento y el tono de Martí, no le sorprenderá esta frase. Podemos, incluso, citar muchas otras palabras escritas de Martí, con sentido semejante, sin necesidad de mencionar lo que dijo y se llevó el viento: "Una cosa te tengo que celebrar mucho —escribe a Fermín Valdés Domínguez—, y es el cariño con que tratas y tu respeto de hombre a los cubanos que por ahí buscan sinceramente, con este nombre o aquel, un poco más de orden cordial y de equilibrio indispensable, en la administración de las cosas de este mundo. Por lo noble se ha de juzgar una aspiración; y no por esta o aquella verruga que le ponga la pasión humana. Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras: el de las lecturas extranjerizas, confusas e incompetentes y el de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados. Unos van, de pedigüenos de la reina —como fué Marat—, cuando el libro que le dedicó con pasta verde —a la lisonja sangrienta, con su huevo de justicia, de Marat. Otros pasan de energúmenos a chambelanes, como aquellos de que cuenta Chateaubriand en sus Memorias. Pero en nuestro pueblo no es tanto el riesgo, como en sociedades más iracundas y de menos claridad natural; explicar será nuestro trabajo, y liso y hondo, como tú lo sabrás hacer: el caso es no comprometer la excelsa justicia por los modos equivocados o excesivos de pedirla. Y siempre con la justicia, tú

¹ J. A. MELLA, *La lucha contra el imperialismo*, La Habana, Ediciones Sociales, v. 1940, pág. 55.

y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a desertar de su defensa. Muy bueno, pues, lo del 1º de Mayo” (Trop. vi-242). Martí señala *errores de forma*, pero no por eso *deserta de su defensa* y aplaude la celebración del 1º de Mayo. El enemigo de la riqueza, el enemigo de la expansión económica de los Estados Unidos, el creyente en el pueblo, en los trabajadores, el defensor de los pobres hubiera vivido en Cuba, si no hubiera caído en Dos Ríos, un muy original y difícil segundo capítulo, con factores muy diferentes del primero. Muchos matices puede atribuir cada uno a esta segunda etapa, desmigajando las cartas y los escritos de Martí para arrimar el ascua a su sardina; pero lo que sí puede asegurarse es que Martí no hubiera sido en ningún caso ni por ningún motivo un cómplice de la tiranía política o económica, ni de la nacional y aun menos de la extranjera, ni un perseguidor, ni un condenador de los hombres ardientes, “primogénitos del mundo”, que con doctrinas semejantes o distantes de la suya, eran esencialmente sus hermanos gemelos.

UN GRAN ESCRITOR POLITICO DEL PERU

LA Secretaría de Educación Pública de México ha dado a luz el noveno volumen de la serie de antologías del pensamiento americano, que viene publicando con puntual regularidad. Entre los que han salido ya de las prensas oficiales, se pueden citar el Vasconcelos, el Martí, el Rodó, el Bolívar, el Montalvo, el Varona, el Emerson y el Hostos. Pero para nuestro gusto, es este noveno tomo uno de los mejores aciertos de la estimable tarea que se ha impuesto la dependencia educativa. Lo creemos así, no sólo por la categoría del maestro americano escogido esta vez —Manuel González Prada (1848-1916), limeño—, cuanto por el inteligente criterio con que fué seleccionada la obra de éste, así como por el muy bien encuadrado y bello prólogo escrito por el propio antologista, Andrés Henestrosa. Debemos decir que la entrañable simpatía que el escritor zapoteca muestra tener con el peruano, induce a sospechar, con alguna legitimidad, que acaso Andrés Henestrosa ha vivido traicionando una latente pero vigorosa vocación de escritor político, pronta a aflorar a la primera sollicitación de su voluntad.

VA siendo ya un lugar común afirmar que las inteligencias mejor dotadas en Latinoamérica acaban por derivar hacia la política, o bien que el escritor de casta de nuestros países alcanza sus más cumplidos momentos cuando deviene escritor político. La razón resulta obvia: es tan morbosa la vida social de América Latina, que el hombre intelectual —si lo es de veras— no puede eludir así como así la instancia perentoria del quehacer político o aplazar su decisión de actuar como ciudadano. De esta suerte, la frecuente falta de talento político de nuestros gobernantes, ha frenado o violentado indefinidamente la vocación de muchos filósofos, artistas y hombres de ciencia, que de fijo habrían sabido enriquecer el caudal de la cultura universal desde una perspectiva americana. Y el peruano Manuel González Prada, por habernos legado páginas de una calidad literaria pocas veces conseguida, no es una excepción de este aserto.

Sea ello lo que fuere, la verdad es que el ejemplo más acabado de escritor político que podemos hallar en América, lo tenemos en Manuel González Prada. Su estudio sobre el *caporalismo* —forma dictatorial de menor jerarquía que el militarismo— es una acusación permanente contra los regímenes autocráticos que padecemos. Su anticlericalismo es el sano anticlericalismo que posee todo hombre que haya sido testigo del esfuerzo pertinaz de la Iglesia por detener las corrientes progresistas de América. El ademán poético de las terribles requisitorias que endereza contra los defectos de su patria, es el mismo que han usado todos los grandes patriotas de cada país. La prosa de las *Páginas Libres* es sin duda alguna de las mejores prosas que existen en nuestra lengua; y la cátedra literaria que allí se ejerce, es de una penetración crítica tal, que de inmediato se advierte estar frente a uno de los grandes maestros americanos, pese al hecho de que ese género se halla saturado del mismo tono polémico, lo cual acusa una irrenunciable preocupación política.

EN *Bajo el Oprobio* fustiga al “troglodita galonado”, al “coronel apache” que con una mano sablea la Constitución y con la otra pega un zarpazo a la caja fiscal. Su odio al tirano de pacotilla, o sea al soldadote autócrata que se mueve al impulso de la gana, corre parejo con el odio que profesa al *gran tirano*, es decir, a ese tipo de dictador que practica con tanto celo la honradez como el asesinato político; que siembra un bienestar momentáneo a cambio de la abyección colectiva y el relajamiento de la voluntad libertaria del pueblo. Y odia tanto al caporal sin ideas, como al dictador asceta postrador de la conciencia ciudadana. Critica acerbamente una inclinación muy frecuente en las clases medias y altas de Latinoamérica: la morbosa inclinación a desear la presencia de un *hombre fuerte* en el Estado, de un *gran tirano*. A este propósito González Prada escribe vitriólicamente: “Nuestra sangre padece la nostalgia de la esclavitud. Aquí los rostros piden bofetadas, aquí las posaderas demandan puntapiés. Nuestra geometría moral no conoce líneas verticales. A nada tienen derecho, ni siquiera al desdén piadoso, los que de tal manera traspasan el límite de la servidumbre voluntaria. Gentes con hambre de sufrir buenos tiranos se hallan maduras para la conquista: merecen el yugo extranjero, ya que boyunamente claman por el yugo nacional. Quienes toleran caporales aguantan conquistadores”.

Y cuando habla de la corrupción administrativa, se refiere a algo que es un problema candente en muchos países de América. Es importante transcribir las frases de González Prada porque ello da una idea de hasta qué punto pesa sobre nuestros países una herencia colonial cargada de simonías y prevaricaciones en la maquinaria burocrática: "Nada debe sorprendernos en un país donde la corrupción corre a chorro continuo, donde se vive en verdadera bancarrota moral, donde los hombres se han convertido no sólo en mercenarios sino en mercaderías sujetas a las fluctuaciones de la oferta y la demanda. Una conciencia se vende y se revende hoy en el Perú (1914), como se vende y se revende un caballo, un automóvil o un mueble. Admira que en las cotizaciones de la Bolsa no figure el precio corriente de un ministro, de un juez, de un parlamentario, de un regidor, de un prefecto, de un coronel, de un periodista, etc." Parece como si González Prada estuviera dibujando, con mano maestra, el paisaje moral que se destaca en más de una República de las nuestras.

El jacobinismo de González Prada no sólo posee una dimensión anticlerical, sino que es irreligioso; más aún, antirreligioso. Pero en medio de ello puede encontrarse una enseñanza saludable. "La Religión, que los teólogos consideran como esencial para el individuo hasta definir al hombre como *un animal religioso*, no pasa de mero accidente en la evolución mental: responde a la cultura deficiente del cerebro. Los antropoides, al acercarse al hombre, se despojan de la cola; las inteligencias, al perfeccionarse, pierden la religiosidad. La religión tiene que reducirse a cosa íntima, de gusto particular, lo mismo que la ropa interior; y así como no hay reglamento de policía que nos prescriba llevar calzoncillos de franela o camisetas de hilo, no debe haber artículo de la Constitución que implícitamente nos obligue a recibir enseñanza católica".

GONZÁLEZ PRADA, como ya decíamos, hace crítica literaria precedido de una actitud combativa. Fué él uno de los que más tomaron a pecho la lucha contra todo aquello que perturba la aparición de una genuina literatura americana; fué él quien atacó con denuedo a los retóricos y a los puristas, a los afrancesados y a los arcaizantes, a los estériles y a los descastados. Combatió esa boga de los ochetas consistente en hacer cuartetas asonantadas a la manera bequeriana, pues le irritaban las composiciones alambicadas y pequeñas que indican sólo caducidad y agotamiento. "La decadencia se anuncia en el

gusto por las bagatelas —decía—, y si la poesía castellana tiene que reducirse a ineptias y vaciedades propinadas en dosis infinitesimales, renunciemos de una vez a verso y a poetas. Felizmente no ha llegado la hora de reducir el verso a seguidillas y la prosa a telegramas". Esto no significa que González Prada hubiese gustado de lo descomunal ni que preconizara el uso de "esa prosa heteróclita que toma lo ficticio por lo natural, el énfasis por magnificencia, la obesidad por robustez". No. El insigne escritor peruano gustaba de la prosa que espontáneamente brota cuando no se sigue la preocupación de una escuela ni se adopta una manera convencional. Saint Beuve aconsejaba que debía hacerse lo posible por escribir como se habla, ya que nadie se expresa en períodos elefantinos o desmesurados. "Recapacitándolo bien —afirmaba González Prada—, la buena prosa se reduce a conversación con gentes cultas; en ellas no hay afeites ni remilgamientos ni altisonancias; todo fluye con llaneza, desenfado y soltura". Fustigó a los retóricos que gustaban de emplear una fraseología bastante en pugna con el carácter de su época, a esos que gustan de usar la llamada vestidura majestuosa de la lengua castellana como "un perifollo de lugareña con ínfulas de señora". Combatió con igual énfasis a quienes en plena postrimería del siglo XIX querían escribir como lo hicieron Garcilaso o Cervantes y observaba agudamente que arcaísmo significa retroceso: "A escritor arcaico, pensador retrógrado", lo cual puede ser comprobado con el ejemplo de los arcaizantes cronistas de calles de la Ciudad de México. Platón decía que en materia de lenguaje el pueblo era un excelente maestro. Y en efecto; los idiomas se vigorizan y recrean en la fuente popular más que en las reglas exánimes de los gramáticos y en las exhumaciones de los eruditos.

Respecto al escritor descastado de su tierra y de su tiempo, González Prada decía: "los literatos de América del siglo XIX debemos ser americanos y del siglo XIX, pero sin tomar por americanismo la prolija enumeración de nuestra fauna y de nuestra flora o la minuciosa descripción de nuestros fenómenos meteorológicos en lenguaje saturado de provincialismos ociosos y rebuscados". En suma, el buen escritor para González Prada ha de ser aquel que apartándose de escuelas y sistemas adquiera verdad en el estilo y en ideas. "Clasicismo y romanticismo, idealismo y realismo, cuestiones de nombres, pura logomaquia. No hay más que obras buenas o malas: Obra buena quiere decir verdad en forma clara y concisa; obra mala, mentira en ideas o forma".

Juan Valera y Emilio Castelar salen muy mal parados de la pluma punzante de González Prada. En las *Páginas Libres* alude al supuesto escepticismo del autor de Pepita Jiménez y le reprocha su condición de creyente: "Diez contra uno se puede apostar que Valera se hace cruces al abrir la boca, y bendice el plato antes de meter la cuchara"; y se ríe del dandismo literario del novelista, de ese curioso escepticismo de académico que no le impide oír cada año, con toda puntualidad, una misa por el alma de Cervantes. Dice que Valera sabe muy bien disimular la vaciedad del fondo de sus novelas con periodos relamidos y, "como no tiene nada que decir, nos acordamos de los viejos verdes que tienen unas cuantas mechadas de pelo, las dejan crecer, les dan mil vueltas, se las pegan con goma y piensan haber ocultado la calva".

De Castelar dice que tiene derecho cada quien de calificarlo de materialista o espiritualista, librepensador o católico, monarquista o republicano, "pues con un fragmento de sus libros se refuta lo que se prueba con un trozo de discurso, habiendo concluido por ahogar la democracia española con un diluvio de flores oratorias". Dice González Prada que Castelar, más que nadie, merece el título de *ilustre calamidad*. Como político y propagandista, como literato y orador, "Castelar no pertenece a la familia de los hombres que amenazan desequilibrar la tierra cuando la golpean con los pies. Los sustantivos de Castelar desfilan con sus adjetivos, como interminable hilera de cojos y paralíticos apoyados en muletas. Posee la verbosidad inagotable sin el razonamiento irresistible. Sus órganos fonológicos se nutren a expensas del juicio. No aterra como enemigo: cuando se encoleriza y cree pulverizar a su contendiente, no hace más que ensordecerle con una sinfonía o abofetearle con pétalos de rosa. Se le debe clasificar entre los músicos, lejos de Mozart y Wagner, cerca del hombre-orquesta que azora y divierte a las muchedumbres en las ferias. Considerándolo bien, es el temor mayor del siglo XIX; marcha presidiendo el bullicioso batallón de hombres locuaces, de todos esos hombres que hablan y hablan por el sólo prurito de hablar. Cuando recorre las épocas geológicas desde la solidificación del globo hasta el nacimiento del hombre, y la historia desde la edad de piedra hasta nuestros días, suceden dos cosas muy naturales: el público se duerme como el individuo que bebe la dosis máxima del cloral; Castelar se duerme también sobre la palabra y habla dormido, como esos viejos soldados que se duermen en la marcha y marchan durmiendo. Castelar lleva, en suma, dos enormes pecados sobre sí: haber convertido

el idioma castellano en una orquesta, la historia en una leyenda inverosímil como las novelas de Dumas y haber representado el papel de colaborador inconsciente del carlismo, contribuyendo a que España sea lo que es hoy: el clericalismo conduciendo a la monarquía, el ciego al paralítico”.

EN suma, González Prada, espécimen ejemplar del escritor político, no gusta de revestirse de mansedumbre que no posee, ni endulza jesuíticamente las frases que destilan veneno. Tampoco finge que tira al aire cuando dirige sus flechas contra el ojo derecho de Filipo, pues “no se cura al enfermo colocándole bajo su almohada un libro de terapéutica o cirugía, sino propinándole drogas o ejecutándole operaciones quirúrgicas; no se escarmienta ni se corrige a un mal hombre público regalándole *El Espíritu de las Leyes*, sino haciéndole beber tinta saturada con hiel o clavándole la pluma unos cuantos milímetros más allá de la epidermis”.

José E. ITURRIAGA.

AFRICA EN AMERICA

ACABA de aparecer un interesante y bien documentado estudio acerca de un tema poco conocido y menos estudiado en nuestro medio: la evolución de la personalidad cultural, que el negro africano sufrió en el Nuevo Mundo.¹

El método seguido en la ordenada exposición de tan variados y complejos asuntos como los tratados en esta obra —que su autor Arthur Ramos, modestamente califica de ensayo—, las minuciosas investigaciones y la copiosa bibliografía que presenta, son factores que sirven de orientación, que vienen a facilitar la tarea de los investigadores africanistas que pretendan tratar estos asuntos extensamente y bajo sus diferentes aspectos, ya sean antropológicos, económicos, sociológicos, etc.

En la primera parte de la obra se hace referencia a los orígenes del negro del Nuevo Mundo y es Africa, el llamado "Continente Negro", el campo de un sintético estudio sobre la prehistoria de las razas que lo poblaron, descubrimientos y exploraciones de que ha sido objeto y las consecuencias lastimosas de estas obras: "...una, la mancha maldita del comercio de esclavos. La otra, el reparto del continente negro entre las potencias europeas".

El objeto de los siguientes capítulos es el análisis de las diversas etapas de transformación de las culturas negras en América, llamado en la actualidad proceso de *transculturación*; vocablo que, explica el autor, fué empleado por primera vez por el maestro cubano don Fernando Ortiz, en un estudio similar.

Es de sentirse que en estos capítulos, en los cuales se trata el asunto en cuestión en forma tan amplia para algunos países como Brasil, Cuba y los Estados Unidos, la parte referente a México, la Nueva España de los colonizadores españoles, sea tratada en forma tan breve que cabe en una cuartilla.

Es cierto que el material de que se dispone no es muy abundante; que la obligada emigración de los negros no fué tan copiosa como en otros países y que la primitiva cultura de éstos no influyó en for-

¹ ARTHUR RAMOS, *Las Culturas Negras en el Nuevo Mundo*. Versión española de Ernestina de Chamourcín. Glosario de voces por Jorge A. Vivó. Fondo de Cultura Económica. México, 1943. Primera edición en español. 387 pp.

ma tan completa para formar un grupo racial de tanta importancia, que al conservar su cultura primitiva pudiera absorber o modificar, durante el proceso de evolución y selección natural, la cultura indígena existente, o la castellana recién importada, que al mismo tiempo pugnaba por el dominio espiritual de los aborígenes.

El tráfico de esclavos fué conocido desde la antigüedad, considerado lícito y aceptado por todos los Estados que intervinieron en empresas de colonización.

España consintió el comercio de negros en sus colonias, a pesar de la opinión general europea y de los notables antiesclavistas españoles Bartolomé Albornoz, Pedro de Avendaño, Alfonso de Sandoval y Pedro Claver.

En 1503, los Reyes Católicos prohibieron la introducción de negros en América para evitar la propaganda de la idolatría entre los indios, pero don Fernando, a instancias de la Casa de Contratación de Sevilla, dió licencia en 1510 para pasar 250 esclavos negros, y en 1513 autorizó a Pedro Arias Dávila para llevar negros en la expedición organizada por él.

En 1516 el Cardenal Cisneros, que consideraba a los negros "hombres sin honor y sin fe y así capaces de traiciones e inquietudes", creyó peligroso aumentar su número en América porque al "multiplicarse se alzarán infaliblemente, imponiendo a los españoles las mismas cadenas que ellos han llevado", y siendo regente, suspendió la concesión de licencias el 23 de septiembre de 1516.

La opinión de la época era favorable al restablecimiento de las licencias, por lo cual los padres Jerónimos pidieron a Carlos V en 1815 se llevasen negros bozales, tanto hembras como varones. El emperador, cediendo al criterio esclavista, concedió algunas licencias, limitando las primeras a 20 el número de negros y aumentando progresivamente la cantidad.

Por cédula de 28 de agosto de 1518 se autorizó a Lorenzo de Gurrevot la introducción de 4,000 con exención de impuestos y dispensa de requisitos legales. En iguales condiciones permitió al portugués Juan Pacheco traer a la Nueva España 200 esclavos negros en 1526.

A partir de esa fecha tiene ya carácter general típico de asiento el contrato con los alemanes Cignes y Sayller, de 12 de febrero de 1528, comprometiéndose los asentistas a pagar a la Real Hacienda 20,000 ducados cada uno; a utilizar las 4,000 licencias que se les concedían, en cuatro años, y la corona a no dar otras licencias durante este tiempo.

Unas veces por cientos o miles, otras por toneladas, fueron las concesiones ajustadas con asentistas de todos géneros dedicados al tráfico de "ébano vivo", nombre que se daba comúnmente a los negros procedentes de Africa.

Pueden citarse, entre los más notables, el concedido en 1696 a la Compañía Real Portuguesa de Cachen, que se comprometió a transportar 10,000 toneladas de negros; el ajustado en 1701 por Felipe v con la Compañía Real de Guinea, para el pase de 48,000 negros que el asiento denomina "piezas", y en el cual estaban interesados el propio rey de España y su abuelo Luis xiv en Francia.

Por el tratado de Utrecht, suscrito en abril de 1713, Inglaterra consiguió el privilegio para la Compañía Inglesa del Mar del Sur, para el envío de 144,000 negros de treinta años, a razón de 4 800 anuales, pagando la compañía por cada negro de los primeros 4,000 que llevara por año, treinta y tres pesos, siendo los ochocientos restantes libres de derechos; además, se adelantaban al tesoro real 200,000 escudos y el monarca español percibía la cuarta parte de las utilidades.

Terminado el asiento de esta compañía se ajustaron otros con carácter limitado, continuando así hasta 1779.

Con los decretos de Carlos iii, de 24 de noviembre de 1791 y 22 de abril de 1804, concediendo libertad a españoles y extranjeros para introducir negros en las colonias de la corona sin pago de derechos, desaparecieron los asientos pero no el tráfico, aunque en menor escala, hasta la abolición de tan inicuo comercio.

En los primeros años del Virreinato los negros esclavos fueron traídos para substituir a los indios en los rudos trabajos de minas a instancias de los religiosos, que por su amor y deseo de protección a los nativos, aprobaron la esclavitud de unos en beneficio de los indios, que morían a millares como aconteció en Tepeaca en las minas que trabajaba el Oidor Peralmindes Chirinos.

A partir de esta época, y durante el largo período en que imperó el sistema esclavista, los blancos que formaban el grupo racial dominante dedicaron al negro a los trabajos más pesados y difíciles hasta exterminarlo casi totalmente.

A 15.000,000 aproximadamente, dice el escritor M. S. Woolbert en su obra "Look at Africa", ascendió el número de negros africanos introducidos en el Nuevo Mundo en poco más de tres siglos de ignominioso tráfico.

De los primeros hombres de raza negra que vinieron a América nos da noticia el cronista Antonio de Herrera hablando de Colón,

cuando en el año de 1492 andaba descubriendo en la Costa de Santo Domingo. "También, escribe, que halló Colón en poder de los indios de allí Azagallas arma de hierro usada en Guinea, y preguntando a los indios que las habían llevado allí, dixeron que gente negra, y señalaban al Sueste que es hacia Guinea. . ." "Pero no sabemos quien ha traído unos negros cafres atesados muy parecidos á los xalofos, los cuales habitan á Isla de Negros por ellos así llamada; que esta en medio de Philipinas".

Por lo expuesto, se deduce que estos negros son anteriores en América a otras razas del mismo color procedentes de Africa, que llegaron con los primeros conquistadores españoles en calidad de esclavos.

La enfermedad de la viruela —dice el P. Cavo en su obra titulada "Los Tres Siglos de México"— fué importada el año de 1521 por un negro esclavo de Pánfilo Narváez que vino a México en la armada de su amo.

A partir de 1523 continuaron arribando a San Juan de Ulúa, donde se fundó la primera población de españoles, ciudad, presidio y puerto, grupos poco numerosos de negros esclavos y libres, procedentes los primeros de los centros de concentración en donde los traficantes reunían los esclavos para ser distribuidos en los lugares donde eran solicitados, y los segundos formaban parte del séquito en calidad de sirvientes de los personajes que llegaban a la Nueva España. Estos llegaron a ser capataces de los esclavos indios en las encomiendas de sus amos, y fueron los peores verdugos de los aborígenes, a quienes despojaban de cuanto podían, incluso de sus mujeres e hijas. Llegaron también a obtener autorización para portar espadas cuando sirvieran de escolta a sus amos, o para cuidar los intereses de la Real Hacienda en la Casa de Moneda de México, que tenía permiso "para tener sus negros armados con espadas". Este permiso duró poco tiempo en virtud del mal uso que hicieron de sus armas y de los incensantes crímenes que cometieron.

Las primeras obras de adaptación de la isla de San Juan de Ulúa para puerto y fortaleza fueron hechas por negros esclavos. Estos sacaron del fondo del mar, en el sitio denominado "La Gallega", la piedra porosa llamada "mucara", con la cual se hicieron los primeros muelles y mamparos; atendían los hornos de cal instalados en la isla de los Sacrificios y más tarde, en 1572, desempeñaron en Campeche los mismos oficios y labraron y transportaron desde este lugar la cantera que se utilizó en la construcción de la misma fortaleza.

En unos curiosos apuntes para la descripción de Veracruz, escritos en 1571 por Arias Hernández, cura y vicario de Veracruz, dice lo siguiente: "lo que hay descubierto de la isla será como una buena plaza en que hay veinte casas para los negros que trabajan en la obra, que son del rey, levantadas en unos postes pues cuando crece el mar todo lo cubre". Dice también que el hospital, que ya en esa época existía en San Juan de Ulúa, fué hecho por negros esclavos y libres. Pero los datos más importantes que consigna son los siguientes: "Ay mas de 600 negros y negras esclavos, pocos libres aunque algunos. No ay mestisos ningunos, aunque algunos mulatos. No ay otra grangeria ni trato en la ciudad y tierra sino cosa de comprar y vender, y asi todo el servicio de los negros es carretería, los cuales se alquilan para obras y otros trabajos, y estancias de ganado".

Las obras de la Casa de Contratación de Veracruz fueron hechas por iniciativa del Dr. Santander en 1558, por negros esclavos.

El abrumador trabajo a que se les sujetaba llegó a exasperarlos, en tal forma, que los de las ciudades e ingenios vecinos a Veracruz huyeron en 1609 a las montañas circunvecinas, dedicándose a todo género de depredaciones en los caminos y poblados. Eran acaudillados por un negro llamado Yanga, que se reservó el mando político y civil, y encargó del militar a otro negro de Angola llamado Francisco de la Matosa.

El Virrey Luis de Velasco organizó en Puebla fuerzas para batiros, desalojándolos de las posiciones que ocupaban después de una resistencia que se prolongó varios días. Capitularon al fin, poniendo por condición que se les diera un lugar donde establecerse los que eran libres, y un juez y un cura para que los gobernase. El Virrey les concedió la solicitud y el pueblo se llamó San Lorenzo de los Negros, quedando situado a poca distancia de Córdoba.

Es de hacerse notar que México fué el primer lugar de América en que un grupo de hombres luchó por sacudirse el yugo de la esclavitud.

En San Lorenzo, bajo la severa vigilancia militar y la paternal de los religiosos, terminaron por olvidar su idioma, religión y costumbres nativas, adoptando la religión católica y el idioma castellano, tal y como lo habla en la actualidad la gente del pueblo del Estado de Veracruz.

Otros pequeños grupos de negros se establecieron en la costa del mismo Estado, mezclándose con diversas ramas de indígenas, a pesar de las terminantes ordenanzas que lo prohibían y de que las cas-

tas descendientes de estos negros estaban clasificadas de infames por la ley y sujetas al tributo.

Estas circunstancias influyeron poderosamente para que fueran abandonando los mágicos ritos africanos, sus antiguas prácticas litúrgicas que posteriormente fueron imitación de las católicas, o sea sincretismo religioso en las que, todo orixa—santo o dios—, tenía su translación a un santo cristiano.

Sus hechiceros y brujos, llamados también Santo Padre o Padre Divino, que transformaban las cosas inanimadas en objetos de culto o fetiches, fueron perdiendo su influencia y su poder, como perdieron todas las razas negras precedentes del continente africano o asiático sus primitivos rasgos culturales, de los cuales quedaron pocas supervivencias.

Román BELTRAN.

Dimensión Imaginaria

DOS POEMAS

Por *Vicente HUIDOBRO*

EDAD NEGRA

LA MUERTE atravesada de truenos vivos
Atravesada de fríos humanos
La muerte de sobra llamando tierra por la tierra
Y de subida en los rostros amargos
La marea apresurada
Sobre los ojos y las piedras
Cómo decir al mundo si es necesario tanto hielo
Si necesita el tiempo tal suplicio
Para futuras voces nuevas

¿En dónde estás flor de las tumbas
Si todo es tumba en el reino infinito?
Sólo se oye la lengua del sepulcro
Llamando a grandes gritos
Las campanas secretas
En su misterio de memorias a la deriva
Semejantes al temblor eterno
Que se separa de los astros

No hay sacrificio demasiado grande
Para la noche que se aleja
Para encontrar una belleza escondida en el fuego

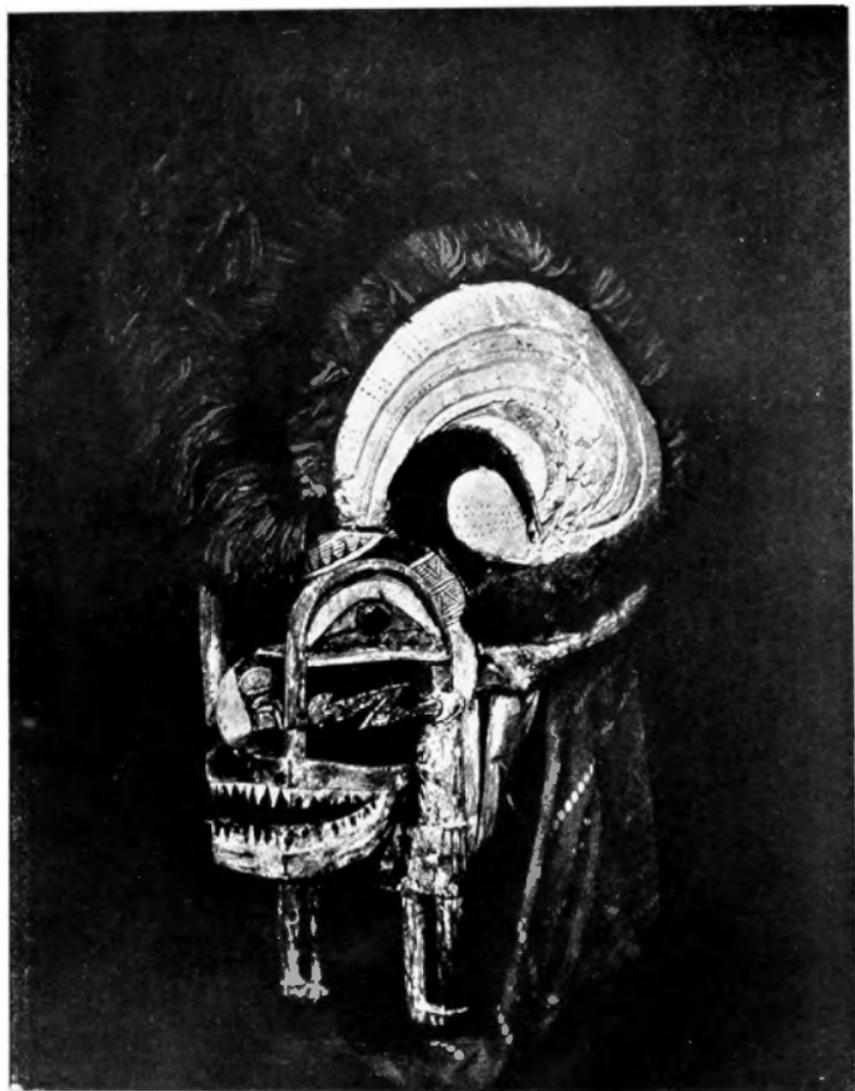
Perderlo todo
Perder los ojos y los brazos

Perder la voz el corazón y sus monstruos delicados
Perder la vida y sus luces internas
Perder hasta la muerte
Perderse entero sin un lamento
Ser sangre y soledad
Ser maldición y bendición de horrores
Tristeza de planta sin olor de agua
Pasar de ángel a fantasma geológico
Y sonreír al sueño que se acerca
Y tanto exige para ser monumento al calor de las manos

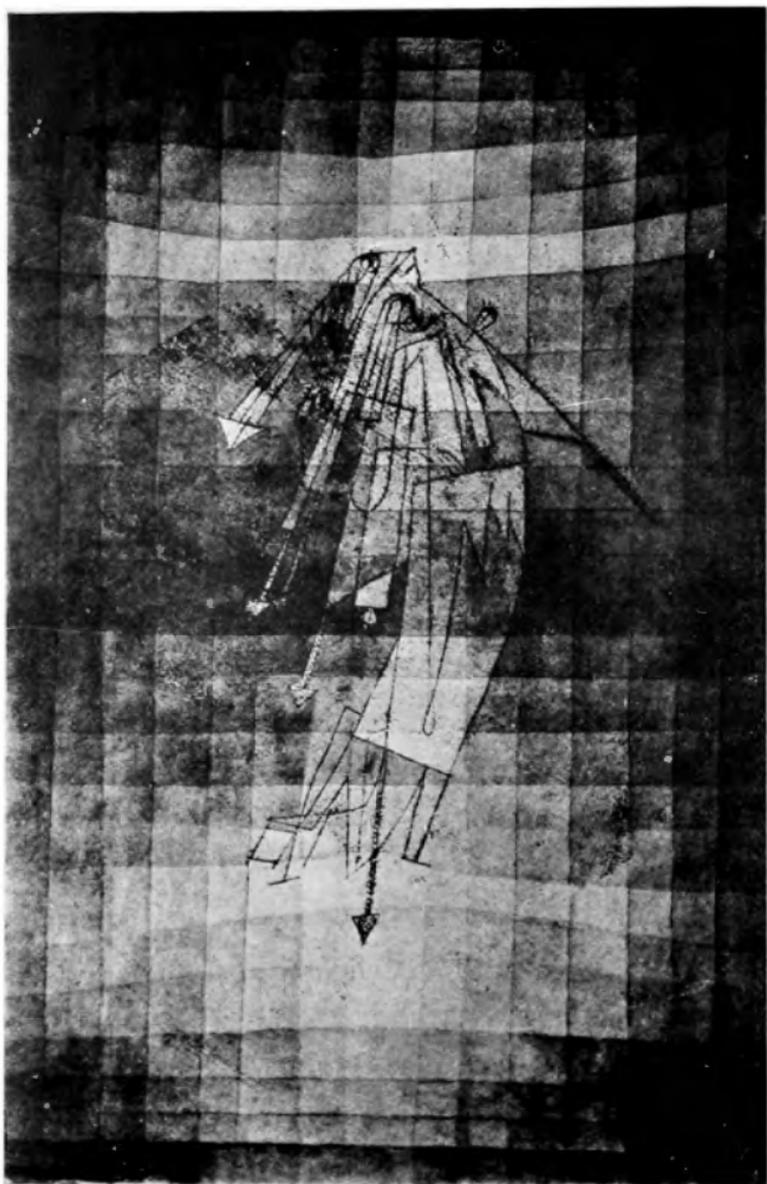
Penan los astros como sombras de lobos muertos
¿En dónde está esa región tan prometida y tan buscada?
Penan las selvas como venganzas no cumplidas
Con sus vientos amontonados por el suelo
Y el crujir de sus muebles

Mientras el tiempo forja sus quimeras
Debo llorar al hombre y al amigo
La tempestad lo arroja a otras comarcas
Más lejos de lo que él pensaba

Así dirá la Historia
Se debatían entre el furor y la esperanza
Corrían a incendiar montañas
Y se quemaban en la hoguera
Empujaban ciudades y llanuras
Flanqueaban ríos y mares con la cabeza ensangrentada
Avanzaban en medio de la sombra espía
Caían desplomados como pájaros ilusos
Sus mujeres ardían y clamaban como relámpagos
Los caballos chocaban miembros en el fango
Carros de hierro, aviones triturados
Tendidos en el mismo sueño
Guárdate niño de seguir tal ruta



Melanesia. Máscara de danza.



PAUL KLEE. Danza de falena.

UNA MUJER BAILA SUS SUEÑOS

TIERRA de ritmo aéreo
Sangre raza escalonada hacia arriba
Profundidad geológica saliendo a luz en armonía
Células de antigua carne en nueva etapa
Tierra tierra para su cielo y traspasar su cielo
Hasta la negra nada giratoria y la locura del universo

Recuperar el firmamento
Recuperar la tierra
Envolver el mundo en ritmos de experiencia
Aprisionar el éter que se escapa
Aprisionar el aire
Con esta carne presurosa
En olas envolventes sobre el ensueño
Y la fuga de las estrellas en el momento
en que iban a contar su historia

Este gran torbellino de fuego originario y fuentes vivas
Este cuerpo de viento en su horizonte puro
No cae de su cumbre al drama sin razón precisa

Significa la luz herida gravemente
La paloma sonámbula
El árbol que sueña que se está ahogando
La piedra que rueda y cambia de planeta
Significa el despertar de las edades
El camino hacia adentro con sus ejércitos de hormigas
Que empiezan a cantar para subir de rango
Con su sangre que se pierde de vista
Antes de caer la noche
Con sus entrañas en lo más profundo
En lo anterior a todo pensamiento y la blancura misma

Significa hipnotizar los siglos las montañas y los mares
Llegar en un delirio de veranos entre polo y polo
Con los ojos pletóricos
Levantar sus abismos en los brazos
Y morir de sol sobre la yerba

Dice el torrente en vértigo de nubes y regiones
Aquí estoy para el triunfo de las viejas soledades
De las tumbas remotas que aprenden a volar
Aquí estoy entre los pueblos respirando
Sobre arenas calientes que se mueven
Aquí estoy con la fascinación de las esferas
En substancia de anhelos perdidos en la noche
Aquí estoy para atar el día a mis caderas
Y que la edad de piedra sea la edad de oro
Espantando las lágrimas que pudieran quemarse
Arrojando el dolor a sus eclipses solitarios

Aquí estoy como una perla errante en el espacio
Para tus vendavales infinitos
Y tu cráter abierto a su primer suspiro

INTRODUCCION A "MORT DE QUELQU'UN"

Por Jules ROMAINS

Dentro de poco aparecerá en Nueva York una nueva edición inglesa de "Mort de Quelqu'un", y, para encabezarla, el editor ha solicitado del autor una introducción que explique el génesis de esta obra famosa, el sistema de ideas humanas y estéticas a que se vincula, y la influencia que ha podido ejercer sobre la literatura ulterior. Jules Romains ha escrito con tal propósito una como meditación cuyas primicias tenemos la fortuna de publicar aquí.

MI AMIGO Alfred Knopf opina que, para presentar esta nueva edición de "Mort de Quelqu'un", sería oportuna una breve introducción escrita por el autor. Necesito para obedecerle toda la confianza que me merece su juicio. Porque a primera vista la tarea me parece muy ingrata. Es siempre enfadoso hablar de sí mismo o de su obra. Piensan los demás que nunca acierta uno con el tono conveniente. Aun limitándose a ofrecer informaciones de hecho para ayudar al lector o prevenir su curiosidad, se hace uno sospechoso de concederse demasiada importancia al dar como por sentado que estos informes tienen valor y que el lector no hubiera podido abstenerse de ellos.

Adviértase que he tenido tiempo de tomar frente a esta obra una actitud objetiva. "Mort de Quelqu'un" se publicó por primera vez en 1911. La había escrito entre 1908 y 1910. Si al cabo de 35 años no se llega a contemplar con desprendimiento un libro salido de uno, es notorio que no se llegará jamás.

"Mort de Quelqu'un" formaba parte de un conjunto de obras que había yo proyectado y más o menos trazado

las grandes líneas a los veinte años. Varias de estas obras fueron escritas. Por ejemplo, para el teatro "L'Armée dans la Ville" y "Cromedeyre-le-Vieil". En poesía: "Un Etre en Marche"; en prosa: "Puissances de Paris", "Les Copains". Otras permanecieron en estado de esbozo o fueron a fundirse con empresas ulteriores. Estas diversas obras eran, en cierto modo, la proyección en abanico de un motivo creador central y ese motivo creador combinaba aunadamente una inspiración, una concepción del mundo y una estética.

No es mi intento desarrollar todo esto aquí. El lector se vería abrumado. Bastarán algunas indicaciones.

Una de mis convicciones principales concernía la existencia de los seres colectivos. Me parecía que estos seres colectivos habían llegado en la historia de la humanidad, su depósito permanente, a una fase nueva. Eran más densos y más complejos que nunca, unidos entre sí por una red de relaciones más rica. Además alcanzaban un grado nuevo de conciencia. Y una de las funciones de la literatura iba a ser precisamente ayudar a esta conciencia a despejarse y a expresarse. Por supuesto, de ello resultaban nuevos estados de sensibilidad para el alma individual. El medio en que ésta se baña no se le aparecía ya a la manera de antes. La primera zona de universo adquiriría características desconocidas hasta entonces; y como esta primera zona presta realce a las regiones del universo situadas más allá, era en verdad todo un mundo renovado el que parecía ofrecerse al alma humana.

Desde el punto de vista de la literatura, no dejaba tal cosa de guardar analogías con la revolución que se produjo a fines del siglo XVIII cuando los escritores, un poco por doquier, descubrieron la "naturaleza". Se trataba en ambos casos de un descubrimiento de sensibilidad; y de una realidad ya existente, cierto es, pero de la que el alma humana poníase a tomar conciencia con mucha más atención y calor que antes.

Mas la naturaleza, como lo dijeron a menudo los románticos en verso y en prosa, es indiferente a lo que nosotros pensamos de ella. Cuanto le atribuímos no añade nada a lo que ella es. Por el contrario, las realidades co-

lectivas son humanas esencialmente. Están hechas de la misma substancia que nosotros. Son psíquicas. Tanto por lo menos como nosotros lo somos y su psiquismo continúa directamente el nuestro por no decir que se confunde con él. Puede pretenderse, pues, que concediendo a estas realidades una atención enteramente nueva, las convocamos a una existencia nueva también y superior, penetrada de luz y de espíritu.

Se deducían diversas consecuencias de orden estético. Una literatura que se lanza a descubrir todo un mundo es una literatura que tiene muchas cosas que decir y que se halla tan preocupada por la urgencia de decirlas que no cabe que se demore en los juegos del verbalismo, en la rebusca del primor. Esta literatura experimenta además una necesidad intensa de "comunicación". Quiere ser comprendida, como quiere serlo cualquier hombre que se cree portador de un mensaje capital. Y en el presente caso esa literatura desea ser comprendida por el mayor número posible, ya que el mensaje de que se siente investida interesa en principio a todos los hombres, e invoca una experiencia que a todos les es común. Así pues, dicha literatura vuelve la espalda al esoterismo. Lucha contra la oscuridad; no porque evite tratar materias difíciles y oscuras, sino al contrario, proyectando sobre ellas las luces más vivas del pensamiento y de la expresión.

Esta actitud, que dió origen al unanimismo, no dista mucho, a la vista está, del ideal clásico en las épocas en que éste se manifiesta en su juventud y vigor; búsqueda primordial de la verdad humana; esfuerzo hacia la claridad y hacia la sencillez (sin por esto sacrificar nada de la materia que ha de expresarse). A lo que es preciso añadir: gusto por la construcción, y por una construcción en la que la arquitectura propiamente dicha ocupa mayor espacio que el ornamento.

La importancia dada a las realidades colectivas, a los grupos humanos, a las relaciones más profundamente percibidas del individuo con su envoltura social, obligaban a buscar, particularmente en la novela, un tipo de construcción nuevo. Sin ponerme a detallar los problemas numerosos que había que plantear y resolver, y que úni-

camente importan a los especialistas, diré tan sólo que la dificultad mayor consistía en un cambio de perspectiva, o si se prefiere, en un cambio de centro de referencias. Era preciso que el mundo evocado por el relato apareciese *más independiente* de una conciencia individual. Me ciño a decir: más independiente. Existía en efecto un límite. No podía tratarse de independencia absoluta, ni de una transferencia completa del centro de perspectiva. El autor mismo era una conciencia individual; y por grandes que fuesen sus esfuerzos de imaginación, o, como lo escribí entonces, de "participación" en estados de conciencia de un orden más vasto, no podía trascenderse sino hasta cierto punto. El lector por su parte era una conciencia individual. ¿Para qué, aun en el caso de ser posible, hablar en un lenguaje que hubiera dejado de ser humano? Ya era un gran resultado suministrarle algunas sugerencias poderosas, llevarle a descubrir en su propia experiencia los elementos de una sensibilidad social nueva y la manera de aprehender los acontecimientos colectivos.

Trabajando en "Mort de Quelqu'un" hube de examinar la mayor parte de los problemas a que acabo de hacer alusión. Las soluciones con que me satisface entonces pueden hoy, con razón sobrada, parecer sumarias e insuficientes. Pero tienen un valor indicativo.

Hay que anotar algunos puntos. En lo tocante a la técnica pronto aparecían como necesarios dos procedimientos de composición, llamados a intervenir en el relato en momentos convenientemente escogidos: lo que llamaré *los conjuntos* y *las simultaneidades*. Los conjuntos son capítulos o partes de capítulos, a veces simples páginas, donde el autor se esfuerza por captar y por sugerir directamente una realidad colectiva grande o chica (un grupo, una ciudad, una sociedad entera), por hacer sentir su estructura, su dinamismo, sus movimientos, por acostumbrar al lector a percibirlos según las leyes de una perspectiva "socio-céntrica". Las simultaneidades se forman mediante yuxtaposiciones de escenas o de situaciones que se producen en diversos lugares, en un mismo momento, o con ligeros inter-

valos, y que el autor aísla del complejo social, trae a plena luz a fin de obtener un efecto que desea. Este efecto puede ser, en primer término, evocar en general la multiplicidad interna de la vida colectiva, y los matices especiales que reviste en este o en el otro caso. Es como un esbozo que sugiere imperfectamente lo que sería una conciencia total y omnipresente que pasease un haz de claridad en su propio contenido, deteniéndose en un punto, luego en otro. Más particularmente, el autor puede pretender hacernos sentir la presencia difusa de una idea, de un estado de espíritu, de una emoción a través del medio social, o la propagación de una influencia, de una sacudida mental; o por el contrario, el trabajo de fuerzas antagonistas que pueden ignorarse entre sí; o, por último, la marcha de un acontecimiento.

Me vi obligado, cuando escribí "Mort de Quelqu'un", a profundizar en la noción de *acontecimiento*; a percatarme de que en la vida colectiva un acontecimiento es por sí mismo una especie de sistema natural que organiza espontáneamente cierto número de hechos, de emociones, de actos materiales, que tiene su dinamismo propio, que evoluciona entre un principio y un fin. El acontecimiento es un trozo de la vida social, de distinto modo pero tanto como el individuo o el grupo de individuos. A veces el acontecimiento se confunde, en una parte de su grosor o de su recorrido, con el individuo. O bien constituye una especie de despliegue o de prolongación del individuo.

El lector que se interese por estas cuestiones, no tendrá dificultad en descubrir qué lugar han ocupado en la composición de esta novela, y qué intento de respuesta, a menudo muy torpe, les suministra. El asunto de "Mort de Quelqu'un" no es un hombre; es un acontecimiento. Pero este acontecimiento se desenvuelve a raíz de un hombre. Es, si se quiere, la trasmutación de un hombre —un hombre cualquiera— a partir del momento en que cesa de estar vivo. No es quizá la totalidad de su aventura después de que está muerto; pero es la parte menos dudosa de su aventura; la región del misterio a que

tenemos acceso; ésta, asimismo, en la que los sobrevivientes somos cómplices de la muerte.

Lo que me había atraído hacia este asunto, es que se me antojaba conmovedor, inquietante, cargado de compasión y de angustia, independientemente de la técnica literaria. Mas no podía ocultarme que ninguna técnica del pasado disponía, para tratarlo, de los recursos de la técnica unanimista. Me daba cuenta también de que si lograba hacer con él una novela que se sostuviese, este éxito parcial me daría gran confianza en las posibilidades de esa técnica y en las empresas más vastas en que estaba soñando ya.

Unas palabras aún acerca de la expresión. He dicho más arriba que los principios de que partía me obligaban a tender hacia la claridad, la sencillez, y el máximo de eficacia. Hay que añadir algo más. Vivía, y vivo todavía, en la idea de que el alma humana, independientemente de las operaciones racionales del espíritu, tiene un poder de descubrimiento poético, de penetración en la realidad —poder que no hay que confundir en modo alguno con los juegos de la fantasía interior, ni con ciertos estados más o menos alucinatorios, como se ha hecho muy a menudo después. Muy lejos de cultivar la deformación o el olvido de la realidad, este método de descubrimiento poético constituía a mi juicio una comunión en profundidad con lo real. Y el estilo, cuando estaba manejado deliberadamente en este sentido por un verdadero poeta, me parecía ser un instrumento activo de descubrimiento.

Desde este ángulo es como hay que apreciar el estilo de "Mort de Quelqu'un". No opera aquí un escritor que se entretiene en decir las cosas de manera brillante o inesperada. La frase se adelanta en busca de una verdad difícil y que se esquivo. Esta verdad está situada fuera, en el mundo circundante, pero los ojos y los oídos no bastan para alcanzarla. La frase procede por palpación y adivinación.

No carecería de interés determinar qué influencia ha podido ejercer este pequeño libro sobre la literatura. Pero estoy mal situado para juzgarlo. Y los problemas de este género son siempre muy delicados.

Lo probable es que haya existido esa influencia. Desde 1912 este breve libro se distribuía en las dos principales lenguas literarias del mundo, y si no tenía una fuerte difusión comercial, penetraba bastante hondo en los medios culturales—como he tenido de ello no pocos testimonios después. No sería pues absurdo, a priori, referir a "Mort de Quelqu'un" cierto número de tentativas que se produjeron más tarde, aquí y allá, en orden a la composición y en orden a la expresión. Pero conviene guardarse siempre de las conclusiones aventuradas y jamás afirmar sin pruebas que existe influencia directa cuando todo puede explicarse por concomitancia.

Cierto es que en Francia podría citar cierto número de libros que no se hubieran escrito como lo fueron, ni tal vez concebidos, de no haber existido "Mort de Quelqu'un". Porque en Francia he podido seguir las cosas de cerca y en algunos casos percibir el juego de las influencias al vivo. Pero esto es todo. En los otros lugares, salvo cuando por casualidad lo ha proclamado espontáneamente uno de los interesados, no tengo cualidad alguna para formular ni siquiera simples hipótesis. Si la cuestión interesa más tarde a la crítica comparativa, ésta dispondrá de medios de investigación y de comprobación de que yo carezco.

De lo que sí puedo hablar con mayor seguridad es de la influencia que "Mort de Quelqu'un" ha ejercido sobre mi obra subsiguiente.

Ha de ser en "Mort de Quelqu'un" y en algunas otras de mis primeras producciones donde, en efecto, hay que buscar los rudimentos de la técnica y de la concepción general de los "Hommes de bonne volonté". Lo señalé ya en 1932, en el Prefacio General que encabeza a "Le 6 Octobre". Mi intención era ahorrar a aquellos críticos que por exigencias del oficio trabajan de prisa y carecen de tiempo para comprobar sus afirmaciones, los errores fáciles, muy excusables por lo demás. Pero ciertos críticos se hallan tan apremiados que ni siquiera tienen tiempo

de leer los prefacios (¡Qué bien los comprendo!). Uno de los errores, por ejemplo, que se cometieron, sin malevolencia alguna, fué ver en la técnica de los "Hommes de bonne volonté" la influencia del cinema moderno. Había tenido buen cuidado, sin embargo, de señalar en mi prefacio que los primeros ensayos de esta técnica los había intentado en libros como "Le Bourg Régénére" y "Mort de Quelqu'un", concebidos, el primero sobre todo, en la época en que el cinema no había aún salido de su infancia. Volviendo más particularmente a "Mort de Quelqu'un" encontré, lo confieso, que el problema estaba mejor planteado por el famoso director de escena que me decía en cierta ocasión: "La obra que he tenido siempre más deseos de llevar a la pantalla ha sido "Mort de Quelqu'un", porque a mi juicio ha tratado usted ahí el asunto más cinematográfico que darse puede en una época, por otra parte, en que el cinema era incapaz de percatarse de ello. Verdad es, añadió, que desde que es capaz de darse cuenta y de aprovecharlo, por lo que me atañe no ha cambiado en nada la cuestión. Y probablemente me moriré sin haber llevado "Mort de Quelqu'un" a la pantalla. Porque Fulano y Mengano, de quienes dependo, o sus semejantes, de quienes mañana dependeré, son demasiado idiotas".

Este último punto, que me niego a admitir (tan inverosímil es y tan triste), carece de importancia por el momento. No pido que me asignen en diversos países discípulos más o menos imaginarios, ni que el cine, que ni siquiera ha sido todavía capaz de realizar "Donogoo", me dé satisfacciones de ningún género. Lo que me importa es conservar con el autor de "Mort de Quelqu'un", ese mozo barbado situado a unos 35 años de distancia, relaciones correctas y por mi parte llenas de verdadera gratitud. Cuando le saludo desde lejos y le hago saber que espero acabar este año de 1944 los 27 volúmenes de los "Hommes de bonne volonté", me grita: "¡Bravo! No te creía con tales bríos. Pero bien está. Y me complace ver que no niegas lo que me debes".

EN TIEMPO DE LAS METAMORFOSIS

Por *Jules SUPERVIELLE*

ERA la época en que no se sabía aún si la Tierra sería de los hombres o de los dioses. Formábanse las aldeas, repeliendo a las divinidades hacia los bosques y las campiñas. Los dioses no se quejaban; placiales permanecer secretos y no se sentían a gusto sino entre los árboles, el agua pura y las altas matas de silencio.

Pero ya los leñadores frecuentaban las selvas. Uno de ellos daba hachazos tan poderosos que el árbol se resignaba como al caer del rayo. Un día, cuando se encaminaba a su faena, sorprendióse al ver una pierna de mujer joven que sobresalía del tronco de un árbol. Y cuanto más se acercaba más la pierna parecía inmóvil. La ase por el tobillo, la examina, la atrae luego hacia sí con delicadeza. Estaba viva, pero seguía sin moverse. Entonces, con sus gruesas manos encallecidas por quince años de hachazo limpio, se resuelve a acariciarla al par que la tiene sujeta. Y la pierna sigue siempre inerte delante de él. Es imposible, sin embargo, quedarse así indefinidamente, con una pierna de hamadriada en la mano. Soltó presa a ver. . . Al punto la pierna desaparece en el árbol; mas no de su corazón.

De regreso a aquel sitio, al día siguiente, vió la pierna en la misma postura que la víspera, siéndole forzoso reconocer en ella la marca de sus dedos. ¡Qué recio había apretado! Fuése en seguida a buscar agua de manantial en el cuenco de sus manos para borrar estas huellas. Al contacto del agua fresca la diosa se plantó de golpe ante él. Y el leñador dióse a aplacar con un beso aquellos labios airados.

“No tenéis vergüenza”, le dijo ella. “¡Y en presencia de mi árbol!” Ya no os contentáis con tumbar los robles,

ahora os hacen falta sus hamadriadas y os imagináis que podéis así impunemente forzar los secretos de la naturaleza”.

El leñador contemplaba el árbol sin decir palabra, con ojos entendidos, tratando de poner en ellos un mucho de simpatía protectora.

“Ya sé que es viejo”, dijo la diosa, “y que las demás hamadriadas se burlan de mí. A ellas les gustan los árboles jóvenes. Juegan a las desposadas y dicen “amor mío” al leño y al ramaje, pobres chicas reclusas en la fibra, condenadas a castidad forestal”.

“Tienes razón”, dijo el leñador, “ven a mis brazos humanos que valen más que las ramas”.

Y por más protestas que hizo la hamadriada clamando que había confusión, el leñador supo por fin lo que era una diosa.

De repente creyó oír una risilla ahogada, circular, y tanto más enfadada cuanto que llena de comedimiento. Sátiros y egipanes comentaban lo ocurrido.

“¡Ay”, suspiró la hamadriada, “no soy mas que una semidiosa y no existe para mí felicidad perfecta!” Y la pareja fuese a esconder para escuchar mejor a los patas-de-cabra.

“No veo por qué”, decía uno de ellos, “se siente atraído por una hamadriada. Se harta uno en seguida de las divinidades. Tanta pureza y lozanía corren parejas con los hielos perpetuos. ¡Vengan, y pronto, una boca demasiado grande pero mortal, unos labios carnosos, una nariz colorada pero humana, dos o tres granos en la cara, unas manos amoratadas de frío, unos ojos que hagamos llorar de amor! ¡Venga, y pronto, una mujer que se acatarre, unos ojos enrojecidos, y también la fiebre! Cómo prendarse de mujeres que no conocen la muerte, ni los constipados siquiera. La inmortalidad no es sino muerte ignorada. La falta, el exceso, jeso es la vida! ¡Vivan las mujeres percederas y abajo sus maridos que nos chamuscan las barbas con la esperanza de hacernos impotentes!”

Un día, como se dirigiera el leñador hacia su hamadriada, ya no vió sino su pierna que sobresalía como al principio de sus amores. Y como extendiera su mano ha-



Decoración de un ánfora griega de figuras negras. Primera mitad del s. VI.



PICASSO. Metamorphosis de Ovidio. *Aguafuerte.*

cia ella sintió un dolor vivísimo en una de las piernas suyas, que miles de insectos parecían pizcar de súbito con sus diminutas bocas voluntariosas. Y como se volviese, se vió una pata de macho cabrío que terminaba en una pezuña hendida. Su otra pierna no había cambiado.

El leñador —¿pero seguía siendo aún el mismo?— sintió que su nueva pierna sólo pedía echar a andar. La humana, en cambio, mostraba sus reparos y parecía no gustar de la marcha. Triste y desvalida, única ahora en su género, se había vuelto para el leñador por lo menos tan sospechosa e intolerable como la otra, antojándosele que sobre ella se concentraban la interrogación y la ironía de la naturaleza.

“¿Cómo volver a casa con estas piernas descabaladas?”, se decía el leñador. “Por cándida que sea mi mujer”...

La mañana era hermosa. Oíanse hachazos a los lejos. Caían los árboles con sus hamadriadas... De pronto oyó gritar: “¡Papá!... ¡Papá!” Era uno de sus hijos que le llamaba. El leñador se echó al suelo, escondió su pierna de macho cabrío bajo las hojas secas para no mostrar sino la otra, la inocente. ¿Mas quién era esa mujer que venía hacia él corriendo? ¡Si era la suya!... También ella se había puesto a gritar: “¡Papá!” Sí, era el bloque familiar, y el leñador, tendido en tierra, se da prisa a tapar un poco más su pierna de macho cabrío bajo la hojarasca.

“¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tumbado? ¡Si huele a macho cabrío!”, dice ella. Y su olfato la guió hasta la pierna conyugal oculta bajo las hojas. “No os acerquéis”, gritó a sus hijos, comprendiendo confusamente que no era aquélla historia para su edad.

“Me han echado un encanto”, dice el leñador.

“¡Pero si estás hecho un semidiós! ¡Y los cuernos que te han crecido!” Y se entrega a acariciar, por turno, torpemente, esta pata y esta frente cómplices.

El leñador mostróle melancólicamente su pierna humana y como su mujer no supiera qué otra cosa hacer, porque su pensamiento oscilase entre una y otra extremidad conyugal,

“Qué quieres”, le dijo él, “son los gajes del oficio”.

Empero la mujer estaba embelesada con esta metamorfosis, incluso parcial. Esta mitad de sátiro, a falta de otra

cosa mejor, la seducía. Y dió el brazo a su marido con un aire más que a medias triunfante.

Estaba engreidísima con su hombre y decía a sus amigas: "Tengo mi cabrío ahora". Esperaba mucho del neófito pata-de-cabra. Pero se decepcionó pronto y le echó en cara su falta de selvatismo.

"No valía la pena tener una pata semejante. Si crees que es agradable acostarse con la mitad de un animal. . . Para la falta que me hacía a mí tu jamón".

En la aldea se interesaban mucho por el leñador. Una vieja amiga de la familia, persona piadosa por añadidura, le dijo un día:

"Todavía está usted a tiempo de olvidar a esa hamadriada. Sólo depende de la buena voluntad de usted recobrar sus dos piernas humanas. Nada se ha perdido aún. Es una simple advertencia del cielo. Ruego a Júpiter todas las noches por usted".

El Rey del Olimpo paró la oreja. No le gustaba el trabajo a medias y tuvo compasión de este inválido de la metamorfosis. Y lo que en línea recta le cayó del cielo al leñador fué un segunda pata de macho cabrío. Era la solución moral.

Convertido en un verdadero caprípodo, el leñador olvidó al punto a su hamadriada y se sintió cada vez más atraído por su mujer humana que había para él ganado mucho en misterio. Siempre se les veía salir juntos, tiernamente en brazos uno del otro. El vestía el sayal de los aldeanos y sólo sus pezuñas descubríanse, hendidas.

Sí, ahora era un modelo de esposos.

ASPECTOS DE LA LIRICA ARCAICA EN GRECIA

Por *Alfonso REYES*

EL proceso de la cultura griega se antoja, a veces, la invención de un solo hombre que se hubiera propuesto distribuir su materia en etapas sucesivas y bien discernibles, y en artística correspondencia entre el acontecer externo, político, y el acontecer espiritual. Si tal cultura no tuviera la importancia que tiene como fundamento de la nuestra y como savia que nos alimenta todavía —al punto que, en cierto sentido, seguimos pensando y hablando en griego—, su solo aire de desfile bien organizado y conforme con las necesidades de la mente bastaría a explicar la atracción que ejerce sobre nosotros. Es como un ejemplo elemental y despojado de complicaciones inútiles para iniciarse en la “sociología del saber”. Un capítulo sucede a otro con la regularidad de los gremios en las paradas cívicas, salvo que cada capítulo recibe las consecuencias del anterior a modo de corriente interna. Todo ello parece un artificio construido por la razón, si se concede que la razón debe tomar en cuenta lo que haya de sinrazón, de espontaneidad y de fluidez, en los entes vivos.

Aun los géneros literarios —estructuras de convención social más o menos automática, que van procurando restablecer la ecuación expresiva entre la mutación histórica y el impulso ideal de una época— se presentan uno tras otro y a su debido tiempo: de los orígenes a la era clásica, ante todo, la épica; más tarde, la lírica; luego, el drama en su doble fase de tragedia y comedia. Después, cuando la expansión alejandrina, el caudal lírico acumulado en el teatro, y el desarrollo de la historiografía y las disciplinas especiales, florecen, a una parte, en breves composi-

ciones epigramáticas y lo que hoy llamamos madrigales; y a otra parte, en poemas científicos, arqueológicos y bucólicos, nuevas maneras de la épica donde el asunto bélico cede el puesto a las inquietudes del conocimiento o del amor. Y finalmente, de la era romana en adelante y en cuanto ligeramente suele conocerse bajo el nombre de la decadencia helénica, el ensayo literario derivado de la antigua oratoria —la cual ha perdido ya su utilidad pública—, y aquel salto atlético de la epopeya hasta el terreno de la prosa que determinó el nacimiento de la novela. Cada forma genérica, en su marcha propia, permite a su vez ir jalonando —siempre con referencia a la circunstancia histórica— las jornadas del viaje. Este esquema es aproximado, pero mucho más adecuado para Grecia que para cualquier otro pueblo de Occidente.

La lírica arcaica que ahora nos ocupa —comprendiendo en tal designación, como lo hizo Theodor Bergk y como hoy lo aconseja el uso corriente del término, aquella función poética destinada a la manifestación de las energías subjetivas— abarca tanto la llamada poesía mélica como la elegíaca y la yámbica y cubre del siglo VII a mediados del V del calendario precristiano, instante en que toma nuevo sesgo con Píndaro y con ese Píndaro algo atenuado que fué Baquilides. Aquí no tenemos para qué embarazarnos con otras subclasificaciones fundadas en detalles técnicos, en dialectos o casi en el distinto humor de las distintas regiones geográficas, fenómeno éste que revela una vez más la apariencia de distribución calculada con que se engendraba la historia helénica. Nos basta recordar que la lírica se acompañaba de danza y música, de éstos o los otros instrumentos, y era una suerte de letra para las canciones, ya individuales o corales. Los metros y las combinaciones estróficas se consideraban ligados, según reglas más o menos fijas, a la intención misma de la pieza: el júbilo, la lamentación, el elogio, la invectiva, la burla. El carácter de la canción permitía, a veces, usarla en ceremonias rituales y en la educación de los mozos. Otras veces, como acontecía en las cortes literarias de los tiranos y señores o en los banquetes orgiásticos, la canción se reservaba más bien al disfrute de las aristocracias del

poder o la inteligencia. Y aquí es donde más libremente asumía la lirica su sentido de intimidad, su sabor de individualismo, de naturalismo irónico que sonríe ante los símbolos consagrados, de exaltación pasional y erótica como en Mimnermo y en Safo, de "poesía de ocasión" vinculada a los personales sucesos del poeta.

La lirica aparece, cronológicamente hablando, a continuación de la antigua epopeya —solemne voz del pueblo destinada a las tradiciones nacionales y a la edificación política y religiosa de las masas étnicas—, y precede al futuro drama trágico, el cual reasume bajo módulos nuevos, y acompañado en contrapunto por la comedia, la antigua misión educadora y profética y ofrece el espectáculo de los destinos que luchan y se entrecruzan en el corazón de los héroes epónimos, especie de santos patronos. La lirica, pues, tránsito e incrustación oportuna, representa así una diástole entre dos sístoles, un grito libre del individuo entre dos funciones modeladoras del Estado.

Por eso tal vez la crítica de la Edad Ateniense, que era sobre todo crítica de filósofos, dejó en penumbra la valoración de la lirica. A los filósofos interesaba más bien la reflexión sobre los motivos religiosos, éticos y políticos acarreados en los dos grandes tipos de la poesía pública, epopeya y tragedia, pues la risa de la comedia siempre pasó a segundo plano, aunque se reconociera su necesidad en la integración de la economía humana y en la higiene del alma colectiva y social. Pero a los filósofos interesaba mucho menos la apreciación estética de la belleza formal, y sólo citaban a los líricos como ejemplo o adorno de sus doctrinas, sin detenerse a establecer un código preceptivo o siquiera una descripción metódica de aquel linaje de poesía que se les confundía con la danza y la música. Y los primeros musicólogos y gramáticos, o se preocuparon más de la música que de la letra, o de la investigación científica de la lengua y de ciertos secretillos retóricos de la poesía que les corría prisa por trasladar al cultivo artístico de la prosa.

La lirica independiente no fué cosa de Atenas, en los orígenes al menos. Más tarde se transfundirá en el dra-

ma ático, para hacer oficio de válvula por boca de los coros. La lírica independiente nació entre eolios y jonios, colonos destacados en las avanzadas helénicas. Pueblos nerviosos e intempestivos, no se atemorizaron ante el quietismo hierático de las vecinas monarquías orientales. Su mismo fermento de irrespetuosidad levantisca los llevó, por una parte, a fundar los gérmenes del verdadero espíritu filosófico y científico—arranque del pensamiento occidental—, y, por otra parte, a crear un tipo de poesía emancipada en mucho de las preocupaciones políticas. Gente marítima y bulliciosa, menos casera y agraria que la Grecia continental, enjambre cambiante que heredó las costumbres y la vetusta sabiduría de la talasocracia cretense y, dándoles agilidad juvenil, operó como errabundo polen para las futuras siembras de la cultura. Es el elemento aventurero y masculino que, en todo rincón de la historia, lleva y trae la fecundación y la sorpresa hasta los fondos maternos de las razas. Poco a poco, decaídos de su virtud algo acre y verde, los jonios madurarán hacia las muelleces asiáticas, que los entregarán maniatados a las hordas del persa.

Todo, en Grecia, se diría concebido con miras a alguna demostración teórica. Por un destino intencionado, estos poetas del individualismo apenas nos han dejado biografía efectiva, pero se los reconstruye por sus versos. Aunque fragmentarios y destrozados, turbios de contaminaciones y de entrometimientos folklóricos, esos versos traen hasta nosotros el ser íntimo de los poetas, y por estos atisbos y relampagueos intermitentes creemos penetrar en sus corazones, mejor que si poseyéramos tan sólo el puntual registro de episodios. La aguja de la imaginación nos ayuda a zurcir los retazos de las figuras. ¡Qué más da si hay algo de capricho en una evocación humana que no aspira al premio documental! Cruzamos el arroyo saltando sobre las piedras del vado. Lo que nos importa es ganar la otra ribera.

Así, por ejemplo, la sombra transparente de Arquíloco nos llega estremecida por vientos de pobreza y de odio, o tal vez de amor contrariado. La de Safo nos llama todavía con la hoguera de sus pasiones. Estos poe-

tas de la sinceridad y la introspección, precursores de la sensibilidad moderna, amedrentaron a sus contemporáneos mucho menos de lo que hoy podríamos creer. Su sondeo psicológico en cierta medida se parece al que hoy se ha propuesto el análisis del yo profundo, donde algunos ven síntomas o agencias de una posible disolución moral. Porque todo nuevo conocimiento adelanta entre vagas auras de escándalo. Pero Grecia, por lo visto, estaba dispuesta a la hazaña.

Nuestro cuadro de la lírica arcaica se reducirá a unos cuantos nombres, los menos que podamos. No olvidamos a Tirteo, clarín que conduce a las batallas; no olvidamos a Anacreonte, gallarda confusión de Dionysos y de Afrodita, dos númenes asociados aunque secretamente enemigos. Pero ahora sólo nos fijaremos en tres hitos indispensables: Arquíloco, Safo y Solón.

He aquí, pues, al mercenario y pirata de Paros, reclinado sobre su lanza y con cara de pocos amigos. Leal compañera del soldado de presa, acaricia con orgullo su lanza, porque a ella debe el sustento, el sabroso pan y el gustoso vino de Ismaro. A ella, aunque vagabundo sin fortuna, debe también el sentirse emparentado con los semidioses mitológicos y vástago de la familia prócer de Homero. Cierta alegría callejera y decidora, algo feroz y entre sonrisa y mordisco, alumbra sus más sombríos instantes. Se codea con la peor ralea de aventureros de tierra y mar sin perder su gracia y su estilo. Su temperamento, amasado de "melancolías y cóleras", es propia pensión del muchacho venido a menos, brote acaso de la ilustre raza de Tolis y criado entre la buena gente, pero afligido por la abyecta cuna de la esclava que fué su madre, y obligado, por su extravagancia y sus ruidosas historias, a emigrar hasta la desolada Tasos, donde la salvaje montaña se levanta "como un espinazo de jumento".

Por suerte, para desahogarse, cuenta con una variedad de recursos poéticos y hasta crea, cuando le hacen falta, nuevos moldes. Tenía el don de versos, una seguridad técnica que parecía en él connatural, notable capacidad inventiva para la forma artística, un fraseo garboso que lo pone muy por encima de los líricos de su cla-

se, una ingénita facilidad para decirlo todo, ensanchando el campo de la poesía. Podía darse el gusto de vaciarse íntegramente en el canto y vivir en verso.

Su obra abarca una extensa gama, desde las transitorias ocurrencias del día hasta los transportes sublimes, desde el denuesto y la mofa insolente hasta el noble acento guerrero. Ya es el yambo, su creación más característica, género semicolloquial y cercano al habla corriente, derivado de las improvisaciones populares, cuyos cambiantes ritmos admiten el chiste y hasta la fábula zoológica, junto con la increpación semejante a una bofetada. Ya es la lamentosa elegía o la plenitud sagrada del himno. Así, según la provocación inmediata, según soplan las contrarias ráfagas de la humana ventura. Adora unas veces, y otras, odia. Es capaz de la piedad y del llanto, y en ocasiones su crueldad no consiente diques. No parece el mismo cuando acusa y fustiga, o cuando ensalza a Deméter —culto que introdujo alguna de sus abuelas—, o se detiene, reverente, ante el despojo del amigo perdido. La misma Neóbula, a quien solicitó en vano —su Neóbula coronada de mirto y rosas, cuyos cabellos le caían como suave sombra por la espalda—, es para él objeto de amor y de asco, y para ella resucita el tema eterno del debate o disputación contra la mujer: contra “lo muliebre”, según decía nuestro Gracián con precioso alambicamiento. Nada le cuesta templar el ánimo del pueblo, cantando “el tumulto de Ares” y “la quejumbrosa obra de la espada”. Pero con igual desahogo confiesa, cuando llega la hora del reposo y brota la vena del humorismo y el héroe vuelve a ser un hombre cualquiera, que acaba de soltar las armas detrás de un matojo para mejor escapar a una muerte cierta, sin que por eso se considere deshonorado. ¡Que luzca nuestros arreos el bárbaro! Ya nos compraremos otros mejores. Por lo pronto, hemos salvado el bien de los bienes, que es la vida. Este rasgo desvergonzado y candoroso de Arquíloco, más tarde imitado por poetas eruditos del Lacio en quienes pierde todo el gusto, revela hasta dónde ha podido llegar la afirmación de la persona frente a los imperativos de la Polis.

Y con todo, por su doble oficio de soldado y poeta —estirpe de Calino y Tirteo, de Alceo y aun del sensual Mimnermo—, Arquiloco sirve a una causa pública, aunque sin el compromiso profesional de los épicos, y muchos de sus cantos tienen la entereza del acero. Además, los agravios que recibe asumen para él una trascendencia general y, despersonalizados en el fuego que los inspira, sus reproches adquieren entidad de normas morales. No pierde de vista el sentimiento de la justicia y, conforme a la ética de los tiempos, explicada más tarde por Aristóteles y su escuela, tacha de cobarde al que no se indigna contra el mal. Maestro en el látigo y el castigo, ejerce la eterna misión aleccionadora de la sátira.

De suerte que en él se contrastan el hombre cívico y abstracto con el particular y ordinario; el ideal, con la naturaleza, que osa ya reclamar sus fueros; el deslumbramiento de la fama póstuma y de la muerte insigne, con el encanto y el disfrute de la vida diaria. Es hombre de sentidos abiertos, sediento de lo palpable y visible, pero aspira a la consagración del recuerdo. Y, de repente, se alza iracundo contra los que injurian la memoria de quienes no pueden ya defenderse, suprema desgracia sin duda para el que entiende la conducta como un torneo. “Porque yo —advierte— cuento con el arte por excelencia: yo sé hacer trizas al que se me atreve”.

El hombre marmóreo de la epopeya posee una confianza universal y descansa sobre las rodillas de los dioses. El hombre agigantado de la tragedia transporta al nivel de su estatura el choque agonístico del mundo. Entre uno y otro extremo, Arquiloco recibe el embate en propia carne; su infortunio amoroso se le entra “hasta la médula de los huesos”; y en nombre de su sustancia mortal, reclama contra los destinos con palabras de profano descaro, altiva “parresia” que no se detiene ante nada.

Por momentos —inesperado pregusto de estoicismo— se hunde en la contemplación de la única libertad posible: resignación a los dioses y elección de una conducta sabia. Su carpintero es un sujeto dichoso, porque ama su condición y ni siquiera aspira a la tiranía, recóndita envidia de los griegos según la terrible observación de Burc-

khardt. Esta confesión de las limitaciones humanas no es ya una simple tradición mística —esclavitud del hombre indefenso en medio de la naturaleza—, sino una aceptación intelectual que, por serlo, se redime y trasmuta en ciencia y conciencia, a la vez que en responsabilidad inapelable. “Resiste, alma mía, y sostente firme —viene a decir—. Ya pasaste lo peor. Ante la incertidumbre y los vaivenes de la existencia, ni te des nunca por vencida en la adversidad, ni nunca por definitivamente vencedora”.

De todo ello, y a pesar de las contradicciones a que obliga la confesión sincera, resulta de Arquíloco una cierta ejemplaridad, una amonestación superior. Si a esto se añade la sostenida calidad estética y la viril estructura de sus versos, se entiende que no hayan podido olvidarlo aun aquellos a quienes repugna su índole agresiva, o aun los dómines más domesticados por la convención. Su nombre se asocia constantemente al de Homero. Era el Homero de uso personal. A ambos y a Hesíodo los recitan juntos los rapsodas. Heráclito, para vapulear a los poetas por su antropomorfismo, escoge como pareja representativa a Homero y a Arquíloco, porque la imaginación de Grecia los asociaba, y no porque en éste tal antropomorfismo sea otra cosa que un mero resabio verbal. El aristócrata Píndaro, a quien impacientan las actitudes del plebeyo irritable, y que ve en Arquíloco un hambrón sin otro alimento que el rencor a sus víctimas, toma por modelo sus cantos de victoria. Aristófanes y Platón lo recuerdan y dan como testimonio sus versos, y el primero llega a lamentar que los yambos sean tan breves. Cuando Gorgias aportó por Atenas, no encontró mejor saludo para el joven Platón —a creer lo que asegura Ateneo— que llamarlo “el nuevo Arquíloco”. Los alejandrinos lo incluyen en el canon de la poesía clásica, y Aristófanes de Bizancio lo comenta con detenimiento. Meleagro teje en su *Corona* el hirsuto y temeroso cardo de Arquíloco. Longino lo tiene por el más homérico de los líricos arcaicos. Aunque, según Valerio Máximo, los espartanos prohibieron la difusión de aquella poesía iracunda, Dión Crisóstomo se atreve a pensar que la postura censoria de Arquíloco es más útil a la sociedad que la encomiástica de

Homero. Quintiliano admira el vigor y el músculo del deslenguado de Paros. Horacio lo imita en sus *Epodos*, y lo invoca en sus *Epistolas* y en su *Arte*. Ovidio amenaza a quien lo importuna con la flecha de Arquíloco. El nombre de éste pasará a los proverbios: "Manoseas a Arquíloco", se dirá del que ve la paja en el ojo ajeno.

La leyenda afirma que Corax de Naxos, aunque dió muerte a Arquíloco en combate legal, fué arrojado del templo por la divinidad indignada, y obligado a apaciguar la sombra de su enemigo con imploraciones y sacrificios, pues Arquíloco era "un servidor de las Musas". El miedo a la lengua de Arquíloco—aquella "lengua de escorpión" de que nos habla, en el siglo XII, Eustathius, arzobispo de Tesalónica—se demuestra en la historia que se le atribuye: Lycambo le concedió en matrimonio a su hija Neóbula y poco después se la negó. "Has pisoteado nuestros juramentos—le dice Arquíloco—. Te has vuelto loco y eres el ludibrio de la ciudad". No pudiendo soportar sus ataques, Lycambo y Neóbula, y acaso las hermanas de ésta, acabaron por suicidarse. Getúlico, en la Antología Palatina, ofrece a sus manes este epigrama: "En esta tumba que contemplas a la vera del mar, yace Arquíloco, primero en ungir a la Musa con el veneno de las serpientes y encharcar de sangre el dulce Helicón: testigo Lycambo, que llora junto a sus tres hijas colgadas. Pasa con cautela, caminante, no sea que alborotes las avisas del féretro".

Junto a esta imagen bronceína, Safo—la ninfa desnuda de Mitilene, pequeña y morena como las pardas tórtolas—aparece toda ella hecha con la pulpa de las frutas y envuelta en capitosas esencias. A la misoginia de amor del uno, responde, en la otra, un suave recelo contra el hombre; ambos, efectos paradójicos de la misma embriaguez que a tientas busca su saciedad. Es el "Eros invencible" de Eurípides que vibra al azar sus centellas.

Una vez que la poesía abandona el ágora y entra en el recinto de las almas, no podía faltar la mujer, para dar al mundo íntimo y recién descubierto su definitiva consagración. No hubo poetisa épica, no habrá después poetisa dramática. Sólo la lírica podía recoger el calorfrío

exquisito de las inquietudes femeninas, ambiente de alcoba al amanecer entre un aroma de flores maceradas.

Hasta hoy, en la vida literaria del hombre, la mujer sólo había sido un accesorio de lujo: especie de "geisha" occidental, experta en entretenimientos y seducciones, intérprete de la danza o la música, inútil mientras no se la llamara a cumplir su oficio voluptuoso en la fiesta de los varones. Antaño, en la *Odisea*, la mujer apunta en sus excelencias de dama, junto a su rueca de plata y su huso de oro, rodeada de una adoración caballeresca. En Hesíodo —que no vive ya entre príncipes, sino entre los trabajadores del campo— ella sigue pacientemente a los bueyes, para ayudar al esposo en las tareas de labranza. La Grecia histórica la recluye en sus habitaciones y la inclina sobre la cuna de los hijos. Todavía el romántico Menandro, con ser su mundo tan complejo, da como señal de la honra femenina el que no se miente nunca a la mujer. Pero junto a este carácter fundamental, se desarrolló, de puertas afuera, otra singular asociada del ciudadano libre: la clase de las hetáiras. Nano, la amante de Mínermo, acude para tañer la flauta en los banquetes artísticos. La dulce Pasifile acude simplemente para hacer gala de sus encantos. Arquíloco la compara con la higuera silvestre, donde se dan cita las cornejas voraces. No es ésta todavía, ciertamente, una compañera espiritual, capaz del consejo y que merezca compartir, como Aspasia, la gloria de Pericles. Es, todavía, un instrumento más del aria que el poeta ejecuta.

Tal es la escena en que Safo reivindica el papel de protagonista y reclama un sitio privilegiado, sacudiendo orgullosamente aquella rizada cabellera que Alceo, poeta de vino y enamorado sin esperanza, equivocaba con un racimo de violetas. Pero Safo no anda en los coros de los hombres. Ellos hacen su mundo aparte en los "simposia", y los "simposia" nunca perderán el resabio orgiástico, ni cuando hayan evolucionado hasta convertirse en sesiones del ingenio ateniense, como se aprecia por el final del diálogo donde Platón nos conduce a la casa del poeta trágico a la moda. Safo girará en otro ambiente, ambien-

te de mujeres solas, congregación de las muchachas de Lesbos.

No es la primera que hace versos, pero es la mejor poetisa. Tampoco es la primera maestra, aunque a todas las oscurece. Ella misma nombra a sus rivales, a la importuna Gorgo, a la palurda Andrómeda, que se las arregla para robarle el afecto de una de sus pupilas, aunque ni siquiera sabía llevar la ropa. La casa de Safo es un centro de atractivo social, una escuela en que se cultivan las Musas, algo como una alta institución de enseñanza para las jóvenes, grado pedagógico más adelantado ya en la colonia que en la misma metrópoli. La maestra y las alumnas hacen vida común. Cosa semejante harán un día los académicos de Atenas.

Y así transcurre para las jóvenes de Mitilene aquella hora única en que la mujer no es madre ni esposa: sólo capullo femenino en pureza, entreabierto tímidamente, sin tallo y sin raíz, sin hojas ni espinas, sin relación, casi, necesaria con lo que no sea su propio misterio. Tránsito entre el regazo de ayer y el hogar de mañana, instantánea perfección que el logro artificial de Safo se empeña en cristalizar para siempre. Así, cada día, vemos a la maestra bregando por romper la arisca corteza de la chica recién llegada, que aún no descubre sus virtudes; o la encontramos sollozando por la criatura ya modelada, que sin remedio se le ha de escapar, de la mano de su prometido, acomodación que distaba mucho de la coyunda amorosa como hoy la entendemos. La maestra se consuela pensando que las doncellas tocadas por su magia no podrán olvidarla nunca y que, entre las faenas domésticas que las esperan, suspirarán el nombre de Safo. Pero su tenacidad no se da a partido. Siempre está golpeando a la puerta de los corazones. Es—explica ella—como el jacinto silvestre, mil veces hollado por los pies del pastor y siempre cargado de retoños de púrpura.

Desde Máximo de Tiro, si es que no desde antes, se ha advertido ya el paralelismo manifiesto entre el Eros sáfico y el Eros platónico. Con una metáfora al gusto de Aristófanes, parece que Eros se complace en separar a una y a otra parte las dos mitades de la especie. Y la na-

turalidad misma, obrera ciega, aunque afanosa, hace que la comunión en torno a Safo llegue más allá del espíritu, con la complicidad del juego y la educación corporal y de los contactos cotidianos del recreo y la belleza. Y se desata aquel anhelo exasperado y estéril por trascender las formas, hoguera que funde y transmuta el metal de la poesía sáfica, dotándola de melancólica y extraña nobleza.

Para alcanzar la expresión sencilla y directa de tales sentimientos no bastaba el genio literario: faltaba, además, el candor de Safo, que hace agua clara de sus turbulencias pasionales. Oigámosla. En cierto fragmento que nos recuerda las estancias de Gil Vicente donde se enaltece la belleza de una doncella por encima de las bellezas de la guerra y del mar, de la montaña y del cielo ("Digas tú el caballero" . . .), Safo exclama: "Dicen que nada hay más hermoso que un escuadrón de jinetes, que un pelotón de infantes, que una escuadra de navíos en boga. No; que más hermosa es la presencia amada, que pone en suspenso el corazón". Y en otro pasaje que imitarán Teócrito y Racine, aullido eterno de la pasión extremada hasta la tortura física: "Si te llego a ver, enmudezco; desfallece mi lengua; llamas delgadas me consumen; se empañan mis ojos y zumban mis oídos; mi piel transpira; tiemblo toda; palidezco como la pobre hierba. y creo que voy a perecer".

Sus versos hacen constante referencia a la vida vegetal. El mundo de Safo es un jardín y no hay para ella más joyas que las flores. De sus poemas decía Demetrio que están llenos de primavera y de alciones. La novia que se encamina a las nupcias le parece un árbol nuevo y derecho; la intacta virgen, aquel fruto rojizo y duro que, prendido en lo más alto del ramo, escapa a los cogedores de manzanas. Presa fácil de la demencia erótica, Filóstrato observa que padece una delicada fascinación por la rosa, la corola más efímera y frágil, como si quisiera estrujarla en amor de muerte.

Hay tal confusión en la figura de Safo, a la que toda Grecia quiso colgarle un atributo legendario, que es imposible desenredar la maraña de este mito sintético, y los

multiplicados reflejos perturban la nitidez de la imagen. Dicen que, casada un día y madre de una hija llamada Cleis —no sabemos si es aquella niña semejante a una flor de oro de que habla uno de sus fragmentos—, conoció también los cuidados y menesteres del fogón y de los pañales. Nada cuesta figurársela humana y compartiendo el pan de todos. También la oímos reprender y llamar al buen camino, en nombre de la prudencia familiar, a aquel tarambana de su hermano que, habiendo zarpado para Naucratis con un cargamento de vino lesbio, cayó en los brazos de Dórica, linda mujerzuela de Egipto. Las más humildes faenas y los más prosaicos asuntos, como pasen por el tamiz de su poesía, se purgan de toda vulgaridad. Pero aquella historia popularizada por una epístola imaginaria de Ovidio, y que muestra a Safo enamorada de Faón el barquero, cuyos desdenes la llevan a precipitarse desde las rocas de Léucade —tema repetido en cien tradiciones—, no pasa de ser una conseja. Sabemos de fijo que, como Alceo, tuvo un día que emigrar de Lesbos a Sicilia, quizá por la hostilidad creciente contra la aristocracia. Para entonces, había comenzado a marchitarse. Desde el barco en que huye, desterrada, decía adiós a la patria de sus amores, escondiendo en el palpitante seno el sueño de aquella utopía pasajera y radiosa que, en horas más felices, se había atrevido a desafiar las ásperas realidades del mundo.

La aparición se desvanece. Bustos y estatuas la perpetúan en varias ciudades, desde Italia al Asia Menor, y en Mitilene se acuñan monedas con su efigie. Perdura en el recuerdo de filósofos y poetas. Resucita —culto que atraviesa la muerte— en fantasía de la pasión incipiente que ensaya sus dudosos tanteos. Platón la declara Décima Musa. Flota en los girones de su poesía, meros gritos a veces, frases tronchadas y suficientes en su misma mutilación, que dicen: “¡Aguarda!” o “¡Me quemo!” Entre sus dispersas páginas, o en los escuetos comentarios de gramáticos y cronistas, resaltan los nombres de las muchachas que la rodeaban como ardientes antorchas: Atis la veleidosa, Telesipa y Megara, la huraña Mnasídice, la asustadiza Hero, Góngyla de Colofón, Euneica de Sa-

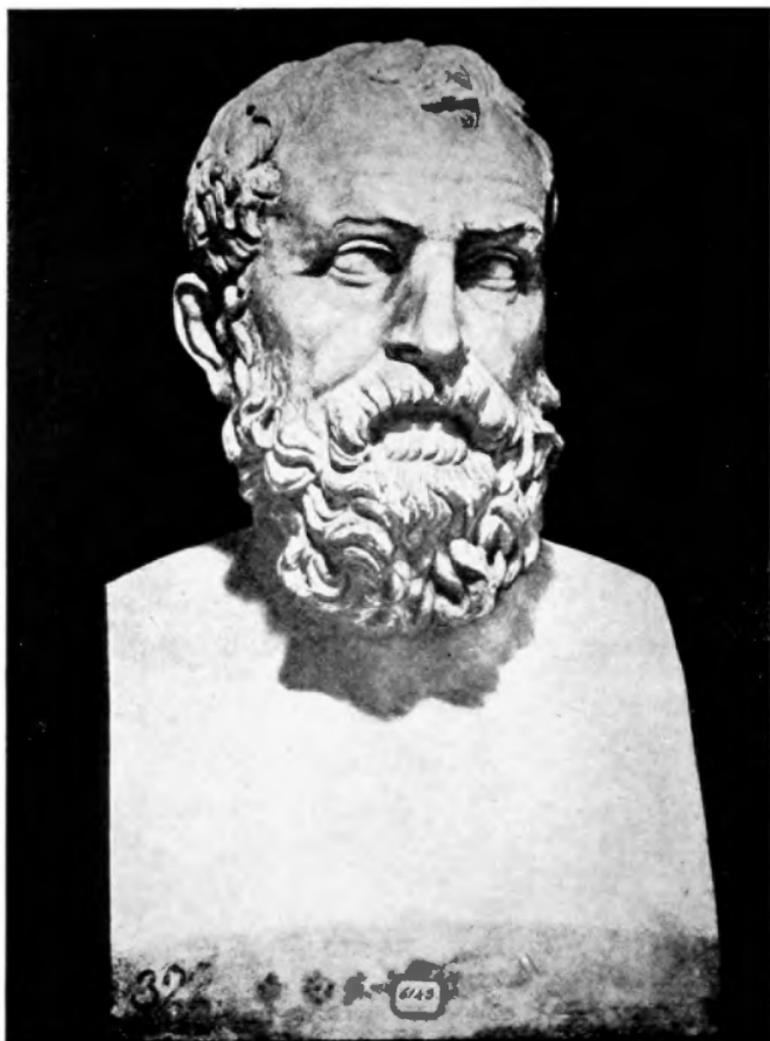
lamina, Praxinoa la que asa las nueces, la tenue Gyryna, y sobre todas Anactoria la de Mileto, "cuyas pisadas sobrecogen el ánimo mucho más que el estruendo bélico de los tropeles de Lidia". Legó su nombre al gran metro sáfico, ritmo que remeda un latido de la sangre sobresaltada. Se oye temblar su pequeña lira a la friolenta hora del Héspero, "cuando otra vez se juntan las cosas que la aurora había dispersado". Se escuchan, junto a la cortina, palabras anhelosas, de aliento casi salomónico: Reposas sobre los cojines nuevos... Coronate con guirnaldas de apio... Suelta la túnica de Quíos y empápatate en el agua... Como unguento precioso y regio, untada en mi pecho tu juventud... Cuando brille el rocío en la grama y florezcan los melilotos sensibles, entonces nos recordará. Llorarás de sentirte lejos. La noche de avizoras orejas, la noche trezada de rosas, nos traerá tus palabras.

Con esfuerzo nos alejamos de Safo para juntar finalmente los hilos de nuestro discurso. El épico parecía olvidarse de sí mismo ante el espectáculo del pueblo. No así el lírico, según hemos visto, que parece concentrar el mundo en su pecho, ya viaje entre abrojos como el soldado alquilón, ya entre rosas como la profesora de baile. Pero este desvío no podía durar mucho tiempo. El dilema entre el individuo y la ciudad responde, "grosso modo", al dilema entre la soberbia independencia de las islas y la estructura férrea de Esparta. Sólo puede resolverlo Atenas, hija predilecta de la armonía. No tarde en aparecer allá el poeta legislador, suma de contemplación y de acción, atento a la vez a las intimidades humanas y a los graves empeños de la política. Atenas es confluencia, es emporio, es ecuador donde se concilian los polos.

En Solón, primer ateniense por antonomasia, la emoción lírica sustenta la emoción del Estado. Pertenece a la casta de los viajeros sabios, los que entresacan la ciencia del torbellino de los negocios humanos y del contacto con naciones y gentes, tipo que tanto impresionaba a los griegos, a los lúcidos griegos. Solón aparece un día en el ágora. Viene de lejos, cubierto con el tosco fieltro del peregrino. En vez de un discurso, rompe en un poema. Aviva la vergüenza adormida de aquella Atenas en



Safo, según un vaso griego.



Solón.

que se revolvían la iniquidad y la discordia. Predica la unión sagrada para volver por la honra y rescatar a Salamina, invadida por los megarenses. Ganada la confianza del pueblo y devuelto éste al sentimiento de sus responsabilidades históricas, hace venir a Epiménides el cretense, médico de almas que lo ayuda a restablecer la paz religiosa. Después, reforma la enseñanza. Procede por etapas lógicas, como un razonamiento en sorites. Reconquistadas la unidad nacional y la calma de los espíritus, despertado el ánimo patriótico por la reciente victoria, emprende Solón la campaña jurídica y la revolución económica de la "sisactia" o sacudimiento de las deudas, creando un nuevo régimen monetario y dictando de paso algunas medidas contra la esclavitud por insolvencia y contra la venta de la persona.

Ha aprendido la ecuanimidad y el equilibrio en las leyes del universo, tan contrarias a los opuestos términos de pobreza y riqueza, de dolor y felicidad que el hombre consiente en la construcción de sus deleznales repúblicas. Frena y nivela los partidos, sin conceder toda la razón a ninguno, "escudo que ataja los dos bandos". Predica la dialéctica interna, norma divina y norma social, que en cada exorbitancia conlleva el inevitable castigo. Y una vez que dictó sus tablas y hubo acabado su labor de salud pública, se desterró voluntariamente, sin melancolías ni saudades, porque toda la tierra es patria natural de los justos, y la voluntad que todo lo rige no ha encendido las incontables estrellas para nuestro uso personal.

Su gloria es la gloria del caudillo que sabe retirarse antes de que el poder lo pervierta. No quiso —dice él— tirar de la red que había puesto en sus manos toda la riqueza de Atenas. No intentó, pudiéndolo, convertirse en amo. La mayor de las potencias divinas, la Materna Tierra, le es testigo de que la alivió de los errores humanos, mandando derribar las vallas inútiles y devolviendo a todos la adecuada distribución de los campos.

Regresó a Atenas en la vejez, para vivir como un sencillo vecino. Viendo el peligro de la tiranía a las puertas, en vano procuró poner en guardia a su pueblo. Su obra se deshacía poco a poco; pero él nunca imputa a la

divinidad los desaciertos humanos ni se amarga con el despecho. Sus principios no se conmueven, ni tampoco su serena aceptación del destino. Nunca dice que no a la vida. La vida es un bien, aunque la echen a perder los hombres. Tiene ochenta años y quiere todavía durar más, aunque sea para aprender de coro algunos versos amorosos de Safo. Con jovial denuedo agita su aureola de canas. En su sueño, el sueño de la buena conciencia, el orden y la belleza se desposan. Las luces de Grecia se juntan en su frente. A su conjuro, las tropas dispersas de la poesía se congregan para nuevas hazañas. La corona que rodó de sus sienes no se desgaja y es, en la historia, la corona de Atenas.

PROVERBIOS Y REFRANES

(Pequeñas filosofías en torno de esos decires)

Por Teodoro TORRES

ES YA axiomático, al hablar de los axiomas, decir que éstos no son otra cosa que sabiduría condensada, verdad absoluta, que ya sufrió, como el oro, la prueba del agua fuerte. Se les toma como razón depurada, quintesenciada, cribada mediante el tamiz de la experiencia que separa cuidadosamente el grano de la paja.

Leyendo uno de esos mínimos compendios de moral, de ciencia o de filosofía, llenos de sustancia en sus tres o cuatro escasas líneas —me refiero a las sentencias, máximas, pensamientos, proverbios, axiomas, refranes, dichos, que aparecen en las revistas completando una página que no llenó un artículo—, experimentamos la sacudida anímica que no logró darnos a veces la sesuda lectura de una sabia disertación sobre algún interesantísimo tema de actualidad. Semeja como si a lo largo de un largo camino encontráramos de pronto, al anciano de barba fluvial y faz pensativa —Sócrates, Emerson, Confucio, Víctor Hugo, el mismo Salomón— reclinado sobre el bordón que le ayudó a subir la empinada cuesta, esperándonos para donarnos graciosa y paternalmente su tesoro de sabiduría. Habla el viejo y cae de su marchita, pero elocuente boca, el fruto sazonado del árbol del bien y del mal.

Sentimos la alegría del hallazgo al recoger esa “sagesse” que consumió toda una vida para que nosotros gustáramos de la acendrada miel.

Tal como la herencia que nos ahorra el esfuerzo y la amargura que encaneció al abuelo.

¡Ah! ¿Conque para ser felices no hay más que seguir este camino y evitar aquel?

Nos invade la agradable sensación de lo fácilmente realizado. Nos disponemos a sujetarnos al régimen que habrá de darnos una espléndida salud espiritual con la misma eficacia que las vitaminas y las sulfanilamidas, o procurarnos un éxito fulgurante.

¡Qué cómodo es encontrar la fórmula salvadora, la receta para burlar la pena y eludir el engaño; para acertar en el amor y dar con la áurea veta de la riqueza, de la simpatía, del valor, del genio, de la felicidad, en fin.

Cada uno de esos pensamientos nos sugiere rápidamente un nuevo plan de vida. La conciencia y la subconsciencia que, de ordinario, llevan la rienda suelta sobre el cuello enarcado, detienen un momento la carrera y se ponen a escuchar, a meditar. Sin vacilación aceptan el regaño o el consejo porque, a menos que se trate de un desaforado o que estemos montados en el "potro sin freno", sobre el que cabalga una juventud "embriagada y con puñal al cinto" no hay quien rehuse la consejera intimación, ni siquiera en esa época de la vida en que nos han fallado las cuentas alegres y se han derrumbado los castillos en aire. Porque es muy curioso: aunque andemos ya emparejándonos en edad al anciano que nos legó los consejos, tomamos éstos con la misma avidez que el joven porque parecen abrirnos nuevos caminos, aunque ya los hayamos perdido todos. Y es que *mientras hay vida hay esperanza*.

No sé si ustedes se habrán dado cuenta de un subterfugio de nuestra subconsciencia, la taimada señora que vive en el sotabanco de nuestra mente, subterfugio que probablemente podrán explicarnos los señores que se dedican al psicoanálisis, pero que yo sólo me concreto a señalar; y es que al bucear en el rico granero, en la opima cosecha de la sabiduría y de la experiencia, cultivada por la humanidad entera y donde hay frutos de todos los sabores: amargos como el resentimiento y dulces como la ilusión, pasamos por alto los que no nos apetecen y sólo nos detenemos en aquellos que parece que están hechos muy exclusivamente para saciar nuestra hambre de cosas agradables, confortantes e inspiradoras.

Poneos a observar cómo hay sentencias y consejos perfectamente antitéticos y para todos los gustos y ocasiones, al grado de que alambicando mucho la cuestión llegaremos a disputar de más sabios que todos, estos dos refranes: el que dice que *cada quien habla de la feria según le va en ella* y el que viene incluido en la dolora de Campoamor:

*En este mundo traidor
Nada es verdad ni mentira.
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.*

Los proverbios van de lo preceptivo a lo irónico y algunos de ellos luchan entre sí y nos ayudan a argumentar para sostener tesis distintas. Por ejemplo: cuando luchamos con esa dulce pereza mañanera que hace tan sabroso el lecho a la hora que, cuando niños, nos reclaman la escuela o el trabajo; cuando la madre o la abuela van a apurarnos amorosamente para que cumplamos con la obligación, y nos endilgan el refrán que asegura que *al que madruga Dios le ayuda* y para mayor refuerzo recurren a la definición experimental y a la moraleja anecdótica de que un madrugador encontró "oscura la mañana" una bolsa de dinero en medio de la calle, nosotros, estirándonos entre las sábanas respondemos, con otro refrán tan cierto y sabio como el primero: "Sí, madre, será cierto eso del hallazgo de la bolsa con dinero, pero *más madrugó el que la perdió*".

Subamos un poco en el tópico y en el tema y veamos cómo juzga el hombre a la mujer; lo que piensa de los deleites que ella puede proporcionar. Recurramos al libro de los libros, a la fuente de Sabiduría que es la Biblia. En parte alguna se desprecia como allí a la mujer, al placer, al deleitoso amor de los sentidos. "*La mujer es amarga como la muerte*", dice el Eclesiastés. Y el libro de los Proverbios, que nos da a entender que ya en aquel mundo matinal que acababa de salir, purificado y lavado del Diluvio, había la misma corrupción que en estas sodomas refinadas en 1943, el libro de los Proverbios nos previene contra "la extraña" *cuyos pies recorren los caminos del*

mal y cuyos labios destilan miel, pero tienen dejos de acíbar y de ajenjos”.

Y resumiendo todo el tedio de la vida, el *tedium vitae* que más tarde había de inspirar a Lord Byron su mejor canto, el poeta bíblico lanza el melancólico sollozo que repercute de siglo en siglo en los labios de cuantos agotaron el placer: ¡*Vanidad de vanidades: todo Vanidad!*

¿Pero quién es este pobre desengañado que reprueba el placer como un gran mal y a la mujer como un sañudo enemigo?

Es nada menos que el Rey Salomón, el de los palacios dc pórvido, el de las vestiduras de seda y oro y de las reinas que iban con su tropa de elefantes a buscar en su lecho los deleites reprobables y la progenie ilustre. . .

“Que te devuelvan tu juventud y tus doscientas concubinas ¡oh viejo rey asiático! —observa irónico el delicioso lusitano de “La Reliquia” y de las hagiografías de San Onofre y San Cristóbal— y veremos cómo prorrumpes de nuevo en fervorosos himnos a la vida y lanzas una nueva versión del Cantar de los Cantares. . .”

La ironía viene, como todos lo sabemos, de que nadie como Salomón había gozado del amor y ensalzado la belleza femenina, lo mismo la de las Zulamitas de carnes color de canela, que de las hebreas de bíblica hermosura y de esas reinas de que ya hemos hablado y que venían del fondo de la Arabia atraídas por su sabiduría. A tanto llegó el entusiasmo del hijo de David por los femeninos encantos que en el mismo libro maravilloso que consigna sus Proverbios hay una reprimenda amarga para él: “Fuiste temeroso de Dios, mas después te prostituiste a las mujeres y tuviste quien ejerciese dominio sobre ti”.

¿Resentimiento, desilusión, la vuelta a Dios de todos los que en los últimos días tratan de enmendar sus extravíos? Sea como fuese, el caso es que dejaría de ser el sabio que fué el famoso Apaciguador para no transformar en esencia de sabiduría su desencanto. Solamente la carne que nunca sirvió de vaso para contener el espíritu sigue ardiendo con llamas del infierno cuando se secaron en ella los jugos de la juventud. Ejemplo único de esa persistencia de la genésica animalidad ilusionada es el Mar-

qués de Sade, que recluso en un sanatorio se divertía en dibujar sobre la tierra las figuras obscenas que le persiguieron en su cansada e inútil vejez.

Dando un salto de siglos, hallaremos después a muchos hombres de sabiduría y de genio opinando de muy diverso modo sobre la mujer, víctimas del mismo proceso de desencanto que no es sino la resultante del cambio de la condición humana a medida que el tiempo avanza: esperanzada en la juventud y triste y amargada en la vejez. ¿Es el mismo Shakespeare, el de los sonetos donde ensalzaba a una amada misteriosa; el que dió inolvidables acentos románticos a los diálogos de Romeo y Julieta, en el balcón donde cantaba "la parda alondra"; es el mismo que había de llamar más tarde "pérfida como la onda" a la mujer? Estamos seguros de que al escribir la terrible sentencia que todavía circula bien acuñada y sin desgaste, ya había ocurrido la desavenencia conyugal que ni en la hora de la muerte perdonó a la esposa que atrapó tan joven al poeta, más tarde ansioso de libertad y de vida.

Podríamos hacer interminable la lista citando nombres y refiriendo circunstancias. Recordaremos tan sólo a Lope, a Molière, a Heine, al mismo Quevedo, cuya sutileza nos facilita ahora otra frase sentenciosa para decir que en el cambio de opinión sobre la condición de la mujer, también es oportuno preguntar, como en la letrilla de Don Francisco: *¿quién es ella?*

De cualquier modo atendamos y veamos la razón del cambio. Es que con los años el prisma color de rosa de la juventud se torna en vidrio ahumado de melancolía que convierte en elegía el himno triunfal de los primeros años de la vida.

Ahora bien, precisa que el desencantado no sea un cínico ni un perverso para que la reacción de la experiencia, al dejar pasar por la alquitara de su bondad el inevitable pesimismo que la vida destila sobre el corazón del hombre, no se convierta en gota de acíbar capaz de amargar la vida de los que todavía tienen derecho a la esperanza.

De un filósofo amargado y cínico ha de ser el más desolador de los refranes que conozco y que aconseja con maldad satánica: *piensa mal y acertarás*. Para aceptar

tan ruin consejo habría que convenir en que el alma humana es incapaz de elevación alguna, y precisaría borrar del diccionario, por inútiles, las palabras amor, bondad, virtud, heroísmo, abnegación y todos los sentimientos nobles, sin los cuales esta vida no sería otra cosa que "una lúgubre desbandada hacia la muerte".

Pero por fortuna siempre viene el pensamiento confortante tras de la racha que sopla como un devastador huracán del desierto sobre las almas. "*No hay mal que por bien no venga*", clama con un optimismo esperanzado otra máxima que aconseja dejar abierta la ventana al sol que al fin ha de brillar. Y como es más abundante —aunque parezca lo contrario, dada la pequeñez del alma humana— la multitud de los que piensan bien, que la cetera que se ensaña cruelmente con el anhelo de elevación del hombre, este proverbio tiene variantes consoladoras en todas las lenguas y en todas las formas: "*Post nubila, Febus*", decía el poeta latino ("Después del nublado el sol"). Qué es más o menos una perífrasis del *Tras de la tempestad viene la calma*, que pregona nuestro refranero. "*Every black cloud has a silver line*", dice en inglés el yanqui, optimista por una natural conformación de su espíritu bien organizado. *La nube más negra liene na orla de plata. Por lo más oscuro amanece*, sigue diciendo el bondadoso pensamiento castellano, que cuando no lo escriben satíricos del calibre de Quevedo y de Larra, siempre se inclinan a levantar el ánimo y a alumbrar con luces orientadoras el camino.

A veces es la ciencia, una comadre presuntuosa que trata de mejorarlo todo y en todo se mete, y muy frecuentemente lo echa todo a perder, la que va quitando ilusiones y reformando lo que sentenciosamente se proclamaba ayer por bueno. Ella, que acaba de tener un estruendoso fracaso con sus más atrevidas invenciones, como la del aeroplano, el simbólico instrumento de vuelo que un día semejaba haber puesto alas a los anhelos de nuestro corazón, y de ayer acá se tornó en un monstruo destructor y satánico; ella que ahora trabaja en laboratorios y gabinetes buscando los explosivos de mayor potencia que hagan polvo en un momento a la humanidad y los gases que

impregnen el aire de mortífero aliento, más rápido y maligno que el de las epidemias históricas, ella, la de la sabiduría moderna materialista, descarnada, acaba de desvelar el ilusorio misterio que concedía virtudes de panacea a ciertas bebidas que durante una larga etapa de la vida del mundo confortaron a los pueblos prometiéndoles vida, salud y alegría.

Bonum vinum letificat cor hominis, decía el prologo latino que preconizaba la bondad del jugo de la vid, el de las libaciones rituales y de la transubstanciación litúrgica. San Pablo, en una de sus epístolas, proclama: "*Bebe del buen vino para que te conserves sano*". Y el sabio mandarín de la vieja China, la tierra de la sabiduría serena y milenaria, sentado frente a la humeante taza de té, leyendo los consejos de Confucio, hallaba en la aromática infusión una misteriosa defensa contra la peste, así como un refuerzo para su vigor físico y un excitante para sus sueños de pueblo que había encontrado el secreto de la felicidad y de la vida en su vivir estático, en sus fuentes de risueño sonido, en su soñar despierto, en su cortesía bondadosa, en su soledad amurallada. Y exclamaba: "*Dichoso quien pueda disfrutar siempre de un puñado de arroz y de una taza de té, porque tendrá todo: la salud, la vida y el sueño*".

La ciencia, como quien se burla de una ilusión largamente acariciada, ha venido a resolver, no hace mucho, basándose en los descubrimientos de Pasteur, que si el vino era salud para los hombres de los tiempos bíblicos y el té constituía una milagrosa medicina para los chinos, quienes, durante las epidemias, lo bebían ansiosamente y así se salvaban de la enfermedad y de la muerte, era porque en las grandes ciudades sin higiene y sin drenaje y en los campos y en los montes por donde corrían los ríos de las aguas impuras, en las inmensas aglomeraciones donde se desarrollaban las epidemias, el que bebía té o el que evitaba el agua bebiendo vino, se adelantaba a los tiempos de Pasteur y de Lister, esterilizando con el fuego o la destilación sus bebidas, cuyo esotérico secreto no era otro que el de estar limpios de microbios.

Y ahí tienen ustedes unos bellos e ilusorios apotegmas desacreditados por la ciencia, que será todo lo benéfica que ustedes quieran, pero que en este caso se parece al individuo sin sensibilidad que se empeña en aclarar a los niños que no existen ni existieron nunca Santa Claus ni los Reyes Magos.

Pero nos hemos salido de nuestro cauce sencillo y rutinero en torno de los axiomas. Trisquemos un poco por los campos del arte. Veamos cómo dogmatizaba desde su trípode de gran artista el excelso poeta Gabriel D'Anunzio. Según este príncipe de la poesía, el artista debía "renovarse" si no quería "morire" sepultado bajo el polvo del olvido. ¡Bello engaño de la frase sonora! Casi todos los poetas, los hombres geniales de la literatura, gustaban de concertar hermosas palabras y de escribir gallardos lemas en sus banderas. Pero pocas veces están de acuerdo con lo que proclaman. Porque el que dió el consejo nunca lo siguió. No encontramos en toda la obra de D'Anunzio el cambio, la renovación que exigió a los demás. Sus versos fueron vaciados en el clásico molde en que había vertido seis siglos antes, sus sonetos, el Dante. Sus novelas, de perfecta hermosura, tuvieron el trazo romántico de la novelística de su tiempo. Sus tragedias eran trasunto de la tragedia griega. Y por eso fué, seguramente, que, obedeciendo a un imperativo subconsciente sobre el lema renovador, sobre su propio lema que tanto daño ha hecho al arte, puso el mármóreo pensamiento de Leonardo; colocó en sus banderas el apotegma que exalta la inmortalidad y la inmovilidad eterna de la forma artística: "*Bella forma mortal pasa e non d'arte*".

Dos armoniosos pensamientos de dos semidioses de la literatura, de poetas divinos, en perfecta contraposición. El uno exigiendo la renovación constante en el arte, lo que ha dado lugar a los excesos que todos conocemos, y el otro afirmando que la bella forma del arte es inmortal y eterna . . .

¿Y qué diremos de los diversos conceptos sobre el anhelo errante del hombre, que le finge engañosos mirajes en la perspectiva de un horizonte sin fin y luego le hace desear el rincón abandonado, el humo del hogar por el

que suspiraba Ulises después de los viajes sobre los mares violeta, bajo los cielos azules, en las tierras de todos los climas, de todos los encantos y de todos los peligros?

Para sublimar el encanto del viaje se llegó a decir: *Navigare necesse, non vivere*. "Navegar es necesario, vivir no". Otro sofisma bello, teñido con el seductor azul de la lejanía, que es como un imán para el alma humana, pero que, como todas las ilusiones, exagera el bien que anuncia, desvanecido al tocarlo apenas con las manos.

Al cabo del viaje y del engaño, de la odisea entre sirtes mortales y sirenas traicioneras, todos encontramos más sabia la dolora de Campoamor:

*Feliz aquel que escucha eternamente
El mismo ruido de la misma fuente.*

O aprendemos una saludable lección en el viaje de De Maistre: "El viaje alrededor de mi cuarto" del célebre filósofo francés, o sea la excursión más singular de un hombre a quien le bastó la imaginación para fingirse panoramas y perspectivas y no precisó de esa locura errante de los tiempos viejos, renovada en los actuales, en que todo el mundo quiere, como la heroína de Benavente, "pasar, pasar siempre, los lugares, las personas, como cinta de cinematografía: los extraños como amigos, los amigos como extraños..."

RÁPIDAMENTE pasaremos también por el refranero mexicano, que no ofrece el contraste, el claroscuro, la divergencia, dentro del concepto filosófico de las cosas, primero, porque todo lo que tenemos de axiomático viene del pueblo, del indio y éste no ve la vida sino bajo un solo aspecto: el ligero, cuando no el pesimista; el irónico, con ironía mordaz, siempre llena de suspicacias, de desconfianzas, de resentimientos y resquemores en los que se advierte la tristeza de una raza de cien generaciones de siervos sometidos; y luego porque nuestros escritores no ahondan en problemas psicológicos y no sentencian ni razonan sino echando mano de la heredada filosofía que

nos viene, como los ultramarinos, ya envasada, del Viejo Mundo.

Somos un pueblo resignado y fatalista, estoico y soñador, que no trata de enmendarle la plana al destino y por eso todo lo que sale de los labios tiene un sentido de conformismo, de aceptación de lo que venga, así sean el dolor y la muerte. Por eso a veces nuestras reflexiones son lúgubres. Otras expresan un contentamiento de la vida cercano al nirvana. Y es que, como observaba un eminente hombre de ciencia mexicano en reciente artículo publicado en una revista médica: el europeo trabaja con la esperanza de tener un día dinero y tirarse a la bartola en el fin de la vida; el indio, más práctico, comienza por esto último.

Los refranes mexicanos rezuman fatalismo y conformidad. Todo ello salpicado de una desconfianza mordaz y de una ironía triste que rebaja un poco cuanto exalta la ilusión. Como para justificar los San Lunes, y las informalidades, exclama: "*Cada perro tiene un hueso, aunque se levante tarde*". O bien: "*Como la vida es corta, hay que vivirla*". Y vivirla significa para él, acortarla con el guisote indigesto, el pulque de las cirrosis y de las cistitis o con el pleito en el que pone toda su mexicana indiferencia por la muerte.

¡La muerte! Por mucho que barajemos en nuestros dichos populares, siempre pinta la misma: la de la muerte, como decía el Esteban de "La Malquerida": *Donde lloran está el muerto*, decimos para significar que alguno tiene dinero, pero lo oculta. *A mí no me espanta el muerto, aunque salga a medianoche*.

A falta del cuervo de los negros presagios de Poe, tenemos el tecolote de los cantos agoreros:

*El tecolote canta
El indio muere
Ello no es cierto
Pero sucede.*

Y aun para nuestros devaneos, a la vista de las enlutadas que ponían en la lira de Gutiérrez Nájera lánguidos cantos de infinita melancolía, el poeta del pueblo exclama:

*Señora del manto negro
qué bien le sienta a usted el luto
vámonos queriendo un rato
y olvidemos al difundo*

Y ya, con el puñal en la mano, todo es desafiar a la pálida que inspira terror al hombre que carece de esos arrebatos.

*Si me han de matar mañana,
que me maten de una vez*

dicen en "La Valentina". Y con un masoquismo que adorna de fúnebres crespones el inevitable fin de quien *para morir nació*, antes de la pelea, toma el vino de la confortación exclamando casi regocijado:

*El que por su gusto muere
hasta la muerte le sabe...*

Sólo buscando con afán se encuentra el refrán antitético, y eso, siempre dentro del tema pavoroso de la tragedia. Como de todo ha de haber en este mundo, aun entre los fatalistas y los estoicos que son nuestros indios, alguno inventó el axioma prudente: *Más vale que digan, aquí corrió y no aquí murió....*

DESPUÉS de examinar este aspecto curioso de la sencilla filosofía popular o de la sabiduría sintética que nos legó la experiencia o el genio, se antoja preguntar: ¿con quién nos quedamos: con los que sacrificando su dolor y su desencanto nos dejan ver la parte luminosa del espíritu y nos hablan de amor y de esperanza; con los que, en el tramonto de la vida, nos dicen, como nuestro Riva Palacio:

*"que tiene la vejez horas tan bellas
como tiene la tarde sus celajes
como tiene la noche sus estrellas";*

con los que conservan la ilusión en el corazón del hombre, o con los que pasan por él matando la piedad, borrando las frescas huellas del ímpetu juvenil, de la ma-

terna inducción hacia el bien, hacia la aspiración de infinito, y llenan de sombras el camino? . . .

¡La elección no es dudosa!

La sabiduría de Salomón nos llega fresca y pura a través de la historia entera del mundo, como ejemplo de sabiduría perfecta e incambiable, a pesar de todos los cambios y orientaciones del pensamiento humano, porque es la sabiduría bondadosa, la sabiduría de la moral, del bien, de la aspiración del alma hacia lo eterno.

Sus proverbios quedarán siempre como el molde inquebrantable de la perfección, a pesar de todas las ironías que se puedan hacer en torno de su figura de hombre, de la "forma mortal" de que hablaba el divino Leonardo.

El mejor de los hombres y el más radioso y confortante de los pensamientos —como el sol que alumbra y da calor de vida— será aquel que nunca haya soplado en una llama de fe, como aconsejaba nuestro poeta; el que —lo diremos parafraseando la piadosa frase del apólogo de Catulle Mendez— pueda conservar la esperanza en el corazón de la humanidad.

NICODEMUS

Por JUAN DE LA CABADA

I

A ESO de las dos de la tarde venía pitando y bufando el tren de Mérida, mientras la gente que lo aguardaba en la estación de Tizimín se arremolinaba en clamoreo.

Estábamos en junio; y como las lluvias tropicales no cayesen aún, el calor atosigaba.

Rolliza y de buen ver, entre los muchos pasajeros bajó —hipil y fustán— la india Chona Uc.

A un lado de la estación hay otra vía que no es la del ferrocarril. Por esta vía, muy angosta y de rieles pequeños, transitan las plataformas, que —tiradas cada cual por una mula— van del pueblo de Tizimín a la hacienda *Jobompich*.

Encima los pesares de un tremendo suceso familiar, Chona viene hasta la plataforma y toma sitio.

Sube también un mercader ambulante.

—¿Cómo acabó? —interroga el mercader en lengua maya, fingiéndose compasivo.

No ignora el desenlace del suceso; pero, codicioso de la india, pregunta para colegir si puede aprovecharse de las circunstancias.

—Quedó en la cárcel —responde, seca, la mujer.

Es tan natural el tono de la respuesta y la expresión del ceño tan adusta, que el comerciante calla y encomienda el logro de sus propósitos al tiempo.

Ya en *Jobompich*, Chona corre hacia su casa.

Un requerimiento judicial por el colmo de la era de domésticos desastres que se produjeron aquí recientemente, la obligó a dejar, enfermo, a su hijo, si bien al cuidado de cierta vecina bondadosa.

II

DE uno a otro muro de las crujiás de la prisión, penden las hamacas en ringlera.

Cae la noche.

Abrumado de angustia inconsolable, *Nicodemus* o Gabino Chan, el marido de Chona Uc, oye sumiso y silencioso, las instrucciones que le da uno de los vigilantes de la cárcel, y se aposenta en el rincón que le designan.

Cuelga su hamaca.

Le suspendieron la incomunicación y lo sacaron de la negra soledad del calabozo a la crujiá.

En la penumbra dobla el cuello y apechuga su cabeza que apoya sobre las manos de ambos brazos, acodados a los muslos. Está sentado en la hamaca y exaspéranle las charlas despreocupadas y los cantos y risas de los otros delincuentes.

Del desconcierto imprevisto, ya pasó a la lúgubre certeza de que allí acabará el resto de sus días.

Es un hombre maduro, metódico, limpio, vigoroso, rechoncho, de ancha cara, impasible apariencia, suaves ademanes y músculos redondos.

Hundida su cabeza entre las manos, desfilan, una de tantas veces más por su mente, los episodios de su existencia oscura y llana.

Bastaría observar al sujeto para suponerlo en trance de atroz remordimiento; pero no. Ha dormido y comido bien, tranquilo, pues le defiende la conciencia el recuerdo de aquellos tiernos ruegos a su madre: “—Ve aquí a tu hijo, madre; ve a tu nieto. Si alguna ofensa cometió esta inocente criatura en tu persona, dispénsala, perdónala. No te vengues del niño, madre mía. A mí que soy su padre, que soy tu hijo, ¡castígame! ¡Pásame sus dolencias, sus temblores, la palidez de su semblante! ¡Devuélvele la salud! ¡Sánalo, madre!”

Y una interna voz, apaciguadora, le responde: “—Pero ella fué implacable”.

III

HIJO de siervos, transcurrió la niñez del preso en la finca henequenera Chulbac, donde nació. Allí no hubo escuela, pero sí misa con sermón y besamanos al cura los domingos. Vivía en casa de guano y piso de tierra, limpia siempre, sin embargo, merced a la madre que no negase su ancestro maya en la diligente cualidad y las propensiones modosas, pulcras, de la raza. El padre, cortador de pencas, no acabó jamás de pagar la *deuda*, sobrecargada por el amo al interminable sistema triple de "*tanto que te dí, tanto que te debo y tanto que te apunto*". Empero, aunque laborioso y dócil, no dejaba de recibir de cuando en cuando —como los otros peones— la penitencia del cepo, alguna ración de palos o ambas cosas a la vez.

A Gabino le parece todavía estar oyendo, desde la madrugada, el sincrónico ruido de la raspadora, y viendo a los hombres que se forman y pasan lista en el blanqueadero de la finca, para beber la dádiva del trago de aguardiente y salir al trabajo, no sin antes presenciar las azotainas diarias en las espaldas de algún peón arrodillado. El blanqueadero es la especie de palenque, donde se tiende y pone a secar el *sosquil* —la fibra— al sol.

Aun le parece ver, también, los verdes mares de los planteles de henequén bajo la luna y los puntitos rojos de las brasas de los cigarros encendidos, que fuman por las noches los sirvientes, puestos en cuclillas a las puertas de sus casas.

Ejercitaba su madre prácticas de hechicería y acudían a ellas los siervos en demanda de amuletos, ensalmos y recetas para cura de enfermedades, retiro de espantos y achaques de amor.

Como todo brujo elemental, sincero, era Valeria la mejor creyente en la eficacia de sus propias prácticas, visiones y comunicación con los espíritus sobrenaturales y fuerzas misteriosas.

El padre, taciturno y apagado, estaba domésticamente sometido a la voluntad de su mujer, y Gabino, hijo único, no supo nunca de otro sentimiento hacia su madre

que el de la esclavitud, el de la dominación bajo el terror de sus mágicos poderes.

Contaba nueve años cuando murió su padre, y requerido por el amo empezó a trabajar para pagar su *carta-cuenta*, la pretendida deuda, herencia que en aquellos tiempos se trasmitía de generación en generación.

A don Sono —el mayordomo de la finca—, al capataz y al encargado de la tienda, les profesaban los peones un secreto odio feroz. Nadie olvidaría la vez en que habiendo huído un trabajador, salió el mayordomo en su caballo a perseguirlo. Contaron que don Sono llegó ante el Jefe Político del pueblo inmediato y presentó su queja. El Jefe Político respondió que mandaría inmediatamente a unos gendarmes para traer al fugitivo, y el mayordomo dijo:

—Para traer a ése yo solo basto y sobro.

—¡Pues buena suerte! —contestó la autoridad. Y don Sono picó espuelas, dando pronto alcance al peón.

Con una reata vaquera lo amarró de las muñecas a la montura del caballo, y de nuevo picó espuelas.

Al llegar, iracundo, a la finca, para detenerse frente a la tienda y pedir una copa de caña que calmase su cólera mientras le celebraban la proeza, traía a rastras los sangui-nolentos brazos del indio, que se arrancaron del cuerpo al galope del caballo.

Sobrevino la revolución en 1910, y una noche los sirvientes se alzaron, amarraron al mayordomo, al capataz, al encargado de la tienda, y en tropel, hombres y mujeres, todos borrachos, salieron de la finca, iluminándose con grandes antorchas entre gritos orgiásticos.

En un lugar del camino depositaron a los prisioneros: cada uno de los del cortejo les lanzó una piedra hasta machacarlos en un manchón de sangre. Luego, desmembraron los cuerpos y a trechos fueron regando los trozos para pasto de los perros.

Hecho esto se desperdigó la gente por las mil direcciones de la tierra.

Nicodemus o Gabino, su madre y, de la mano de ella,

una sobrina —niña huérfana— no habrían de parar sino hasta un remoto pueblito llamado Tekantó.

Entonces el muchacho sólo tenía poco más de 14 años.

IV

GRACIAS al saqueo de la tienda traían un chorro de monedas anudado en un pañuelo, varias piezas de manta sobre los hombros y un bulto de maíz a la cabeza.

Se les arrendó una choza, y allí se avecindaron.

La madre trocó su nombre de pila —Valeria— por el de Nazaria, y su primitivo apellido —Poot— en el de Chan. Al hijo le impuso este mismo apellido —borrando el patermo de Canché— y por nombre Gabino en vez del Nicodemus anterior. A la huérfana —prima hermana de Gabino— la convirtió en Carmela en lugar de Micaela, dotándola del apellido nuevo: Chan.

Concertaron no mencionar nunca, ni recordar en sus adentros siquiera, la matanza de Chulbac, y que para impedir cualquier posible rastro delator evitarían siempre hablar del pasado, hasta que, fundidos con la nueva vida, pudieran manifestarse, del modo más sencillo, nativos de aquel pueblo. (De aquí que no desmienta el reo los preliminares de su biografía, cuando en el auto relativo —parte de esta historia— declara paladina, categóricamente, *ser natural de Tekantó.*)

A sus conocimientos de las labores del henequén, Gabino agregaría los adquiridos luego en la siembra de milpas, hortalizas, y los del cultivo de árboles frutales, para granjearse fama de idóneo agricultor de la región.

Su madre, a tiempo conveniente, reanudó sus prácticas de hechicería. Económica en extremo, ahorra parte de los jornales del mozo y cuanto apañara ella de sus esotéricos negocios. Mostraba escrupuloso cuidado en tener siempre caliente y a sus horas la comida para Gabino, listo el baño todas las tardes y la ropa limpia y repasada; pero sin hablarse más de lo estrictamente necesario nunca cruzaban una palabra inútil, afectiva o amena, ni se prodigaron la menor caricia, lo cual, por otra parte, sólo de

pensarlo, provocaría en el hijo incontenible repugnancia, hispido espanto.

Entre la madre y Carmela —la prima de Gabino— en cambio, existía una fácil compenetración, que sin llegar tampoco a demostraciones efusivas, entrañaba manso y perdurable, fiel afecto. Quizás el advertimiento de las mutuas deficiencias durante su prolongado trato desde la niñez, infundiría en ambos primos esa espontánea repulsa común, pero secreta, sin embargo, y que no se trasluciera sino en un mutismo peculiar y cierto desdén glacial, duro y recíproco.

Bajo el rigor dominante de Nazaria, el hijo, que no fumase ni bebiese, le entregaba el salario íntegramente. Era ya un hombre de 22 años y vivía en retraimiento y austeridad absolutos, empleando las horas libres que le permitiesen las faenas del campo en hornear cal, carbón, tejer hamacas, sombreros y otros objetos de palma o regar las siembras del patio de su casa y desyerbarlo.

Por aquel tiempo Nazaria se unió a Dionisio, joven oriundo de la antigua hacienda Jobompich y de la misma edad casi que Gabino.

—Lo tiene embrujado —decían las gentes de Tekantó.

Y para evitarse más habladurías, la familia toda se trasladó a la tierra de Dionisio.

Allí, en Jobompich, Nazaria obtuvo nueva clientela y casó bien a su sobrina, mientras Dionisio murió de una larga y misteriosa fiebre tropical.

Después, de sus ahorros, compraría la bruja un pedazo de terreno al dueño de la hacienda, y mandó levantar casa propia de cal y canto, techos de teja, tres habitaciones, grande solar y corredor de una sola agua —o tinglado fresco y espacioso— adjunto a la construcción.

Soltero permaneció Gabino hasta los treinta años, en que Nazaria le buscó mujer: Chona Uc, quien, nacida en la vecina población de Tizinín, hablaba el castellano mejor que su marido y sabía su algo de leer y un poco de escribir.

V

VIVÍA el matrimonio en la casa que Nazaria mandara edificar, y como transcurriesen cuatro años largos sin sucesión y reinase un frío cielo, un rencor sordo, entre nuera y suegra, Chona y Gabino fueron un domingo a Tizimín, para consultar un secreto al brujo y yerbatero Filogonio Quiroz, cuya fama trascendería, luego, tanto, que pasó a residir a Mérida, en busca de más amplias perspectivas.

Era el yerbatero de traza y características visiblemente afeminadas.

Año y medio más tarde Chona dió a luz un niño al que bautizaron con el nombre de Augusto, y el nacimiento modifica en tal forma la condición de la abuela, que abjura del comercio pingüe de la hechicería.

Dulce, risueña, bondadosa, desvivíase por el nieto. Cuando éste llorase, bastaría que le tomara en brazos para que callara y se durmiese.

A medida que Augusto crecía desarrollábase ese pasional afecto hasta la fascinación, y ello provocaba, sobre todo en el padre, serias preocupaciones (quizás frutos de sus propios antecedentes en el extraño medio donde se desenvolviera su existencia), y entre las preocupaciones, unos celos turbios, ponzoñosos, que habría de sofrenar por el miedo, el terror al maléfico poderío de Nazaria.

Hijo único el mismo Gabino dentro de una vida esclava, recóndita y reprimida de continuo desde su lejana infancia que brotara marchita, sin luz, sin alegría bajo aquella fatal época de ominosa obscuridad, quería para Augusto todas las ventajas de estos mejores tiempos en que naciera, y los privilegios de hijo único, que Nicodemus o Gabino, en paralela cualidad, no pudo disfrutar. Anhelaba que el hijo fuera el retrato ideal del hombre, del tronco de árbol, que hubiese deseado ser su padre: sabio, justo, fuerte, feliz... y así perpetuar su vital esencia al infinito. ¿Nicodemus o Gabino el tronco? ¡No! Preferible no mostrarse al exterior, mantenerse siempre raíz, aunque otra raíz era Nazaria o Valeria, y de aquí resultase lógica esta pugna honda, oculta, entre las raíces. Tal vez sería bueno que

más tarde cambiara su muchacho el *Chan* por Chávez y el *Uc* —de la madre— por Uribe.

Al herir de larga muerte la enfermedad a Nazaria, en las circunstancias que conviene anticipar, Gabino recomendó a su esposa que no se despegara del lecho de la paciente durante las horas que el trabajo del campo le impidiese a él velarla, tanto por exigírselos la manda estricta, religiosa, del pago de una sacra obligación —*honrarás a padre y madre*— cuanto alertas a que el interés de la prima Carmela, traducido en asiduas visitas, influyera en el ánimo de la anciana, disminuyendo de tal suerte la herencia de la casa y del centenar y pico de pesos en dinero que no habrían de permitir pasase sino a bien común del matrimonio, y de éste al de su hijo.

De motu proprio entre aquellos mismos temores, Chona sentiría ya desconfianza e inquina veladas hacia Carmela, mientras ésta profesase a la otra, en cambio, particular respeto y cariño verdadero.

VI

A LA sazón Augusto llevaba ya tres años asistiendo a la escuela rural de Jobompich, donde por distinguirse como el mejor alumno, el primero de la clase, su maestro felicitaba a Gabino y le saludaba con respeto. Gozoso veíalo el padre correr, bailar el trompo, rodar las canicas o lanzar la pelota.

—“¡*Tac -in- kul!*... ¡*tac -in- kul!*” —resuena en sus oídos. Es que ahora los niños en esta blanca noche, bajo el copudo ceibo de la plaza de la hacienda, juegan al *Tacuntinkul*, esa especie de paso teatral, donde Augusto, para empezar, gana casi siempre el papel del *adivino*, pues pesca al aire —según las reglas— una pequeña piedra impulsada con la punta de su codo. Luego de decidir quién hará de juez, los demás jugadores —cuyas imaginarias figuras son de zopilotes, a excepción de las de un perro y un gato— se pondrán en línea recta, inclinadas las cabezas y las manos hacia atrás, con las palmas abiertas en actitud de recibir algo, mientras el adivino queda lejos,

delante de ellos, a espaldas de la fila. El juez o *guardador* del tesoro —simbolizado en una piedrecilla— pasa corriendo veloz, por dos o tres veces, detrás de la fila y dice aprisa: “¡*Tac -in kuli, machich. . . tac -in kuli, machich!*” (guarda mis ahorros, abuelita), y no bien deja en mano de alguno de los jugadores el tesoro, exclama: “¡*Jeló, mamáoj!*” (¡ya está, señora!) y acaba por sentarse al vano lateral de una de las cabeceras de la fila, preguntando al adivino en lengua maya: —“¿Cuántos bigotes tienes?” El adivino, sentado aún, vuélvese de cara a la fila y pronunciará un número que no deberá pasar de la cifra 7. Si elige una mayor no se le acepta, pues la que pronuncia indicará el número de puntos o veces en que pruebe a adivinar, excedido el cual podrá sufrir el castigo consistente en ser devorado por los zopilotes de la fila. Dicho el número de bigotes —o veces— que determina su compromiso, el adivino se levanta para decir al que supone tenga el objeto: “*Dzaten in kulá, mamáoj*” (dadme mis ahorros, señora). Si el indicado no lo tuviera estallará riendo, los brazos a lo alto, las manos vacías al cielo: “¡*Zon, cabin canal!*” (¡zas, se fué para allá arriba!) En seguida, el que lo retenga llamará al guardador: “¡*Jeló a kulá, mamáoj!*” (aquí están tus ahorros, señora). Y ya perdió un bigote el adivino, que va y se sienta de nuevo, lejos, delante de la fila. Repiten el juego. El juez o guardador pasa detrás de los jugadores . . . “*taquin kul . . . , taquin kul . . .*”, y el adivino torna de nuevo a señalar a quien supone tiene el objeto. Si acierta, gana un punto y vuelve a sentarse lejos, enfrente, para seguir hasta completar el número de bigotes que él mismo se fijó. Si fallara siempre —*si le arrancamos todos los bigotes*, dicen— dentro del límite propuesto, no se le comerá inmediatamente; aún le ofrecen otras oportunidades, que denominan en conjunto “*shak*” (especies): pimienta, sal, cominos, anís, achiote. . . Si esta vez no adivina, lo comen sin remedio. Comienzan por mandarlo acostar de bruces en el suelo. Dos de los personajes de la fila salen. Uno grita: —“¡Ojo, soy el perro!” y otro: —“¡Yo, el gato!” ¿Representan el idealismo sofista de defensores epónimos, basados en domésticos prin-

cipios? El último de ellos se pone a los pies de la víctima, y el primero a la cabeza. Los demás jugadores empiezan a moverse, imitando el revuelo—a saltos en tierra— y el grajear del zopilote: “¡utz!”, “¡utz!”... El perro fiel les ladra y el gato les araña. Pero como los zopilotes son muchos y los defensores impotentes para resguardar a su amo, éste sucumbe y, al final de cuentas, perro y gato, hambrientos, participan del festín. Cuando terminan, la víctima se levanta y comparece ante el juez, querellándose contra su perro y su gato, que no solamente no le custodiasen bien, sino que hasta participaron del homicida banquete celebrado a costa suya. El juez le interroga por el tratamiento que en vida dió a sus animales, y el quejoso aduce haberlos mantenido con largueza y proporcionado esmeradas atenciones. Cita el juez a los domésticos para que respondan de su conducta infame hacia su amo. El perro dirá cándida, francamente: —“Estaba débil, hambriento, sarnoso; no me alimentaban en casa y hube de pasarme siempre tras la pista de huesos para roer”. Y el gato confiesa un sinfín de cosas impropias, entre otras la de la necesidad de andar al sereno, comiendo zacate y algún ratón de cuando en cuando. Entonces el juez impone al amo mentiroso la pena de doce azotes, y con el cumplimiento de la sentencia acaba el juego. Si el adivino gana, es decir, cuando acierta dentro del término de bigotes que él mismo se arbitró, el juez pasa a ser adivino; quien tuviera el *kul* —el tesoro— la última vez que se adivinó, releva al juez, y el anterior adivino entra en la fila de los zopilotes, el perro y el gato, a ocupar la vacante del nuevo juez de turno.

Augusto no perdía nunca en este juego.

VII

¡NIÑO tan gracioso! ¿Cómo no le habría de irritar, en consecuencia, el que no bien pensara traer al chico un juguete, comprarle un vestido, zapatos, o cualesquier golosinas, ya se hubiese anticipado siempre la abuela en los re-

galos? ¡Oh, el tormento de anhelar al hijo exclusivo para sí y que fuera exclusivo de la abuela! Tormento, además, concentrado por años, sin escape ninguno, sólo para su fuero interno, porque Nazaria seguía ejerciendo su dominio ineluctable.

Así, pues, cuando ella cayó con un ataque de parálisis y la enfermedad fué paulatinamente invadiendo el organismo hasta no dejarle otro movimiento que el de su brazo izquierdo e impedirle casi el habla, Gabino se alegró, y mayor sería su íntimo regocijo al notar cómo a medida que el progreso del mal deformaba ese cuerpo, Augusto, con una ingénita crueldad —propia de la infancia—, luego de los primeros arrebatos de ternura, de momentánea piedad, iba tomándole asco repelente, invencible horror.

Amén de este gusto —que no obstante reprocharíale a cada paso su conciencia *por sentirlo*— la postración de su madre deparábale la libertad satisfactoria de disponer ponderadamente de los ahorros —“en buena parte míos”, decía Gabino— y le compensaba del remordimiento por las sensaciones, al atender a la paralítica y desvelarse junto a ella con filial empeño, ejemplar dedicación.

Pero . . .

He aquí, con el subrayado y algunos títulos nuestros, el acta judicial.

EL REO COMPARECE

“Mérida de Yucatán.

“En la finca Jobompich, de la jurisdicción de Tizimín, se registró el martes de la semana pasada, 23 de los corrientes, un horrendo crimen. Gabino Chan, de 48 años de edad, mató a la autora de sus días: Nazaria Chan, que estaba paralítica.

“Por disposición de las autoridades, ayer fué conducido a esta ciudad el matricida, quien dice llamarse como ha dicho y confiesa lo que sigue:

“Hace tres meses, a últimos de marzo retropróximo, por ciertas dolencias que padeciera su hijo Augusto, le tra-

jo a Mérida para que lo medicinara el yerbatero Filogonio Quiroz.¹

“El yerbatero dijo que no podía curar al niño sin acompañarlo a Jobompich, y ya en la hacienda pidió *permanecer solo con el muchacho dentro de un cuarto*.

“Luego manifestó que la curación era imposible, si Augusto no abandonaba la hacienda e *iban juntos, los dos solos, al oriente del Estado*. Para ello solicitó a continuación cincuenta pesos, suma que Gabino le entregó; *pero Augusto se negó a ir con Quiroz*.

INSTIGACIONES DE UN PEDERASTA

“A la postre Filogonio aseveró que los orígenes del extraño padecimiento radicaban en cierta maquinación de hechicería, y que las autoras de eso eran Nazaria y Carmela Chan, madre y prima del declarante, así como que el único medio de salvar la vida del enfermo era golpeando continuamente a la madre y a la prima hasta obligarlas a “levantar la hechicería”. Desde entonces, a menudo golpeaba Gabino a la paralítica: en varias ocasiones la cogió de los cabellos y la sacó a rastras de la casa a la calle, para meterla de nuevo sin conseguir que *se apiadara ella* del paciente. Muchas veces la amarró de un árbol y la flageló; pero, a pesar de todo, no logró que “levantase la hechicería”.

TERNURA

“La noche del crimen, la del martes 23 de junio en curso, estando Augusto presa de elevada fiebre en su hamaca, y la madre de Gabino en otra hamaca, se abrazó éste a la paralítica y *le rogó con frases cariñosas que curase al niño*; pero ella, mediante vagas señas, le dió a entender que no podía, pues el enfermo estaba moribundo. Entonces sujetó a la señora y, rostro con rostro, le acercó al nieto, para tratar de enternecerla.

¹ Tal sujeto, brujo y yerbatero, es, recordémoslo, el mismo a quien hace años, cuando la esterilidad de Chona, consultara el matrimonio en Tizimin.

MIEDO Y DESESPERACION

“Mas como empezaron a salirle ruidos extraños de la boca y a cada uno de ellos correspondiera un espasmódico brinco del muchacho, el delincuente, sólo bajo el propósito de graduar los poderes misteriosos que restaran a la anciana, le pidió que ensayase “la brujería del gato”. Inmediatamente, la occisa —en tanto su semblante adquiría características gatunas— sacudió su mano izquierda, única que no tenía paralizada, con movimientos tan diabólicos, que Gabino, estremecido de terror, tomó un banquillo y la golpeó en la cara y todas las partes del cuerpo hasta que la víctima se desmayó. El principio de esta escena final de la tragedia fué presenciado por la esposa del reo, Chona Uc, quien al ver tan extraña transformación en doña Nazaria, salió corriendo de la habitación. Esa misma noche, al poco rato, Gabino se dirigió hacia Tizimín, distante cuatro leguas de la hacienda, con objeto de comprar medicinas para su madre; pero, a su regreso, de madrugada, encontró que había fallecido.

VERDADES, MENOS ALGUNA MENTIRA INTRASCENDENTE

“*Gabino es natural de Tekantó, casado, vecino de la hacienda Jobompich, de 48 años de edad y jornalero de campo*”.

VIII

“*No era mi voluntad exterminarla*” —piensa Gabino. Y sin premeditación deliberada, en conciencia no le cabe ni siquiera el recurso de apelar al dilema de haber sacrificado a la madre por el hijo. “*Ya sería* —piensa también— *hora de que aquella muriese y no fueron de crueldad, sino por miedo y obedeciendo a mandatos naturales y sobrenaturales, que los hechos se precipitaron fatalmente*”. “*No agonizó ni en mi presencia ni en el acto, luego quizás mu-*

rió de muerte natural y yo no la maté". "Fuí, volví: aunque no lo deseaba era mi deber, y esa memorable noche dos veces atravesé, volando a pie, las leguas del oscuro camino en busca de medicinas para restañar su sangre y sanarle las heridas".

Gabino Chan abriga la certidumbre de que ahora sí curará su hijo, ¡ha de vivir!, y afligido como desde su ya remota infancia, meditabundo siempre, señorero, acepta su destino.

Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz. . .*, por LEÓN-FELIPE. (1º de febrero).
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL. (1º de abril).
- 3.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA. Vol. I. (1º de junio).
- 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA. Vol. II. (1º de agosto).
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET. (1º de octubre).

Volúmenes de 200 a 350 páginas de texto en papel de idéntica calidad al de la revista, ilustrados con fotogramas en papel couché.

Precio por cada volumen:

MEXICO	5.00 pesos
OTROS PAISES	1.20 dólares

APARECERAN A CONTINUACION

- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK.
- 7.—*El hombre del bubo*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
Breve historia de la sociedad capitalista, por JESÚS SILVA HERZOG. (1º de diciembre).
Crisis humana, por JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA.
Los nuevos argonautas, por ALFONSO REYES.



REVISTA

SUSCRIPCION ANUAL PARA 1944:

(6 números)

MEXICO	20.00 pesos
OTROS PAISES.	5.00 dólares

Precio del ejemplar:

México	4 pesos
Otros países	0.90 dóls.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Leopoldo Zea* Las dos Américas.
Jorge Zalamea Orillas de México.
Francisco Ayala Discurso sobre la Restauración.
Notas, por José Carner, Enrique González Martínez, Juan Larrea, Luis Recaséns Siches y José Moreno Villa.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Manuel Sandoval Vallarta* Diez años de teoría de la radiación cósmica primaria.
Rafael Arévalo Martínez Lo hondo del problema de Nietzsche.
Eduardo García Máynez Objeto de conocimiento y objeto estético según N. Hartmann.
Alfredo Stern Fichte y la Revolución Francesa.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- César Lizardi Ramos* El chacmool mexicano.
Silvio Zavala ¿Las Casas esclavista?
Andrés Iduarte Ideas políticas de Martí.

Notas, por José E. Iturriaga y Román Beltrán.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Vicente Huidobro* Dos poemas.
Jules Romains Introducción a "Mort de Quelqu'un".
Jules Supervielle En tiempo de las Metamorfosis.
Alfonso Reyes La lírica arcaica en Grecia.
Teodoro Torres Proverbios y refranes.
Juan de la Cabada Nicodemus.